JOSEBA CALVO MACARRILLA

NADIE SOBREVIVIRÁ



VOLUMEN 3
NADIE DEBE SABERLO

JOSEBA CALVO MACARRILLA

NADIE SOBREVIVIRÁ

Sello: Independently published

Título: NADIE SOBREVIVIRÁ
Joseba Calvo Macarrilla © 2026

Cubierta: Sara Hernández (The Blue Cat)
Corrección y maquetación: Sandra García.
@correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Ainhoa y Luca, mi inspiración.
Nuestro amor siempre sobrevivirá.

1

Desde el último peldaño de la escalera se ve mejor. Ahí, en lo alto, el símbolo insinuado con la cubertería se convierte en un dibujo perfecto sobre la mesa.

Un triángulo.

Salvador Arregi observa la firma.

Deja que el mensaje que guarda se cuele en su interior junto con el aire podrido que desprenden los cadáveres. Cuatro comensales inmóviles, sentados alrededor de la mesa, aguardando pacientes. Como si en el fondo esperasen que algo cambie en algún momento; que el tiempo pervierta su ley más sagrada y vuelva hacia atrás, y que el horror, tan irreal, se dé la vuelta como un calcetín para no morir anclados a las sillas, mirándose los unos a los otros. Una familia sumida en la peor pesadilla inimaginable.

Arregi da un vistazo al resto de la estancia desde lo alto. Movimiento constante de agentes, también de sus propios compañeros de división. Aitor Lasa fotografía y toma apuntes en su tablet. Maialen Mendia está, por algún motivo, muy centrada en la hija menor. Helena Ibarra se agacha a la altura de la silla en la que el padre, identificado como Alejandro Rivas Montalbán, tiene atadas las piernas con bridas, como el resto de los comensales. Espinosa habla con uno de los agentes. Arregi lee la expresión en el rostro del muchacho; no necesita más que unos pocos segundos para descifrarla: está deshecho de horror.

El viejo Iñaki Espinosa reacciona rápido y sigue al joven fuera de esa cápsula de muerte que es el salón comedor.

Arregi se descuelga de la escalera y, abajo, el hedor lo abraza con más fuerza. Se pregunta cuánto tiempo llevará la familia allí, a la mesa. Y, sobre todo, cuánto de ese tiempo llevaban ya muertos. Cuanto menor sea esa franja, mayor el sufrimiento.

Ese pensamiento le lleva inevitablemente hasta Altuna.

El forense está tardando más de lo normal. Algo extraño, dada la naturaleza brutal de la escena del crimen.

—¿Crees que estaban aún vivos cuando los ataron a las sillas? —La pregunta soltada de cuajo parece haberle leído el pensamiento.

Maialen Mendia habla para Arregi, aunque sigue mirando a la menor de la familia.

—Es decir… ¿que estuvieron aquí, mirándose a los ojos con sus seres queridos, sabiendo lo que iba a ocurrir? No me imagino nada peor que eso…

Arregi mira a Mendia. Sus mentes se han rozado en un mismo punto. Pero ninguno de los dos puede obtener esa respuesta aún.

—No lo sé —responde él—. Aunque sí lo temo. De todos modos, es una pregunta para un forense. Que alguien llame de una puta vez a Altuna y le meta prisa.

Arregi ya se está dando la vuelta casi antes de terminar de hablar.

Corre fuera del salón.

Ha bajado de la escalera para seguir a Espinosa y el joven agente pálido. Para perseguir la estela sospechosa de un mal aún mayor. Y si algo ha aprendido a fuego los dos últimos años, es que por mal que estén las cosas, lo peor siempre aguarda un poco más allá.

El frío le abofetea en cuanto pone un pie fuera del umbral de la puerta de entrada. Un golpe placentero que rompe con el ambiente viciado y febril del interior de la casa. El aire gélido limpia los pulmones de aroma a tortura y muerte y sale escupido al exterior en una pequeña nube que se condensa y desaparece casi al mismo tiempo en la negrura del monte. Una, dos, tres, veinte respiraciones cortas y furiosas, mientras sus botas pisan con pesadez la hierba húmeda.

Salvador Arregi rodea la casa persiguiendo los pasos del fantasma pálido y Espinosa.

Los focos portátiles señalan el lugar con precisión. Alumbran la boca abierta en la parte posterior del caserío. La puerta de acceso a las escaleras que descienden al sótano. Un agente apostado en la misma puerta cruza una mirada ínfima con Arregi, cuando este se mete en las tripas del subsuelo.

Se escucha el eco de la voz grave y rasgada de Espinosa mientras Arregi aún sigue descendiendo escalones con pasos no tan rápidos como cabría esperar. No lo entiende, en ese sótano no había nada, ya se inspeccionó hace dos horas. ¿Por qué un agente blanco como un muñeco de porcelana ha ido a buscar al jefe para llevarlo allí de nuevo?

Lo peor siempre aguarda un poco más allá…

O unas pocas escaleras más abajo…

O…

Espinosa está frente a una de las paredes. El agente pálido a su lado, alumbrando con una linterna. Y un tercero, golpeando el tabique con cuidado con un pequeño martillo. Como si quisiese romperlo, pero temiese hacerlo.

Arregi se acerca en silencio. Nadie habla en ese momento. Un zumbido de la bombilla del techo. Otro más regular de uno de los focos portátiles que alumbran al tabique. Y la percusión del martillo rompiendo con tiento una pared mucho más endeble de lo que parecía a simple vista.

El peor horror también se puede esconder tras una falsa pared.

—Dios santo, joder. —La voz de Espinosa sale incluso más desgastada de lo normal.

Arregi llega hasta su altura. No dice nada. Solo se queda a su lado. Y observa.

El martillo ha abierto un pequeño agujero en el tabique. Con cuidado supremo de no romper demasiado. Intentando no romper nada de esa calavera empotrada en la pared. Esa calavera que los mira a través de las cuencas vacías, mientras de una de ellas sale reptando un gusano.

El agente pálido se dobla sobre sí mismo. El vómito ya no va a aguantar más. Se aparta unos metros hacia las escaleras.

Arregi, en cambio, se acerca un poco más. Observa imperturbable al gusano que sigue su ascenso por el hueso frontal donde mechones de pelo grisáceo aún resisten al paso del tiempo y de la vida extinta hace demasiado.

—¿Por qué sabíais que aquí podía estar esto? —pregunta.

—Porque aquí atrás está esto otro.

La voz de Koldo Altuna suena a la espalda de Arregi, como si fuese la de un espectro salido de la nada.

Arregi se gira hacia la pared contraria. La que queda tras las escaleras que acaba de bajar, y a la que en ningún momento había mirado al bajar al sótano. Altuna está ahí, casi entre las sombras, trabajando sobre varios agujeros abiertos en ese otro tabique. En el mismo lugar donde lleva más de media hora, desde que ha llegado al viejo caserío.

El peor mal puede estar a solo unos pasos. A tu espalda. En los agujeros abiertos de una sencilla pared.

Arregi ya camina hacia ese mal.

Otros cuatro agujeros abiertos. Uno seguido del otro.

—Joder… —dice cuando alcanza a ver lo que esconden.

—¿Qué hostias es esta casa?

PRIMERA PARTE

2

Día 1

3:04

El polvo flota en el aire, removido por los golpes de los martillos contra los falsos tabiques. Ensucia aún más el poco oxígeno que escapa a la muerte que los rodea por todos lados.

Cinco rostros les observan incrustados en distintos puntos de las paredes. Algunos ya no tienen ojos. Otros, en cambio, conservan demasiadas partes intactas como para ser soportables a la vista.

Salvador Arregi lo sabía incluso antes de que abriesen las porciones de pared de los últimos cadáveres. Eso no es un sótano, es un cementerio en vertical.

—Cuidado. Con mucho cuidado. Pueden destruirse pruebas con décadas de antigüedad —le dice Koldo Altuna al agente que pica en la pared.

El forense dirige prácticamente cada golpe del martillo de inspección.

Ya casi han descubierto la quinta cripta improvisada entre las paredes.

La última.

O la primera.

Depende de cómo se mire.

La más vieja.

—¿Décadas? —pregunta Arregi, que siempre sabe qué palabra exacta es la clave por donde empezar a diseccionar la escena.

—Sí.

Altuna contesta a Arregi sin mirarle, concentrado en que ningún martillazo exceda territorio sagrado.

—Es algo que ya imaginaba con los anteriores, pero este, sin duda, es antiguo. Por el estado de los restos esqueléticos, hay una degradación de décadas. Por no hablar de cómo están envueltos y anclados a la pared. Se puede notar la diferencia, el paso del tiempo entre cada uno de ellos.

Arregi sí se había fijado en eso. El quinto y último cadáver está envuelto en una tela amarillenta. Lo agarran a la pared cuerdas envejecidas que parecen a punto de ceder. Está más tapado que los otros. Incluso la cabeza está solo visible parcialmente. Es una momia.

El contraste en la preparación es notorio respecto a los dos primeros cadáveres expuestos: ambos están envueltos en plástico y las cadenas que los sujetan son metálicas.

—Distintas épocas —dice Arregi.

Altuna ahora sí lo mira. Asiente en silencio.

Distintas épocas.

Las escaleras crujen tras ellos.

Quien desciende a la cripta del mal, con el rostro desencajado, es Maialen Mendia.

Cuando alguien se encuentra a una familia muerta, sentada alrededor de una mesa y mirándose entre sí, lo último que espera ese día es ver algo aún más horrible.

Y eso es justo lo que gritan los ojos grises de Mendia, que ya se ha tapado el resto de la cara con una mascarilla. El hedor de la mezcla de distintas fases de cadáveres es insoportable. Incluso para un agente de la DIC, hay un límite de muerte que se puede oler en un mismo lugar.

Mendia busca en los ojos de Arregi alguna explicación imposible. Y después escanea el infierno abierto en las paredes de ese sótano. Cinco agujeros que desnudan sendas cavidades ocultas entre las paredes. Nichos verticales en los que cinco calaveras en distintos grados de putrefacción se asoman como flotando, con los cuerpos envueltos y fijados contra la pared original. Algunos con cuerdas

metálicas. Otros con correas. Uno, el último, sobre el que trabajan en ese mismo instante, con cuerdas roídas.

Mendia duda. No quiere que se le note, pero, pese a la brutalidad con la que están acostumbrados a convivir en la DIC, esa escena le impresiona de un modo distinto. Tiene algo de película de terror. De irracional. De demoníaco.

Termina decidiéndose, y comienza a caminar hacia el primero de los cadáveres. Intenta no respirar con fuerza. No quiere que ni una sola partícula de ese aire polvoriento y viciado se cuele a través de la mascarilla. Se agacha lo justo como para apreciar el detalle que le llamaba la atención. El detalle que la ha empujado a moverse.

—Esto… —murmura bajo la mascarilla.

—Sí, es un nombre —contesta Arregi—. Cada cadáver tiene uno distinto cosido a su envoltorio. Parecen escritos a mano.

Pero no es eso lo que más perturba a Mendia. En ese nombre, le parece ver algo más. Un símbolo solo insinuado. Suficiente para que su estómago quiera darse la vuelta.

Un triángulo pintado de tal manera que queda sin unir en uno de los vértices inferiores. Eso es lo que cree ver ahí.

Entonces sí, cuando aparta la mirada de ese triángulo y se gira, Maialen Mendia sí se encuentra de bruces con los ojos de Salvador Arregi. Y en ellos hay fuego. Ese fuego tan salvaje que solo ese símbolo le provoca. Ese que confirma que él está viendo lo mismo que ella.

Un triángulo azul con el vértice incompleto.

Pintado décadas atrás.

Una pesadilla que parece no tener final.

Pero tampoco principio.

3

Día 1

9:01

Dormir tres horas nunca es suficiente. Y lo es menos cuando se hace entre las imágenes del caserío de Karrantza, que se asoman a la mente y el subconsciente para golpear con el sonido constante del martillo de intervención contra la pared. Abriendo con cada toque una puerta al horror, una ventana a calaveras que vuelven a ver la luz cuando ya solo debería haber oscuridad eterna para ellas.

El café recalentado intenta paliar parte del daño.

El viejo reloj de pared marca una hora inexacta, siempre un poco adelantado o atrasado al tiempo; y según su propia ley, son las nueve y trece de la mañana.

En La Caja todo son miradas cansadas cuando empieza la reunión de equipo de la DIC.

Iñaki Espinosa está en el estrado, junto a las pizarras, ejerciendo su posición de líder. Hoy más que nunca, querría estar jubilado ya. Y aunque se encuentre en el tiempo de descuento desde hace medio siglo, hoy más que nunca, también sabe que debe seguir en pie.

Empieza la reunión.

—Está claro que lo que hemos visto escapa a toda lógica. Pero necesitamos ordenarlo en la medida de lo que se pueda. Así que vamos a dividir lo encontrado en el caserío en dos secciones. Por un lado, la familia de la mesa del comedor. Y por otro, la cripta del sótano. Empezaremos por la familia. La identidad está confirmada a estas horas.

Espinosa empieza a escribir en las pizarras que ejercerán de mapa negro del caso.

ALEJANDO RIVAS MONTALBÁN (46)

LAURA ORTEGA VIDAL (44)
MARTÍN RIVAS ORTEGA (14)
SOFÍA RIVAS ORTEGA (9)

FAMILIA RIVAS ORTEGA (MADRID)

Madrid.

La procedencia es la primera puñalada para todos los que vivieron el caso de la Bruma dos años atrás. Y un cañonazo a quemarropa para Salvador Arregi.

¿Por qué dejarlos en Bilbao?

La pregunta recreada a forma de bumerán sangriento que vuelve.

Y por si faltase poco para relacionar ambos casos, Espinosa remata debajo en la pizarra, con trazo más grueso y letras mayores.

TRIÁNGULO EN LA MESA
TRIÁNGULO AZUL
FUNDACIÓN SÍSIFO

—El triángulo es una firma. Un detalle que no podemos obviar. —Espinosa deja el rotulador en la bandeja y se gira hacia el resto.

Koldo Altuna ya se ha puesto en pie. El forense es el invitado habitual en el centro de operaciones de la DIC, cuando los casos han regado cadáveres a discreción.

—Altuna, al estrado —confirma Espinosa.

El forense lleva en la mano multitud de informes que no va a necesitar leer, como siempre.

Espinosa hace un gesto a Aitor Lasa. Y este pulsa varias teclas de su portátil. En la pantalla junto a las pizarras se reproducen fotografías de la escena. La familia Rivas.

Cuatro cuerpos.

Cuatro sillas a las que están atados.

El triángulo sobre la mesa.

Nadie habla.

La Caja respira con un pulso lento.

—Voy a dejar algo claro desde el principio —dice Altuna—. Esto es preliminar. Las autopsias completas van a tardar. Toxicología también, y después veréis que en este caso es importante. Pero hay varias cosas que ya puedo afirmar con bastante seguridad.

Koldo Altuna deja el estrado y se acerca hasta el sitio donde Lasa tiene el portátil.

—¿Me permites?

Lasa se hace a un lado.

Altuna pincha sobre una de las imágenes, y la pantalla la muestra ampliada. En ella se ve a Alejandro Rivas.

—Los cuatro fueron inmovilizados en vida. Las bridas dejaron lesiones compatibles con forcejeo prolongado. Especialmente en los tobillos. Y en las manos…

Altuna cambia de imagen. En primer plano aparecen unas manos con un clavo de grandes dimensiones atravesando el dorso y fijando las palmas a la mesa.

—En las manos hay desgarros que indican que intentaron zafarse de algún modo. Sobre todo, el padre y el hijo.

Silencio absoluto en La Caja.

Altuna continúa su exposición, y cambia de foto. Ahora en pantalla salen unos brazos femeninos.

—Los cuatro cadáveres presentan múltiples puntos de punción recientes. Antebrazos, muslos y cuello. Administraciones repetidas.

—¿Administración de qué? —pregunta Arregi, incapaz de soportar el ritmo pausado del forense.

—Esa es la cuestión… Por eso os he dicho que necesitamos aún confirmaciones de toxicología. Pero todo apunta a Midalozam y

Propofol. En cristiano —Altuna mira a Espinosa—: anestesia.

Y Espinosa coge el guante. Vuelve a la pizarra. Añade una anotación junto al nombre del padre.

ALEJANDO RIVAS MONTALBÁN (46) ((*CIRUJANO))*

—Sabemos que Alejando Montalbán ejerce como cirujano en una clínica privada en Madrid —dice el jefe de la DIC mientras cierra la tapa del rotulador.

—¿Casualidad? —indaga voz en alto Helena Ibarra desde su sitio.

—Las casualidades no existen cuando el triángulo azul está detrás.

La contestación de Arregi se queda flotando en La Caja. Todos le miran a él. Pero el que vuelve a hablar es Koldo Altuna.

—En realidad, más que anestesia, parece que se trató de sedación progresiva.

En pantalla aparece Sofía Rivas.

Mendia se revuelve en su silla. Aún tiene presente su rostro de la madrugada anterior. Incluso el olor.

El forense sigue hablando.

—Todo hace indicar que las dosis se administraron en intervalos distintos. Eso explicaría la multitud de punciones.

Altuna coge aire. Es preparación casi ritual antes de dar un nuevo golpe.

—Los mantuvieron lo suficientemente sedados como para que no pudieran resistirse durante un tiempo indeterminado, hasta que sus cuerpos terminaron por ceder.

—¿Estás diciendo que… —es Helena Ibarra quien vuelve a hablar — los tuvieron ahí inmóviles en la mesa, viendo cómo se apagaban los unos a los otros?

No hace falta contestación.

Eso es justo lo que Koldo Altuna está diciendo.

—Hay una cosa más… El padre, Alejandro Rivas, presentaba una incisión en el torso. Como de una intervención quirúrgica. Aunque no parece ni mucho menos algo profesional. Lo más curioso, es que no parece que le hayan extraído nada visible.

Espinosa retoma el mando.

—Tenemos varias vías de investigación que abrir. Lo primero, investigar la relación entre la profesión como cirujano de Alejando Rivas con todo esto. También, dilucidar el motivo por el que estaban en ese caserío perdido en el valle de Karrantza, cuando ellos son de Madrid. ¿Por qué, además, estaban en un caserío donde había una cripta con cadáveres ocultos en el sótano?

Espinosa vuelve a la pizarra.

—Y esto enlaza con la segunda parte de esta historia —dice mientras vuelve a tatuar de rotulador negro el lienzo en blanco de la pizarra.

EL SÓTANO

Iñaki Espinosa le cede la palabra a Altuna.

Pero el forense le pide el rotulador extendiendo la mano.

—Las fechas son aún muy aproximadas, aunque podemos ordenarlo por décadas. Voy a empezar de adelante hacia atrás —dice Altuna mientas empieza a escribir en la pizarra.

CADÁVER 1 – DÉCADA 2020 – DANIEL CORTÉS

CADÁVER 2 – DÉCADA 2000 – SOFÍA NAVARRO

CADÁVER 3 – DÉCADA 1990 – HUGO MARTÍNEZ

CADÁVER 4 – DÉCADA 1980 – IÑIGO ARRIETA

CADÁVER 5 – DÉCADA 1970 – GABRIEL ARISTEGUI

Lasa ya vuelve a controlar el portátil. Reproduce en la pantalla imágenes de la cripta del sótano. Fotos espeluznantes. En la primera, se ve la del cadáver 1. Lona de plástico recubriendo el cuerpo hasta la altura de la cabeza. Unas correas metálicas afianzando el cadáver a la pared. Una hoja de papel grapada a la altura del abdomen y recubierta de plástico para resguardarla. En ella se lee el nombre «DANIEL CORTÉS».

—Como digo, tratándose de cadáveres con tanta antigüedad, hacen falta aún muchísimas pruebas —dice Altuna—. Pero vamos sacando algunos patrones. Lo más obvio es la diferencia de años entre unos y otros. También que parece haber tanto hombres como mujeres entre ellos. En los casos más antiguos necesitamos más pruebas, pero la fisionomía ósea parece evidenciar el género.

Lasa selecciona la siguiente foto.

Década de los 2000. Un envoltorio similar. Plástico hasta la altura del cuello y correas metálicas firmes. En el abdomen un papel con el nombre «SOFÍA NAVARRO».

—Lo que sí puedo decir que sepamos hasta ahora, es que, en los más recientes, se aprecian algunas marcas óseas compatibles con posibles intervenciones quirúrgicas.

Siguiente foto.

Década de los 90. El plástico es más rudimentario que los anteriores. Las correas, son de cuero. El nombre se lee más sucio. «HUGO MARTINEZ».

—¿Y los nombres? —Es Arregi quien vuelve a preguntar.

Nadie lo ve, pero su pie izquierdo taconea con los nervios de las grandes veces contra el suelo.

—Esa ya no es una pregunta para mí —contesta Altuna.

Década de los 80. El cuerpo está envuelto por una tela de poliéster. Las correas parecen más rudimentarias que en el anterior. El nombre también está más degradado. Pero se lee bien. «IÑIGO ARRIETA».

Arregi se ha levantado de su silla. Se acerca a la pantalla ante la mirada del resto. Todavía queda ese respeto mezclado con el miedo a lo imprevisible de esa nueva versión del hombre que hace no tanto era el jefe de ese equipo.

—Lasa —dice Arregi ya a escasos centímetros de la pantalla—, ¿podríamos ampliar el nombre?

Lasa mira a Espinosa, y después empieza a teclear.

El nombre de Lucía ocupa casi toda la pantalla en primer plano.

—Lo veis, ¿verdad?

Arregi está señalando la letra final del nombre. La «a».

—¿Veis esto? —insiste —. La «a» está escrita sin la raya de abajo. Como si fuese un triángulo.

Arregi se gira bruscamente hacia Lasa.

—¡Amplía el resto de los nombres!

Daniel.

—La «a». Tampoco tiene la raya inferior —señala Arregi.

Sofía.

—Lo mismo. Fijaos bien.

Entonces llega el siguiente nombre. Ampliado en la pantalla. Y ese no tiene la letra «a».

Hugo.

Pero el apellido, sí.

—Martínez. La primera «a», parece un triángulo.

—Podría ser… —murmura Lasa.

Maialen Mendia se ha levantado para observar más de cerca. No dice nada.

—Es muy ambiguo —dice Ibarra desde su sitio—. Son letras muy distintas. Es pura elucubración… No sé…

—Claro que son letras distintas. Están escritas muy probablemente por diferentes personas. Hablamos de décadas de

diferencia. Pero el patrón está ahí. Es el triángulo —Arregi defiende su tesis.

Para él el triángulo siempre está presente.

Y ese es el problema para el resto.

—Ibarra tiene razón —dice Espinosa—. Podría ser, o podría no ser. Solo son letras raras escritas a mano con una caligrafía de mierda décadas atrás. Por ahora no podemos afirmar nada. Vamos a seguir.

Arregi le lanza una mirada que dice mil cosas o ninguna. Y vuelve a la quinta silla. Vuelve a su nuevo lugar.

En pantalla aparece el último cadáver, que es en realidad el primero cronológicamente.

Está cubierto por una sábana amarillenta. A diferencia de los anteriores, cubre todo el cuerpo y parte de la cabeza, dejando solo la mitad expuesta. Está atado a la pared por cuerdas roídas. Una escenificación más rudimentaria. El paso del tiempo marcando su ritmo decreciente con claridad. El papel sobre el abdomen está muy deteriorado. Se lee a duras penas el nombre, escrito a mano. «GABRIEL ARISTEGUI».

La «a» tampoco parece tener la raya inferior.

Depende de los ojos que lo miren, podrían ver un triángulo o no.

Altuna vuelve a hablar para cerrar su intervención.

—Hay algo respecto a los cadáveres y los nombres que sí parece relevante en el caso de este primer cadáver, el más antiguo. El de la década de los setenta. Los restos óseos dictaminan con bastante claridad, aunque aún a falta de pruebas, que se trataba de una mujer. De estatura bastante baja, además.

—Y, sin embargo —es Arregi quien vuelve a hablar—, tiene escrito el nombre «Gabriel». Un nombre de hombre.

—Exacto —contesta Altuna.

Arregi le quita el rotulador de la mano al forense. Y se lanza a la pizarra. Añade una anotación sobre el nombre del cadáver cinco.

CADÁVER 5 – DÉCADA 1970 – ***GABRIEL ARISTEGUI*****??**

Entonces habla para el resto de La Caja.

—El cadáver de una mujer con el nombre de un hombre.

4

14 de noviembre de 1971

Puerta de Hierro

Leve, rítmica, constante. El sonido más imponente y pavoroso de toda la enorme mansión es una gota cayendo.

El suero desciende por el tubo hasta el brazo del pequeño Gabriel. Carmen está sentada a su lado, como siempre que el señorito se queda dormido; así lo ordenó la señora Aristegui.

Desde hace varias semanas, velar por el niño es su prioridad, muy por encima de otros quehaceres de la casa. A Carmen no le molesta: lo adora como si fuese su propio hijo o un hermano pequeño, lo que resultaría más natural por la edad. Lo que está claro es que los Aristegui son para ella la familia que nunca tuvo, la que perdió demasiado rápido.

El señor Aristegui la acogió en su casa. Le dio un trabajo, un techo y un plato en la mesa cuando la vida le había negado todo ello y mucho más.

No, velar por el señorito Gabriel, incluso aunque le robe la mayoría de las horas de sueño, no es un problema para Carmen.

Pero el gotero sí.

Ese sonido leve, rítmico y constante.

Le recuerda al día de las pruebas médicas una semana atrás. Desde luego que no se quejó de ello, entiende lo que le dijo el señor, que son necesarias cada cierto tiempo para trabajar en una casa. Y más teniendo en cuenta que el señorito Gabriel está aquejado de su enfermedad. No, no se quejó, no.

Pero Carmen odia las agujas.

Es una mujer dura, abnegada y sufrida. Ha pasado por mucho y siempre lo ha hecho con denuedo. Pero las agujas… Con las agujas no puede por algún motivo que se le escapa.

Y la gota suena y suena. Le recuerda la aguja del gotero clavada en la piel del señorito; en la suya propia cuando le sacaron sangre la semana anterior. Y, por último, subraya el hecho de que el niño no mejora con el paso del tiempo, sino que más bien recorre el camino contrario.

El miedo empuja sus pensamientos hacia otro lugar muy distinto.

Y se pone otra vez nerviosa.

Se siente estúpida.

Pareces una cría, Carmen, se dice. Solo es un hombre que quiere conocerte.

Pero es justo esa, y no otra, la cuestión.

Un hombre quiere conocerla. Tal vez casarse con ella. En su mundo eso no existe; no tiene derecho a tan buena nueva. Ella es, por naturaleza, ajena a una posibilidad así, y por eso le cuesta reconocerse. No tiene claro si se siente mal o demasiado bien, ese es el problema, se dice.

Una, dos, tres, la gota sigue percutiendo. Su concierto se cuela entre sus nervios y los remueve. Nunca hubiese imaginado algo así. Un marido. Además, de buena posición. Debe serlo si es conocido del señor Aristegui. Un hombre. De buena posición. Un marido. Una, dos, tres, la gota sigue percutiendo.

Carmen se levanta de su silla junto a la cama del señorito Gabriel. En una concesión a sus instintos más primarios abandona su guardia y se planta frente al espejo de la habitación. Se coloca el pelo por enésima vez esa misma tarde. Un mechón rebelde. El mismo que se descuelga por el lateral derecho de la cabeza. Le gusta. Cree que le queda mejor así. Que le da un aire natural y desenfadado. Pero lo que crea ella no le importa a nadie. Debe llevar el pelo perfecto. Como una señora.

La maldita gota sigue sonando. Da igual lo que se aleje del gotero. Le persigue. Está en su cabeza.

Un vértigo malsano se apodera de su estómago cuando escucha la puerta abrirse.

Carmen se gira en un resorte, avergonzada de su posición tan vana, allí plantada frente al espejo, alimentando su ego cuando debería estar solo por y para el señorito.

Ya había adoptado la postura adecuada para hablar con la señora Isabel cuando, para su sorpresa, descubre que es el señor Aristegui quien ha entrado en la habitación.

Eso solo puede significar una cosa.

Ha llegado el momento.

—¿Qué tal, Carmen? ¿Preparada? Nos vamos enseguida.

Eduardo Aristegui habla mientras se acerca hasta la cama de su hijo. Allí, acaricia su mano sin llegar a tocarla. No quiere despertarle ahora que descansa.

—Claro, señor. Preparada. Pero ¿cómo es que nos vamos? Pensaba que el señor Montero vendría aquí.

—No. Finalmente iremos nosotros a su casa. Es un lugar maravilloso. Estoy seguro de que te va a encantar, Carmen.

Carmen sonríe. Intenta mantener la compostura. Nada de parecer atacada, por mucho que todo su cuerpo casi parezca ingrávido de la emoción.

—Pero, señor… yo… ¿Y el señorito Gabriel? No me siento del todo cómoda marchándome. Lleva varios días más… —no, eso no; Carmen busca palabras menos duras— con menos energía. Igual no es el mejor momento para todo esto.

Eduardo Aristegui se incorpora. Camina hacia la ventana desde la que se observa la mayoría del inmenso jardín que rodea su casa. Respira un puñado de veces y se gira hacia Carmen.

—No me malinterprete, señor. Agradezco mucho la oportunidad de conocer al señor Monteros. No crea que no. Pero siento que mi prioridad debe ser el señorito Gabriel. Él y está casa son lo primero para mí.

A Carmen le tiembla la voz. Es una mezcla de tensión y una realidad aún mayor que no es del todo correcto verbalizar. Ella

quiere al señorito Gabriel. Lo quiere como si fuese un hijo propio.

—Carmen, es de agradecer tu dedicación para con nosotros y esta casa. De verdad que sí. Pero tranquila, Gabriel tiene a su madre y a los mejores médicos llegado el caso. Estará bien. Te espero abajo, pero intenta no tardar. No queremos hacer esperar al señor Monteros, ¿verdad?

Carmen vuelve a sonreír.

—Desde luego que no, señor. Me despido del señorito Gabriel y bajo ya mismo.

Eduardo Aristegui sale de la habitación. El coche espera abajo.

Carmen se sienta junto a la cama.

Gabriel duerme profundamente.

—Prométeme que estarás bien unas cuantas horas, peque —Carmen le habla como solo entre ellos dos saben—. No voy a tardar mucho en venir.

Y después, regresa frente al espejo. El mechón vuelve a descolgarse rebelde hasta invadir la ceja derecha. Carmen se lo coloca. Y se insufla fuerzas a sí misma.

Es su primera cita con un hombre. Y qué hombre…

El señor Aristegui le ha hablado mucho de Fernando Monteros.

—Estas perfecta, Carmen —dice la voz nueva llegada desde la puerta—. Eres una mujer muy hermosa, aunque no te lo digan a menudo.

La señora Aristegui acaba de entrar en la habitación para acompañar a su hijo.

Ambas mujeres se despiden con un abrazo antes de que Carmen abandone la habitación.

La relación con la señora siempre ha sido más cercana que con el señor. A fin de cuentas, es con ella con quien pasa la mayoría del tiempo en la casa.

—Señora Monteros —dice Carmen en alto mientras baja las escaleras hacia el coche—. Señora Monteros, suena bien.

5

Día 1

19:45

GABRIEL.

Arregi mira el nombre escrito en la pizarra junto al cadáver número 5, el más antiguo de todos. Un cadáver, según Altuna, perteneciente a una mujer. Después observa la foto tomada como prueba de ese mismo cadáver envuelto en una sábana amarillenta. El nombre escrito sobre ella en una hoja de papel roída.

A esas horas del primer día de investigación, en La Caja solo están él y sus demonios. Salvador Arregi observa ese nombre masculino imposible, pero lo que lo hipnotiza hasta lo enfermizo es una de las letras: la «a». Esa «a» escrita a mano y emborronada por décadas de olvido. Esa «a» de caligrafía sucia a la que le falta el travesaño inferior.

Esa «a» que para él es un triángulo incompleto.

Morirá solo con esa idea si es preciso; no sería la primera vez. Su batalla contra el triángulo es algo más que personal.

El sonido seco y repentino le arranca de su viaje en el tiempo a un lóbrego sótano de un caserío de Karrantza cinco décadas atrás. Uno en el que tal vez inició la historia negra de un triángulo azul. Es la puerta de La Caja abriéndose. Tiene compañía.

No le hace falta mirar. Se permite seguir clavando la mirada a ese triángulo camuflado en un nombre que aún es abstracto. Espinosa ha entrado en La Caja.

Pero Arregi también se equivoca.

—Me imaginaba que estarías aquí.

La voz suave de Maialen Mendia surca La Caja hasta acariciar la nuca de Arregi.

—Teníamos una cita. Ya veo que lo has olvidado —añade ella mientras camina hacia las pizarras que engullen lo poco que queda de Salvador.

Arregi se gira. Piensa un segundo de más, le cuesta salir a la superficie.

—Es jueves… —dice Mendia, que hace un gesto con la mano al segundo—. Da igual… Solo me estaba quedando contigo.

Es jueves. Era eso, piensa Arregi, que cae en la cuenta de hasta qué punto no sabía ni en qué día vivía desde que ha salido del caserío de Karrantza.

—Es un triángulo.

Arregi tira las fotos que sujetaba con la mano sobre la mesa de las mil marcas.

—Todas las «a» lo son. Son triángulos. En nombres escritos en distintas décadas. No lo entiendo… Puedo incluso llegar a entender que el triángulo y la Fundación Sísifo lleven todo ese tiempo operando. ¿Pero por qué matar en ese caserío a una familia de Madrid y firmar con un triángulo sobre la mesa? ¿Por qué hacer algo así si en el sótano había todo este arsenal de cadáveres marcados?

Arregi se deja caer sobre una de las sillas.

—No lo entiendo. No tiene ningún sentido.

Mendia se sienta en la silla más cercana a la de Arregi. La arrastra para acercarse todavía más a él.

—En serio, no deberías haberte saltado nuestra cita —dice ella—. Todavía estamos a tiempo. Y creo que te vendrá bien salir del bucle. Me jugaría las consumiciones de setenta jueves consecutivos a que no has dormido ni media hora desde que nos dieron el aviso de lo de Karrantza.

—Puedo empezar pagando la de hoy —contesta Arregi, que sigue mirando las letras de los nombres.

Ella sonríe.

Se levanta y le tira del brazo.

El bar La Fragua no es el más moderno ni el que sirva algo especial. Solo es el que queda más cerca del piso de Arregi.

Es jueves y día de *pintxopote.* Hay algo más de gente que lo normal, lo que tampoco es mucha. Un par de mesas ocupadas por clientes que aprovechan para casi cenar. Cubiertos contra platos y vasos que se apoyan sobre la mesa una y otra vez, tras tragos continuos y optimistas. La televisión colgada de la esquina escupe un partido sin sonido, tapado por el murmullo constante de voces.

Detrás de la barra, el camarero seca copas con una rutina que no exige atención extra a nada. Levanta la mirada lo justo para registrar a los nuevos y vuelve a lo suyo.

Arregi y Mendia están en medio de ese microcosmos. Sentados en una mesa junto a la pared, lo bastante apartada como para no ser estorbados, lo bastante visible como para formar parte del paisaje.

Es exactamente el mismo cuadro que un jueves hace más de un año, cuando Maialen Mendia sacó a Arregi a la fuerza de la obsesión de la habitación de las paredes pintadas. Y sin saberlo ninguno de los dos, el inicio de una pequeña tradición. Se han reunido regularmente la mayoría de los jueves de los últimos trece meses, justo ahí, en un bar que no es el más moderno ni el que sirva algo especial.

Mendia da un trago a su cerveza, que está cayendo más rápido de lo normal. Después se toca el pelo con los dedos, gesto inédito dentro de la idiosincrasia de ese ritual que comparten. Eso alguien como Arregi lo escanea.

—A veces me pregunto si algún día me contarás en qué estabas metido en aquella época… —dice Mendia—, cuando vinimos aquí por primera vez. Todos sabemos que tramabas algo, Arregi… No somos gilipollas. Pero bueno, estás en tu derecho. Además, fuera lo que fuese lo que encontraste, volviste distinto. Te ayudó a empezar a sanar, de algún modo.

Arregi sonríe. Es ya un maestro de aparentar normalidad. En crear una película alrededor suyo para esconder su verdadera piel. Mendia no sabe cuantísimo se equivoca en su percepción.

Ella sigue hablando.

—Sé que pedirte que vuelvas del todo es imposible. Puede que incluso injusto. Pero al menos, parece que encontraste un pequeño oasis de paz en el que refrescarte un poco. Y, aunque sé que tu mejoría viene dada más por ese oasis que por nuestras quedadas aquí, me gustaría pensar que eso también ha ayudado. Que nuestros jueves han ayudado.

Arregi vuelve a sonreír. Después da un largo trago a su botellín de cerveza.

—Mendia, suelta de una vez lo que sea que tienes que soltar.

—Estoy saliendo con alguien.

La frase llega como un golpe seco después de oleadas de interludio gestual.

Arregi no sonríe esta vez. Sus ojos oscuros y cada vez más hondos, más hundidos en sí mismos, están fijos en Mendia. Tardan en reaccionar varios segundos más de la cuenta. Tras ellos, hay una disputa encarnizada de sentimientos, algunos de ellos, especialmente dolorosos.

Salvador Arregi no puede creer que lo esté invadiendo algo parecido a los celos.

No le duele que Mendia tenga pareja. Le duele que le afecte.

Es un deshonor hacia Anna. Y por rebote hacia Astrid. Así lo siente en ese momento, y se tortura por ello sin compasión alguna. En el lapso ínfimo que tarda en reaccionar, ya se ha desgarrado el interior con dos mil latigazos autoimpuestos.

—Ya sabía que algo tenías que soltar, Mendia. —Arregi ahora sí lanza una sonrisa tan mentirosa como el resto—. Bueno, supongo que es una buena noticia, ¿no?

Entonces ella también sonríe, de forma tímida, muy tímida.

—Sí, claro. O eso espero —contesta, y ahora la sonrisa se transforma en risa irónica.

—Seguro que sí. ¿Cómo se llama?

—Diego.

—Diego… —Arregi asiente y da otro trago largo de cerveza.

—Sí. Es valenciano. Lleva aquí varios años por trabajo. Aunque viaja bastante… sí…

La conversación se encasquilla por mucho que se intente hacer rodar con normalidad su engranaje.

—Me gustaría que siguiésemos haciendo esto. Las quedadas de los jueves —dice ella.

—Claro —contesta él—. ¿Y por qué no íbamos a hacerlo? Solo somos compañeros de trabajo charlando de sus cosas.

Arregi se afianza en esa idea, que es la única posible para él. Siempre ha sido así. Pero algo sigue removiéndose en algún recoveco remoto sin su permiso. Y el silencio que sigue, no ayuda a que esa presencia sea menos molesta.

—¿Quieres otra? —Arregi alza su botellín vacío—. Recuerda que pago yo. Me quedan al menos otros sesenta y nueve jueves por invitar. Tenías razón antes, no he dormido nada desde que hemos salido del caserío.

—Según lo que ha dicho Altuna… Dios… ¿Crees que estuvieron allí, vivos, alrededor de la mesa, viendo cómo sus familiares se apagaban? La niña solo tenía… —Mendia corta en seco—. Arregi… A veces todo esto me cansa demasiado...

Mendia se da cuenta casi al instante de que ha tocado una herida abierta al mencionar a la niña y la edad. Pero ese es el problema de estar con Arregi. Que casi todo en él supura. Es inevitable tocar un nervio en algún momento.

Pero Salvador Arregi contesta en modo operativo.

—Sí, es horrible. Siempre lo es cuando el triángulo aparece. La última vez, una familia fue masacrada. Y lo fue solo para aportar

atrezzo. —La frase es un mazo—. Con esto es con lo que tratamos. Creo que esta vez puede ser algo similar.

—¿A qué te refieres? Creo que no te capto, Arregi.

Arregi no contesta al momento. El teléfono móvil lleva un minuto reclamando su atención con vibraciones furibundas en el bolsillo del pantalón. Lo atiende ante la mirada expectante de Mendia.

Es Lasa. Una llamada. Dos mensajes.

—A lo que me refiero —Arregi retoma el punto anterior—… es que la última vez que apareció el triángulo y una familia masacrada, el verdadero responsable quedó libre.

—Te refieres a…

—Sí. Me da igual cómo Espinosa cerrase el caso. Lo respeto, hizo lo que dicta el procedimiento con los elementos que tenía, pero… El Arquitecto es real. Y campa por las calles. A eso me refiero.

Arregi se levanta. Deja sobre la mesa un billete de veinte euros.

—Ha sido un placer, una vez más. Pero Lasa ha encontrado algo de Alejandro Rivas. Tengo que verme con él en La Caja. Puedes venir si quieres. Si es que Diego puede esperarte... Seguramente se nos hará tarde de cojones.

—Esperará. Más le vale acostumbrarse...

6

El Arquitecto

Nada de café. Ese es un truco que solo los verdaderos profesionales de la vigilancia saben aplicar. Tiene efecto diurético y no compensa el plus de atención de la cafeína si tienes que ausentarte del puesto de observación para ir a mear.

El Arquitecto lo aprendió hace mucho.

Lleva dedicándose a esto demasiado.

La reflexión le viene sola. La mente vuela libre en ese compartimento estanco y silencioso que es el interior del coche. Estanco, silencioso y pequeño. Con la incomodidad de un coche de pobre, piensa. Esta vez tocaba el Toyota Yaris gris. Es lo que tiene camuflarse en la ciudad: pagas el precio de lo mundano, que resulta mucho más caro que el lujo. Como, por ejemplo, hipotecar las lumbares en ese sillón de tortura que es el asiento del conductor. El Arquitecto agradece no ser excesivamente alto; no quiere imaginarse dónde metería las piernas tras horas enclaustrado en esa caja enana.

Claro que, si fuese excesivamente alto, no sería El Arquitecto. Destacar en cualquier característica, incluso en las que se consideran positivas, es el mayor impedimento cuando quieres ser invisible.

En el asiento del copiloto hay una carpeta entreabierta. Algunos papeles asoman. Son las fotos del caserío de Karrantza. También hay varias de la familia del cirujano, Alejandro Rivas. Ellos irán antes, eso ya lo tiene decidido. Aunque trabaja en simultáneo ambas situaciones. Ha estado ojeando esa carpeta durante más de una hora, cuando todavía estaba fuera de rango temporal. Pero ahora ya no puede estar distraído.

Ahora solo puede mirar a la puerta del portal del número 22.

Ya debe quedar poco, si sus cálculos no le fallan.

No fallan. Nunca lo hacen.

Han pasado doce minutos desde que lo ha pensado hasta que la puerta del portal 22 se abre. El Yaris está a una distancia considerable: lo justo para ver si alguien sale, pero sin entrar en detalles. A medio camino. Gris. Como todo en él.

Pero, la melena ondulada castaña; esa que rebota con cada pisada armónica de pies alzados en tacones, es inconfundible. Y más aún, cuando ya la has observado tantas veces.

El Arquitecto espera un minuto largo antes de salir del coche. No hay que precipitarse. Además, conoce bien los caminos que suele tomar ella. Puede recortarle distancia a en función de lo que necesite acercarse.

Hoy debe tener especial cuidado. Hoy no es un día más. Hoy va a cruzar una de las líneas maestras de su plan de seguimiento.

Con ese mantra grabado a fuego, continúa su paso anodino por la urbe, donde es una hormiga más, tan insignificante como cualquier réplica de normalidad producida a gran escala. Como un producto global. Olvidable. El Arquitecto camina con el porte de un ciudadano cualquiera. Vestido con elegancia sobria. Sus zapatos, ni demasiado caros, ni demasiado baratos, pisan el suelo marcando el ritmo perfecto para no perder la melena ondulada, pero tampoco acercarse a ella en exceso.

Han pasado veinte minutos cuando los mejores pronósticos se confirman.

La melena ondulada ha entrado por la puerta de La Octava.

Sí, hoy va a ser el día en el que El Arquitecto dé un paso más.

Aminora el ritmo. Quiere dejar más margen entre ambas entradas al local. En la sutileza de los detalles está la magia para quien sabe apreciarla.

Se supone que a casi cualquier persona le gustaría sumar puntos de atractivo físico si un genio les concediese ese deseo. El Arquitecto no es una de esas personas. El arquitecto incluso rebaja más las propias posibilidades. Corte de pelo plano. Nada de barba, aunque

sepa que le favorece más. Todo en el rehúye de llamar la atención. Tampoco es feo ni poco cuidado, más bien al contrario. Él sabe que tener un aspecto atractivo es también positivo para que la gente confíe en ti. Es un atractivo aburrido, así lo llama él. Lo justo para no levantar sospechas, ni para bien ni para mal. Siempre ahí, en ese limbo, preparado para enfundarse su traje de carisma, pero solo justo cuando lo necesite. Y ahí sí, cuando lo considera oportuno, El Arquitecto puede ser irresistible si se lo propone. Una serpiente que se camufla primero, se muestra y te embelesa después, y te muerde para envenenarte al final.

—Una cerveza, por favor —le pide la serpiente a la camarera.

El Arquitecto se sienta en la mesa más alejada de su objetivo.

Da un trago al botellín helado de cerveza.

Y desde su atalaya, la observa con calma.

Una versión un tanto desafinada de *Soldadito Marinero* pone el hilo musical a la escena.

El Arquitecto ni le presta apenas atención.

Finge distracción. Un trago de cerveza. Observa el móvil donde no está mirando en realidad nada. Está pensando en sus planes. En ella. En el caserío de Karrantza al que deberá viajar antes para preparar lo de la familia Rivas.

Otro trago de cerveza fría. El primero siempre es el mejor. Es increíble cómo los siguientes van bajando en intensidad y gusto. El Arquitecto lanza una mirada fugaz al rostro perteneciente a la melena ondulada. La observa bien, aunque la mire solo a ráfagas. Siempre ha tenido cierta fijación con la piel; sin llegar a entender el motivo tras esa filia tan impropia de alguien tan frío como él. Se imagina que la piel de esa mujer es muy suave. Al menos, lo parece.

Se imagina pintando sobre esa piel el triángulo azul.

Cada cosa a su tiempo. Primero el cirujano en Karrantza. Después, ella.

Se le hace extraño trabajar de este modo.

Pero tampoco ha tenido elección.

Un triángulo azul sobre el cutis suave de la frente por donde caerá el pelo ondulado. O tal vez en otro lugar. Ya veremos.

El último trago de cerveza ya no vale nada.

7

Día 1

21:08

El reloj de pared marca las 21:17. Con el paso del tiempo, su hora se desfasa más. Es lo que tienen las cosas rotas: tienden a empeorar.

A esas horas La Caja parece más pequeña. Más silenciosa. Las paredes absorben las horas de más que sus ocupantes llevan despiertos. La madrugada del horror en el caserío de Karrantza se ha estirado hasta empalmar con una nueva noche.

Salvador Arregi y Maialen Mendia acaban de entrar por la puerta. Aitor Lasa tiene la cara de alguien que lleva horas consultando números en una pantalla, y que sigue haciéndolo incluso en el momento en que escucha entrar a los recién llegados.

Es Mendia quien se lanza directa a la cafetera, que expulsa su veneno directo a tres tazas, una detrás de otra. No pregunta, casi exige a los otros dos beber. Todos lo necesitan.

Lasa engulle tres tragos cortos y ardientes de su taza. Y después mantiene unos segundos más la paz del silencio.

—Alejandro Rivas huele como si estuviese hasta arriba de mierda —dice al fin.

Arregi y Mendia ya flanquean a Lasa y su portátil, uno a cada lado.

Nexum Consulting S.L.

El nombre está resaltado en mitad de la pantalla.

—Esto es una supuesta consultoría sanitaria —dice Lasa—. Un empleado declarado. Oficina virtual en Madrid. Pérdidas constantes desde hace al menos cuatro años.

Lasa cambia de pestaña.

Northex Biotech Advisors

—Esta es una supuesta intermediaria de equipamiento médico.

—¿Y qué venden? —pregunta Mendia.

—Nada.

Lasa suelta el ratón. Entrelaza los dedos de ambas manos y mira primero a Mendia y después a Arregi.

—No compran nada, no almacenan nada, porque no creo ni que tengan lugar físico. No tienen actividad real. —Lasa vuelve al ratón, abre una nueva apantalla, con movimientos bancarios—. Pero el doctor Alejandro Rivas, o, mejor dicho, su clínica privada, les hacen pagos, con conceptos como material quirúrgico.

Arregi se acerca un poco más al portátil.

—Empresas pantalla —dice.

—Y no muy sofisticadas, eso es lo que me mosquea —contesta Lasa—. Recuerdo, cuando el caso de La Bruma, lo que aprendí con la de delitos financieros... Dios, qué rara era, parecía un robot, análisis frío... En fin, que cuando estuvimos con ella vi el entramado que montaban las pantallas de la Fundación Sísifo, y era mucho más complejo que esto. Esto es… Parece una chapuza.

Lasa vuelve a abrir otra pestaña.

—Al principio no entendía por qué motivo Alejandro Rivas enviaba dinero a esas empresas pantalla, hasta que encontré el siguiente peldaño de la escalera.

Nueva capa.

Más mierda.

La pantalla vomita el nombre.

Lindholm Trustees AG

—Suiza —dice Lasa.

Arregi suelta una risa seca, sin atisbo alguno de humor.

—Así que es eso…

—Ambas empresas terminan enviando dinero aquí —continúa Lasa—. Mi lectura del asunto es que tal vez Alejandro Rivas recibiese pagos que debía limpiar. Pero eso, por ahora, no es más que especulación. Aquí el rastro prácticamente se pierde, o al menos yo no sé seguirlo más. Habría que hablar con el equipo de financieros; ellos tal vez puedan escarbar un poco más. Igual vuelve a aparecer la robot.

—¿Qué pasa, Lasa? Lo dices como si estuvieses deseando que volviera —suelta Mendia.

Lasa niega tres veces.

—Prácticamente —dice Mendia—. Has dicho que el rastro prácticamente muere ahí. ¿Por qué solo «prácticamente»?

Lasa la señala con el índice.

—Hay una cosa más.

Lasa abre una carpeta y otra dentro de ella.

—He recopilado algo en común que tienen muchos de los movimientos que realizaba Alejandro Rivas a una de sus pantallas. La de Nexum Consulting.

Lasa amplía un documento fiscal que se repite en una lista interminable que se extiende hacia abajo en la subcarpeta.

Es una firma.

Otra.

Otra más.

Siempre la misma.

De una mujer.

Claudia Ferrer.

Asesora fiscal.

Madrid.

—Su nombre aparece en constituciones societarias, poderes notariales, cierres fiscales y movimientos *offshore*. Joder, la robot

estaría orgullosa de mí. —Lasa mira a Mendia de reojo.

Arregi observa el nombre de la mujer. Y la firma.

—¿Sabemos algo más de ella? ¿De Claudia Ferrer? —pregunta.

Lasa niega.

—Hasta ahora no.

—Lasa, jódele la cena a Espinosa. —Arregi se gira hacia la pizarra y coge el rotulador—. Llámale, y que active a los de financieros. Tenemos que hurgar mucho más aquí. Para mañana a primera hora tenemos que saber algo más.

Salvador Arregi ha hablado como si otra vez fuese el jefe de la DIC. Sin ni siquiera darse cuenta de ello. Algo que brota desde las entrañas para imponerse, aunque no se quiera.

También escribe en sus pizarras.

El nuevo nombre se une al de la familia Rivas y los de los cadáveres del Sótano de Karrantza.

CLAUDIA FERRER

La nueva pieza queda justo debajo de un interrogante aún sin respuesta. El de por qué el cadáver de una mujer de la década de los 70 tenía escrito un nombre de hombre.

CADÁVER 5 – DÉCADA DE LOS 70 – (GABRIEL ARISTEGUI)

Arregi observa ambos nombres. Presente y pasado empiezan a tejer hilos bañados en sangre.

Siente esa punzada extraña, pero que ha aprendido a identificar bien.

Como si ya hubiesen llegado tarde a otra tragedia que no saben ni si está en marcha.

8

14 de noviembre de 1971

Carmen mira por la ventanilla del coche. El cielo se ha cerrado hace demasiado. El viaje está durando mucho más de lo que imaginaba.

Le gustaría preguntar adónde van, pero no quiere parecer desconfiada o desagradecida con el señor.

Eduardo Aristegui es quien conduce.

Al prescindir del chófer, Carmen daba aún más por hecho lo lógico, que era un trayecto corto. Pero ya llevan casi cuatro horas. Demasiado. No puede evitar pensar en el señorito Gabriel. Es ella quien lo cuida. Abandonarlo ahora que está tan enfermo la hace sentir mal. Velar por él es su deber, punto primero. Y segundo, ella le aprecia realmente. Estar a kilómetros de él, conociendo a un hombre, por mucho que sea un pretendiente para tomarla como esposa, la hace sentir miserable. Y eso la hace sentir estúpida. Porque es incapaz de disfrutar de algo bueno que la vida le depara por fin, piensa mientras mira por la ventanilla.

La temperatura ha bajado considerablemente dentro del vehículo, por lo que fuera debe ser más pronunciado aún. Antes de que la oscuridad anegase el cielo, el gris de las nubes ya se había ido tornando en plomizo. Hasta terminar por descargar ese torrente de lluvia que golpea contra la carrocería.

Un cartel le confirma a Carmen lo que sospechaba hace rato.

Están adentrándose en el País Vasco.

Carmen nunca había estado tanto tiempo a solas con el señor Aristegui. Y aunque al principio la conversación ha discurrido a tirones, pronto ambos han cedido ante lo irregular del terreno, y el silencio ha ido ganando cuerpo hasta imponerse definitivamente.

Y ha sido mejor así. Los dos están más cómodos de ese modo.

Aunque la parte negativa de ello, de ese silencio cálido pero denso, es que te hace pensar más. Divagar. Perderte entre sospechas que se van enrareciendo.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, señor? Tenía entendido que el señor Monteros residía en la Comunidad de Madrid, por lo que usted me dijo.

La pregunta de Carmen surca el interior del coche, de atrás hacia adelante.

Eduardo Aristegui no deja de mirar la carretera en ningún momento. La lluvia arrecia con fuerza y aunque los parabrisas se mueven a la velocidad máxima, hay que estar concentrado para no perder visibilidad.

—Carranza —contesta Eduardo Aristegui—. ¿Te suena? El señor Monteros tiene un caserío en el valle. Es un paisaje natural precioso. Te va a encantar.

Carranza. Carmen no lo había oído antes. Tampoco es muy ducha en geografía. No tuvo tiempo de estudiar demasiado. Padre murió pronto, y había que ayudar a madre en el trabajo. Madre murió no mucho después. Estudiar nunca fue una opción para ella.

Carranza

El cartel en lo alto anuncia que ya están llegando.

Los montes se erigen a ambos lados como sombras negras gigantes y amenazantes. De día debe ser un paisaje evocador norteño. De noche, es otra cosa.

La lluvia ha parado. Es un alivio en vista del camino secundario por el que ha metido el coche el señor Aristegui, piensa Carmen, que rebota en el asiento trasero con cada bache del sendero embarrado. Hasta que un fantasma de hormigón aparece ante ellos.

—Hemos llegado. Esta es la casa.

Eduardo Aristegui detiene el coche a una veintena de metros de la valla metálica que cierra el acceso al caserón. Y desde esa posición, toca el claxon del coche tres veces.

Después, solo aguarda ahí, quieto y con las manos en el volante.

Carmen observa desde el asiento trasero. Empieza a estar más inquieta de lo que le gustaría reconocer. Y esa sensación se incrementa cuando, desde el interior del coche, ve aparecer una figura salida de la puerta de entrada de la casa. Una figura con un abrigo con capucha, que lleva puesta pese a que ya ha dejado de llover, y que tapa casi por completo cuerpo y rostro. En la mano derecha lleva una linterna para alumbrar sus pasos en la oscuridad cerrada del valle.

El encapuchado avanza hasta la valla metálica y la abre. Después vuelve sobre sus pasos hasta la casa. Y desaparece por la puerta.

Solo en ese momento Eduardo Aristegui vuelve a poner el coche en marcha y avanza hasta meterlo en el perímetro de terreno del caserón. Están muy cerca de la puerta de entrada, que no está cerrada del todo. Un hilo de luz dibuja una línea en uno de sus laterales.

Eduardo Aristegui coge su abrigo del asiento del copiloto y se lo pone al mismo tiempo que baja del coche. Abre la puerta trasera para ofrecer paso de forma caballerosa a Carmen, que también baja del vehículo.

Fuera la temperatura es heladora. La humedad hace que se incremente la sensación. Carmen siente que el frío se le mete en los huesos en los pocos pasos que recorren ella y el señor hasta llegar a la puerta entornada.

Y sin más, ya están dentro. Siguiendo los pasos previos del encapuchado.

En el interior de la casa la temperatura es un abrazo cálido que evoca protección. El ambiente es agradable, con un lujo sobrio que se siente en cada detalle. Un fino hilo de música clásica llega desde algún punto.

Eduardo Aristegui deja su abrigo colgado. Y mete la mano en uno de los bolsillos laterales.

—Toma, póntela —dice mientras le extiende una máscara negra a Carmen.

Ella le mira desconcertada.

Es una máscara pequeña, fina. De esas elegantes que se ven en las películas cuando señores y señoras están en una fiesta de disfraces de postín. Está compuesta de brillantes negros. Lo cierto es que le parece preciosa.

Carmen la coge. Intenta disimular el temblor de la mano. Ella no está preparada para ese tipo de sutilezas. No va a saber comportarse.

El señor Aristegui saca del bolsillo del abrigo una segunda máscara, y se la pone él mismo. La suya es verde petróleo.

Carmen le observa un segundo, solo uno, antes de ponerse ella su máscara. Siente el impulso de mirarse en un espejo. De comprobar cómo le queda la nueva pieza.

—Señor y señora, pasen por favor.

La voz masculina llega desde un lateral de Carmen, que se gira y se encuentra con otra máscara. Azul oscuro esta. Tapando el rostro del hombre que porta una bandeja con dos copas de vino.

El hombre de la máscara azul se adentra en el salón de estar. Les invita con su mera actitud a seguirle hasta la mesa donde apoya la bandeja con cuidado. Coge una de las copas y se la ofrece a Carmen. Y la otra, a Eduardo Aristegui.

—El señor Monteros estará en seguida con ustedes. Espero que el vino sea de su agrado.

El hombre de la máscara azul se marcha por donde ha venido.

Carmen mira al señor Aristegui. Es raro solo ver sus ojos a través de esa máscara verde tan oscura. Espera que le diga algo. Que la conversación disipe algo unos nervios que ya están disparados. Pero eso no ocurre. El señor no habla. Solo bebe tragos cortos con gestos secos.

Carmen hace lo propio. Bebe y asiente. Como si fuese capaz de identificar los matices de un buen vino. Cae en la cuenta en ese instante. El señor Aristegui ha estado muy callado en todo momento.

Las copas están apoyadas sobre la mesa. En ellas solo queda ya un fino poso de vino restante.

—Espero que les haya gustado. Es una cosecha excelente y muy antigua.

Máscara blanca. Traje negro impecable. Bajando por las escaleras de madera.

El hombre se acerca hasta ellos.

—Carmen, te presento al señor Monteros —dice el señor Aristegui.

El hombre de la máscara blanca extiende la mano. Carmen ofrece la suya. Y el señor la toma y da un beso leve y elegante en el dorso de la de ella.

—Espero también que no le haya parecido molesto lo de las máscaras. Es un pequeño juego. Si lo desea la señorita, podemos quitárnosla cuando quiera.

Carmen sonríe y niega tímidamente con la cabeza.

—Pero es mucho más interesante mantener el misterio, ¿verdad? —dice casi de seguido el señor Monteros—. Es una forma de conocer más a la persona por lo que habla y transmite más que por la mera apariencia. Eso amplifica el impacto de la segunda después. Al menos así lo veo yo.

El señor Monteros se acerca a Carmen. Hasta que sus máscaras están casi pegadas.

—En fin —dice él en la distancia y tono confidente—. Tonterías de este viejo loco… —Y sonríe.

—Muy bueno, el vino —dice Eduardo Aristegui.

Carmen agradece el capote del señor. Está algo abrumada por la situación. Siente un calor reptando por la nuca. Intenta mantener la compostura y sonreír.

—Me alegro de que les haya gustado. Me gustaría mostrarles la bodega, si les parece bien. Es mi lugar favorito de la casa. —El señor Monteros ríe bajo la máscara blanca.

La propuesta es aceptada de buen grado, como no podía ser de otro modo.

La única pega, es que hay que acceder desde fuera.

Como son solo unos pocos metros, prescinden de los abrigos mientras rodean un lateral de la casa, hasta estar junto a una puerta de madera.

El hombre de la máscara azul los acompaña. Abre la puerta y cede el paso. El señor Monteros entra primero, y le siguen Carmen y el señor Aristegui. Los escalones descienden hacia la bodega enterrada en el sótano.

Carmen lo nota ya en las escaleras. Ese calor en la nuca amplificándose. Las piernas parecen fallarle. Podría ser por el terror ante lo que ve, pero es por el vino que ha bebido antes. Se está mareando. Todo le parece irreal, una escena que se difumina cada vez más.

En ese sótano no hay botellas de vino. Hay una mesa metálica en el centro. Y varias figuras alrededor. No llega a diferenciarlas con claridad. Ese halo difuso la engulle por fin.

Eso es lo último que ve antes de sentir que se desvanece y unos brazos agarrándola.

9

Día 2

9:47

Maialen Mendia recoge su abrigo de la silla. Nadie ha podido entender aún por qué jamás lo cuelga en la percha de La Caja como los demás.

Da un vistazo al reloj de pared, como si sirviese de referencia, se despide y sale.

Ella y Espinosa van a rastrear el entorno del caserío de Karrantza. Van a interrogar a la mujer que dio el aviso a la policía en la noche de autos. Y después, trazar un cordón a varios kilómetros del propio caserío, incluyendo posibles accesos.

Al menos, de ese modo lo ha expuesto Espinosa en la reunión de primera hora.

Ibarra y Lasa se ocuparán de seguir buceando en las aguas turbias de Alejandro Rivas y, sobre todo, empezarán a intentar entender quiénes son los cadáveres emparedados en el sótano del caserío. Esa ha sido la otra parte de la ruta a seguir en la investigación impuesta por el inspector jefe.

Arregi, por su parte, bueno, todos saben que él va la gran mayoría del tiempo por libre.

Puede que sea eso último lo que perturba a Helena Ibarra, que se remueve incómoda en su silla de La Caja. Se suponía que ella iba a ser ese verso suelto. Esa mano derecha de la jefatura. Así se lo prometió Espinosa. Pero entonces, un buen día, un espectro llamado Salvador Arregi entró por la puerta de La Caja de nuevo. Y tras doce meses, así están.

Un año después, Helena Ibarra, la prometedora y metódica profesional que aspiraba a dirigir la DIC, está sentada comiendo junto a Aitor Lasa.

Y Lasa es un espejo opuesto.

Se nota que disfruta.

Expone sobre la mesa de las mil marcas una lista. Nombres y apellidos.

CADÁVER 1 – DÉCADA 2020 – DANIEL PINTO
CADÁVER 2 – DÉCADA 2000 – SOFÍA ESTEVEZ
CADÁVER 3 – DÉCADA 1990 – HUGO SALINILLA
CADÁVER 4 – DECDA 1980 – LUCIA PRIETO
CADÁVER 5 – DÉCADA 1970 – GABRIEL ARISTEGUI

Los cadáveres del sótano.

—¿Por qué los hemos apuntado así? —se queja Ibarra—. ¿No es más lioso? Lo normal sería que el más antiguo sea el cadáver uno, ¿no?

—Puede ser. Es porque era el orden en el que estaban enterrados en la pared… —Lasa ya está encendiendo el portátil, y no presta demasiada atención—. Qué más da… Aquí lo importante es que nos organicemos bien sobre cómo empezar a buscar. Porque solo con la referencia de nombre y primer apellido, esto va a ser un caos.

Helena Ibarra resopla dos veces y se levanta de la silla.

Tres minutos después vuelve con dos cafés venenosos de la máquina.

—Es mejor empezar por uno y centrar la búsqueda. Empezaría solo acotando al País Vasco, ya que es lo más probable. Sobre todo, en el caso del primero, que el apellido es vasco —Ibarra habla con decisión, la profesional siempre se impone en ella.

—Cuando dices al primero, ¿te refieres al uno o al cinco? —pregunta Lasa.

—Joder, te he dicho que esto es un puto lío. Al primero cronológicamente, me refiero a…

Lasa suelta una medio carcajada mientras ya teclea.

—¿Me estabas vacilando? —pregunta Ibarra.

Lasa niega con un gesto, todavía tiene la sonrisa dibujada.

—Esto se va a hacer muy largo —murmulla Ibarra.

—Sí. —Lasa se pone serio—. Creo que tienes razón. Uno por uno. Empezamos cronológicamente. Década de los setenta. Acotamos al País Vasco. Además, como has dicho, el apellido de ese es vasco.

Lasa teclea en el buscador: Gabriel Aristegui.

Tras varias capas de filtros y acotando la búsqueda a territorio vasco, la lista no es tan extensa como podría parecer.

Lasa e Ibarra se miran.

Hay tres Gabriel Aristegui distintos a los que empezar a diseccionar.

La pregunta por responder en ellos es demasiado oscura.

¿Por qué ese nombre y apellidos estaba sobre el cadáver de una mujer que databa de los años setenta?

10

El Arquitecto

La versión de *My way* es espectacular. Se nota en el ambiente: esa electricidad especial que recorre el interior de La Octava. Mucha gente está de pie, sujetando la consumición en la mano y bailando, o simplemente observando y disfrutando. Casi nadie habla. La música impone su jerarquía en ese segundo concreto, después ya veremos.

Momento grande.

Al menos para El Arquitecto, que va a dar el paso definitivo tras tanto seguimiento cauteloso, tras tanto preparativo.

Esa piel que parece tan suave está más cerca que nunca. Casi puede imaginar su obra terminada. Casi puede rozar la melena ondulada, que ha sido la estela a seguir.

Entonces se pone a su lado.

—Hola. Es increíble el ambiente que hay hoy, ¿verdad?

Ella gira la cabeza hacia la izquierda, el lugar del que han venido las palabras de él.

Y entonces sus miradas se cruzan por primera vez.

El Arquitecto se ha quitado su disfraz gris en esta ocasión. Es la serpiente. Carismática, traicionera.

Ella sonríe.

Él también.

11

091- Sala CIMAAC

Policía Nacional

Sergio Montalvo lleva diez minutos peleándose con el café de la máquina. Una batalla perdida. Además, cuanto más se prolonga, más frío está el líquido. Y necesita la cafeína, eso no es negociable.

Está dando un largo trago y resignado cuando entra la llamada.

Se limpia los labios con el dorso de la mano, carraspea y descuelga el teléfono.

—091, emergencias, dígame.

El café restante se ha quedado ahí, congelado en la taza de cartón. El operador que lo estaba bebiendo tiene trabajo. La llamada no era un aviso cualquiera. Y debe ser rebotada lo más rápido posible.

***

—Zeta dos-tres, reciban. Cuidalcampo, zona noroeste, calle Fresno Alto. Finca antigua. Al final de la vía, apartada del resto de la urbanización. Posible homicidio. Mujer hallada inconsciente en el domicilio. Requeriente en el exterior. Acudan —grita la radio del interior del coche patrulla.

El agente Prieto mira a su compañero. Activa al momento las luces del coche. Después acelera con todo.

Están a diez minutos del lugar.

Ocho después, el agente Prieto y el agente Navarro ya están en la calle Fresno Alto.

—¿Por qué no habrán dicho número de la casa? —pregunta al aire Navarro.

—Final de la vía, vieja finca —dice Prieto, que sigue conduciendo —. El requeriente está esperando fuera han dicho. Estate atento a

ver si ves algo.

Pero el coche patrulla avanza y no encuentran nada de eso.

—Nos estamos alejando mucho de la urbanización —comenta Navarro, que mira por la ventanilla lateral observando en el retrovisor derecho las últimas casas visibles, que van quedando atrás —. Joder, Prieto, vamos mal. Da la vuelta, hostia.

Pero Prieto no da la vuelta. Acelera más.

—Mira ahí adelante, a lo lejos.

Navarro obedece. Mira y ve. Un tejado se perfila tras unos árboles que casi empiezan a perderse en el bosque.

Tienen que atravesar esa pantalla de árboles hasta llegar al viejo caserón, que parece pertenecer a mundos distintos que el resto de la urbanización.

Prieto apaga las luces y las sirenas durante los últimos metros. Y termina deteniendo el coche frente a la casa, que parece un fantasma de otro tiempo.

—¿Un homicidio aquí? Ya me parece raro… —dice Navarro cuando ambos agentes bajan del coche patrulla—. Se habrán equivocado… Esto parece abandonado.

—O algún adolescente ricachón con mucho dinero de papá y aburrimiento encima. —Prieto da un vistazo alrededor.

No parece haber nadie.

Tampoco hay rastro del supuesto requeriente que esperaría fuera.

—Bueno, vamos a ver.

Ambos agentes avanzan hacia la casa. Pese a su pose descreída, Navarro palpa su arma reglamentaria en un gesto instintivo conforme se acercan a la puerta de entrada.

Prieto le hace un gesto a su compañero. Señala el marco de la puerta de entrada. Navarro empuja levemente la madera maciza, y el portón se desliza con más suavidad de lo que sería previsible.

Está abierto.

Ahora sí, Navarro ya no solo acaricia el arma, si no que la saca de la funda y la empuña, en un arrebato de tensión provocado por el ambiente turbio de ese lugar.

—Esto es raro, Prieto. Igual deberíamos dar aviso —susurra.

Prieto le hace un gesto con la mano que grita: «no veas fantasmas, vamos a comprobar primero el interior, esto solo parece una casa abandonada».

Pero pese a que su gestualidad ha dicho todo eso, Prieto también echa mano a su arma corta de dotación.

El interior es poco luminoso, una característica propia de las construcciones antiguas como lo parece esa. El día otoñal es nublado en el norte de Madrid; la luz se cuela tenue entre los ventanales. Y, aun así, solo con avanzar unos pocos metros, el pulso de ambos agentes se dispara. Las pistolas son sujetadas con una tensión distinta.

La mujer está sentada en el centro de la mesa del salón. Como una pieza de museo macabra.

Los mira directamente, aunque es obvio que ya no puede ver nada.

—Dios… qué salvajada es esta…

—Vamos, da aviso... ¡Ya!

***

El inspector Damián Vera conduce tranquilo entre el caos. Nunca acelera por cadáveres. Los muertos siempre siguen en el mismo sitio cuando llegas. De hecho, si algo ha aprendido con los años, es que cuando se trata de asesinatos especialmente violentos, la clave está en observar con calma. Buscar los motivos y al culpable sin que la prisa te contamine el análisis.

Es más fácil decirlo que ponerlo en práctica.

Y, por supuesto, no quiere decir que no haya cosas que se descubran rápido.

Una vez aparca su coche ante la vieja finca de Cuidalcampo, Damián Vera ha tardado tres segundos en detectar el primer problema: demasiados agentes mirando la casa desde fuera.

Cuando la policía evita entrar a la escena de un crimen, nunca es por pereza.

—Decidme que no ha vomitado nadie dentro —les suelta el inspector a los agentes que custodian el perímetro acordonado.

Ninguno contesta.

Mala señal.

Damián Vera penetra en la zona protegida por el cordón policial. Sus zapatos Derby negros de piel avanzan sobre la hierba húmeda del jardín como elementos extraños. La noche cae a plomo sobre sus cabezas. Los focos portátiles, colocados en distintos puntos del terreno exterior, zumban a su paso, como queriendo advertir sobre lo que alumbran. El furgón de la científica está casi empotrado en la fachada; al parecer era mejor tenerlo bien cerca.

Dentro, los dueños de la ciencia se pasean con sus propios trajes de etiqueta para la ocasión: monos blancos que les tapan de arriba abajo como si paseasen junto al reactor de Chernobyl. Y destacando sobre ellos, la figura estilizada de una mujer, que radiografía la escena con mayor precisión que cualquiera de los presentes.

—Parece que ha habido martes mejores, ¿no? —Damián Vera saluda así a la subinspectora Marta Gálvez—. ¿Quién ha sido el que ha potado?

Ella niega con la cabeza.

El inspector Vera pasa de largo. No espera ni a que su compañera le notifique las primeras pesquisas. Avanza hacia la mesa del salón. Núcleo inequívoco de la tragedia.

Sobre la superficie de madera hay marcadores numerados sobre varios objetos. El más llamativo numera como prueba número cuatro una botella de vino y dos copas semivacías a su lado. Pese a que el horror en su grado máximo está justo ahí, solo centímetros más adelante, Damián Vera se detiene en las copas.

Estaba con alguien que no se ha preocupado demasiado de ocultar su presencia, piensa. No le sorprende demasiado. No cuando es algo como eso.

El inspector centra ahora su atención en el trono de sangre que se alza justo en medio de la estancia. La mujer está sentada en un sillón que ha sido colocado junto a la mesa. Justo en el centro, como si la presidiese. Sus manos reposan sobre el borde del mueble, firmes, dueñas del lugar.

Vera se fija primero en ellas.

Están ancladas con clavos que se clavan en los dorsos.

El cuerpo debe estar atado al sillón en diferentes puntos, pero eso no le importa al inspector en ese momento. Sus ojos están clavados en el lugar donde deberían estar los de la mujer: en esos dos huecos que son cuevas rojizas repletas de microdesgarros por los que resbalan finos ríos de sangre sobre la piel blanca.

Más abajo, la garganta está abierta de lado a lado con un tajo firme y ancho, muy limpio, incluso demasiado.

—Guantes, por favor. Necesito apoyarme en la mesa.

La subinspectora Gálvez traslada la petición del inspector Vera a uno de los agentes de la científica.

Damián Vera coloca con cuidado la palma de la mano enguantada en nitrilo. Necesita mirar más de cerca las pruebas uno y dos. Necesita observar los ojos arrancados, pero, sobre todo, lo otro.

Cada uno de los ojos está colocado a ambos lados de la tarjeta. Supone que el derecho junto a la mano derecha, y el izquierdo junto a la izquierda. Son dos canicas sanguinolentas que flotan sobre el pequeño mar rojo que se coagula en la madera. Entre ellos, lo que Damián Vera necesita mirar de cerca.

Las manchas de sangre hacen más difícil leer el nombre del documento de identidad sin moverlo de su sitio.

—Aquí falta sangre.

El inspector Verá busca la mirada de la subinspectora tras la afirmación.

—Sí —contesta ella—. Los primeros análisis parecen indicar que la víctima estaba ya fallecida cuando se efectuó el corte en ambas carótidas, y que, por ello, el sangrado fue de menor intensidad.

—Y entonces, ¿de qué murió?

—Es pronto, pero todo indica que se le administró un sedante de forma progresiva hasta que fue mortal —contesta la subinspectora Gálvez—. Al menos eso dicen los de la científica. Han encontrado marcas de punciones con orificios de entrada en distintos puntos de los brazos.

Damián Vera vuelve a centrarse en el documento de identidad.

Le cuesta, pero logra leerlo entre la sangre.

Claudia Ferrer

Observa como puede la foto del documento. Y después vuelve al rostro del cadáver.

Es difícil valorarlo bien, dada la hinchazón de los tejidos y los dos agujeros que tiene por ojos, pero podría ser ella. Sería lo más lógico.

Claudia Ferrer, repite en su mente el inspector mientras mira el elemento más importante de toda la escena. El triángulo azul que tiene pintado en la frente. Un triángulo incompleto en uno de sus vértices inferiores.

12

Día 3

7:08

El zumbido constante sale de la estufa que es el cuerpo de Lola, que aumenta exponencialmente su calor al contacto con el costado del humano. Por algún motivo, lleva días pidiendo meterse debajo de las sábanas, para acurrucarse entre la axila y el brazo izquierdo de Iñaki Espinosa.

Ya es demasiado tarde para ponerse firme. Esa gata está demasiado mimada hace demasiado tiempo. Y tiene fijación por él. Podría ir donde Marije, que fue a fin de cuentas quien quiso adoptarlo, pero no, lo que al minino le gusta es la compañía casi pegajosa del hombre de la casa. Del duro y veterano inspector jefe Espinosa, que aparta el brazo con delicadeza, y que le tapa después con el mismo tacto para que se quede bien arropado cuando él sale de la cama.

Otro día más en el que debe enfrentarse al mal cara a cara.

Espinosa todavía va a tener que sortear a Pipo, que le acosa moviendo el rabo, hasta llegar a su primer café del día. El perro solicita a su manera el primer paseo de la mañana.

Primero el café.

Eso es lo que se promete Espinosa. Pero esos ojos vidriosos que gritan compasión, y los gemidos mínimos de quien sabe que no debe molestar a la dueña de la casa a esas horas, le ablandan más de lo que le gustaría reconocer.

—Se suponía que se iba a encargar ella. Yo le sacaré, Iñaki. Me hará compañía todas las veces que tengas un caso complicado y no pases por casa ni para dormir —Espinosa farfulla para sí mismo mientras el ascensor baja—. Y al final aquí está Iñaki, bajando al perrito día sí y día también.

Pipo le mira a los ojos.

Parece contento.

Para ser pleno noviembre, la temperatura no es mala. El problema es el viento, que cuando azota en la cara, incrementa la sensación de frío por cien. Pipo busca el sitio perfecto para firmar con su orina por segunda vez, esta ya más por arte que por necesidad.

Es el momento en el que el teléfono móvil de Iñaki Espinosa empieza a sonar.

Es el comisario Garmendia.

Todavía no son ni las siete y media de la mañana.

Raro. Si llama a estas horas, no puede ser nada bueno.

Espinosa descuelga el teléfono y soporta lo que es más un monólogo árido que una conversación. Las frases llegan secas, y casi sin enlaces. Como un telegrama. Al menos así las recibe el cerebro a medio despertar de Espinosa.

—Me ha llegado un caso. Es de la Nacional. Con coincidencias con uno de los nuestros. O varios. Ya no sé. El puto triángulo azul. Es una pesadilla. Un cadáver. En Madrid. Joder, muerta. Ya no va a ningún sitio. ¿Es necesario taladrar un teléfono a las seis de la mañana? Muévelo con el equipo. A Madrid, sí. ¡Joder!

A tomar por culo el café, eso es lo primero que piensa Iñaki Espinosa.

Lo segundo es lanzar el aviso a su equipo.

Les había dejado descansar un poco tras dos días intensivos de investigación. Pero toca adelantar la reunión en La Caja.

7:27

Maialen Mendia mira a la oscuridad de su habitación. Lleva demasiado tiempo despierta.

—¿En qué estás pensando?

La voz de Diego a su espalda la sobresalta. Mendia se gira hacia el otro lado de la cama, y le busca con las manos.

—Es raro. A veces me olvido de que estás aquí —dice ella.

No es raro. Es justo lo que necesita. Al despertarse no tiene del todo claro si él está o no en su cama. El día anterior no lo estaba. Como tampoco el anterior a ese. Hoy, en cambio, sí. Los viajes recurrentes de Diego por trabajo hacen que tenga esa presencia intermitente que debería ser molesta para una pareja. Pero a Mendia le gusta esa dinámica. Y sabe el porqué: todavía no está preparada para una relación seria. Ni siquiera necesita hacer una introspección demasiado profunda para llegar a esa conclusión.

Como tampoco la necesita para saber que, más allá de todo eso, lo que más le llamó la atención de Diego fue que llegó en el momento exacto. Justo cuando ella empezaba a pensar demasiado en Arregi. Justo cuando el dolor por no permitirse ni tontear lo más mínimo con esa posibilidad, era demasiado grande.

Hay cuestiones que son sagradas. Que te hacen sentir una absoluta miserable.

Para Maialen Mendia, sospechar que podía estar sintiendo algo por Salvador Arregi, tras lo que le pasó a su familia, era esa línea roja que no se puede ni rozar.

—¿Qué es a lo que le das vueltas, Maialen? Ya sabes que a mí puedes contármelo. —Diego la apresa en sus brazos poderosos—. Sé que llevas despierta dando vueltas en la cama un buen rato…

—No puedo sacarme de la cabeza la imagen de esa familia del caso que llevamos ahora.

Mendia no le da la verdad absoluta, no le dice que en ese preciso instante era el nombre de Salvador Arregi el que asaltaba su mente; pero tampoco le miente.

No puede quitarse de la cabeza esa fotografía de la familia Rivas sentados a la mesa. No puede.

—Les mantuvieron sentados a la mesa mirándose unos a otros. He visto cosas terribles en mi trabajo, salvajadas más físicas, más

sangrientas… Pero esto… esto es mucho peor a su manera. ¿Quién puede hacer algo así? De ese sadismo psicológico…

Diego besa los labios de Maialen. Es un beso tierno, de apoyo.

—¿Has pensado bien si te merece la pena? —Diego lo dice entre el beso concluido y el que vuelve a dar al terminar la pregunta.

Ella no puede contestar a esa pregunta. ¿Lo ha pensado? Miles de veces. ¿Bien? ¿Qué es pensar algo bien? El sentido de todo ello permanece difuso, porque somos incapaces de mirarnos con verdadera objetividad.

El sonido agudo llega repetido entre vibraciones, mucho antes que una posible respuesta a las cuestiones que han quedado flotando en esa cama compartida.

—Si antes lo dices… —Mendia se gira para alcanzar su teléfono móvil.

Lee el mensaje y suspira dos veces.

—Tengo que irme. Nos han adelantado la reunión de equipo.

—¿Y eso?

—No lo sé. Pero nunca son buenas noticias…

Mendia ya se ha levantado de la cama de un salto.

Se viste como un relámpago.

—Ni te muevas. Quédate en la cama si te apetece. Estás en tu casa —dice ella poco antes de salir corriendo.

7:34

Aitor Lasa se despierta con el sonido de los mensajes.

El ordenador de torre, encendido a perpetuidad, emite un zumbido constante desde debajo del escritorio. Para Lasa, una nana de ruido blanco.

Lee el móvil con los ojos entreabiertos aún. Espinosa avisa de que se adelanta la reunión. Un golpe duro para él, que necesitaba

esas horas de sueño más que nadie tras los últimos días.

Lasa se viste rápido, aunque desde fuera se ve a cámara lenta. Levanta una a una cada una de las latas de bebida energética abiertas que hay en la mesa. Una pesa. Premio. Está a medio acabar. La fulmina de cuatro tragos consecutivos y la vuelve a dejar donde estaba.

Entonces se fija en la foto. La única que tiene con ella. Sacada en uno de los pocos días que duró el error. Siempre ha sido muy malo mintiendo. Y consigo mismo no va a ser la excepción en eso. Más bien al contrario.

Lasa observa la sonrisa de Maialen Mendia mientras él hace una mueca ridícula a cámara, solo un segundo más, y después sale de su habitación.

7:36

Helena Ibarra está corriendo en la cinta cuando le llega el aviso.

Al menos ha cumplido con la primera parte de su entrenamiento matutino, la de las pesas. Lo otro solo es un complemento de su rutina inquebrantable. Mal menor.

Pero tiene que darse prisa si no quiere llegar más tarde que el resto a La Caja.

7:39

Para Salvador Arregi existen las noches malas y las muy malas. Y las segundas ganan por goleada a las primeras.

Cuando el aviso de Espinosa revienta el silencio romo de su piso, le pilla sentado de pie en medio de la habitación de las paredes pintadas de inscripciones de los casos anteriores del triángulo azul.

Intuye que va a tener que hacer nuevos trazos pronto. Trazos maestros esta vez. Trazos oscuros. Algo de lo que asoma a la superficie no le gusta. No le cuadra. Le susurra con ese tono

venenoso que tan bien sabe captar, le lanza gritos en una frecuencia codificada que solo él puede escuchar.

Las cosas se van a complicar mucho.

Se coloca la cazadora negra, sobre el jersey también negro, igual que los pantalones y su barba, esta vez de dos semanas, y sale del piso del dolor.

8:30

El reloj de La Caja marca las nueve exactas. La hora a la que estaba convocada la reunión de urgencia de la DIC. Todos fingen que debe ser cualquier hora menos justo la que marca el reloj de pared, cuando Espinosa abre fuego.

—Lasa, al estrado —dice el inspector jefe.

Espinosa quiere empezar por los puntos de la investigación que su equipo ha trabajado los días anteriores, sin intoxicarlos la mente con la nueva información. Hablará del nuevo cadáver cuando crea conveniente. Maneja lo que él sabe y los demás no a su antojo. Juega con el ritmo. Eso lo aprendió de Arregi. Él solo trata de imitarle lo mejor que puede.

—Por lo que veo en la pizarra —Espinosa señala el nombre de Claudia Ferrer escrito por Arregi horas atrás—, habéis adelantado. ¿Qué encontraste, Lasa?

—Estuve hurgando en los movimientos económicos del padre, el cirujano Alejandro Rivas. Había movimientos extraños en su cuenta. Pagos a empresas que no parecían reales. Todo bastante burdo, la verdad. Eso era un poco extraño. Y en todos los movimientos referentes a esas empresas pantalla, había un nombre que salía mucho, firmando documentos. —Lasa señala el nombre de Claudia Ferrer—. Contacté con los de delitos financieros para que profundizasen más. A estas horas estoy esperando más información.

Espinosa asiente.

—Y en la otra cara de la moneda, Ibarra y yo seguimos el rastro de los nombres de los cadáveres del sótano. Ya que iba a ser muy difuso rastrear nombres tan antiguos y todos al mismo tiempo, decidimos que era mejor profundizar en orden. Así que, empezamos por el primero cronológicamente. Década de los setenta. Gabriel Aristegui. Acotamos la búsqueda al País Vasco, ya que es lo más probable. Y a nivel nacional la red será enorme. Ya tendríamos tiempo de meternos en ese infierno después…

—¿Y bien? —Espinosa mete ritmo, y le lanza el rotulador de la pizarra a Lasa.

—Resumiéndolo mucho, podríamos decir que tenemos tres candidatos. Dos vivos y uno muerto, dicho lo cual, eso último tampoco creo que sea excluyente.

—Pero el cadáver al que estaba escrito el nombre era de una mujer. —Espinosa no disimula su irritamiento.

—Sí. Eso está claro. Lo único que sabemos es que ese cadáver no era el de Gabriel Aristegui, sea cual sea al que se refiere.

Espinosa resopla. Susurra para sus adentros que todo eso es un lío de pelotas.

—Los nombres de los candidatos, Lasa. No tenemos todo el día. En este caso hay más frentes abiertos que en la Primera Guerra Mundial…

1 – GABRIEL ARISTEGUI GÓMEZ

19 años. Estudiante. Donosti

2 – GABRIEL ARISTEGI URRUTIA

Muerto en 1998, a la edad de 59 años. Bilbao.

3 – GABRIEL ARISTEGUI ALDEKOA

70 años. Jubilado. Getxo

Lasa traza un redondel con rotulador alrededor del último.

La Caja respira expectante.

—El de diecinueve años está excluido por cronología. Y después nos quedan el muerto y el vivo. Pero el vivo… digamos que tiene un perfil sospechoso. Médico privado. Posee una fundación médica. Y unas cuantas sociedades antiguas lo suficientemente opacas como para llamar la atención en un caso así.

—Pues a bailar con el vivo. —Espinosa mira a Helena Ibarra—. Ibarra y Lasa, ya que estáis con ello, os ocupáis. Quiero que vayáis a visitar a ese Gabriel Aristegui. Para ayer.

Ibarra asiente.

Lasa se retira del estrado.

—Mendia, te toca —ordena Espinosa acto seguido.

Lasa baja. Mendia sube.

—He estado rastreando los accesos al caserío de Karrantza. Y estoy en comunicación con los de la científica. El trabajo es limpio. Profesional. Del inédito de la casa todavía nada concluyente. En cuanto a los accesos. El vehículo que se encontró en las inmediaciones estaba en efecto, a nombre de Alejandro Rivas. Todo hace indicar que la familia fue en su propio vehículo allí. Estamos intentando analizar si podemos detectar la presencia de un segundo vehículo las horas previas. Pero no tenemos nada por ahora. Hay marcas reconocibles del todoterreno de los Rivas en el camino sin asfaltar que conduce hasta el caserío. Encajan con las horas previas al asesinato. Lo extraño es que no parece haber marcas de otros neumáticos.

Hay un silencio.

No hay más. Es pronto y las pistas son pocas. Mendia vuelve a su sitio.

—Por lo que parece las escrituras del caserío son digamos, complejas —dice Espinosa—. No sé por qué no me sorprende. Un fondo de inversión de esos que tienen mil capas la compró hace quince años a otra entidad opaca de cojones. La pregunta que me

hago es: ¿Por qué dejar a la familia allí? No parece tener mucho sentido.

—Porque el que lo haya hecho quería exponerlos tanto a ellos como a la propia casa. —La respuesta de Arregi llega como si la pregunta se la hubiesen hecho directamente a él.

Cosa que en parte es así.

Espinosa le tantea con la mirada.

—El padre estaba untado. Cirujano. Recibía pagos raros. Y aparece en una casa en la que hay montado un cementerio en el sótano. En la mesa, la cubertería simulaba un triángulo. Las letras «a» de los nombres escritos en las momias de los cadáveres del sótano simulaban un triángulo. Ya, ya… no se puede probar nada de eso, solo son suposiciones mías, que soy el pirado de triángulo. Pero es el único punto de unión y que da un mínimo de sentido a esa puta escena.

Arregi se reclina en la quinta silla.

—Sabes que tengo razón, Espinosa. Pero no me importa fingir que esperamos a que haya pruebas más concluyentes de mi teoría. Ahora dinos quién es y dónde está el nuevo cadáver…

Espinosa mira a Arregi como si quisiera exterminarle con sus propios ojos.

Pero para sus adentros tiene que reconocer que el cabrón va siempre un paso por delante por muy en horas bajas que esté. Así que solo se gira hacia la pizarra y dibuja un círculo alrededor del nombre de Claudia Ferrer.

—Claudia Ferrer. La han encontrado asesinada de forma brutal. En Madrid. La Nacional ha buscado coincidencias porque la escena tenía rasgos rituales. —Espinosa mira directamente a Arregi—. Tenía un triángulo azul pintado en la frente.

Espinosa coloca el tapón del rotulador. Y lo deja con un gesto vencido en la bandeja de la pizarra.

—Tenemos que ir a Madrid.

13

14 de noviembre de 1971

Frío.

El tacto metálico sobre la espalda y la parte trasera de las piernas.

Esa es la primera sensación que consigue atravesar la niebla mental.

La segunda es una luz amarillenta que tiembla en algún punto de las vigas de piedra del techo.

Carmen abre los ojos con esfuerzo. Empieza a distinguir perfiles borrosos que se van aclarando con cada pestañeo pesado. Siluetas que ganan definición. Máscaras de distintos colores. Monstruos ocultos tras ellas. Horror.

No comprende qué hacen allí de pie, formando un círculo perfecto alrededor de la mesa metálica. Quietos como estatuas. Gárgolas de piedra que la observan sin pestañear.

Durante unos segundos que tal vez sean minutos, cree seguir soñando.

Entonces intenta incorporarse y escucha el sonido del cuero tensándose alrededor de sus muñecas.

No puede moverse.

Todavía está entumecida como para entrar en pánico total. No se revuelve aún. Su mente intenta racionalizar lo que percibe. Una escena que no puede ser real.

El pie derecho quiere moverse también. Pero tampoco puede. Las correas también apresan las piernas a dos alturas diferentes.

Lo siguiente en llegar es el olor a incienso quemado. Tan intenso que parece poder verse en una fina neblina que se extiende por todo el sótano.

Un sótano que no parece una bodega, sino más bien una iglesia para adorar algo enfermo.

Nadie dice nada. Eso da más miedo que los gritos.

Las máscaras siguen observándola desde lo alto.

Ahora sí, Carmen quiere gritar. Pero su lamento desgarrador se ahoga en alguna parte de su interior. La voz no le sale.

Busca al señor Aristegui. La máscara azul oscura.

O la blanca del señor Monteros.

¿Existe realmente el señor Monteros?, se pregunta.

Oye palabras. Detrás de ella. No puede girar la cabeza. Su nuca está aprisionada contra el metal de la mesa. No puede ver qué hay ni quién habla.

Pero si logra escuchar retazos de la conversación, que se desliza impúdicamente por el silencio fantasmagórico de ese agujero.

—Parece que está despertando.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar hasta que se pueda realizar la intervención?

—Sí. El chico ya ha llegado. Ha sido trasladado con éxito en el vehículo medicalizado. Me lo acaban de confirmar. Está todo dispuesto.

Carmen se revuelve. Cada vez con más fuerza. Pero las ataduras no ceden, ni van a ceder.

Entonces se escucha un sonido metálico. Y empieza a moverse. Se está inclinando. La mesa se inclina hasta dejarla en posición vertical. Su mirada queda casi alineada con la de las máscaras que rodean la mesa. Pese a estar desnuda por completo, lo que más le hace sentirse expuesta a Carmen, es ser la única que no lleva máscara allí.

La voz suena a su espalda. Esta vez habla con fuerza. Un tono enérgico pero rítmico y medido. Oratoria ceremonial.

—El rito va a iniciar, caballeros. Ya saben las normas. En esta primera fase, no puede realizarse ninguna práctica que ponga en peligro los órganos. Esa es la única norma. Después de la intervención, será el juego sin reglas. Respeten ese protocolo, es de vital importancia.

El incienso. Ahora huele con mayor intensidad. Está siendo quemado. Se escuchan golpes atrás. Continuos y de similar cadencia. Es una percusión.

Ahora sí, Carmen grita.

Los alaridos salen con todo. Chorros de voz cada vez más desgarrados.

Hasta que una mano se posa en su boca.

—Carmen, tranquila.

Es la voz del señor Aristegui.

Aprieta su mano con fuerza contra sus labios. Aplaca el ataque de pánico.

—Es por Gabriel, Carmen. Sé que lo aprecias. Piensa que lo haces por él. Es la única forma de que pueda vivir. Necesita esos órganos de forma urgente. Se muere, Carmen. Mi niño se muere… —La voz de Eduardo Aristegui se quiebra hablando directa al oído de Carmen —. Y tu sangre es compatible.

A Carmen el pensamiento le atraviesa el cerebro como una flecha. Un escalofrío de terror. Los análisis de sangre de hace dos semanas.

—Gabriel vivirá por ti. Por tu sacrificio, Carmen. No te pido que lo comprendas. Solo que pienses en ello, para que te dé fuerzas. Tú vivirás en Gabriel, Carmen.

La voz se aleja.

—Vivirás en Gabriel, Carmen.

El sonido percutor de la madera contra otra superficie se intensifica.

Tambores de guerra.

Instintos oscuros ocultos tras máscaras.

Ojos sanguinarios que miran distinto al saberse envueltos en anonimato. Impunes.

El sonido cesa.

Hay una tregua tensa. Solo silencio y olor a incienso.

Entonces la primera mano le roza la piel a Carmen.

14

Día 3

12:34

Madrid. Dependencias centrales de la Policía Nacional.

El ascensor se desliza con un silencio quirúrgico. Rezuma modernidad. Como todo lo demás en esas dependencias.

Mendia mira a Arregi. Arregi a algún punto del suelo. Y Espinosa se centra en el panel. El agente que los acompaña alterna miradas a todos los puntos anteriores. Piso 3. Las puertas se abren como si flotasen.

—Es en esa sala del fondo —les señala el joven agente.

Desde la salida del ascensor ya se puede vislumbrar el interior de la sala, repleta de cristaleras enormes. Dentro, un hombre y una mujer. Ella debe haberles visto avanzar por el pasillo, porque le hace un gesto a su compañero, y ambos se levantan para acercarse hasta la puerta, donde esperan.

Arregi se fija en él más que en ella.

Traje gris carbón. Camisa blanca. Sin corbata. El primer botón abierto. Zapatos medio caros, que no es lo mismo que caros.

—Buenos días, la DIC, entiendo —dice el hombre bien vestido.

Espinosa asiente.

—Inspector jefe Damián Vera. Del Grupo de Conducta Violenta. GCV. —Damián Vera ofrece la mano a los tres—. Y ella es la subinspectora del grupo.

—Subinspectora Marta Gálvez.

La subinspectora Gálvez sigue el protocolo de ofrecer la mano a los tres agentes de la DIC, quienes también se presentan al momento.

—Pasad, por favor. —Damián Vera les franquea el paso con un gesto elegante con la mano—. Este es nuestro centro de operaciones.

Espinosa, Arregi y Mendia entran primero.

El espacio es muy distinto al suyo. Las cristaleras ocupan casi la totalidad de las cuatro paredes. En cada una de ellas hay varias pantallas planas. También pizarras de cristal. En el centro una mesa de superficie lisa e impoluta. Y alrededor de ella, una decena de sillas de diseño de cuero negro y estructura metálica.

—Lo llamamos La Pecera —dice Damián Vera mientras todos toman asiento—. Por aquello de las cristaleras y las mil pantallas. Y, sobre todo, porque siempre hay ojos mirando. Aunque fingen lo contrario, a las personas les gusta mirar al horror. Y eso es justo con lo que trabajamos en mi unidad. Justo por lo que os he hecho llamar.

Damián Vera pulsa el botón de un mando que tenía junto a su silla y en las pantallas empiezan a reproducirse imágenes de una escena del crimen.

Arregi observa primero el entorno. La Pecera. No está mal tirado. Aunque La Caja sigue siendo un nombre mejor. Prefiere sus rotuladores negros y el viejo mapa de Bilbao a tanta parafernalia y pose como se trae Vera el trajeado.

Aunque de pronto nada de eso existe.

En una de las fotos que reproduce la pantalla, está la pesadilla. El triángulo azul. En este caso, pintado en la frente de una mujer que no tiene ojos, y cuyo cuello está rebanado de lado a lado.

—Dios —susurra Maialen Mendia.

—Sé lo que estáis pensando —dice Vera—. ¿Y los ojos? Pues aquí.

La siguiente foto es casi peor que la anterior. Apoyados sobre una superficie de madera impregnada de sangre, tres elementos. Un documento de identidad, y dos ojos. Un ojo a cada lado del DNI.

Damián Vera amplía.

El nombre se lee de forma difusa entre las manchas de sangre.

Pero ya lo habían leído antes. Apuntalado en negro sobre la pizarra de La Caja.

Claudia Ferrer.

Ahora es la subinspectora Marta Gálvez quien coge el testigo y habla.

—Claudia Ferrer. Cuarenta y seis años. Asesora fiscal y especialista en estructuras societarias internacionales. Llevaba años trabajando con patrimonios elevados y empresas instrumentales. Curiosamente, su despacho era bastante discreto y trabajaba sola. Aunque era bastante reputada en ciertos círculos de Madrid. Extraño. Por ahora no tenemos mucho más. Solo estamos empezando.

Damián Vera se levanta. Se acerca a la pantalla donde se ve en imagen el DNI y los dos ojos.

—Es evidente que quien lo hizo quiso resaltar su nombre como parte importante del crimen. La señala, de algún modo. Los ojos que ven. Algo debe querer decirnos. —Damián Vera señala con el dedo alrededor de la zona donde está el DNI—. Poca sangre. Eso fue lo primero que pensé al ver la escena. Le habían cortado el cuello por completo justo encima de esto. Y bueno… Por lo que dice la autopsia hasta el momento, sí, estaba muerta cuando le hicieron el corte de la garganta. Pero no cuando le arrancaron los ojos de cuajo. Se le administró una sedación progresiva con una mezcla de… —Damián Vera se detiene y mira a la subinspectora Gálvez.

Gálvez rebusca entre unos folios que tiene desparramados en la mesa. Quiere asegurarse de decirlo bien.

—Midazolam y Propofol.

Arregi y Mendia se miran. Espinosa los mira a los dos.

Es la misma combinación que en la familia Rivas en la casa de Karrantza.

—No soy médico, pero tiene pinta de ser un pelotazo cojonudo. —Damián Vera vuelve a su silla—. Por lo que parece, lo que nos quiere contar la escena, es un crimen sádico y brutal. Con más importancia en el cómo que en el qué. Pero la cuestión es que algo no termina de cuadrarme.

Arregi enlaza pensamientos.

Su mente y la de ese tal Vera parecen operar en una frecuencia similar. Lo que le sorprende.

—En parte es fachada —suelta Arregi—. Distracción para enfangarnos. Lo que importa es lo que señala el triángulo. Los nombres. El DNI. Los está exponiendo.

Hay un silencio. Todos miran a Arregi. Pero a él solo le interesa la reacción de Damián Vera.

—Exacto —dice por fin el inspector jefe de la GCV—. Eso es justo lo que yo sospecho. Creo que es hora de que me habléis de vuestros casos relacionados con ese símbolo azul.

Espinosa carraspea. Se mueve en su silla de diseño, que parece diseñada para cualquier cosa menos para soportar sus ciento diez kilos. Echa mano de los informes y las fotos en papel que lleva en una carpeta.

Maialen Mendia ya está sacando el ordenador portátil.

Pero el que se adelanta a hablar es Arregi, que opera a su propio ritmo, como siempre.

—No solo señala a las víctimas —dice—. ¿Dónde encontraron a Claudia Ferrer? ¿En una casa? ¿Una que no era suya, tal vez?

—Bingo al caballero de negro —dice Damián Vera—. Es un punto que no comprendemos aún. Pero ¿por qué es tan relevante?

—Si el caballero de los zapatos caros lo pregunta, es porque no la habéis registrado por completo.

Damián Vera sonríe tras la contestación de Arregi. Solo un segundo, y clava un rictus serio al instante.

—¿Por qué creerías tal cosa, agente Arregi?

—Las paredes. Tenéis que abrir los tabiques. Sobre todo, en el sótano, en caso de que lo haya.

Arregi coloca ambas manos sobre la mesa. Entrelaza los dedos. Observa a Vera con calma antes de volver a hablar.

—Las paredes. Los muertos están metidos ahí.

15

Día 3

18:34

La lluvia fina barniza las calles de Neguri cuando el coche de la DIC gira por una avenida silenciosa de chalets antiguos. Todo allí parece caro, pero de forma discreta. Dinero que no necesita demostrar nada.

Helena Ibarra reduce la velocidad. Ya están llegando.

—Gabriel Aristegui Aldekoa —Lasa relee desde el asiento del copiloto sus apuntes en la tablet—. Setenta años. Cirujano privado jubilado. Fundación médica. Varias sociedades en Suiza durante finales de los setenta y principios de los ochenta. Opacas. Lo suficiente como para apretar por ahí. Oficialmente, cero antecedentes. Un ciudadano ejemplar del alto escalafón.

—Tampoco Alejandro Rivas tenía antecedentes… —responde Ibarra.

El limpiaparabrisas aparta una nueva capa de lluvia.

Entonces aparece la casa.

Grande. Como salida por arte de magia frente al coche.

Ibarra aparca frente al portón de hierro negro.

—Vale —murmura Lasa—. Vamos a ver si este Gabriel Aristegui es el dueño real de un nombre dejado sobre un cadáver enterrado en las paredes de un sótano.

A Helena Ibarra no le gusta la casa. Parece observar. Lo percibe nada más bajar del coche. En las ventanas. En el silencio. En la forma que el jardín húmedo absorbe el sonido de sus tacones conforme avanza por el paso asfaltado hasta la puerta principal.

—Su asistenta personal me dijo que a esta hora estaría aquí. Y dado que el portón de hierro estaba abierto, supongo que ya nos

esperan —comenta Lasa.

—Como si la casa nos observase —dice Ibarra.

Lasa siente un escalofrío. Estaba tranquilo hasta ese momento. Hasta ese comentario. Helena Ibarra es un estandarte de frialdad profesional. No comprende a qué viene tanta intensidad de golpe.

Junto a la puerta, una placa de bronce reza con ambos apellidos: Aristegui Aldekoa.

Aitor Lasa se queda embobado mirándola.

Las imágenes del sótano de la muerte de Karrantza vuelven a él. A degüello. Sin pedir permiso.

—¿Preparado? —pregunta Ibarra.

No.

Pero Lasa solo asiente.

Entonces ella pulsa el timbre.

Dentro, se escucha el sonido de algo metálico golpeando, puede que, contra el suelo, imposible de asegurar. Después pasos, ¿lentos?, lo parece, solo lo parece.

Pasos tranquilos.

Eso son.

La puerta se abre y Gabriel Aristegui en persona aparece tras ella.

Está vestido con pantalón y camisa de traje. Sin corbata ni chaqueta. Y con zapatillas de casa. Una combinación algo extraña.

Es Helena Ibarra quien habla primero.

—Buenas tardes, señor Aristegui. Helena Ibarra, subinspectora de la División de Investigación Criminal de la Ertzaintza, y mi compañero Aitor Lasa. Queremos hacerle unas preguntas sobre un caso.

Aristegui tarda en contestar. Mira a Lasa pese a que es Ibarra quien está hablando.

—El joven me mira como si le extrañase que abriese yo la puerta de mi casa —dice al fin Gabriel Aristegui.

Hay un silencio viscoso e incómodo.

Lasa no sabe muy bien cómo tomarse o contestar a eso.

Y Aristegui dibuja una pequeña sonrisa en el rostro tras unos segundos eternos.

—Habló con mi asistenta, pensó que aparecería ella aquí primero… Solo le estaba tomando un poco el pelo. Pasen, agentes, por favor.

Gabriel Aristegui les cede el paso y después avanza el primero por el pasillo.

—Si son tan amables, tal vez en mi despacho podamos hablar con más calma.

La casa huele a una mezcla entre madera encerada, libros antiguos y café recién hecho. Lasa e Ibarra caminan siguiendo la estela del dueño de ese reino que parece sacado de otra época.

—Les aseguro, agentes, que me tiene muy intrigado su visita. No sé en qué modo yo pudiese ayudarles en ningún asunto relacionado con algo delictivo.

Gabriel Aristegui se detiene junto a una puerta a mano derecha.

—Aunque supongo que eso les dirán todos. —Sonríe.

Un gesto con la mano.

—Pasen por favor. Tomen asiento mientras voy a por unas tazas de café. Está recién hecho. ¿No me harán el feo de rechazarlo?

Ibarra y Lasa asienten.

—Perfecto. Siéntense. ¿Lo quieren de alguna forma especial? A mí el café me gusta solo y cargado, pero ya se sabe. En gustos no hay nada escrito.

—Así mismo está bien —dice Ibarra.

—Somos agentes de la DIC: solo y cargado es a nuestra manera —contesta también Lasa, fingiendo estar más tranquilo de lo que

está.

A Aristegui le gusta el chascarrillo. Vuelve a sonreír y desaparece del umbral.

Ibarra y Lasa tienen fácil su elección. Una enorme mesa de madera maciza tiene un sillón de cuero a un lado, y dos sillas al otro, casi como si estuviese preparado justo para esa situación.

Lasa se fija en las paredes del despacho, se queda como congelado antes de sentarse, observando las fotos que lo decoran. Un Gabriel Aristegui de diferentes edades aparece en cada una de ellas. Algunas son en blanco y negro, otras en color. Rodeado de otros médicos, en un congreso, una cena de una gala, o posando simplemente con otros hombres con aspecto de personalidades importantes.

Ibarra ya está sentada. Su observación es más introspectiva. Piensa y analiza. Y tira del brazo de Lasa para que ocupe su silla.

Ambos están ya sentados cuando Aristegui vuelve a entrar en el despacho. Coloca una bandeja sobre la mesa. En ella hay tres tazas de café. Solo y cargado.

—Espero que les guste. Es de África. Un café bastante exclusivo. Solo lo utilizo cuando lo preparo yo. Y ahora que mi mujer está fuera… Le sugerí que se marchase con la asistenta a dar una vuelta. Ni la una ni la otra sabrían tratar este café como es debido. Aunque negaré haber dicho esto incluso aunque esté bajo secreto de confesión. —Gabriel Aristegui levanta ambas manos.

Después se sienta en su sillón, y de pronto su rictus serio es una estatua de piedra frente a los policías.

—Bueno, agentes, ustedes dirán. Estoy seguro de que sea lo que sea que les trae aquí, es solo un desgraciado malentendido.

Ibarra habla. Exponer el caso, y lo encontrado en el caserío de Karrantza. Lasa adorna la mesa con fotos del lugar. Algunas muy explícitas. No le parece que Gabriel Aristegui sea un hombre que se impresione con facilidad.

Pero lo cierto es que parece horrorizado.

—En uno de los cadáveres de ese sótano, señor Aristegui, estaba escrito este nombre. —Helena Ibarra desliza por la mesa la foto ampliada del nombre.

Aristegui contempla la imagen, en la que se lee: Gabriel Aristegui.

—Este cadáver data de la década de los setenta. Con bastante probabilidad, de principios de esta. Y es el cuerpo de una mujer.

El interrogado tarda un minuto largo en volver a hablar. Solo mira y mira ese nombre.

.

—Discúlpenme, agentes. Todo esto… es muy perturbador… Es chocante encontrarse algo así de repente. Pero, desde luego, se trata de un error. Sea quien sea a quien se refiere ese nombre, ese Gabriel Aristegui no soy yo.

—¿Está seguro de ello? —pregunta Ibarra, que mira y habla con un filo nuevo.

—Seguro por completo.

Aristegui ya no bromea.

—Háblenos de su trabajo, señor Aristegui. —Lasa entra con un corte firme.

—De eso hay poco que hablar. Soy médico. Aunque lo correcto sería decir, fui médico. Pero no, un médico lo es siempre, aunque esté jubilado.

—Helvetic Medical AG, Zürcher International Care, Alpine Medical Trustees SA... ¿Le suenan? —Lasa presiona decidido.

Debajo de la mesa de madera, el pie derecho taconea nervioso. Hay algo de Aristegui que le impone. Cualquiera que pueda estar relacionado con el sótano de Karrantza, es un monstruo demasiado oscuro.

—¿Lo huelen? —Aristegui se sale por la tangente sin pestañear—. Ese olor tan peculiar… Medicina vieja. No se va nunca. Está impregnado en este despacho. Antes de jubilarme por completo, pasé consulta aquí durante un tiempo. Me negaba a dejarlo… En mi

caso la medicina es algo por completo vocacional. Lo amo. Casi tanto como al café.

Aristegui da un largo trago a su taza. Parece recuperar la locuacidad que ha demostrado desde que abrió las puertas de su casa.

Helena Ibarra lo nota. El viejo vuelve a estar tranquilo.

—Claro que me suenan esos nombres, agente. —Aristegui clava la mirada en Lasa—. Son sociedades en las que participé o gestioné directamente. Sociedades médicas, sí. Es mi vida —añade señalando con un gesto a las fotos de las paredes.

—Sociedades bastante opacas. —Lasa vuelve a la carga—. Con sede en Suiza, todas ellas. ¿Sabe quién tenía también empresas pantalla que acaban en Suiza, curiosamente? Alejandro Rivas. El padre de la familia que estaban muertos alrededor de la mesa del salón. Era cirujano. Sí, él también era médico de vocación.

—No conozco de nada a ese caballero, agente. No puedo imaginar ni remotamente en qué estaba metido para acabar así. Las sociedades en las que participé no eran opacas. Estaban en Suiza porque yo residía en ese país. Me fui a terminar mis estudios universitarios y, al final, me quedé más tiempo del previsto. Conocí a mi mujer durante aquella etapa. Todo el primer tramo de carrera lo desarrollé en Lausana. Incluido mi participación en diversas fundaciones privadas relacionadas con investigación cardiovascular y cirugía experimental. Muchas de esas sociedades se mantuvieron activas durante años, incluso cuando ya vivía aquí. No me gusta ser pretencioso cuando se trata de estos temas, pero diría que hicimos bastante bien con nuestros avances.

Hay un silencio.

Lasa no sabe por dónde desmontarle. Vuelve a mirar la foto en blanco y negro de la pared. Gabriel Aristegui debe tener ahí como treinta años, puede que incluso menos. Lleva una bata blanca y sonríe.

Ahora, el Gabriel Aristegui de setenta años, no sonríe en absoluto.

—Agentes, han dicho que el nombre de Gabriel Aristegui estaba sobre un cadáver de principios de la década de los setenta. Pues bien. Yo estaba durante esa época ya en Lausana. Llevaba varios años instalado ya allí. Y no volví a pisar el País Vasco hasta el ochenta y tantos. Entiendo que al haber pasado tantos años, es un poco farragoso seguir el rastro. Pero pueden comprobar de forma razonablemente fácil que lo que les digo es cierto.

Aristegui se levanta del sillón.

—No se lo tomen a mal, agentes. Pero hay que venir con los deberes mejor hechos. Yo no soy el hombre que buscan. Porque simplemente no puedo serlo.

En el coche, el silencio es corpóreo.

Una mezcla entre bochorno profesional y miedo.

Ese Gabriel Aristegui era su mejor baza. La única que encajaba en el País Vasco.

Lasa lo sabe. Ahora tienen que ampliar la red a todo el territorio nacional. Eso van a ser decenas, puede que cientos de Gabriel Aristegui. Y no tienen más filtro que esas dos simples palabras, nombre y apellido.

Y solo es el primero de los cadáveres del sótano.

Buscan agujas diminutas en un pajar inmenso.

16

15 de noviembre de 1971

En el sótano el olor a incienso ha sido engullido por otro hace demasiadas horas.

Eduardo Aristegui observa a través de su máscara azul.

Carmen ya no es Carmen. Hay demasiados trozos de ella que ya no están. Al menos, hace mucho que ya no sufre. No desde la anestesia para la operación. Ese fue el final consciente de su infierno.

Después le tocó volver al sótano para la fase final. La más dura e inclasificable.

Los hombres que participaron en ello previo generoso pago —no solo económico, sino uno más importante: en lealtad a la fundación — ya no están en ese sótano con hedor a tortura y muerte.

No.

Ahora solo quedan dos hombres allí.

Máscara blanca. Y máscara azul.

El señor Monteros, que en realidad no se llama así, ya que allí no hay nombres, le mira tras su máscara, antes de blanco impoluto, ahora teñida de salpicaduras de sangre, de las que nadie ha escapado.

—Queda la última parte del rito —dice Obolus.

Así es cómo se refieren al hombre de la máscara blanca. El rey de operaciones de ese caserío, de ese sótano, de ese ritual.

Eduardo Aristegui ya sabe a qué se refiere. Ya se lo había explicado bien con anterioridad. El papel y el bolígrafo están listos.

—La vida nunca desaparece, solo cambia de manos.

La frase de Obolus flota por el sótano, reverberando en sus paredes de piedra.

Eduardo Aristegui no aparta la mirada de lo que queda de Carmen. Un amasijo sanguinolento, en el que, sin embargo, hay un punto de atención claro. El triángulo azul que tiene pintado en la frente, único punto donde se ha limpiado previamente la sangre.

Obolus se lo dejó claro, el triángulo debe prevalecer, de un modo u otro. Debe replicarlo en la letra «a» del nombre escrito.

Aristegui coge el bolígrafo. Intenta mantener la compostura. Intenta que la mano no le tiemble. Sabe que mostrar una grieta de debilidad ante esa gente, sería ponerse una diana en su propia frente.

Es consciente de que lo que está firmando es un pacto de silencio. Uno muy por encima del dinero pagado.

GABRIEL ARISTEGUI

Eduardo Aristegui mira a Obolus. Espera su aprobación, sobre todo respecto al triángulo que simboliza la a del nombre de su hijo.

Gabriel se salvará, si todo va bien durante las siguientes horas. La operación ha sido un éxito, ha dicho el cirujano de la máscara verde. Si el postoperatorio transcurre sin complicaciones, la probabilidad de recuperación es elevada.

Obolus asiente en silencio.

Y Eduardo Aristegui coloca el papel con el nombre sobre el cadáver.

—No. Así no —dice Obolus—. Hay una cosa más. Un último paso para sellar el rito.

Eso es si es nuevo.

A Aristegui no le gusta.

La tensión le agarrota de golpe.

No tiembles, se implora a sí mismo, mientras los huecos donde deberían estar los ojos de Carmen lo miran pidiendo cuentas.

—El cadáver deberá yacer aquí junto con el nombre. Deberá ser envuelto, y enterrado del tal modo que nunca sea descubierto.

Incrustado tras una pared. Como si nunca hubiese existido. Pero presente, como prueba del sacrificio que salvó una vida. Una vida con nombre propio: Gabriel. Como prueba del poder de la fundación.

Obolus camina hasta un punto de una de las paredes de piedra del sótano.

—Aquí —dice—. Eres privilegiado. Es el primero de esta casa.

Eduardo Aristegui no sabe qué decir ni qué hacer.

Obolus parece meterse en su mente, porque vuelve a hablar.

—Arriba tienes una sábana para envolver el cuerpo y las herramientas necesarias para el resto. Te indicaré dónde. Y cómo proceder. Pero debes hacerlo tú. Puedes usar las mismas correas de la mesa metálica para sujetarlo de pie en la pared.

Hay un silencio.

Obolus se acerca a Aristegui. Le mira con esos ojos claros bajo la máscara blanca manchada de sangre.

—¿Crees que yo soy Obolus? No. Solo soy un Obolus. Antes hubo otros. Hubo otras casas. Este es el proceso. Cuanto antes empieces, antes dejarás enterrado el nombre de tu hijo de toda sospecha.

17

Día 3

15:46

—Esto es absurdo —dice uno de los operarios mientras aparta polvo del tabique—. Además, haciéndolo así, no vamos a terminar hasta mañana.

Ya han tirado dos paredes del sótano de la casa de Cuidalcampo, y solo han encontrado un hueco vacío. Ahora que agujeran la tercera, la paciencia empieza a escasear.

Damián Vera observa de reojo a sus compañeros vascos. En especial a uno de ellos, al que manda en realidad, aunque el jefe oficial sea otro. Mira a Arregi.

Pero este solo observa la pared. No a los hombres trabajando sobre ella, demoliendo con cuidado pedazo a pedazo, no. Solo mira a la pared, con una fijación enfermiza.

El último golpe ha sonado distinto.

El operario se detiene, con el martillo todavía levantado, y mira por encima del hombro a los policías.

Nadie dice nada.

Todos lo han escuchado.

—Con más cuidado aquí. —Damián Vera se acerca hasta la pared —. Suave. Con delicadeza, como si estuvieseis en la primera cita — dice.

Salvador Arregi sigue con la misma pose. Para él nada ha cambiado. Ya sabía que estaban ahí detrás. Lo ha sabido desde el momento que ha visto esa casa horas antes. Apartada de la urbanización y casi del mundo. Tan distinta al resto. Como descolgada de otro tiempo. Y con un sótano. Sí, esa casa le gritaba triángulo azul y muerte.

Lo que aún no sabe Arregi, es desde cuándo están esperándolos enterrados entre las paredes.

Entonces se suceden los siguientes golpes en la pared.

El sótano hiede a yeso roto, humedad antigua y miedo. Bajo la luz polvorienta de los focos blancos que alumbran la oscuridad, todos parecen de pronto más humanos. Más asustados, lejos de sus centros de cristaleras y pantallas planas.

Eso no es una pecera, es una cripta del mal metida en una cápsula del tiempo.

La primera calavera queda al descubierto.

—Joder. —Uno de los operarios retrocede y se tapa la boca en un gesto instintivo.

Arregi lo siente en cuanto la ve. No necesita esperar análisis forenses.

Ese cadáver es más antiguo que los de Karrantza.

Cuatro largas horas después, la tercera pared del sótano ya está expuesta al completo. También lo está la cuarta. Toda la superficie de los falsos tabiques, revelando su interior.

Cuatro cadáveres en todas.

Tres en la tercera pared, en fila.

Y el otro, en la cuarta, flotando solitario como si se mantuviese de pie.

A la luz blanquecina de los focos, que dibuja sombras fantasmagóricas, la escena es de terror. Dos de los operarios han pedido salir fuera hace un rato. El tercero sigue ahí, sentado en un punto concreto del sótano mirando a la nada. Es posible que ninguno vuelva a ser el mismo. Nadie sabe por qué no se va de una vez.

Nadie sale a la superficie de un sitio así quedando impune.

No hay forma de despegar la mugre de los recuerdos, por más que se frote y se frote, hasta erosionarlo todo.

Algunos ya saben bien esa lección, y ni lo intentan.

Salvador Arregi mira uno de los cadáveres a apenas centímetros. El olor ya se ha interiorizado, y ni siquiera molesta.

La policía científica va de un lado a otro exhibiendo sus monos blancos asépticos, mientras cinco policías vestidos de calle llevan allí siglos. Los *flashes* de las fotos rebotan cada dos segundos desde distintos ángulos.

Damián Vera está con el forense junto al primero de los cadáveres de la tercera pared. Espinosa está junto a ellos. La momia envuelta en tela amarillenta les observa, inmóvil y enclaustrada contra la pared por unas correas de cuero agrietadas. Si no han cedido y el cuerpo se mantiene atado, es porque parece muy liviano, y solo quedan los huesos. Es claramente el peor conservado de todos.

En la zona media, a la altura del abdomen, en la tela amarillenta y roída hay un papel escrito a mano. Se lee a duras penas. Es un nombre.

Leopoldo SalvatierrA

—Todavía es pronto para poder afirmarlo —el forense se quita el guante de nitrilo y mira al inspector Vera—, pero diría que este es muy antiguo. Puede que siete décadas atrás. Incluso, tal vez, más.

—¿Eso sería 1950 aproximadamente? —pregunta Espinosa.

—Es un hacha en mates, inspector —contesta Damián Vera.

La ironía no le ha gustado a Espinosa, que solo lanza una mirada de mil cortes.

—Mi compañero lo dice por algo, inspector Vera. —La voz de Arregi llega desde la cuarta pared, donde se centra por su cuenta en el último cadáver—. En la casa de nuestro caso, el cadáver más antiguo databa de la década de los setenta. Así que ahora sabemos, que todo empezó antes. Su casa se pone en la línea de salida.

Maialen Mendia está en las escaleras. El último operario que quedaba allí ha subido tras hablar con ella. Y la agente se acerca a

las paredes de la muerte. Elige el bando de Arregi.

—¿Por qué estás con este? —le pregunta ella—. ¿Qué has visto?

Arregi señala el nombre escrito en papel.

—Inspector Vera, una cosa —Arregi habla medio a gritos desde su posición—. ¿Qué le dicen de algunas de las letras «a» o «u» escritas en esos nombres? ¿Le sugieren algo?

Vera no tarda. No relee los nombres. No duda.

—Diría que parecen querer dibujar triángulos.

Arregi sonríe. Sabe que Espinosa debe estar cagándose en él por dentro en ese mismo instante.

—Sé que la vieja amiga es por méritos propios el centro de atención —vuelve a decir Arregi—. Pero creo que deberíais venir aquí.

Damián Vera, Iñaki Espinosa caminan en ese orden, y no alineados en ningún momento, hasta el lugar donde está el último cadáver. El forense les sigue. Y se adelanta a hablar el primero, incapaz de contener sus análisis que golpean como metralletas ante tanto estímulo.

—Este es claramente el más nuevo. Debe tener como tres o cuatro décadas más sobre el más viejo. Diría que data de los ochenta, puede que noventa incluso.

—¿Y cuál es la gracia? —pregunta Vera.

—El apellido. —Arregi señala el papel escrito y pegado a la altura del abdomen—. Este apellido ya lo he visto antes. Es el mismo que el de uno de los nombres de los del sótano de Karrantza. Distinto nombre, pero mismo apellido.

Entonces todos miran al mismo punto.

A esas dos palabras, nombre y apellido, escritas a mano, con la letra «a» del apellido pintada como triángulo.

Eduardo Aristegui

18

Día 4

00:02

Los focos de la casa de Cuidalcampo siguen funcionando. El zumbido constante es ahora más notorio. Ensucia el silencio total de la noche allí donde la masificación de la civilización no ha logrado llegar.

Salvador Arregi se deja acariciar por el viento gélido de Madrid norte.

Ese apellido. No puede ser casualidad.

Dos Aristegui de nombre distinto, aunque separados por décadas. Unidos por un linaje familiar oscuro, solo tal vez. Pero es lo que él cree.

Es muy tarde. Duda si hacerlo. Pero siente que debe avisar a Lasa cuanto antes.

Saca el teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta. Entonces lo ve. Es Lasa, voló por telepatía. Le ha mandado un mensaje. Está enviado hace horas, aunque acaba de entrar a su teléfono hace poco. Al texto le acompañan dos llamadas perdidas del propio Lasa.

Eso quiere decir que en el sótano del caserón de Cuidalcampo no hay buena cobertura. Es una tumba en todos los sentidos. Una en la que han estado, ¿cuántas horas? Demasiadas.

Arregi abre el mensaje de Lasa.

No es este Gabriel Aristegui. Tiene coartada para los años en los que se dejó el cadáver en el sótano de Karrantza. Hemos hecho el ridículo. No hay más coincidencias en el País Vasco.

Tenemos que ampliar a territorio nacional. Una locura.

Telepatía, vuelve a pensar Arregi.

No va a llamar a Lasa a esas horas. Los primeros días de investigación han sido intensos. No quiere arriesgarse a romperle las

pocas horas de sueño que tal vez se esté concediendo.

Decide enviarle también un mensaje.

No tanta locura. Creo que tenemos a nuestros Aristegui.

En el sótano de la casa de Cuidalcampo también había cadáveres en las paredes.

Adivina cómo se apellidada uno de ellos.

Eduardo Aristegui.

Tenemos que buscar coincidencias entre Gabriel Aristegui y Eduardo Aristegui. Si resulta que son familia, les tenemos a los dos.

Se gira hacia la casa. Y entonces lo ve. Justo ante él. A centímetros. Sin tiempo de reaccionar.

El móvil cae contra la hierba húmeda del jardín.

—¡Joder, Mendia! Qué susto. ¿Qué pintas ahí detrás tan sigilosa?

Maialen Mendia se agacha a por el teléfono y se lo pone en la mano a Arregi.

—¿Qué cuenta Lasa? —pregunta ella.

—Ya nada que nos sirva. El Gabriel Aristegui de Getxo no es el que buscamos. Pero eso ya lo sabemos…

—Espinosa dice que nos quedamos. —Mendia mira al horizonte de la nada—. Vamos a investigar junto con Vera y su equipo aquí. Al menos unos días.

—De puta madre…

—Sí…

—Los de la Nacional dicen que nos encuentran un sitio donde dormir al menos hoy. Y mañana veremos. Supongo que algún antro casi peor que ese sótano de ahí abajo.

Arregi parece no haber escuchado la última frase de Mendia.

Ella le mira sabiendo que se ha hundido un poco en las arenas movedizas de su mente.

Arregi vuelve a la superficie.

—Es una cacería. Los están eliminando.

SEGUNDA PARTE

19

Día 4

08:22

Hasta el café de La Pecera sabe a más nuevo, a más sofisticado.

Arregi da un sorbo de su taza. Y mira a Mendia, que mueve el cuello de un lado a otro en su silla, intentando descontracturar algo del daño provocado por los tablones de tortura que tenían por cama en el hostal.

Arregi ha pasado noches peores. Unas seiscientas como mínimo en los dos últimos años, para ser exactos. Así que, para él, no hay cansancio añadido. No hay más dolor en su bolsa, no cabe.

Espinosa no tiene mejor pinta que Mendia. Ha vaciado su taza de café de dos tragos hace demasiado. Arregi sabe que, de estar en La Caja, ya se habría servido como mínimo un segundo asalto de cafeína en vena. Pero el grandullón mantiene las formas todavía. Tanto lujo a su alrededor debe tenerle confundido. Además, están en La Pecera.

La Pecera.

Lo que quiere decir que siempre hay ojos observando tras alguna de las cristaleras.

Y los vascos de la DIC, son la nueva atracción especial. Los nuevos pececillos de colores vivos.

Damián Vera acaba de terminar lo que escribía en su pizarra de cristal. El rotulador negro no es tan crudo sobre esa superficie transparente como lo es sobre el blanco. Aun así, no es suficiente para suavizar el contenido.

La lista sigue siendo salvaje.

Cuatro cadáveres.

Cuatro nombres.

Cuatro décadas.

1 – LEOPOLDO SALVATIERRA – DÉCADA 1950

2 – ARTURO BALMASEDA – DÉCADA 1960

3 – FEDERICO GARRAS – DÉCADA 1970

4 – EDUARDO ARISTEGUI – DÉCADA 1990

—Los forenses informan de que las décadas son aún aproximadas. En cualquier caso, nos habla de una cronología. Eso sí está claro —dice Damián Vera.

Acto seguido, el inspector jefe de la GCV hace deslizarse por el suelo de La Pecera una segunda pizarra de cristal, con ruedas en la parte inferior. La coloca justo al lado de la primera. Y anota en grande un nombre en solitario.

CLAUDIA FERRER (46) / ASESORA FISCAL

—¿Alguien me puede explicar por qué tengo una mujer con los ojos arrancados, degollada y con su identidad expuesta y, de postre, un sótano lleno de cadáveres de décadas? Mira que he visto locuras desde que estoy en esta mierda, pero lo de este caso, es el rey de reyes de las locuras.

—No has visto tanto como crees. Casi nadie ha visto el mal tan de cerca como piensa. Por eso mismo sé que nada de esto es una locura. De hecho, es solo una consecución que parece hasta lógica de hechos. —A Arregi le hubiese gustado decir eso en alto, pero se ha contenido, y lo ha verbalizado solo dentro de su mente.

En vez de eso, Salvador Arregi se levanta en silencio. Cruza una mirada con Damián Vera que dura todo el tiempo que transcurre hasta que llega a su altura y extiende la mano.

—¿Me deja el rotulador, inspector Vera?

Desde fuera, ver a ambos hombres, es como observar un espejo que devuelve un reflejo distorsionado.

Ambos visten de negro absoluto. Pero hay diferencias evidentes. Vera lleva otro de sus trajes impolutos. Arregi, un pantalón vaquero barato y una camiseta más barata aún. Vera está afeitado con la pulcritud de quien lo hace a diario. Arregi, lleva una barba descuidada que alterna longitudes, y que ese día en concreto, es de dos semanas. Vera está en un pico más alto, rezuma plenitud y hambre profesional. Y Arregi, Arregi ha salido de un pozo del que no se sale. Lo que quiere decir que en realidad siempre llevará el pozo dentro, aunque finja estar fuera de él.

Arregi es un hombre que ha mirado al verdadero mal de frente.

Damián Vera le cede el rotulador.

Las pizarras transparentes no son las de La Caja. Pero Arregi es un maestro desgranando los entresijos criminales más salvajes con el trazo de un rotulador. El lienzo le es indiferente. Podría ser incluso las paredes de una habitación de su casa que tenía reservada para un segundo hijo que ya nunca será.

No, ese cristal moderno no está tan mal.

Empieza en la primera de las dos pizarras.

1 – LEOPOLDO SALVATIERRA – DÉCADA 1950

2 – ARTURO BALMASEDA – DÉCADA 1960

3 – FEDERICO GARRAS – DÉCADA 1970

4 – EDUARDO ARISTEGUI – DÉCADA 1990

**** GABRIEL ARISTEGUI** (SOTANO DE KARRANTZA)- DÉCADA DEL 70.**

Arregi redondea ambos apellidos. Aristegui.

—No es solo una cronología —dice—. Creo que también es una genealogía.

Hay un silencio en La Pecera. También menos grave que los de La Caja.

Arregi controla el ritmo y sigue.

—Tenemos a dos de nuestros compañeros investigando para corroborarlo. Pero si se confirma que esos dos Aristegui, Gabriel y Eduardo, son familia, entonces los tenemos.

—¿Pero entonces los nombres no son los del propio cadáver al que están cosidos? —pregunta la subinspectora Gálvez desde su sitio.

Damián Vera lanza una mirada fugaz a su compañera. A su modo de ver, es una pregunta que sobra.

—No —contesta Arregi—. Es más complicado que todo eso. Sabemos que los nombres no pertenecen necesariamente a los cadáveres, porque algunos no coinciden por características. Por ejemplo, el de Gabriel Aristegui, era una mujer. Debe haber una lógica en todo este mecanismo perverso. Igual si damos con los Aristegui, empezamos a entender esa lógica.

Arregi salta a la segunda pizarra.

—Y luego está la otra parte de la historia —dice mientras coloca la punta del rotulador sobre el nombre de Claudia Ferrer.

CLAUDIA FERRER (46) / ASESORA FISCAL

Arregi traza una flecha hacia abajo, para enlazar con el siguiente nombre.

ALEJANDRO RIVAS / CIRUJANO

—En el caserío de Karrantza, también había muertos recientes, además de los del sótano. En este caso, Alejandro Rivas, cirujano privado. Bastante reputado. Vamos, que le iba bien. Pero al escarbar un poco, encontramos movimientos turbios. Empresas pantalla. Empresas fantasma. Cuentas en Suiza. Vamos, todo el pack completo. Pero la gracia de la cuestión es que un nombre se repetía en muchos de los movimientos de todo ese entramado. El nombre de una mujer. El nombre de una asesora fiscal.

No hace falta que Arregi lo diga.

Todos están mirando el nombre de Claudia Ferrer cuando él golpea con la punta del rotulador sobre el sitio de la pizarra en el que está grabando.

—Vamos, agente Arregi —a Damián Vera le hace gracia llamarle así, agente, a alguien que evidentemente es mucho más que eso—… Exponga su teoría sobre todo este puzle. Está claro que va un par de pasos por delante respecto a nosotros.

—Mi teoría es que alguien está eliminando piezas de la Fundación Sísifo. La Fundación está representada por el triángulo azul que aparece en ambos escenarios. El mismo que aparece en las letras «a» de los nombres escritos en los cadáveres de los sótanos. Todo está unido. Mi teoría es que alguien está eliminándolos y exponiéndolos.

—¿Quién? ¿Por qué? —pregunta Vera.

Arregi no contesta.

—¿Cree que es la propia Fundación quien elimina a sus integrantes? —insiste Vera.

—No lo sé —contesta Arregi.

No lo sabe. Pero en el fondo, Arregi no cree que sea así de sencillo.

—Nadie puede saberlo ahora mismo. Eso es justo lo que tenemos que investigar. —Arregi le devuelve el rotulador a Vera.

Y vuelve hacia su silla.

Y es sentado en ella, desde donde Arregi vuelve a hablar.

—Yo aquí no mando. Pero si mandase, creo que me centraría en buscar más conexiones con Alejandro Rivas y Claudia Ferrer. Cirujano, asesora fiscal. Tiene que haber más eslabones en la cadena. Tenemos que encontrar al siguiente y adelantarnos al verdugo. Montar vigilancia. Estar esperándole. Hay que tener clara una cosa. Quien lo hace no va a dejar rastro. Es un profesional. Y no va a cometer ese tipo de fallos. No vamos a cogerle a posteriori.

Tiene que ser de otro modo. Como dice el dicho, con las manos en la masa, esa es la vía más factible.

Arregi se reclina en la silla de diseño, que cruje.

—Pero solo es mi opinión. Aquí manda usted, inspector Vera.

Damián Vera mira a Espinosa. El viejo hace una mueca indescifrable.

Y Vera salta directo a su subinspectora.

—Gálvez, activa a los de informáticos y los de financieros. Máxima prioridad.

Damián Vera vuelve a mirar a Salvador Arregi. Aunque da una orden directa, queda claro que en realidad le habla a él.

—Vamos a buscar al siguiente eslabón de la cadena. Una cadena que parece estar llena de mierda.

20

Día 4

9:53

La Caja nunca está completamente vacía.

El viejo reloj sigue haciendo ruido al paso de sus agujas, desacompasadas con la hora correcta siempre. Fluctuando con vida propia corroída, como todo lo que se trata allí dentro.

Las pizarras siguen observando desde la pared, con las nuevas anotaciones del caso. Esta vez, con un listado de cadáveres que se amplía y se extiende por décadas.

Las fluorescentes zumban avisando de la luz blanca e implacable que lanzan sobre las dos figuras que están sentadas en la mesa de las mil marcas.

Esa mañana, aunque La Caja no esté vacía, se parece bastante a estar solos.

Espinosa, Arregi y Mendia están en Madrid. Centrados en una nueva escena, un nuevo sótano de los horrores.

Así que toda la responsabilidad sobre el rastro de Karrantza recae en ellos dos.

Helena Ibarra bebe un trago de café y vuelve al momento a su portátil.

Aitor Lasa busca muertos sin parar.

Llevan así tres horas. Cuando Lasa vio el mensaje de Arregi, nada más abrir el ojo en la madrugada, llamó a Ibarra. Y ambos se encerraron en La Caja mucho antes de que amaneciera.

Aristegui.

Aristegui.

Aristegui.

Aristegui.

Aristegui.

Aristegui.

Aristegui.

Cuando uno busca durante tanto tiempo, las palabras ya no son palabras. Se deforman hasta perder el sentido fonético. Solo letras que se juntan como ruido.

La maraña de apellidos Aristegui en todo el territorio nacional, y con décadas a abarcar era inmensa.

Pero el mensaje de Arregi lo cambió todo.

Ahora tienen dos nombres. Gabriel y Eduardo. Dos Aristegui que, si consiguen unir, les plantará ante sus Aristegui.

—Es casi imposible que sea casualidad —dice Lasa—. Y eso que Gabriel Aristegui estaba sobre el cadáver de la década de los setenta en Karrantza, y el de Eduardo Aristegui sobre el cadáver de un sótano de Madrid de la década de los noventa. No puede ser casualidad.

—Lo que más me mosquea es la diferencia de años —responde Ibarra.

Se están repitiendo. Llegan a la misma conclusión todo el rato. Y no salen de ahí.

Cada uno de los dos está con un ordenador. Lasa busca a los Gabriel Aristegui. Ibarra a los Eduardo Aristegui. Ambos tienen dos hojas de papel sobre la mesa, en medio del hueco entre cada portátil. Y en ella, anotan procedencia, año de nacimiento y empadronamiento de cada persona con el mismo nombre. Es el último punto el que dilata más la búsqueda. Pero el mejor filtro para lo que buscan.

Hasta buscar la conexión.

Ocurre a las 10:17. Ni un minuto antes ni uno después, salvo que se tome como referencia el viejo reloj de pared. El hallazgo. La chispa. La conexión.

—Puerta de Hierro. Año 1960 —dice en voz alta Lasa mientras anota en su lado de la hoja.

Ibarra se detiene en seco.

Lasa también. Lo sabe, ese nombre ha sonado antes.

—Puerta de Hierro —dice Helena Ibarra mientras repasa su listado.

Lo tiene. Helena Ibarra se levanta de su silla como un resorte y se dirige a la pizarra.

Allí, la conexión queda expuesta con claridad.

EDUARDO ARISTEGUI – 1939 – MADRID / PUERTA DE HIERRO

GABRIEL ARISTEGUI – 1960 – MADRID / PUERTA DE HIERRO

Los registros de aquellos años son difusos en algunos casos. Es necesario bucear a fondo en distintos resguardos. Todavía van a necesitar unas horas más hasta que puedan confirmarlo.

Hasta que debajo de esas inscripciones de los dos Aristegui, puedan escribir en la pizarra el trazo maestro.

PADRE E HIJO.

Eduardo Aristegui ya no sigue con vida.

Gabriel Aristegui, en cambio, por lo que figura en las bases de datos oficiales, sigue residiendo en el mismo inmueble de Puerta de Hierro que ha pertenecido a su familia todos estos años.

Tienen a su Gabriel Aristegui.

Un nombre escrito sobre el cadáver de una mujer, enterrada desde la década de los setenta en las paredes del sótano de un caserío de Karrantza.

—Dios santo —murmura Ibarra mirando a la pizarra.

Lasa también mira al mismo punto. Hay cierto vértigo malsano de saber que tienen a su hombre. Alguien que pertenece a ese misterio insondable y macabro.

—Creo que nosotros también nos vamos a Madrid.

21

Día 4

19:58

Maialen Mendia remueve el café con la cuchara.

Arregi ya se ha calcinado media lengua bebiendo el suyo.

El bar El Andén es el más cercano a las dependencias de la Nacional. Un local estrecho, con más policías que clientes cuando cae la tarde. Y con un café mediocre, por lo que esos mismos policías son en realidad los clientes perfectos del lugar.

—¿Te has dado cuenta de que nos han echado? —dice Mendia.

—Sí. Es un hecho. De forma sutil, pero nos han echado de nuestra propia investigación —contesta él.

—De forma elegante.

—Muy elegante. A lo Damián Vera —Arregi escupe ironía en una sonrisa—. Nos han invitado a salir. El que debe estar jodido es Espinosa, tantas horas ahí dentro sin poder fumar. Al único al que le gustaría que hubiesen invitado a salir es al que está obligado a quedarse.

Mendia suelta una sonrisa llena, perfecta.

Y la seriedad vuelve rápido.

—¿Cuánto crees que van a tardar en encontrar esa siguiente pieza del eslabón de la fundación? —pregunta ella, que remarca una pausa—. ¿Y si no está tan claro que la haya?

—Cuando dices eso, quieres decir, ¿y si te equivocas, Arregi? Es eso, ¿no?

—No y sí. Solo digo que no deja de ser un salto a ciegas. Y estamos quemando tiempo.

Mendia da un trago a su taza de café mediocre. Con prisas, vuelve a hablar para matizar un punto.

—No digo que te equivoques, Salvador. Solo digo que… ¿cómo puedes estar tan seguro?

—No lo estoy.

Directo. Sin concesiones.

El silencio se instala en la mesa que comparten.

Mendia termina su café con tragos consecutivos. Tan apresurados como los anteriores.

Y se levanta.

—Tengo que irme. Voy a aprovechar la tregua temporal.

Arregi no lo comprende, pero tampoco pregunta.

Aun así, ella ofrece la respuesta.

—Diego está en Madrid. Ya te dije que viajaba mucho por trabajo.

—Ah… así que es eso —dice él.

—¿El qué?

—Por eso has dicho que renunciabas al alojamiento preestablecido por la unidad y te hospedabas por tu cuenta a partir de hoy.

—Bueno, eso y que la cama era una mierda. No paso una noche más ahí ni loca…

—He dormido en sitios mucho peores. —Arregi también se levanta—. Tranquila, yo invito. De hecho, creo que voy a pedir otro.

Y sin más…

Maialen Mendia se va.

Arregi se queda en El Andén.

Vuelve a la misma mesa, ahora solo y con un nuevo café. Lo deja reposar. No va a volver a cometer el mismo error que antes. Y se queda pensando, mirando a la puerta por donde ella acaba de irse.

Una hora y catorce minutos después, la taza sigue intacta. El café ya helado. Y Arregi sigue ahí, pensando.

Es su teléfono, con ese sonido molesto, el único que puede sacarle de su agujero.

Es Espinosa.

Lo tienen. Han encontrado el siguiente escalón.

Arregi atraviesa las puertas de cristal de La Pecera. Mendia todavía no ha tenido tiempo de llegar desde donde sea que esté.

Espinosa tiene cara de perro apaleado. Si estuviesen en Bilbao, se habría saltado veinte normas y su cajetilla de cigarros tendría varias unidades menos.

Arregi le mira primero a él, pero después va directo a la pizarra.

Un nombre escrito de puño y letra por Damián Vera captura toda su atención.

JOSÉ BECERRA

22

El Arquitecto

La casa respira vida.

Él respira oscuridad.

El aire es denso, caliente y enrarecido. Está atrapado entre dos placas de yeso y madera. Apenas hay espacio para moverse. Pero no lo necesita. Lleva incrustado ahí el tiempo suficiente como para hacer de ese hueco un lugar habitable. Un lugar suyo.

Pasos. Voces. Agua corriendo en algún punto de la casa.

La mujer está en la cocina. Lo sabe sin verlo. El sonido del cuchillo contra la tabla es rítmico, constante.

Hoy cocina ella.

No es lo habitual.

Pero él está hablando por teléfono. En tono bajo. Se aleja, luego vuelve. Camina por el pasillo.

Uno de los hijos corre.

Son dos. La otra debe estar encerrada en su cuarto chateando en línea con sus amigas. Eso no suele cambiar.

El padre termina de hablar por teléfono. El cuchillo de la cocina ya no suena. Hay un momento de paz extraña en la que todo parece quedarse quieto unos minutos.

Y después la madre dice algo de la cena. Sonido de platos, sillas que se arrastran. Pasos por el pasillo.

El Arquitecto escucha el latido de la familia desde su agujero. Esperando su momento para salir.

Aunque hoy no es ese día.

La familia es casi un calco de la que dejó en la mesa del caserío de Karrantza; resulta hasta perturbador. Sin embargo, esta vez todo

va a ser muy diferente. Esta vez necesita que el padre esté solo. Esta vez es la caza de una sola pieza. Esta vez en su lista de muerte solo hay un nombre:

José Becerra.

23

Día 4

21:45

JOSE BECERRA

Hay más nombres nuevos sobre las pizarras de cristal de Damián Vera, pero por algún motivo, ese es el primero en el que se ha fijado Salvador Arregi, que sigue con la mirada clavada ahí, dejando a su intuición alimentarse libre.

Espinosa está clavado en su silla como si su cuerpo de ciento diez kilos pesase doscientos veinte en ese momento.

Damián Vera permanece de pie junto a las pizarras, y aunque Arregi no le mira directamente, puede notar cómo le analiza.

Marta Gálvez revisa unos documentos que debe saberse de memoria. Canta a leguas que es de ese tipo de persona.

Todos tienen algo en común. Nadie habla.

En su mundo, eso suele ser buena señal.

Significa que alguien ha encontrado algo.

Las pantallas están encendidas. En las pizarras hay nombres, flechas, trazos, fotografías, direcciones. Hay tensión.

Justo el tipo de tensión que marca la diferencia entre que haya una teoría, o pruebas que las sustenten. El corazón palpitante de una investigación.

Y que hayan encontrado pruebas sin él a Arregi le gusta, porque solo es trabajo de campo sobre una idea: la suya. Siguen su trazo maestro. No se enorgullece de conocer mejor el triángulo azul que nadie; eso solo pasa porque ha respirado su pútrido aliento más de cerca que el resto.

También por ello es quien más ansía liquidar todo lo que significa ese símbolo.

Salvador Arregi observa el resto del nuevo panel tatuado sobre una de las pizarras de cristal de La Pecera.

CLAUDIA FERRER

(estructura fiscal)

↓

JOSÉ BECERRA

(banca privada)

↓

ÁLVARO MONREAL

(estructura jurídica)

↓

ALEJANDO RIVAS

(Cirujano)

Los nuevos nombres son José Becerra y Álvaro Monreal.

Los nuevos eslabones están claros. Y en vez de uno, son dos.

—¡Ya estamos todos!

Incluso en una frase tan simple, se pueden notar los matices que quiere transmitir Damián Vera.

Arregi lo sabe incluso antes de que ella pase a su lado lanzando una estela del perfume afrutado de siempre.

Maialen Mendia acaba de entrar en La Pecera.

Tampoco ha tardado tanto, piensa Arregi. *Ha debido quedar con Diego bastante cerca de aquí.*

Marta Gálvez ya está en posición, como un león hambriento.

Damián Vera está de pie a su lado, junto a la pizarra con los nuevos nombres. Le da paso con un ademán tan imperceptible que

casi no existe. Suficiente.

—José Becerra. Cincuenta y un años. Director de banca patrimonial durante más de dos décadas. Especializado en la gestión de grandes fortunas, estructuras internacionales y fondos familiares. Oficialmente, una carrera impecable. Ningún antecedente. Ninguna investigación relevante. Ninguna sanción disciplinaria.

Marta Gálvez pulsa el mando y aparece una fotografía de Becerra en una de las pantallas.

—Extraoficialmente, es otra historia. Hemos encontrado que varias de las sociedades vinculadas a Alejandro Rivas operaban a través de cuentas supervisadas o autorizadas por departamentos bajo su control. No firma transferencias directamente. No aparece moviendo dinero de forma explícita. Pero su nombre está siempre cerca cuando seguimos el recorrido de los fondos.

Gálvez cambia de diapositiva.

—Lo bastante cerca como para pensar que sabía exactamente qué estaba haciendo. Y lo bastante lejos como para no dejar huellas.

ÁLVARO MONREAL

—Álvaro Monreal. Cincuenta y siete años. Abogado mercantil. Especialista en ingeniería societaria y reestructuración patrimonial. Durante años ha asesorado a grupos empresariales, fundaciones privadas y grandes patrimonios familiares.

Otra fotografía aparece en pantalla. El rostro de Monreal serio, incluso más frío que el de Becerra, que ya es decir.

—Si Becerra movía el dinero, Monreal construía los conductos por los que circulaba. Sociedades instrumentales. Fundaciones. Empresas pantalla. Testaferros. Todo perfectamente documentado y aparentemente legal.

Gálvez señala varias líneas que conectan nombres y sociedades.

—Su firma aparece una y otra vez en la constitución, modificación o disolución de entidades vinculadas a personas que ya conocemos.

Entre ellas, Alejandro Rivas y Claudia Ferrer.

Y después, Gálvez une ambos nombres en la pizarra:

—Por separado son difíciles de relacionar con cualquier actividad criminal. Juntos empiezan a formar una imagen bastante distinta.

La subinspectora dibuja una línea entre ambos nombres.

—Monreal creaba la estructura jurídica. Sociedades. Fundaciones. Vehículos patrimoniales. Todo con apariencia de legalidad.

Otra línea.

—Ferrer gestionaba la arquitectura fiscal para que el dinero desapareciese dentro de ese laberinto.

Una tercera.

—Y Becerra proporcionaba la infraestructura financiera necesaria para moverlo sin levantar sospechas.

Marta Gálvez deja el rotulador sobre la mesa.

—Por decirlo de forma sencilla: uno construía el edificio, otra diseñaba los pasillos y el tercero se encargaba de que el dinero circulase por dentro sin que nadie lo viera. Solo queda por dilucidar una cuestión: ¿quién era el destinatario final real?

Espinosa está fascinado con la exposición. Aunque no mueva ni un músculo de la cara desde hace horas. Ve en Marta Gálvez todo lo que imaginó que sería Helena Ibarra para la DIC, cuando se empeñó en incorporarla. Pero entonces reapareció el agujero negro Salvador Arregi, con su gravedad absorbiendo todo.

El agujero negro Salvador Arregi, que acaba de levantarse y se acerca a la pizarra de cristal.

Arregi coge uno de los rotuladores y redondea el nombre de Alejandro Rivas.

—El dinero se lo quedaba este. Los otros se llevaban sus honorarios por moverlo y limpiarlo. Pero Rivas era quien cobraba un dinero que no podía ser de cauce legal por su trabajo. Nadie emite

una factura a título de trasplante ilegal de riñón e hígado. Eso es lo que hacía este sujeto, no tengáis duda de ello.

Vera ha sonreído mínimamente en su interior. Pero contiene las formas.

—En cualquier caso, creo que eso ahora no es lo importante —dice Arregi, que ahora sí, mira a Vera.

—Pero es una chapuza. Un entramado burdo y obvio. Lo hemos desenrollado en cuestión de horas —salta Espinosa desde su sitio.

Está claro que llevaba tiempo queriendo decirlo.

Arregi le señala con el índice.

—Esa es la cuestión. Justo esa. ¿Los eliminan por chapuzas? ¿O su entramado era chapucero para poder utilizarlos como cabeza de turco cuando hiciese falta? Incluso, ¿cómo han podido durar tanto siendo tan chapuzas? ¿Quién? Esa es la pregunta. Nos falta la información clave de este panel. El puesto superior. Por eso había que encontrar a los siguientes eslabones de la cadena. Van a ir a por ellos.

Hay un silencio tras la intervención de Arregi. Por un momento, es el dueño moral de ese lugar. Por un momento, La Pecera parece La Caja.

Pero Damián Vera recupera su sitio.

—De acuerdo, agente Arregi. Tenemos a los siguientes eslabones. Vamos a ponernos a observarles. A ver qué depredador está esperando a saltarles a la yugular. Dividiremos la vigilancia en dos equipos.

Damián Vera coge el rotulador de nuevo. Y escribe.

JOSÉ BECERRA/ Paseo de los Lagos, 7 (La Moraleja)

– EQUIPO 1

ÁLVARO MONREAL Calle de Peonías, 24 (Conde de Orgaz) – EQUIPO 2

—¿Y quién va en cada equipo? —pregunta Mendia, que habla por primera vez.

Escuchar y observar nunca ha sido un problema para ella.

—Eso todavía voy a pensármelo —contesta Damián Vera.

Arregi acaba de perfilar una nueva idea en su cabeza. La deja expandirse en silencio. Los dos nuevos objetivos que vigilar están también en Madrid. La capital parece el núcleo de la red. Sin embargo, tienen un caserío en el corazón del País Vasco lleno de muertos y triángulos.

Más que una idea, es una nueva pregunta que parece no tener sentido.

Si el corazón de la corrupción está en Madrid...

¿Por qué los muertos siguen apareciendo también en el norte?

24

Día 5

11:45

La DIC al completo está ya en Madrid.

Aitor Lasa observa desde la ventana del copiloto. Puerta de Hierro le transmite un aura extraña. Las calles son demasiado anchas, las casas demasiado grandes y los jardines, demasiado silenciosos y alargados.

Es un lugar diseñado para mantener al mundo alejado.

Helena Ibarra conduce sin hablar. Como casi siempre. Las cuatro horas de coche han sido largas. Lasa no termina de estar cómodo con ella. Nunca sabe qué está pensando exactamente. Pero tiene claro que la suya, es una opacidad inteligente. Por eso mismo es tan tensa.

Puede que ese sea el motivo por el que Lasa se refugie en consultar su tableta más veces de las que necesita.

Vuelve a mirar el nombre: Gabriel Aristegui. Sesenta y cuatro años. Todavía en activo. Dirige un conglomerado empresarial enorme, heredado de su padre, Eduardo Aristegui. Sector sanitario, otra vez, aunque en este caso es diferente. Ellos no son médicos. Gestionan la creación de clínicas privadas de todo tipo, incluso tienen ramificaciones en constructoras para hospitales.

—El sitio es justo como esperaba —suelta Ibarra de repente—. Esta gente no es solo rica. Y en el caso de los Aristegui… Nadie construye un hospital sin poder. Son contactos con altas esferas.

Lasa la mira. En la opacidad silenciosa de esta vez, parece que le estaba leyendo el pensamiento. Esa mujer le da miedo. Pero no tanto como un sótano lleno de cadáveres de distintas décadas.

El GPS marca un minuto hasta destino.

Están llegando.

Lasa cede otra vez a la compulsión de mirar la pantalla de la tableta.

Gabriel Aristegui.

Hijo del difunto Eduardo Aristegui.

Y tal vez la única persona viva que pueda explicar qué empezó en ese sótano en 1970.

Último giro a la derecha. Y la casa aparece.

No se parece en nada al caserío de Karrantza. Ni a la casa de Cuidalcampo. Allí había fachadas de piedra vieja, humedad de años y muerte de más años aún entremezclada con muerte nueva.

En cambio, la casa de Gabriel Aristegui es un palacio de jardín pulcro, fachada limpia y coches de alta gama aparcados frente a una entrada monumental.

—¿No tienes una sensación extraña? —pregunta Lasa—. Un poco de *déjà vu* con el Aristegui de Neguri. Este Aristegui también se dedica al tema sanitario. Ya es casualidad también… ¿No?

Helena Ibarra aparca el coche, apaga el contacto y se quita el cinturón de seguridad con tres gestos decididos.

—Las sensaciones solo son eso, sensaciones, Lasa. Nosotros trabajamos con pruebas. Vamos.

Pero Lasa no está más tranquilo en el momento en que por fin llegan a la puerta principal, frente a un hombre que se identifica como Gabriel Aristegui en cuanto Helena Ibarra le pregunta.

Gabriel Aristegui nunca ha recibido la visita de la policía en su casa. Sin embargo, al ver a esos dos agentes allí ante él, solo siente la constatación de algo que siempre ha sabido. Ese día algún día llegaría.

—Pasen, agentes, por favor —dice con una sonrisa que nadie se cree.

Aristegui les conduce por el interior de su palacio. Una empleada del hogar le saluda a su paso. Salvo ese detalle, a Lasa la situación le parece un calco a la del falso Aristegui de Neguri. Ibarra tendrá

razón, y las pruebas dicen que ese anterior Aristegui era solo humo. Pero precisamente por eso, a Lasa le resulta más escalofriante el parecido. El universo tiene recovecos extraños e indescifrables.

Ya están sentados. Esta vez, sí hay diferencias con la anterior. Aristegui no les ha acomodado en un despacho repleto de libros de medicina y olor a trabajo. Este Gabriel Aristegui los ha llevado a una habitación más cálida. Más personal.

Están sentados en una mesa, él a un lado, los policías al otro.

Hay una balda en el lado izquierdo. Y sobre ella, un tablero de ajedrez con piezas de madera. Solitario. Como si la balda estuviese ahí solo para él.

Aristegui se refugia en esa pieza de museo. Es su ancla de hogar. Intercala fogonazos de miradas entre el ajedrez de madera y sus inesperados invitados, a quienes siempre supo que terminaría enfrentándose. Nunca imaginas que será hoy. Pero el momento acaba llegando. Siempre.

Lasa e Ibarra han diseñado al milímetro su actuación.

Ibarra dispara frases medidas mientras Lasa muestra fotos del sótano y del salón superior, donde los Rivas estaban anclados alrededor de una mesa, como comensales siniestros. Y después incluso llegan hasta Cuidalcampo, hasta el cadáver momificado con el nombre de Eduardo Aristegui.

Gabriel Aristegui ha hecho gestos de estupor durante toda la exposición del caso. También ha negado con la cabeza varias veces. Aunque cada expresión que muestra es tibia, envuelta por frialdad calma. Va y viene del tablero de ajedrez.

Por dentro, bulle el horror.

—Su nombre y el de su padre estaban escritos sobre dos de los cadáveres de esos sótanos, señor Aristegui —dice Ibarra.

Es el broche final de su actuación.

En realidad, aún no hay pruebas, como tal, de que esos nombres se refieran a esos dos Aristegui.

Pero Gabriel Aristegui no pone en problemas el semifarol de los agentes de la DIC. Es evidente que hay algo dentro de él que se ha roto al paso de las fotografías tan duras que han acompañado el relato de los hechos de los policías.

Y no tiene intención alguna de disimularlo.

Lo cual ya es un punto de ruptura para Lasa e Ibarra, que esperaban resistencia.

—Dios… Siempre he sabido que pasó algo extraño. Pero nunca, ni en mis peores presagios, imaginé que pudiese ni acercarse remotamente a nada de esto… —dice Gabriel Aristegui.

Y sin más, se calla.

Sus ojos se posan sobre las imágenes como la polilla que se pega a la luz, aunque sabe que corre el riesgo de quemarse.

Aristegui se calcina sobre su pasado.

Lasa permanece en silencio. Y espera que Ibarra haga lo mismo. Si pudiera, se lo gritaría de viva voz. Hay que dejar espacio a Aristegui. Que termine de cocinarse lo que sea que se remueve en su interior.

Aitor Lasa no se ha dado ni cuenta, pero eso lo ha aprendido de Arregi.

Ibarra le lee el pensamiento una vez más. Y permanece en silencio.

Un minuto, dos, puede que tres. Hasta que se hace irrespirable.

Ya. Es ahora.

Lasa vuelve a disparar.

—Señor Aristegui. ¿A qué se refiere con que siempre ha sabido que pasó algo extraño?

Gabriel levanta la mirada de las fotografías desperdigadas en la mesa, y sus ojos chocan con los de Lasa. Acaba de volver de un viaje en el tiempo.

—Saben, agentes, cuando eres un niño, solo eres capaz de ver las cosas que ocurren a tu alrededor hasta cierto punto. Es la inocencia de la mirada. Solo percibes un porcentaje de las cosas. Y todo el resto que se te escapa, suele ser lo relacionado con la maldad adulta. Por eso nuestros recuerdos de la infancia tienden a ser idílicos. O tal vez sea nuestro cerebro protegiéndonos, devolviéndonos solo una película fragmentada. Un corte del director amable. ¿Qué creen?

Aunque Aristegui hable en plural, se lo está preguntando solo a Lasa, porque es quien le sostiene la mirada.

—Yo creo que es una mezcla de ambas cosas.

—Puede ser.

—Y en su caso, señor Aristegui —Ibarra entra en acción, a cuchillo—, ¿cuál es esa verdad que solo vio a medias cuando era un niño? Porque está claro que en el caso de su familia había mucho porcentaje que esconder a un cerebro infantil.

Aristegui vuelve a las fotografías otra vez. Se pasa la mano por el mentón. Una y otra vez. Una y otra vez.

—Todo empezó cuando enfermé —dice al fin.

25

Día 5

12:34

Distrito financiero de Madrid

Vigilancia a José Becerra – Equipo 1

José Becerra lleva comportándose como José Becerra desde primera hora de la mañana. Hay hombres que construyen su vida alrededor de la rutina. Y él parece uno de esos.

Lo primero que ha hecho ha sido salir a correr, sin importarle los cuatro grados de temperatura del amanecer.

A las ocho, estaba desayunando en su casa de La Moraleja.

A las nueve, ha llegado puntual como un clavo a la oficina.

Y desde entonces no hace nada que justifique movilizar a uno de los dos equipos que llevan a cabo las vigilancias a los dos siguientes eslabones de la cadena.

Salvador Arregi observa la entrada principal del edificio desde el interior de un coche sin distintivos.

Damián Vera consulta por tercera vez el mismo informe.

El operativo sobre José Becerra ha arrancado a las siete de la mañana. Damián Vera lo dirige personalmente. Comparte vehículo con Salvador Arregi y con el oficial Sergio Pardo, especialista en seguimientos de la Policía Nacional y conductor principal del dispositivo. Un segundo coche, ocupado por el inspector Rubén Molina y la oficial Laura Nieto, cubre posibles rutas alternativas y sirve de apoyo en caso de seguimiento dinámico.

O lo que es lo mismo, Damián Vera ha escogido a toda su unidad al completo para el equipo 1, y a ello le ha sumado a él, piensa Salvador Arregi. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que, para Vera, el banquero es el objetivo principal.

Además de eso, otros dos vehículos permanecen disponibles para incorporarse al operativo si la situación lo requiere.

A las doce y treinta y cuatro, cinco horas después del despliegue inicial, todos los agentes coinciden en una misma conclusión: José Becerra es extraordinariamente predecible. Y hasta podría decirse que aburrido.

Arregi es consciente de que, si todo ese despliegue no lleva a ninguna parte, la responsabilidad recaerá sobre él, como dueño intelectual de esa vía en la investigación. Un seguimiento fuera por completo de los procedimientos estándar.

Son las doce y treinta y cinco minutos cuando el hombre aburrido aparece en escena, traspasando la puerta de salida del complejo de oficinas.

—Alfa 1 para todos los equipos —dice Damián Vera a la radio—. El objetivo abandona el edificio. Todos alerta para el seguimiento. Ya sabéis la regla de oro para esta intervención, máxima discreción. Se supone que alguien más además de nosotros debería estar siguiéndolo.

—Visual 2 confirma salida.

—Recibido.

—Objetivo sin acompañantes.

Damián Vera observa a Becerra, que se ha detenido en la acera.

Por un momento nadie habla por radio.

Son solo segundos, hasta que un coche negro aparca junto a la acera.

—Visual 2 para Alfa. Vehículo aproximándose al objetivo.

—Lo veo. Describa.

—Mercedes negro. Matrícula acabada en cuatro tres siete dos. Un ocupante.

Entonces, José Becerra se sube al Mercedes.

Ya son dos ocupantes.

—Identificad al conductor —ordena Vera por radio.

Acto seguido, Vera da dos toques en el hombro de Pardo.

—Nos movemos, Pardo. Síguele, pero mantén distancias.

12:37

Conde de Orgaz

Vigilancia a Álvaro Monreal – Equipo 2

—Me parece que nos ha tocado el aburrido —dice Espinosa a Mendia, desde el asiento del conductor.

Álvaro Monreal no sale de casa.

No lo ha hecho a las siete.

No lo ha hecho a las ocho.

No lo ha hecho a las nueve.

Y tampoco parece tener intención de hacerlo a las doce y treinta y siete.

Sin embargo, otros sí han entrado y salido. Hasta tres personas distintas.

Desde el exterior, la vivienda parece más una pequeña embajada que una casa particular.

—Este tío lleva horas encerrado ahí dentro —vuelve a decir Espinosa.

—Es abogado —contesta Mendia.

—Precisamente por eso. Los abogados salen. Van a reuniones. A juzgados. A sitios donde dan café gratis…

Espinosa mira alrededor mientras habla. Calcula la distancia con los otros dos vehículos de apoyo con agentes de la Nacional, con los que Damián Vera ha terminado de blindar el equipo 2 de vigilancia.

—¿Crees que me verán desde ahí si me enciendo uno? —dice mientras deja asomar la cajetilla de cigarros.

—Este no es del tipo de abogados que necesitan ir a sitios con café gratis, me parece a mí —Mendia le contesta obviando lo anterior.

—Sí… Eso es verdad. Además, tiene pinta de que medio Madrid entra por esa puerta con bastante asiduidad.

El silencio llena el interior del vehículo.

Pero Espinosa lo rompe de nuevo.

—Esto es arriesgado. Todo este operativo. Por ahora solo buscamos humo. Arregi está arriesgando. Y Vera haciéndole caso.

—Ya sabes cómo es Arregi. Desde que ocurrió aquello, se ha agudizado más aún. —Mendia mira fijamente la fachada de Monreal —. Parece que tiene todo esto muy claro. A veces pienso que…

Espinosa gira la cabeza para mirar a Mendia.

—¿Qué? —pregunta.

—No, nada.

—Vamos, Mendia…

—Nada, joder, Espinosa. Nada.

Otro silencio. Más corto incluso que el anterior. Mendia es quien lo desgarra esta vez con su voz suave.

—Tú sabes que algo hizo por su cuenta, ¿no? Todo ese tiempo que estuvo encerrado en su piso cuando lo del Arquitecto. Aquello también lo tenía muy claro. Que existía y teníamos que buscarle. Lasa le ayudó. Eso seguro. Miente peor que… en fin… Nada.

Iñaki Espinosa, en ese momento, mataría más que nunca por fumar uno de sus cigarrillos.

—Por qué cojones no me habré jubilado ya… —bufa para sí mismo.

La embajada del abogado extraño sigue ahí, inmóvil ante ellos.

Las horas se van a volver largas.

26

Día 5

12:11

Puerta de Hierro

—Todo empezó cuando enfermé.

Gabriel Aristegui parece hundirse en su silla. La gravedad de ese viaje al pasado que atraviesa, le engulle.

—Yo tenía nueve años por aquel entonces. Casi diez, más bien. Recuerdo algunas cosas con claridad. Otras no tanto, como les he dicho antes. Los médicos utilizaban palabras que yo no entendía. Mi madre lloraba a mares cuando pensaba que yo no la veía. Pero esas cosas siempre se notan… Y mi padre… Bueno, mi padre dejó de ser mi padre durante una temporada.

Lasa e Ibarra no dicen nada. Protegen con un respeto reverencial cada interrupción en la exposición de Aristegui.

Aunque Ibarra le disecciona. Se ha fijado en que Gabriel mira cada vez más al tablero de ajedrez colocado sobre la balda de la pared.

—Hay un momento en el que los adultos dejan de fingir delante de los niños. Cuando creen que se van a morir. Ahí se olvidan de protegerte. No porque no quieran hacerlo, al contrario. Sencillamente el dolor es tan intenso que no… que no pueden…

Aristegui se frota las manos. Y mira ya sin tapujos al tablero de ajedrez. Parece buscar las respuestas en él.

—Recuerdo médicos entrando y saliendo de casa. Recuerdo hospitales. Recuerdo a mi padre pasando noches enteras sin dormir. Lo que no recuerdo es haberle visto rendirse jamás.

Una sonrisa triste.

—Mi padre era un buen hombre. Por encima de todo lo demás, un buen hombre.

Lasa e Ibarra se ponen en tensión, aunque su pose no se altera ni un milímetro. Eduardo Aristegui a escena.

Aristegui se levanta. Coge con cuidado el tablero de ajedrez, con cada pieza dispuesta en su lugar, y la coloca encima de la mesa. Solo entonces vuelve a sentarse. Solo entonces vuelve a hablar.

—Mi padre tenía una gran virtud por encima del resto. Es curioso. A veces, nuestras mejores cualidades, pueden ser trampas venenosas. Así es la naturaleza. Era un hombre obstinado. Nunca paraba hasta completar lo que él considerase una tarea necesaria a llevar a cabo. Y como padre, su naturaleza le llevaba a proteger a su hijo por encima de cualquier otra cosa.

Aristegui mira fijamente a algún punto del tablero. Una pieza. Es posible que al rey.

—Por eso le disculpo. Intento entender lo que hizo. Lo hago más veces en que me paro a pensar con más profundidad en todo. En lo que significa mi vida. No es algo que haga a menudo. Solo cuando el sentimiento de culpa cae por su propio peso. Entonces me siento aquí, y juego una partida al ajedrez. Yo solo. Como si jugase contra un fantasma.

Aristegui levanta la mirada, que es distinta ahora, inclasificable. Mira primero a Ibarra y después a Lasa.

—Les voy a contar cuál es esa parte extraña, de recuerdos turbios camuflados por la mente de un niño. Esa parte extraña se llama Carmen.

Gabriel Aristegui mueve uno de los peones blancos dos casillas más adelante.

—Carmen fue con quien jugaba al ajedrez. Con este mismo tablero. Con estas mismas piezas.

Después adelanta peón negro una casilla.

—Yo la enseñé a jugar, aunque solo era un niño, y ella una mujer. Carmen era mi cuidadora. Tenía un origen muy humilde. Ya saben en aquella época… Para mí, esta casa era una jaula de oro. No tenía muchos amigos de por sí. Pero cuando caí enfermo… Me pasaba las horas en mi habitación. Enseñé a Carmen a hacer muchas cosas, en vez de al contrario. Aprovechábamos mis lecciones escolares para que ella practicase la lectura y la escritura. Y bueno, después vino el ajedrez. Jugábamos durante horas.

Aristegui sonríe de pronto.

—Debíamos ser horrorosos jugando ambos…

Le sigue una pequeña carcajada. Esta vez, es una expresión franca.

—Hasta que mi estado empeoró drásticamente. Hasta que ya no tenía fuerzas ni de jugar al ajedrez. Mis padres llegaron a ese punto de desesperación que les he dicho antes. Hasta que comprendí lo inevitable. No había tiempo de conseguir lo que yo necesitaba. Era complicado… Con el tiempo he sabido y comprendido la complejidad de mi situación. Necesitaba un trasplante de forma urgente. Uno que no había tiempo de conseguir. No, además, teniendo en cuenta que mi grupo sanguíneo era infrecuente. Iba a morir.

Peón blanco una casilla adelante.

—Entonces llegó el viaje al País Vasco.

—¿Al caserío de Karrantza? —pregunta Ibarra.

Aristegui no levanta la mirada del tablero.

—Debe ser. Ahora sé que ese era el lugar. Nunca lo he tenido claro. Sé que era algún punto del corazón del País Vasco. Entre mi estado de salud, que la mayor parte del tiempo estaba sedado, y que todo estaba envuelto en un halo de misterio que no comprendía… Pero sí, ahora veo que debió ser ahí.

Peón negro una casilla en adelante.

—Es curioso, saben. Toda la vida esperando a que llegase la respuesta. La confirmación de algo que en tu interior sabes. Que

late dentro de ti.

Caballo blanco saltando en ele sobre los peones.

—Cuando regresé, supe que me habían operado. Y mi estado de salud fue mejorando poco a poco, aunque de forma lenta. Día tras día, mes a mes. Y en cada uno de esos días, una pregunta oscura creciendo a mi alrededor, formando una nube negra.

Alfil negro cuatro casillas en diagonal.

—Carmen no estaba. No volví a verla desde el viaje a la operación milagrosa.

Peón blanco adelante.

—Pero lo peor no era eso. Lo peor era que mi padre nunca volvió a hablar de ella. No me mintió. Simplemente no dijo nada. Carmen ya no trabaja en esta casa, y no va a volver, fue lo que me dijo. Sin mentiras, pero sin verdad.

Aristegui levanta la mirada.

—¿Juegan al ajedrez? ¿Qué ficha moverían si jugasen con las negras?

—Señor Aristegui —es Ibarra quien vuelve a hablar—, ¿podría ser más específico en lo que esté queriendo transmitirnos con respecto a esa operación y su cuidadora?

—No puedo ser más específico. Porque todo lo que les cuento son solo elucubraciones mías. Sé que Carmen no volvió tras aquel viaje que hice. Sé que yo viví cuando estaba desahuciado. Sé que mi padre cambió tras aquello, eso también lo sé. No me contó nada al respecto. Jamás. Pero no volvió a ser el mismo.

Aristegui mueve otro peón blanco.

—Esta partida está siendo un desastre, la verdad —dice—. Mi padre hizo más viajes después de aquello. Por trabajo, se suponía. Pero yo no era tonto. Y cada vez era más mayor. Hubo uno, en concreto… Fue en el año ochenta. Yo tenía ya veinte en ese momento. Nada de recuerdos infantiles. Hacía mucho que le analizaba bajo una lupa muy precisa. Lo vi en su cara, en su tono de

voz, en su forma de moverse. Mi padre vio algo en ese viaje que le cambió aún más.

Aristegui pone los dedos sobre una pieza, pero se detiene. No la llega a rozar.

—Si tocas la pieza, no hay marcha atrás, tienes que moverla sí o sí. Por eso es importante no precipitarse, saben.

Gabriel Aristegui no toca esa pieza ni ninguna otra. Alza la mirada a los policías.

—Mi padre tenía miedo por primera vez en su vida. Algo vio en ese viaje del año ochenta. Conoció a alguien mucho peor que lo anterior. Esa es otra cosa que no sé, pero de la que estoy seguro.

—Oficialmente, señor Aristegui, su padre fue declarado desaparecido en el año 2010 —es Ibarra quien habla—. Nunca se le encontró. A día de hoy, sigue en paradero desconocido oficialmente. ¿Qué puede comentarnos sobre eso?

La pieza tocada al final es movida por Gabriel Aristegui.

—Jaque mate —susurra.

Y tira al rey de un empujón sobre el tablero. Solo después, Aristegui hijo mira a Helena Ibarra para contestar sobre su padre.

—No puedo comentarles demasiado sobre eso. Mi padre desapareció sin más. Nunca se le encontró. Ni se supo los motivos que le llevaron a irse.

—¿Usted cree que se fue por voluntad propia?

—Sí. Rotundamente sí. ¿Qué otra cosa podría pasar si no? A esas alturas, a un anciano como mi padre, ya solo le buscaba para pedirle cuentas su propia conciencia. Y en su caso, ese era el peor cliente que podía venir a reclamar. Esté donde esté, arde en un infierno candente como ninguno. El de sus pecados irreparables.

Gabriel Aristegui devuelve cada pieza a su posición inicial. El conjunto queda ordenado como al principio, cada figura en su casilla de origen. Con el mismo cuidado con el que lo tomó de la balda, vuelve a dejar el juego en su sitio.

—¿Se puede considerar voluntad propia, cuando son tus fantasmas los que te obligan a empujones a desaparecer de tu mundo? —dice Aristegui.

Lasa e Ibarra están como petrificados. No saben cómo actuar ni qué decir.

Nada del comportamiento de ese hombre responde a lo que esperaban como un interrogatorio, pero que es una confesión casi espiritual.

Aristegui se mueve cada vez más despacio. Casi en estado de trance.

Entonces, plantado de pie ante la mesa, le desabrocha los botones de la camisa. Y expone su torso, con dos grandes cicatrices que señala.

—Lo que yo creo, agentes, es que Carmen vive en mí; que sus órganos están justo aquí, dentro de mi cuerpo. Es en el fondo, como si siguiese jugando al ajedrez conmigo.

Un escalofrío recorre en horizontal el lugar donde están sentados Ibarra y Lasa, como si les traspasase a los dos por igual.

La conexión llega del mismo modo.

Cristalina y sucia al mismo tiempo.

El cadáver del sótano de Karrantza de la década de los setenta, en el que estaba escrito el nombre de Gabriel Aristegui, era el de una mujer.

Una mujer llamada Carmen.

27

Día 5

12:58

Vigilancia a José Becerra – Equipo 1

El Mercedes negro avanza por el Paseo de la Castellana mezclándose con el tráfico del mediodía. Dos vehículos le siguen por detrás, ni demasiado cerca, ni demasiado lejos, como marca la ley del acechador profesional.

Sergio Pardo mantiene una distancia constante al volante del vehículo Alfa 1.

Damián Vera, a su lado, observa el coche objetivo a través del parabrisas.

—Visual 3 para Alfa.

Vera coge la radio.

—Adelante.

—Tenemos modelo de coche e identificación del conductor.

Hay una breve pausa.

—Mercedes clase S 580 4MATIC. Su propietario es Ignacio Vela. Cincuenta y cuatro años. Consejero financiero. Dos consejos de administración compartidos con José Becerra. Relación profesional acreditada desde hace más de quince años.

—Recibido —corta Vera antes de cerrar la conexión.

Después lanza una mirada de reojo al asiento trasero, donde Arregi permanece enjaulado.

—Van a una comida de trabajo.

—Sí. Sentía ser yo quien pinchase el globo —dice Vera—. Pero es justo eso lo que parece.

Arregi pierde la mirada a través de la luna delantera. Sabe lo que eso significa. Su operativo de seguimiento por el momento está siendo un fiasco. Y aunque aún es muy pronto para hacer valoraciones, Becerra no se comporta como alguien que ha visto a sus compañeros de fechorías ejecutados uno detrás de otro.

Aunque, por otra parte, nadie se comporta como si fuese la siguiente presa de una ejecución en cadena de una organización criminal.

Disimular normalidad, camuflar el dolor o el miedo, es el primer mecanismo de supervivencia de los animales.

El Mercedes continúa unos cientos de metros más. Después abandona la Castellana con un giro suave hacia una calle secundaria.

—Atentos. Parece que tenemos destino —dice Vera por radio.

Pardo reduce ligeramente la velocidad.

El Clase S vuelve a girar.

Y finalmente se detiene frente a un restaurante llamado La Galería.

Desde fuera no parece nada especial. Esa es precisamente la idea. Fachada sobria, de cristales tintados y madera oscura. Ningún cartel llamativo. Ninguna ostentación innecesaria.

Sin embargo, hay un hombre trajeado que espera junto a la entrada.

Un hombre que, cuando José Becerra baja del coche, le recibe al momento y le saluda. Desde la posición del vehículo de seguimiento no puede apreciarse, pero Arregi diría que parece llamarle por su nombre.

Después, el empleado trajeado hace lo mismo con Ignacio Vela, que le da las llaves del coche.

El vehículo Alfa 1, conducido por Pardo, pasa de largo de la escena.

—Mantened visual, 2 y 3, pasamos de largo —dice Vera por radio —. Los objetivos están entrando en el restaurante Galería.

—Confirmado, Alfa 1. Los objetivos han entrado en el restaurante.

—Genial. Aprovechad para hacer algún relevo y el que quiera ir a mear, que vaya. Y ya de paso que traiga unos cafés. —Vera habla por radio, pero se gira a mirar a Arregi—. Aquí no pasa gran cosa… Estos tíos van a comer y a hablar de cómo robar un poco más de dinero. Mínimo tenemos hora y media parados hasta que salgan.

Una hora y cuarenta y ocho minutos después, los vehículos de vigilancia vuelven a ponerse en marcha.

José Becerra vuelve a la torre de oficinas donde trabaja.

Ignacio Vela le deja allí, y se marcha con su Mercedes por donde ha venido.

15:09

Conde de Orgaz

Vigilancia a Álvaro Monreal – Equipo 2

Álvaro Monreal sigue sin salir de casa.

No lo ha hecho en toda la mañana, y tampoco parece tener intención de hacerlo pasadas las tres de la tarde.

En cambio, otras personas sí entran y salen.

Un hombre con pinta de empresario.

Una pareja de unos sesenta años.

Un joven aspirante con aspecto de ejecutivo hambriento.

Todos permanecen dentro entre treinta minutos y una hora antes de volver a marcharse.

—No parece un despacho de abogados —dice Mendia observando la puerta principal.

Espinosa aparta la vista de la fachada.

—¿Y qué parece entonces?

—Un confesionario para ricos.

Espinosa resopla.

—¿Y no es acaso lo mismo?

—Visto así, tienes razón —Mendia sonríe.

El silencio vuelve a instalarse dentro del vehículo.

Espinosa echa mano a la radio.

—Aquí Alfa 2. Espero que estéis sacando fotos a todo Dios que está entrando en esa casa —comunica a los dos vehículos adicionales que conforman el equipo.

—A todos y cada uno de ellos —confirma uno de los agentes.

Espinosa vuelve a dejar la radio. Se cerciora hasta dos veces de que no está emitiendo a los otros dos vehículos.

—Mendia, ¿me vas a decir a qué te referías antes con lo de Arregi y sus meses raros? ¿En qué crees que le ayudó Lasa?

Mendia tarda en contestar.

—No lo sé… —parece dudar—. Ya sabes que Arregi cree que cerraste en falso el caso de Sergio Luján, alias Gorehound. Porque lo sabes, ¿verdad? Arregi creía que había mucho más detrás. El triángulo azul. Su gran y eterna cruzada. A veces pienso si se puede ser objetivo tras lo que le pasó… A veces dudo de si es un monstruo al que ente todos le hemos soltado los grilletes. Es muy duro, porque le… le aprecio.

Maialen Mendia hace una pausa obligada.

—Lo que yo creo, Iñaki, es que él estaba seguro de que tú no cerraste bien ese caso. Y que después estuvo meses haciendo algo que solo intuimos vagamente. Solo una sospecha. Tal vez, penetrar en toda esa red que él creía que había tras el Arquitecto, ese personaje al que tú rehusaste buscar.

—Ese tal Arquitecto solo existía en la declaración de un perturbado confeso de allanar la vivienda de una familia que

apareció muerta, Mendia. Nada más. Y bastante tuvimos ya con ese desastre.

—Está claro que Arregi no opinaba igual que tú.

La frase final de Mendia instala un silencio viscoso y frío. Uno del que es difícil despegarse.

Frente a ellos, la casa permanece inmóvil. Igual que su propietario. Mendia tiene la mirada clavada en esa fachada en todo momento.

Álvaro Monreal sigue sin aparecer.

***

José Becerra abandona la torre de oficinas a las diecinueve y doce. Esta vez no le espera Ignacio Vela. Camina hasta el aparcamiento subterráneo y pocos minutos después emerge al volante de un BMW Serie 7 gris oscuro.

El seguimiento vuelve a activarse.

Veinticuatro minutos después, El BMW serie 7 ya está frente a la entrada principal de su vivienda en La Moraleja.

José Becerra baja del vehículo. Después cruza el jardín delantero, y penetra en su fortaleza erigida a billetes de los grandes.

Las luces comienzan a encenderse una tras otra conforme avanza la tarde.

Cocina.

Salón.

Planta superior.

La rutina de una familia cualquiera.

El equipo mantiene la vigilancia.

Una hora.

Después otra más.

Nadie entra.

Nadie sale.

No aparece ningún visitante inesperado.

Ningún vehículo sospechoso.

Ninguna sombra.

Ninguna señal.

Vera mira a Arregi, un gesto suficiente para ajustar las primeras cuentas. Y da la orden del relevo. Con un vehículo para la vigilancia nocturna, es suficiente.

El resumen del primer día de vigilancia es sencillo: Nada.

El vehículo Alfa 1 ya está en retirada cuando Arregi recibe el mensaje en su teléfono móvil.

Es Lasa.

Hemos hablado con el Gabriel Aristegui bueno. Es probable que el cadáver sobre el que estaba su nombre fuese el de una mujer llamada Carmen. Era su cuidadora. Tenemos que reunirnos urgentemente.

28

Día 6

5:48

La Pecera

Ese espacio luminoso rodeado de paredes de cristal es lo opuesto a La Caja. Pero como si estuviese en su reino de días mejores, Salvador Arregi ha sido el primero en llegar.

Se ha citado con Lasa e Ibarra allí.

Quiere hablar con ellos antes que nadie.

El reloj digital de La Pecera marca las 5:50, con precisión exacta, en el momento en que Lasa e Ibarra aparecen caminando por el pasillo. Arregi les espera apoyado en un lateral de la mesa central.

Helena Ibarra observa cada detalle de la sala.

Aitor Lasa, en cambio, se fija más en Arregi, con quien cruza una mirada.

—Vaya diferencia con lo nuestro —comenta Ibarra.

No hay respuesta.

—Tenemos quince minutos hasta que esto esté lleno —dice Arregi como saludo—. Habladme de Carmen.

Quince minutos después, La Pecera está tan llena de policías, que no hay sillas de diseño para todos. Damian Vera no es de los que aguanta mucho tiempo sentado, así que permanece de pie ante las pizarras. Arregi ya estaba ahí, anclado al rotulador, con el que acaba de perfilar el resumen de todo lo que le han contado Lasa e Ibarra.

Arregi señala la pizarra uno.

SÓTANO DE KARRANTZA ((añadir nombres y apellidos**))**

1 – DANIEL CORTÉS – DÉCADA DE 2020
2 – SOFÍA NAVARRO – DÉCADA DE 2000
3 – HUGO MARTÍNEZ – DÉCADA DE 1990
4 – IÑIGO ARRIETA - DÉCADA DE 1980
5 – GABRIEL ARISTEGUI – DÉCADA DE 1970 (sabíamos que el cadáver pertenecía a una mujer pese a tener el nombre de Gabriel Aristegui escrito)

CARMEN

—Encontrar el nombre de Eduardo Aristegui en uno de los cadáveres de Cuidalcampo fue la clave para encontrar a Gabriel Aristegui. Padre e hijo. Paralelamente a nuestras vigilancias de ayer, Lasa e Ibarra fueron a hablar con Gabriel Aristegui.

Arregi señala el nombre de Carmen.

Y salta a la pizarra dos.

GABRIEL ARISTEGUI (1961)

↓

ENFERMEDAD TERMINAL

↓

VIAJE AL NORTE (1971)

↓

TRASPLANTE

↓

DESAPARICIÓN DE CARMEN

↓

SUPERVIVENCIA DE GABRIEL

CARMEN

↓

CUIDADORA

↓

DESAPARECE TRAS EL VIAJE DE GABRIEL AL NORTE PARA SU OPERACIÓN

↓

¿CADÁVER Nº5? SABEMOS QUE PERTENECÍA A UNA MUJER

EDUARDO ARISTEGUI

↓

EMPRESARIO SANITARIO

↓

SALVA A SU HIJO

↓

VIAJES POSTERIORES AL NORTE

↓

1980 / PUNTO CLAVE

↓

EDUARDO ARISTEGUI REGRESA CON MIEDO / TESTIMONIO DE GABRIEL ARISTEGUI

—Lasa e Ibarra seguirán trabajando este rastro. Intentaremos sacar la identidad de Carmen. Aunque según lo que ha contado Gabriel, y lo que sabemos de esas épocas, era una mujer de procedencia extremadamente humilde. No va a ser fácil. Dicho esto, lo que más me llama la atención es que menciona expresamente el año 1980.

Arregi vuelve a la pizarra uno.

—En la cronología del sótano de Karrantza. La década de los ochenta es la del siguiente cadáver.

Entonces redondea con trazos firmes uno de los nombres.

4 – DÉCADA DE 1980

—¿Qué o a quién vio Eduardo Aristegui en la década de los ochenta en el caserío de Karrantza? ¿Y por qué su propio nombre está en uno de los cadáveres de Cuidalcampo años después? Eso es lo que tenemos que entender. Porque toda la cronología encaja demasiado bien con la declaración de Gabriel Aristegui. Y no parece que quiera mentir y ocultar nada. Al contrario, creo que es un hombre con una carga de culpa enorme a sus espaldas.

Con un gesto seco, cierra el rotulador y lo deja en el imán de la pizarra. Para él, es un gesto previo a una conclusión.

—¿Qué hizo Eduardo Aristegui para salvar la vida de su hijo? ¿Y qué precio tuvo que pagar?

Salvador Arregi recibe el golpe bumerán siniestro de esas dos preguntas, que parecen describirle exactamente a él. Por eso mismo tiene tan claro que está trazando el camino correcto. La estela pútrida del triángulo azul es demasiado perceptible para él.

—Creo que Lasa e Ibarra deberían volver al norte. A ese sótano de Karrantza. Al nombre del cadáver de 1980. Hay que seguir por ahí. —Esto último, Arregi lo dice mirando a Iñaki Espinosa.

Espinosa asiente.

Y después, Arregi mira a Vera.

—Volvéis a Karrantza —confirma con rotundidad.

Damián Vera toma nota de todo lo expuesto por Arregi y las pizarras de cristal. De lo verbal y lo otro, muchas veces más importante. Perfila a marchas forzadas un mapa a dos bandas entre Karrantza y Cuidalcampo. El entramado es complejo. Se para un segundo en Marta Gálvez, que está tomando notas. Que disecciona el escenario. En cuanto pueda se reunirá con ella a solas.

—Bien —dice Vera con tono enérgico—. Estad encima de eso. Lasa e Ibarra se encargan del pasado. Nosotros del presente. Las vigilancias a Becerra y Monreal no nos han ofrecido demasiado. El informe de las patrullas nocturnas es el mismo que el que obtuvimos en las diurnas. Nada fuera de lo normal.

Iñaki Espinosa alza una carpeta en la mano derecha. Gesto suficiente para que la atención se pose sobre él.

—En la casa de Monreal entró medio Madrid. No es gran cosa, pero tenemos fotos de todos. Habrá que tenerlos identificados por si acaso. Quién sabe…

—Gálvez, lo gestionas —dice Vera—. Queremos saber quién es cada uno de los que entra y sale de esa casa. Además, no creo que sean muy anónimos…

Pardo es un policía de los que le gusta la calle. Eso es algo que salta a la vista. Se ha levantado de su silla casi antes de que Damián Vera dé la orden.

—En marcha. Segundo día de vigilancias a los caballeros del lavado de pasta.

El vehículo Alfa 1 del equipo 1 ya avanza en dirección a La Moraleja.

Arregi no ha dicho una sola palabra desde que ha abandonado las pizarras.

Cuando eso pasa, es señal de que alguna tormenta está desatada dentro de él.

Esta vez, tiene forma de pregunta.

¿Qué encontró Eduardo Aristegui en 1980 para volver aterrorizado?

29

1980

Puerta de Hierro

Gabriel Aristegui estudia el tablero de ajedrez con detenimiento. Con la gravedad de que la partida suponga cuestión de vida o muerte. Así es como se debe jugar. Como se debe afrontar todo.

Hubo un tiempo en el que cada día del calendario era para él, justo eso: vida o muerte.

Ahora ya no. Han pasado diez años desde la operación. Y resplandece de salud. Pese a ello, sigue teniendo como opción preferente pasar los días entre partidas interminables de ajedrez o libros. Dejándose envolver por la paz de la soledad encerrado en su fortaleza.

La luz de la mañana penetra por los ventanales del salón principal de la casa. Las piezas proyectan sombras largas sobre la madera pulida. Gabriel mueve el caballo blanco. Y sonríe.

No hay nadie al otro lado del tablero.

Nunca lo hay.

Sin embargo, espera unos segundos antes de responder con las negras. Carmen siempre tardaba en mover. Ese es uno de los pocos detalles de aquella época que recuerda con nitidez.

Gabriel acaricia una de las cicatrices que decoran su torso. Lo hace sin meditarlo la mayoría de las veces, casi como un acto reflejo; y siendo muy consciente de ello, otras pocas. Esas son las malas.

Esta es una de las malas.

La otra voz suena desde la puerta y le arranca por la fuerza de su pesar.

—¿Puedo jugar?

—¿Cuánto tiempo llevas ahí mirándome? —pregunta Gabriel, sin alzar la vista del tablero.

Eduardo Aristegui sonríe.

—Soy tu padre. Observarte vivir es mi mejor pasatiempo.

—Entonces podrías relajarte y dejarme ganar alguna vez.

—Eso nunca, chaval. —Eduardo se sienta frente a Gabriel.

Padre e hijo enfrentados. Blancas contra negras.

—¿Seguimos desde este mismo punto o empezamos de cero? —pregunta el padre.

—Desde aquí. Así te será más difícil —contesta Gabriel—. Mueves tú.

Eduardo Aristegui analiza el tablero. La construcción de la jugada de las piezas negras es mejor que la de las blancas. Es raro, teniendo en cuenta que, aunque Gabriel juegue ambas piezas en simultáneo, a fin de cuentas, está sentado en el sitio de las blancas. Siempre es así.

—¿Por qué dejas ganar a negras? —pregunta Eduardo mientras mueve uno de los peones.

—¿Y eso quién lo dice?

Gabriel vuelve a mover el mismo caballo que antes.

—Eso es un error —dice Eduardo, que ya está echando mano a uno de los alfiles.

—Llevas diciéndome lo mismo desde que tenía diez años…

—Porque siempre cometes el mismo error.

Eduardo Aristegui sonríe. Cada vez siente que los momentos de conexión con su hijo son más escasos. Y casi siempre son en torno a ese viejo tablero de madera.

—Y tú siempre crees que la partida se trata de ver quién gana —dice Gabriel.

La respuesta ha descolocado a Eduardo, que se queda pensando la réplica más de lo normal.

—¿Y no es así? La vida trata de pelear por ganar. En todo momento. Y de hacer lo necesario para salvaguardar lo que ya has conseguido. Salvaguardar a tu familia, eso es lo único importante. Ya lo entenderás cuando seas padre.

—Sin embargo, yo acepto perder con este movimiento. Te analizo con ello. Analizo cómo te mueves. Cómo respiras. Cada gesto. Hasta que te conozca tan bien que no vuelvas a ganarme una partida nunca más. A veces vale más observar con detenimiento que ganar hoy. Yo observo.

Eduardo Aristegui deja el tablero y alza la mirada a su hijo. No tiene muy claro en qué momento han dejado de hablar de ajedrez. Ese chico es tan inteligente que, a veces, le asusta. Teme cada centímetro de entendimiento que pueda llevar a su hijo a conocer tan bien sus movimientos como predica.

Es lo que más teme en el mundo.

Eduardo Aristegui solo necesita dos movimientos más.

—Jaque mate, caballero. Y creo que usted debería ponerse a repasar. El examen es mañana, ¿no?

—Sí. Mañana. Pero ya está dominado.

El padre sabe que el hijo tiene razón. Gabriel siempre ha tenido facilidad para el estudio.

—¿Y tú no tenías una reunión esta mañana?

Eduardo Aristegui sonríe.

—Cierto. Hoy tengo una reunión. ¿También controlas mi agenda?

Gabriel ya está recolocando las piezas para empezar una nueva partida en solitario.

—Pero todavía me sobra algo de tiempo. ¿Quieres revancha? —pregunta Eduardo.

Gabriel niega con la cabeza.

—Otro día mejor.

A Eduardo Aristegui no le va a dar tiempo a insistir.

—Señor Aristegui.

Matilde está en la puerta de la habitación.

Matilde no es Carmen. Y por ello, su presencia siempre incrementa los recuerdos borrosos que hacen sentir un vacío extraño a Gabriel. La sombra de la duda.

—¿Sí, Matilde?

Eduardo Aristegui ya se está levantando.

—Han entregado una carta sellada a su nombre. Pero la han dejado aquí personalmente. Y no tiene remitente.

Gabriel ve por el ventanal de su habitación a su padre. Han pasado diez minutos desde que le diesen la carta. Y ahora camina directo por el jardín hasta la salida. Hasta meterse en su coche. Y allí, no arranca al momento. Tarda al menos cinco minutos en hacerlo.

Gabriel observa cada segundo de ellos el Mercedes gris.

Eduardo Aristegui se refugia en su coche para leer con más calma el contenido de la carta. El hecho de que no llevase remitente y que haya sido entregada allí en persona, en su casa, ya es un mensaje en sí mismo.

Y por si quedaba alguna duda, el símbolo pintado en la parte de abajo del folio con instrucciones escritas, es un mazazo rápido al que la vista no escapa.

Un triángulo azul con uno de los vértices incompletos.

Eduardo Aristegui se queda congelado en el asiento de cuero durante cinco minutos. Solo después, arranca y abandona la finca.

Obolus le reclama.

30

Día 6

06:57

La Moraleja

Vigilancia a José Becerra – Equipo 1

El pasado se entremezcla con el presente, intoxicándolo más aún. Carmen. El nombre sigue resonando en la cabeza de Arregi. Los muertos se mezclan con los vivos. Con los que están en el corredor de la muerte. Está seguro de que José Becerra o Álvaro Monreal son miembros honoríficos de ese grupo de los que ya han perecido, pero aún no lo saben.

Aunque es posible que sea el único que piensa así.

El segundo día siempre es peor que el primero. El primero existe la sensación de que cualquier cosa puede ocurrir.

El segundo día de una vigilancia en la que no termina de pasar nada, empieza a parecerse demasiado a un trabajo de rutina. Uno de esos que casi nunca llevan a nada interesante.

Salvador Arregi observa la fachada de la vivienda de José Becerra desde el interior del vehículo Alfa 1.

La casa permanece exactamente igual que la dejó la noche anterior.

Mismos muros. Mismas alarmas. Mismo jardín perfectamente cuidado. Misma sensación de que nada va a ocurrir.

—¿Cuánto falta para que salga a correr? —pregunta Damián Vera desde el asiento del copiloto.

Sergio Pardo consulta el reloj.

—Tres minutos.

—El cabrón es puntual como un inglés de los de antes.

—¿Y si hoy decide no salir?

—Entonces empezaré a preocuparme.

Arregi no participa en la conversación.

Está mirando una ventana de la planta superior.

La misma que lleva observando desde que llegaron. Hay algo que empieza a barruntarse en su mente, que siempre encuentra la excusa para pensar en las peores alternativas.

Becerra acaba de salir por la puerta, vestido con ropa de deporte y marcando ese ritmo trotón que tiene pinta de ser control de crucero durante todas sus sesiones.

—Las siete en punto. Ni un segundo más, el cabronazo —dice Vera.

Pardo sonríe desde el asiento del conductor.

Vera se gira hacia atrás, donde está Arregi.

—Para tener cincuenta y tantos tampoco lleva tan mal ritmo, ¿o qué? —dice—. Yo no creo que le pillase.

—Es difícil correr con zapatos italianos, inspector Vera.

Damián Vera suelta una media carcajada.

Arregi no.

Él sigue mirando a la ventana.

—¿Usted corre, agente Arregi?

—Yo creo que ya podemos tutearnos, Damián. Hace tiempo que paso bastante de los formalismos. Son una puta mentira. Este mundo es una guerra cruel en el barro, por más que finjamos que se trata de otra cosa.

—Te lo compro, Salvador. Qué me dices, eh, Salva, ¿tú sueles salir a correr?

—Más de lo que me gustaría.

10:04

Conde de Orgaz

Vigilancia a Álvaro Monreal – Equipo 2

Álvaro Monreal tampoco decepciona aquella mañana.

Sigue sin salir de casa.

La vivienda permanece inmóvil detrás de sus muros de piedra clara y sus setos perfectamente recortados.

A Iñaki Espinosa empieza a parecerle que están vigilando una fotografía.

—¿Algún movimiento? —pregunta por radio.

—Negativo.

—¿Personas entrando?

—Negativo.

—¿Personas saliendo?

—Negativo.

Monreal no sale. Pero, lo que es peor, tampoco entra nadie esta vez.

Espinosa deja la radio sobre el salpicadero.

—Empiezo a pensar que la estamos cagando, pero bien. Esto es una pérdida de tiempo. Y los muertos se nos amontonan en la mesa. Los de hace décadas, y los frescos.

Mendia no dice nada.

Tiene la mirada fija en algún punto indeterminado de la casa de Monreal.

—¿Qué? —pregunta Espinosa.

—Nada.

—Cuando dices «nada» suele significar más que ninguna otra vez.

—Estoy pensando…

Mendia se gira para mirar a Espinosa.

—Que tanta quietud, en realidad, es aviso de tormenta. Monreal se comporta como alguien que tiene miedo. Piénsalo.

Espinosa resopla.

—Por eso no sale. —Mendia vuelve a mirar a la fachada otra vez —. Está atrincherado en su casa. Les dice a los clientes que vengan ellos, en vez de al contrario. A lo mejor Arregi no está tan loco…

20:58

La Moraleja

Vigilancia a José Becerra – Equipo 1

Vuelven a estar en el mismo sitio. En la casilla de salida, pero tras haberse corrido toda la carrera.

José Becerra ha vuelto de correr hace trece horas. Ha desayunado en casa. Se ha ido a su oficina en el centro de Madrid. Esta vez no ha comido con ningún socio. Ha salido a media tarde. Parada de dos horas en un club de pádel. Y vuelta a casa. Sin sobresaltos. Sin actitudes extrañas. Sin ningún lobo acechándole en un recoveco del camino. Al menos, no uno que ellos hayan podido ver.

Hay un cansancio que nada tiene que ver con dormir más o menos. A dormir poco, cualquiera que se dedique a estar en grupos como la DIC o la GCV, está más que acostumbrado. Pero es otro tipo de cansancio…

El cansancio que producen las horas observando cómo no ocurre nada, cuando estás preparado para que estalle algo terrible. Ese cansancio es demoledor para policías como los que se asfixian en el interior de ese vehículo de vigilancias.

—Venga. Chapamos por hoy —Damián Vera lo dice cuando el reloj del salpicadero marca las 21:00 exactas—. Que la patrulla nocturna haga el relevo.

En la voz del inspector jefe de la GCV puede percibirse un ligero desgarro de descontento. De irritación cocinándose muy a fuego

lento. Pero que va a saltar a la yugular de alguien de sopetón y en cualquier momento.

La yugular de Salvador Arregi palpita esplendorosa y expuesta. Lleva dos jornadas de doce horas cada una observando a José Becerra. Y cuanto más tiempo pasa, menos le interesa el susodicho.

La casa es otra historia.

La desgasta de tanto mirar sus fachadas, ventanas y puertas.

La casa le quiere decir algo.

No hay tiempo.

Pardo ya acelera alejándoles.

El relevo de la patrulla nocturna ya está situado con disimulo en otro lugar con visión estratégica.

El vehículo Alfa 1 del equipo 1, se marcha otra vez más de vacío.

No tienen nada.

Arregi recibe en su teléfono otro mensaje que proviene del equipo 2. Es Mendia.

Nada. Aquí no pasa nada. Este tío no se mueve de su casa. Igual justo ese es el tema. No sale de su madriguera porque está acojonado. Creo que al que debemos tener especial atención es a este.

Arregi sabe que Mendia siempre ha sido la mejor observando a las personas y cómo se comportan. Lo que dice es cierto. Puede que sea lógico pensar que la diana está primero sobre Álvaro Monreal.

Sin embargo, la casa de José Becerra sigue incrustándosele en la mente.

Arregi ve desde el asiento trasero el gesto de resignación de Damián Vera.

Niega con la cabeza. Una, dos, tres veces.

Sabe que está exagerando el gesto. Que lo remarca.

Arregi sabe que lo hace para que él le vea.

31

Día 6

13:25

Iñigo Arrieta.

Aitor Lasa y Helena Ibarra llevan horas diseccionando ese nombre. El segundo del tablero funesto del sótano de Karrantza. El correspondiente al cadáver de la década de los ochenta.

Los ochenta. El origen del miedo de Eduardo Aristegui tras un viaje del que no volvió siendo el mismo, según el testimonio de su hijo.

Lasa e Ibarra vuelven a sumergirse en el sótano de Karrantza, pero de forma espiritual más que física. Aitor Lasa es de esas personas que solo necesitan una conexión decente a internet para poder trabajar. Por ello, él e Ibarra llevan cinco horas y cuatro cafés... en un pequeño despacho habilitado por Vera en sus dependencias.

El objetivo es permanecer cerca de Puerta del Hierro. Cerca de la puerta de Gabriel Aristegui. Porque, aunque el nombre sobre el que trabajan es Iñigo Arrieta, en realidad lo que buscan es el origen del mal que corrompió a Eduardo Aritegui.

Lasa ha propuesto seguir el mismo cuello de botella que utilizaron al buscar el primer nombre. Primero, filtrar los resultados solo en el País Vasco. Y si no hay suerte, después ampliar. Con Gabriel Aristegui la cosa no funcionó. Y de no ser porque el apellido del Aristegui padre estaba sobre otro cadáver en otro sótano del infierno en Madrid, tal vez no le hubiesen encontrado en meses.

Pero con Iñigo Arrieta es distinto.

El filtro inicial del País Vasco parece prometedor.

Tienen un listado inicial de diez coincidencias.

IÑIGO ARRIETA AGUIRRE

IÑIGO ARRIETA EXTEBARRIA

IÑIGO ARRIETA URANGA

IÑIGO ARRIETA GOMÉZ

IÑIGO ARRIETA MENDIZABAL

IÑIGO ARRIETA CALVO

IÑIGO ARRIETA ELORRIAGA

IÑIGO ARRIETA MACÍAS

IÑIGO ARRIETA ARANBURU

IÑIGO ARRIETA LARA

—Ni tan mal. Imagina que el nombre era José García. Nos habrían jubilado directamente —había dicho Lasa al empezar la búsqueda.

Helena Ibarra ha comprado la broma. Ni media sonrisa.

Cuatro horas después de eso, del listado en crudo de diez Iñigo Arrieta, hay uno que está subrayado sobre el resto.

Iñigo Arrieta Etxebarria.

Ese Iñigo Arrieta.

Es el Iñigo Arrieta con el que está trabajando Aitor Lasa en ese momento.

Hay algo en él que le ha llamado la atención desde el principio. Aunque aún no pasa de una sensación sin trazos claros. Una fundamentada en una intuición regada por el perfil profesional de ese Iñigo en concreto.

—Este era político —dice Lasa.

Helena Ibarra abandona la pantalla de su portátil. Da dos tragos de café. Y se sienta al lado de su compañero.

—¿Qué tenemos? —pregunta Ibarra.

Lasa gira la pantalla hacia ella.

—Iñigo Arrieta Etxebarria. Nacido en Gernika en 1943.

—Sesenta y tantos cuando murió.

—Si es que murió…

Ibarra se aprieta el moño del pelo. Es casi un ritual de guerra para ella.

Lasa sigue leyendo.

—Licenciado en Derecho. Concejal. Diputado foral. Parlamentario autonómico durante los primeros años de la transición. Después consultor. Consejero de varias empresas. Fallecido en 2008.

—Aburrido.

—Mucho.

—¿Delitos?

—Nada.

—¿Investigaciones?

—Nada.

—¿Corrupción?

—Nada que se sepa.

—¿Amantes?

Lasa mira a Ibarra. Sorprendido de que haya soltado una broma ácida.

Pero Ibarra no sonríe.

—Eso no lo he buscado todavía —dice Lasa.

—Creo que vamos a necesitar más café… —comenta ella.

Aitor Lasa no descifra a esa mujer de ningún modo. Se limita a asentir y volver a refugiarse en su portátil.

Empieza a profundizar en los entresijos de Iñigo Arrieta el político.

—Casado. Dos hijos —dice en voz alta Lasa, intentando imponerse al sonido de la cafetera.

—¿Patrimonio? —Ibarra ya está de vuelta junto a otros dos vasos de plástico llenos.

El café caliente huele bien. Pero es una trampa vil.

Lasa se deja engañar una vez más y da un trago largo.

—Importante. Ya sabes… consultor y consejero de varias empresas de las gordas. El recorrido clásico de este tipo de perfil. Y eso que este no era ningún destacado…

—Esos a veces son los más peligrosos —contesta Ibarra.

Lasa la mira de reojo.

Eso es cierto.

—En cualquier caso, todo bastante limpio. Demasiado limpio, diría.

—Sí…

—¿Nos dividimos, mejor? —propone Ibarra.

Lasa asiente.

Cada uno busca en su propio ordenador. La mañana todavía se va a alargar hasta dejarles sin comer. Incluso hasta dejarles sin pensar siquiera en ir a comer.

Porque empiezan a aparecer los primeros detalles extraños.

—Mira esto —dice Lasa a las 15:58.

Y la hora del reloj de aquí es exacta. No están en La Caja.

Ibarra se acerca.

—¿Qué?

—Elecciones autonómicas de 1980. Iñigo Arrieta era el favorito para presidir su grupo parlamentario.

—¿Y?

—Que no era el candidato principal.

Lasa amplía un recorte digitalizado. Un periódico viejo. Una fotografía en blanco y negro. En ella, dos hombres estrechándose la

mano y sonriendo como si todo fuesen buenas intenciones. La sonrisa de la política.

JAVIER ELORZA E IÑIGO ARRIETA PRESENTAN SU PROYECTO CONJUNTO

Ese es el rezo del titular bajo la fotografía.

—¿Javier Elorza? ¿Quién es ese? —pregunta Ibarra—. ¿Más peso político?

—Bastante más, diría —contesta Lasa, que sigue clicando enlaces.

Lasa abre otro artículo. Luego otro. Y otro más. Antiguos. De los que solo un buscador de la policía encuentra tan rápido.

—Qué curioso.

—¿Qué?

—Mira las fechas.

Ibarra se inclina.

Mayo de 1980.

Junio de 1980.

Julio de 1980.

El nombre de Javier Elorza aparece constantemente.

Titulares, entrevistas, actos públicos y declaraciones. Los focos apuntan a él. Es la cabeza visible de la candidatura.

Todo apunta a él.

Y después…

Nada.

—¿Dónde están los reportes de agosto y septiembre?

—Eso mismo estoy buscando.

Lasa abre otro archivo.

Un periódico local.

Pequeño. Muy pequeño.

Perdido entre miles.

DESAPARECE EL POLÍTICO JAVIER ELORZA

En paradero desconocido, el corazón de la noticia que se extiende a solo unos pocos párrafos.

Tres columnas.

Ni una más.

—Esto es raro de cojones, ¿no? —comenta Lasa.

—¿Qué exactamente?

—Que desaparezca un político de ese nivel y esto sea todo.

Lasa sigue leyendo.

Denuncia presentada por la familia. Búsqueda inicial. Sin resultados. Sin indicios de delito. Sin testigos. Sin cuerpo.

Ibarra cruza los brazos primero. Vuelve a apretarse el moño después.

—¿Y después? Cuál fue la resolución. ¿Por qué desapareció Elorza? —pregunta Ibarra mientras sigue tocándose el pelo, que no puede estar mejor sujeto ya.

—Después nada…

—¿Cómo que nada?

—Nada.

Lasa pasa páginas de copias registradas de diarios de esas fechas. No es fácil siendo esos años. Lo digital se nutre de copias de lo físico. Todo se pierde en un mar difuso. Recuerdos fragmentados, como en la mente de Gabriel Aristegui.

—Por mucho que fuesen políticos de tercera o cuarta división, no es normal tanto silencio mediático —dice Ibarra.

—Es como si alguien hubiese desenchufado parte de la historia…

—¿Y qué pasó con la candidatura conjunta?

Lasa no contesta. Busca.

Y la respuesta no tarda en llegar a modo de bomba en la pantalla frente a ellos.

Lasa e Ibarra cruzan una mirada.

Iñigo Arrieta ganó y obtuvo el cargo.

Ahora sí.

Ahora la alarma empieza a sonar.

Porque no están mirando a Javier Elorza.

Ni siquiera a Iñigo Arrieta.

Están mirando el año.

1980.

El mismo año que Eduardo Aristegui volvió aterrado de un viaje al norte.

El mismo año en el que en uno de los cadáveres del sótano de Karrantza fue emparedado con el nombre de Iñigo Arrieta escrito en él.

Dos líneas separadas por cuarenta años parecen acabar de tocarse.

32

1980

Valle de Karrantza

El Mercedes avanza despacio bajo una lluvia fina que parece no terminar nunca en aquel rincón del mundo.

Eduardo Aristegui recuerda perfectamente el camino. Eso es lo peor. Diez años después sigue recordando cada curva. Cada desvío. Cada tramo de carretera perdido entre montañas.

Hay lugares que son cicatrices permanentes. Da igual la distancia, ya sea de kilómetros o de tiempo, nunca te desharás de ellos.

Ese pedazo de tierra en el corazón del País Vasco es una de esas cicatrices para Eduardo Aristegui. Justo ese, sobre el que se erige el viejo caserío, que ya le mira de frente.

Eduardo apaga el motor. Permanece sentado dentro del coche. Hace diez años estuvo en ese mismo punto, pero acompañado de una mujer a la que engañó de la peor forma posible. Y con un hijo moribundo llegando en un furgón medicalizado.

Podría haberse negado. Lo piensa en ese momento, igual que en cada noche mala. Podría haberse negado a descender a ese infierno moral. Podría haber sido un hombre honrado.

Pero la cuestión es que Gabriel sigue vivo.

Y los hombres honrados entierran hijos.

Eduardo Aristegui apaga el motor. La lluvia se concentra en la luna delantera ante la inacción de los limpiaparabrisas.

El caserío le espera. Igual que diez años atrás. Igual que una deuda que nunca termina de pagarse.

No necesita mirar la carta otra vez. Tampoco necesita leer el símbolo dibujado al pie de la hoja.

Sabe por qué está allí.

Lo que no sabe es quién va a morir esta vez.

El portón está abierto. Cuando llegó diez años atrás, estaba ya sellado. Un encapuchado con un farol que alumbraba la noche salió a abrirle el paso.

Sabe lo que significa. Esta vez no es el invitado principal. Ese llegará más tarde.

Eduardo penetra en la fortaleza abierta.

No necesita recibir órdenes. Todo es mucho más primario y sofisticado al mismo tiempo.

Si no es el invitado especial, entonces es de los que estaban ya en el sótano.

Eduardo Aristegui se pone su máscara verde y avanza por el jardín rodeando la fachada de piedra. Hasta llegar a la pequeña puerta en la parte trasera. El acceso al sótano.

Allí sí, hay otro hombre enmascarado flanqueando la entrada. Máscara negra.

No es Obolus. No.

Obolus recibirá al invitado especial en el interior de la casa. Puede que beban una copa de vino. Tal vez algo más. Y después bajarán al sótano. Así es el rito.

El hombre de la máscara negra abre la puerta metálica y le cede el paso.

Eduardo Aristegui está dentro de las tripas del caserío. Las escaleras le parecen más empinadas que la última vez. Una caída vertiginosa al abismo de la condición humana.

Comienza a descenderlas despacio.

El conjunto sensorial de cada elemento le golpea de inmediato.

El silencio pesado. La madera de las escaleras emitiendo crujidos ínfimos, como si tuviese miedo de hacer demasiado ruido. Las paredes de piedra. Piedra húmeda. El mismo frío. El mismo olor

extraño, pero ya identificado desde el principio. Incienso recién quemado. Todavía leve. Después será más intenso.

Es el sitio en el que su hijo volvió a nacer.

Y en el que otra persona dejó de existir.

La frase dicha por Obolus diez años atrás vuelve a él como si la escuchase en ese mismo momento.

«La vida no desaparece. Solo cambia de manos».

Las escaleras ya han terminado. Aristegui lo sabe. No es ni el primero ni el último en llegar. Hay un puñado largo de hombres enmascarados en el sótano. No tiene la sangre fría de contar el número exacto.

Máscara granate. Máscara negra. Esmeralda. Azul marino. Otro azul distinto, más claro, negro, gris.

Se fija en los colores, que son el rostro de cada uno allí.

Abajo se acaba el frío. Hay un calor malsano. De respiraciones agitadas de animales enfebrecidos.

La presa está expuesta. Desnuda. Indefensa.

Solo hay un hombre que no lleva máscara allí dentro. Y es el que está sobre la mesa metálica, maniatado por correas en manos, pies y cabeza. Ocupando exactamente el mismo lugar que ocupó Carmen.

Eduardo Aristegui siente una punzada al verle. No comprende por qué al principio. El éxtasis miedoso del momento no le deja pensar con claridad. Sus conexiones neuronales están en carne viva, pero en modo supervivencia. El recuerdo tarda más de lo normal en llegar.

Pero llega.

La cara de ese hombre le suena.

No es alguien escogido al azar.

Le ha visto antes.

¿Pero dónde?

Se pregunta si el resto de los enmascarados le conocerán también.

Entonces la relación llega como un disparo seco.

Es el político.

Lo vio en las noticias. Un político desaparece en el País Vasco.

Pero fue hace días. Y no volvió a salir nada más en los medios nacionales.

Daba por hecho que se habría solucionado. Que sería una falsa alarma.

Eduardo Aristegui se calienta como una caldera. Un ardor repentino que nace en algún punto de su torso y se extiende hasta la cabeza.

Javier Elorza.

El nombre aparece de golpe.

Como una bofetada.

Como una condena.

Es él. O se le parece mucho. No. Es él. Tiene que serlo.

Es una locura. La línea que se va a traspasar en el rito de ese subsuelo.

El político desaparecido es el hombre que está en esa mesa metálica frente a ellos.

La puerta cruje arriba.

El silencio pasa de denso a enfermizo.

Las máscaras miran arriba.

Eduardo Aristegui también.

La máscara blanca aparece.

Obolus ya desciende por las escaleras junto con el beneficiario del sacrificio.

33

José Becerra llega a casa a las 20:34.

Ha sido un día largo como otro cualquiera entre semana. Correr a primera hora. Reuniones el resto de la mañana. Llamadas a la tarde.

Dos partidos de pádel al salir de la oficina. Da igual que les hayan ofrecido revancha. Han perdido los dos. Rodríguez es un paquete. Pero eso nunca se diría. No. José Becerra ha puesto cara de buen perdedor y ha alabado el revés de su compañero y futuro socio.

Es lo que tienen los negocios.

Ahora le queda la mejor parte de la rutina. Una cena ligera pendiente, que hoy se va a saltar casi seguro. Es noche de Champions. Y se ha ganado un pequeño homenaje.

La puerta principal se cierra a su espalda.

La alarma emite el pitido habitual.

Y la casa vuelve a tragárselo. Su lugar seguro.

Arriba, una ducha rápida. Después una camiseta cómoda y amplia. Ese detalle es importante.

Y finalmente el salón. El sofá. Un bol lleno de patatas fritas. Un plato de jamón ibérico. Y un botellín de cerveza que se va a convertir en mínimo dos o tres.

Hoy está solo. Ángela está con los niños en casa de sus padres. Se puso nerviosa cuando se enteró de lo de Claudia Ferrer y Alejandro Rivas. No la culpa por ello. No sirve de nada presionarla. Pero él sabe que tiene todo bien atado. Si tuviese que preocuparse cada vez que uno de sus socios acaba mal… se hubiese dedicado a otra cosa.

José Becerra es uno de esos hombres que se saben intocables.

Bebe un trago de cerveza helada mientras el himno de la Champions League retumba a todo volumen a través del televisor de sesenta pulgadas.

Santiago Bernabéu. Real Madrid contra el Liverpool. Noche europea de las gordas.

Becerra sonríe, evacua cortisol sobrante por cada poro. Por fin algo que no requiere tomar decisiones.

Se deja caer en el sofá.

Durante unos segundos observa el estadio iluminado. Miles de personas. Cánticos y banderas.

Ruido.

Justo lo necesario para apagar durante un rato el cerebro.

La clase de espectáculo capaz de hacer olvidar cualquier otra cosa.

Fuera, la noche ya ha terminado de caer sobre La Moraleja.

Día 7

21:00

La Moraleja

Vigilancias a José Becerra – Equipo 1

La noche ha caído hace rato.

Otra jornada idéntica a las dos anteriores. Tres días sin un solo avance son demasiados, sobre todo cuando has destinado tantos efectivos a un caso que desentierra una muerte ocurrida décadas atrás.

Salvador Arregi observa de forma casi enfermiza la fachada de la casa. Una de las ventanas deja escapar luz azul cambiante. *Becerra está viendo el partido*, piensa.

—Esto está siendo un desastre. Y va a empezar a traerme problemas —dice Vera.

Sergio Pardo no se atreve a decir nada. No cuando Vera habla de ese modo. Sabe que está encabronado. Pero el reloj ya ha marcado las nueve.

Un minuto más tarde, Vera lo dice.

—Chapamos. Las putas nueve otra vez.

Es en ese momento cuando la bomba va a empezar a estallar, aunque lo va a hacer muy poco a poco.

—Lo estamos haciendo mal —dice Arregi.

Pardo abre los ojos sin moverse de su posición al volante y mira de reojo a Vera.

Damián Vera se gira lentamente hacia el asiento trasero.

—Sí, no me pongas esa cara. —Arregi va de frente y sin titubeo alguno—. Creo que estamos enfocando esto al revés. Llevamos días pendientes de que nadie se acerque a Becerra o, si lo hace, poder atraparlo. Pero…

—Sí, agente Arregi. Esa fue su estrategia maestra —Damian Vera recalca el hecho de volver a hablarle de usted—. Y ahora resulta que lo estamos haciendo mal, después de tres días. Ahora mismo debo estar poniéndote un careto de cojones.

—No es eso. —Arregi es permeable a todo, no absorbe ningún tipo de confrontación, y vuelve a mirar a la ventana iluminada de la casa—. Becerra está solo en esa casa. Es el sitio perfecto para ajusticiarle.

—La familia está donde los suegros. ¿Qué crees, que no lo tengo controlado? —dice Vera—. Les tengo una patrulla desde el primer momento… Aunque te reconozco que eso sí que es raro… Es del manual del que se siente amenazado. En parte, por eso mantengo todo este tinglado. No creas que valoro hasta tal punto tus intuiciones.

Arregi salta de la ventana de Becerra al interior del coche. Al rostro de Vera, que le mira fijamente. Y le habla despacio, sin entrar en ningún momento a sus provocaciones.

—No. No lo entiendes. No me refiero a eso… Creo que sé quién puede ser el verdugo. Ya fui tras él hace un año. En un caso anterior. Era el recadero estrella de la Fundación Sísifo. Del triángulo azul. Se hace llamar El Arquitecto.

Vera sonríe.

—¿El Arquitecto? ¿Qué mierda de nombre es ese para un asesino profesional?

—Es porque diseña entradas a casas. Entradas perfectas para ser indetectable y entrar y salir cuando quiere.

Vera ya no se ríe.

—Vamos, Arregi, suéltalo ya. ¿Qué cojones te ronda por la cabeza?

Arregi vuelve a la ventana iluminada.

—Que igual estamos volviéndonos locos intentando encontrar fuera lo que ya está dentro. Además, Becerra está solo. Es un blanco perfecto ahora. Lo que me ronda por la cabeza es que tenemos que entrar en la casa.

Damián Vera suelta una carcajada socarrona y larga.

Pardo agarra el volante con más fuerza.

—¿A ti se te va la puta olla o qué? —Vera habla casi en un susurro, un susurro violento—. Estoy pensando en retirar las vigilancias, y me saltas con entrar. ¿Entrar adónde? ¿A casa de un tío rico y con contactos, sin nada que justifique una orden?

—Tenemos que entrar. Si es El Arquitecto, puede estar dentro. Puede que lo esté ahora mismo. Hemos tenido suerte de que no haya creído oportuno matar a Becerra hasta ahora. Pero eso puede cambiar en cualquier momento. Dentro de una hora, puede ser tarde. Becerra no aparecerá en el trabajo mañana. Alguien empezará a inquietarse. Nos acabarán dando aviso, y te miraré a la cara cuando estemos viendo su cadáver degollado en algún sitio.

Arregi ha hablado mirando a través del cristal del coche.

Eso ha enfurecido aún más a Vera.

—Realizamos relevo. Prevenidos —dice alzando el tono a la radio.

Después da la orden de arrancar a Pardo.

El coche Alfa 1 ya está llegando a las dependencias de la Nacional tras un trayecto de silencio absoluto y denso.

—Para aquí, Pardo —dice Vera cuando están frente a la entrada principal—. Ya meto yo el coche dentro.

Pardo entiende la orden.

Arregi también, por ello ni hace ademán de moverse.

Vera se sienta al volante. Mete el coche en el aparcamiento subterráneo. Solo cuando está ya aparcado se gira hacia el asiento trasero.

—¿Sabes cuál es tu problema, Salvador?

Arregi mantiene la mirada y el silencio.

—Que sabes que eres bueno. Es lo que tiene ser bueno, que el que lo es detecta serlo, y detecta a quien no lo es. Yo sé que eres bueno. Pero tu problema es que nadie te dice la verdad a la puta cara. Tus compañeros te tienen demasiado respeto.

—¿Y cuál es esa verdad?

—Te voy a decir lo que yo veo cuando te miro. Cuando te miro, veo un inspector cojonudo. Pero también veo uno obsesivo. Traumatizado.

Vera hace una pausa. Calculada, dañina.

Arregi ahora sí absorbe dolor.

—Veo un inspector capaz de saltarse procedimientos. Capaz de seguir corazonadas. Y lo que es peor, capaz de construir teorías enormes con muy pocas pruebas. Veo un animal herido y rabioso. Y eso es lo más peligroso que puede ser un policía. Eso veo, Salvador.

—Si seguimos ejerciendo la presión de la vigilancia del mismo modo que hasta ahora, Becerra va a aparecer muerto en su casa.

Más pronto que tarde. Y después no podrás decir que no te he avisado, Damián.

Damián Vera resopla por la nariz. Mueve el cuello, derecha e izquierda. Y repite.

Después quita el contacto y sale del coche.

—Mañana a primera hora en La Pecera, agente Arregi. Tenemos que reunirnos como cada mañana antes de las vigilancias —dice Vera cuando ambos están ya fuera del coche.

—Quiero quedar fuera.

La frase de Arregi llega seca.

Vera no reacciona a ella.

—No me necesitas para vigilar así. Quiero hacer algo de investigación de campo por mi cuenta. Un día. Con eso me vale.

—Lo dices como si no tuvieses ni que consultar a tu inspector jefe, Salvador. Está claro quién manda ahí…

—Un día.

—Hecho.

Damian Vera se gira y camina hacia la salida.

—¿No me vas a preguntar? —dice Arregi.

Vera niega con un gesto con la cabeza.

—Tu gente no es objetiva contigo, Salvador. Tenlo en cuenta —grita Vera antes de desaparecer por la puerta.

34

La oscuridad también tiene memoria.

Después de varias horas, los ojos dejan de buscar luz. El cuerpo aprende a ocupar menos espacio. A respirar menos. A existir menos.

El cerebro en cambio se agudiza. Se afila.

Él lleva demasiado tiempo allí como para sentir incomodidad física.

Solo escucha.

Al otro lado de la pared, se escucha el chasquido de una lata de cerveza abriéndose.

El himno de la Champions League, inconfundible, retumba a todo volumen de golpe.

Nuestro amigo Becerra es aficionado al fútbol, piensa El Arquitecto.

Los cánticos llegan deformados. Voces y hombros. El rugido del Bernabéu. Pero convertido en un murmullo lejano llegado a través de una caja de resonancia en la que él está incrustado, esperando. Agazapado.

Todo depredador conoce una regla sencilla: nunca ataques mientras otra especie te está observando.

La paciencia siempre ha matado más que la violencia.

Por eso, El Arquitecto permanece inmóvil desde hace tres días.

Escuchando. Esperando el momento oportuno, que todavía no ha llegado, pese a que Becerra está por fin, solo en la casa. La mujer y los hijos llevan fuera desde que los ojos de Claudia Ferrer aparecieron fuera de sus órbitas.

Es lógico que eso asuste a la mayoría. Aunque Becerra no es de esos. Es un tipo duro. Eso se cree… Habrá que comprobarlo cuando el filo del cuchillo le acaricie la piel de lagarto de los negocios turbios.

El Arquitecto habla consigo mismo en pensamientos.

A decir verdad, no contaba con el partido. Va a tener que pasar un buen rato más de lo previsto en su agujero.

Por lo general Becerra suele acostarse pronto.

Aunque es el rey de los chanchullos financieros, lleva una vida de monje. Acostarse pronto, despertarse temprano para ejercitarse. Y luego ya sí, fresco y en plena forma para mover dinero recién limpio.

—Lo del partido es una putada —maldice entre susurros El Arquitecto.

Un descuido, tal vez. El mero hecho de no valorar, aunque fuese la opción. No se imaginaba a Becerra en ese perfil. Pero las personas a menudo engañan.

Se conoce a las personas por el modo en el que emplean su tiempo libre, más que por ninguna otra cosa.

El Arquitecto saca el teléfono móvil. Comprueba que, en efecto, está en silencio.

En eso no hay fallo posible. Es más probable que caiga un meteorito y extinga el planeta en ese mismo momento, a que él esté trabajando y le suene el móvil. Pero no por ello hay que dejar de comprobarlo una vez más.

Tiene que escribir un mensaje.

Es lo que tienen los imprevistos.

Odia los imprevistos. Sobre todo, cuando son por malas lecturas propias de una situación. Siempre, siempre hay que valorar cada escenario posible.

Mensaje enviado.

El Arquitecto va a tener una hora larga para lamentarse por ello, hasta que la televisión deja de sonar.

Becerra ni ha terminado de ver el partido entero. Eso si le encaja más con lo que esperaba de él.

Está en el cuarto de baño. Suena el grifo. Siempre se lava los dientes, sin fallo. Después la cisterna. Y llega el silencio.

Va con casi una hora de retraso respecto a lo habitual, pero Becerra ya está dormido. El silencio absoluto se fusiona con la oscuridad.

El Arquitecto sale de su escondrijo con menos finura de la que está en sus estándares. Pero esa prórroga inesperada tras la falsa pared ha hecho mella. El día ha sido largo.

Ha entrado en la casa cuando las vigilancias de la policía estaban pendientes de seguir a Becerra en el exterior. Aprovecha que todos están atentos a él y nadie de la casa. Y que la casa está vacía. Tan fácil que le deprime. Hoy ha colocado los documentos en lugares lo suficientemente escondidos para que Becerra no los vea de primeras, pero al fácil alcance de un registro policial del inmueble.

Cuando ha caído la noche, y Becerra estaba por llegar, se ha metido en el hueco del armario. Se suponía que sería esperar a una cena rápida y cama, como siempre. Entonces el himno de las noches europeas…

El Arquitecto ya camina suelto por la oscuridad del pasillo. La mano izquierda a tiro de una jeringuilla que te transporta al feliz mundo de los sueños por la vía rápida. La derecha, a un gesto de milésimas de segundo del cuchillo de caza.

Adora ese cuchillo. Es la eficiencia en su máximo esplendor.

Está a solo unos pocos metros de distancia de entrar al cuarto de José Becerra y tenerle a merced para pintar un cuadro abstracto con el filo de quince centímetros sobre él.

Así de sencillo.

Casi puede oírle roncar. No hay noche que no lo haga. Para alguien como él, eso es una maravilla. Una guía GPS de la inconsciencia de su objetivo.

Es una pena, porque todo iba sobre raíles con su familia exiliada del caserón de ricos, pero no puede ser aún.

Está jugando una partida de ajedrez contra las vigilancias de la policía.

No es el momento.

El Arquitecto pasa de largo y se dirige a la parte posterior de la casa.

Al lugar desde el que es fácil salir por la noche sin ser visto.

Se escabulle de forma limpia, mientras en el lado principal de la casa, una patrulla vigila creyéndose que están de incógnito.

Manejar la información lo es todo en este mundo.

Y más aún en el mundo de El Arquitecto, quien ya está fuera, caminando por las calles como un hombre bienintencionado cualquiera.

35

Día 7

21:28

En El Andén, los jueves no son de *pintxopote.*

A fin de cuentas, sigue siendo un bar de policías junto a las dependencias de la Nacional en pleno Madrid. Allí todos los días son iguales.

—No daba un duro porque continuásemos con nuestra tradición de los jueves aquí. Bueno, no daba un duro porque la continuásemos en general —dice Arregi justo antes de dar un trago a su caña.

—Solo ha sido porque me han dado plantón —contesta Maialen Mendia.

—¿En serio? ¿Tu Diego? No…

Arregi ironiza, pero no se ríe.

Sigue rumiando su encuentro de hace apenas unos minutos con Vera.

—Así que hoy tampoco, nada, ¿eh? —pregunta ella.

—Nada de nada. Vera se está poniendo nervioso.

—El nuestro no sale de casa ni para atrás. Empiezo a pensar que justo ese es el problema. —Mendia da un trago largo a su cerveza.

—Sí. Ese es justo el problema. He intentado convencer de ello a Vera. Pero digamos que no se lo ha tomado muy bien.

—¿Convencerle de qué?

—De que había que entrar en casa de Becerra. Bueno, y en la de Monreal. En cualquiera. Aunque Becerra me da mala espina. Algo me dice que va a ser el siguiente en ser destripado.

—Es imposible que Vera autorice entrar ahí. Ya lo sabes…

—Sí… ya lo sé.

Arregi para en seco. Alza el vaso, pero no llega a beber. En vez de ello, mira a los ojos de Mendia.

—Por eso le he dicho que me deje suelto.

No hace falta que ella pregunte. Su expresión ya dice todo.

—No voy a seguir parado dentro de un coche esperando a lo que ya sé qué va a pasar.

—¿De verdad crees que es posible que esté dentro de la casa?

—Sí es El Arquitecto sí. No es que sea posible, es que es la única opción que tiene sentido.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Y si no son ellos los siguientes? Y si… simplemente no hay siguientes…

—Entonces será otra cagada mía. La lista es más grande de lo que parece, ¿no?

—¿Por qué me preguntas eso? —Mendia da otro trago, muy corto esta vez.

—Tal vez vosotros no seáis objetivos conmigo.

—Vosotros, ¿quién? Joder, Salva, estás muy críptico últimamente. Por primera vez, creo que no te descifro.

Arregi sonríe.

Mira el reloj.

—¿Hasta qué hora tienes que hacer tiempo para ir con Diego?

—¿En serio vas a salir por esa tangente?

Arregi se levanta.

—Da igual… en cualquier caso yo tengo que irme ya. Mañana madrugo de cojones. Tengo que comprobar una cosa antes de la reunión de primera hora.

—¿Me puedes decir qué hostias estás pensando hacer?

Salvador Arregi mira desde lo alto a Mendia, que permanece sentada en su silla.

—Voy a ir a ver a Gorehound, ¿te acuerdas de él?

—¿Y eso para qué?

Arregi deja un billete de diez sobre la mesa.

—Te puedes creer que después del tugurio de las primeras noches, ahora nos han buscado un hotel. Cuatro estrellas creo. Un NH. La misma planta para toda la DIC. Qué lujo. Tan cerca como para poder oír los ronquidos de búfalo de Espinosa…Tú te has librado del espectáculo. ¿En qué hotel estabas con tu novio?

Maialen Mendia tuerce el gesto.

—Que descanses, Mendia. Mañana más.

Salvador Arregi abandona El Andén. Ella se queda. Justo al revés de la última vez.

21:31

Hotel NH Las Tablas

Planta 5

Iñaki Espinosa está sentado en la cama de la habitación 517. La última de la hilera del pasillo de la planta 5, ocupada al completo por la DIC.

Piensa si llamar a Marije. O tal vez bajar al restaurante a cenar.

No se siente con fuerzas para ninguna de las dos cosas.

Los días de vigilancias están siendo duros. Por las horas acumuladas de nada. Pero, sobre todo, porque cuanto más tiempo pasan así, más va perdiendo la partida Arregi. Y, por ende, él y su equipo.

El hombre cansado opta por la opción C. Espinosa enciende un cigarrillo y se concede tres minutos más para pensar en el caso.

Después llamará a Marije.

De todos modos, si no lo hace, la llamada la hará ella y será peor.

21:31

En la habitación 515, Helena Ibarra deja el agua caliente correr sobre su piel.

La ducha ha sido lo primero que ha hecho en cuanto ha llegado.

Dos nombres resuenan en su cabeza: Iñigo Arrieta y Javier Elorza.

Una vieja historia con tintes a traiciones ocultas.

Todavía, solo una teoría que se dibuja como una nube de humo.

Al día siguiente, a primera hora, presionará en la reunión conjunta de ambos equipos, para pedir que Lasa y ella puedan volver al País Vasco.

Espera que Espinosa aún tenga algo de ascendencia sobre Damián Vera, lo que no es sencillo.

21:32

Aitor Lasa está de pie en medio de la habitación 513.

Leyendo el mensaje que acaba de llegarle al móvil.

Leyéndolo otra vez.

Pero no tiene tiempo para valoraciones. Tiene que moverse.

Se pone la chaqueta y sale al pasillo. Camina hacia las escaleras pasando junto a la puerta de la habitación 511. La de Salvador Arregi.

El frío le golpea en la cara cuando el vestíbulo principal del hotel le vomita al exterior de un Madrid que le parece más salvaje cada vez.

Tal vez por eso, observa a ambos lados, a cada esquina, antes de empezar a caminar por sus calles.

21:35

La habitación 511 está vacía.

22:35

Maialen Mendia pasa las noches en un lugar distinto a petición propia.

El apartahotel de Hurtado de Mendoza está lo suficientemente cerca de las dependencias como para que sea operativo; lo que no compromete el encaje entre lo profesional y lo personal.

De ese modo, puede estar entre los brazos de Diego. Y eso hace que pueda desconectarse del caso, aunque sea unas pocas horas. Algo que antes no pasaba. Y que, si lo mira desde cierto prisma, la convertía en peor policía.

—¿Hasta cuándo te quedas en Madrid? —pregunta.

—Depende —contesta Diego que la abraza desde atrás, tumbados ambos en la cama.

—¿De qué?

—De hasta cuándo te quedes tú…

Mendia sonríe.

—Pues entonces no tienes ni idea de hasta cuándo…

—¿Tan mal va la cosa? —pregunta él.

—Peor. Las vigilancias no nos están dando nada más que horas acumuladas de frustración. La gente se está poniendo nerviosa. Normal… Todos sabemos que los que nos la jugamos somos nosotros.

—A veces me pierdo un poco, Maialen.

—Todo esto es en realidad el operativo de Arregi. Y encima ahora…

Mendia deja la frase colgada. Se gira y se acerca a los labios de Diego hasta estar en una distancia que, si no hay contacto, provoca un incendio.

—Nada… Da igual. Te estoy aburriendo con mis cosas.

Entonces le besa.

—Mejor no te cuento cómo son las reuniones con directivos de empresas varias —contesta él a trompicones entre un beso alargado aún y risas cómplices—. Eso sí que es el infierno.

Mendia le compra la broma.

Pero no, eso no es el infierno. El infierno es muy distinto, y ella lo sabe.

En el infierno hay sótanos llenos de cadáveres y familias ancladas a mesas siendo narcotizados hasta morir lentamente mirándose los unos a los otros.

Y el diablo es un ser humano capaz de ejecutar eso.

De pronto Mendia ya no se ríe. No besa. Es solo un rictus serio y grave.

—Ey, ¿qué te pasa? —pregunta Diego.

Ella niega. Ahora sí sonríe.

Pero no cuela.

—Ey, vamos. Ya sabes que a mí puedes contármelo —insiste él.

—No… es una tontería. Solo sensaciones mías. Es normal cuando estás tanto tiempo con casos como este. A veces sobre piensas. Y la mente te juega malas pasadas. Cualquier policía bueno lo sabe. Pero…

Él se acerca más. Pega su frente contra la de ella. Y después se aleja.

—Puedes contármelo. Suelta lastre conmigo.

Ella suspira. Aprieta los labios.

—Sé que seguramente es una tontería. Pero hace tiempo que siento como si alguien estuviese siguiéndome.

22:59

Arregi está sentado en una silla de la habitación 511.

Debería aprovechar para dormir todas las horas que el caso le permitiera. Recuperar, aunque fuera mínimamente, parte de una hemorragia de sueño ya imposible de detener.

Pero no puede.

Con el tiempo, se ha ido convirtiendo cada vez más en un animal nocturno.

De estar en su piso de Bilbao, estaría escribiendo con un rotulador las paredes. Trazando su mapa mental en el yeso. Eso le ayudaría a pensar mejor.

El día siguiente volverá a sentarse a la mesa con un monstruo.

36

Día 8

08:12

Centro Penitenciario Madrid VII – Estremera

Hay lugares a los que uno cree que no tendrá que regresar nunca.

Pero la cárcel de Estremera no es uno de esos lugares para Salvador Arregi.

Mientras entrega su documentación en el control de acceso, siente esa desagradable sensación de estar recorriendo un camino que conoce demasiado bien. Los mismos protocolos. Las mismas puertas. Las mismas esperas.

Y al final del recorrido…

Jos.

Su gran monstruo. Justo el que le hace mirarse al espejo.

Pero, aunque en sus entrañas sabía que tarde o temprano volvería a dejarse engullir por esos muros para compartir de nuevo una sala con él, esta vez no era esa vez.

Esta vez no viene a verle a él.

Aún no estaba preparado para eso. Por eso se hace más duro tener que estar allí, siendo consciente de que solo unos pocos metros y varios tabiques les separan de respirar el mismo aire.

—De todas las putas cárceles, Luján tenía que estar en esta… —dice Arregi para sí mismo mientras traspasa la enésima puerta metálica de seguridad.

Esta vez viene a ver a Gorehound.

El alter ego oscuro de un ser camuflado de hombre gris, llamado Sergio Luján.

—Puede pasar —dice el funcionario.

Salvador Arregi atraviesa la última puerta y entra.

La sala es exactamente como la recuerda: un agujero frío y aséptico. Una mesa, dos sillas, cuatro paredes y un cristal. Un lugar construido para impedir que dos personas olviden dónde están.

Pero esta vez no busca la habitación; busca al hombre.

Sergio Luján ya está sentado al otro lado de la mesa. No se levanta. Ni siquiera parece sorprendido de encontrar a Arregi allí.

Tiene las manos entrelazadas, demasiado tranquilas. Como las de alguien que nunca ha tenido prisa por llegar a ningún sitio.

Alza despacio la cabeza y sonríe. No es una sonrisa amplia, es apenas una grieta en su rostro blanquecino, la suficiente para que Arregi recuerde por qué aquel sujeto resultaba mucho más inquietante cuando parecía de buen humor.

Y ya se ha transmutado en Gorehound.

Pero hay algo distinto en él.

Ha engordado un par de kilos. El pelo está un poco más largo. La barba también, pero mejor cuidada. Las ojeras no son surcos negros infinitos, como la última vez que le vio.

Parece que incluso descansa mejor.

La cárcel le ha mejorado.

—Te veo bien —dice Arregi—. Me ha sorprendido, si te soy sincero.

—Bueno, agente. Ya sabes que no hay que fiarse demasiado de las apariencias.

—No estoy de acuerdo.

La frase tajante de Arregi deja un silencio tras ella.

Dos hombres se estudian con las miradas.

—No tengo ni idea de a qué has podido venir, agente. Si te soy sincero… —dice Sergio Luján.

—Sí que la tienes... Serás lo que seas, pero eres inteligente. Sabes que solo hay una cosa en el mundo que nos une.

Gorehound sonríe.

Y después acaba riendo con una carcajada plena.

—Ya veo que todavía no tienes ni puta idea de dónde está El Arquitecto —dice Luján.

Y después suelta una segunda carcajada.

—Ves como sí sabes por qué he venido…

Arregi respira hondo tres veces. Deja que Luján se asiente.

—Si yo no encuentro a El Arquitecto, tú no sales de aquí en tu puta vida. Soy el único que cree que estás pagando por unos asesinatos que cometió él. No te olvides.

—Para el resto del mundo es un fantasma, eh. Solo tú y yo sabemos la verdad, agente. —Luján se recuesta en su silla—. Sabes, tienes razón. Estoy mejor. Algo ha cambiado en mí. Lo ha hecho desde que me he resignado. He asumido que no voy a salir. Qué quieres que te cuente… ya te dije todo lo que sabía sobre El Arquitecto.

—Eso es verdad. Pero tal vez yo no supe preguntar bien.

La expresión de Gorehound va cambiando poco a poco, lo quiera o no.

Aunque disimule abulia, está cada vez más serio.

Pasa de reclinado a inclinado en su silla. Comiéndose la mesa con medio cuerpo.

No dice nada.

Invita a Arregi a que lo suelte de una vez, solo con silencio y miradas.

—Te pregunté mucho sobre El Arquitecto en su faceta profesional. O delictiva. La mayoría de las veces lo uno y lo otro es lo mismo. Me hablaste de los foros, del triángulo, de cómo se mostraba y del portal en la web profunda. Seguí todas tus pistas y

alguna más que logré por mi cuenta. —Arregi es ahora quien sonríe —. Tienes que saber que le tuve muy cerca. Estuve a punto de pillarle. Casi le rocé con la punta de los dedos.

—Pero se esfumó, ¿verdad?

—Se esfumó. Y con nuestro fantasma no hay segundas oportunidades.

—A dónde quieres llegar, agente. Estás muy misterioso.

—He estado pensando —Arregi también se inclina sobre la mesa, como si fuese a contar un secreto—… Te pregunté por el personaje y su ecosistema, pero no te pregunté por la persona. Por el hombre.

Gorehound entrecierra los ojos.

—Sí. Por el hombre. Tú eres de los pocos que le ha visto en persona. O al menos, el único que está en disposición de poder contárselo a alguien como yo. Porque ya no tienes nada que perder… y todo que ganar. Quiero que me hagas una descripción física de El Arquitecto.

—¿Y eso para qué te serviría, agente?

—Para reconocerle si se me pone delante.

—¿Y por qué cojones iba a ponerse delante de ti? El Arquitecto no sabe ni que existes. Y si lo sabe, más motivo aún para que se aleje.

—Las cosas a veces no son tan sencillas.

—Pues explícate. Joder, agente, sabes lo que me aburro aquí… Esto es lo más entretenido que me ha pasado en ocho meses. No te cortes, cuéntame…

—¿Qué es lo más peligroso para un depredador? —pregunta Arregi.

—No sé… ¿un depredador más grande?

Arregi chasquea los dedos.

—Yo estoy vigilando las presas de un depredador. Protegiéndolas. Esperando a que se lance a por ellas, para cazarle yo a él. Yo soy el

depredador más grande. Pero tengo un problema gordo. Aún no he visto al depredador pequeño. Así que, si se me pone en la puta cara, no puedo saber qué es él. Y eso es peligroso para mí. De pronto, ya no sé si soy el depredador grande o el pequeño. Y eso es una putada.

Sergio Luján está a mil kilómetros de distancia de allí. Esa conversación es entera para Gorehound.

—Creo que ya entiendo por dónde vas, Salvador. ¿Puedo llamarte así?

—No. Para ti soy el agente Arregi.

—Joder, agente, vale…

Gorehound levanta ambas manos, haciendo sonar los grilletes de las esposas.

—El caso es que hay un problema con nuestro amigo El Arquitecto, agente Arregi. Es un tipo asquerosamente normal. El estándar en persona. Ni demasiado llamativo, ni demasiado soso. Es difícil sacarle un rasgo diferencial.

—Inténtalo.

—Además, ya sabes que los recuerdos a veces son engañosos. Y ha pasado tiempo…

—Estoy casi seguro de que puedo fiarme de tus recuerdos sobre él. La cara del que te ha jodido la vida no se olvida tan fácil. Ni aunque lo intentes…

Gorehound vuelve a sonreír.

—Eso es muy cierto, agente, muy cierto.

Y después se inclina incluso un poco más hacia Arregi.

—El hijo de puta está presente en cada una de mis pesadillas.

—Lo sé —contesta Arregi—. A mí me pasa lo mismo. Tengo mi propio monstruo. Y está muy cerca de aquí, además.

—Algo he oído… Ya sabes que aquí las paredes saben demasiado. ¿Has traído papel y boli, agente? ¿No debería haber un dibujante

que haga un retrato? En las películas es así…

—No hay nadie. Digamos que estoy haciendo esto por mi cuenta. Ya te lo he dicho, al Arquitecto solo le buscamos tú y yo.

Gorehound niega tres veces. Mira al metal de la mesa. Y habla anclado ahí.

—Metro ochenta, más o menos. Ni muy alto ni muy bajo. Complexión atlética. Ni muy delgado ni lo contrario. Pelo corto negro. —Gorehound alza la mirada y el tono—. Los putos rasgos, normales. No sé cómo describirte su cara. La del tío que te atiende en la ventanilla del banco. Nariz estándar, mandíbula estándar, ojos oscuros, marrones creo. No sé…

—¡Pues inténtalo!

—¡El puto tío más normal que te imagines, joder! No te llamaría la atención ni en un millón de vidas. Aunque tampoco es mediocre. Tiene algo... es difícil de explicar…

—Explícalo con tus palabras.

—Creo que es la mirada. Cambia. Es el tío de la ventanilla del banco y de pronto, pum, te mira como un asesino. Es un camaleón oculto bajo una piel común.

Arregi aprieta los dientes. El talón taconea bajo la mesa.

—Lo siento. No hay mucho más…

—Metro ochenta. Pelo oscuro. Ojos marrones oscuros. Complexión atlética. Rostro sin facciones marcadas en exceso. ¿Dirías que facciones blandas? —pregunta Arregi.

—No. Masculinas, pero armónicas. No sé… De lo que mejor me acuerdo es de esa mirada… Pero eso no puedo describirlo. Hay que sentirlo…

Se escuchan los pasos del funcionario.

Se acabó el tiempo.

Arregi escucha la voz de Gorehound justo antes de salir por la puerta.

—Agente, no busques una cara. Busca a alguien capaz de ponerse cualquier cara sin llamar demasiado la atención.

37

1980

El silencio cambia de forma.

Es difícil de explicar. Sencillamente ocurre. Los hombres enmascarados son estatuas de sal que observan a su rey prohibido. Las respiraciones se contienen. Incluso el olor a incienso parece quedarse suspendido en el aire viciado del sótano.

Todo rito tiene un momento en el que deja de ser preparación. Imaginación enfermiza de algo que en realidad no existe.

El instante exacto en el que ya no hay marcha atrás y todos los presentes saben que la sangre correrá.

Ese momento llega cuando Obolus empieza a bajar la escalera.

Las escaleras crujen. Obolus desciende primero, como siempre. Lo hace envuelto en la serenidad de quien lleva repitiendo la misma ceremonia durante demasiados años. La máscara blanca parece aún más bajo la luz temblorosa del sótano. Resplandece con un aura amplificada por la atmósfera del lugar.

Detrás de él baja el otro hombre.

Más alto.

Más joven.

Máscara burdeos.

Caminar firme y lento.

No mira a nadie. Pero todos le miran a él.

Se ha convertido en un nuevo eslabón de esa cadena irrompible que es el triángulo azul incompleto. Incompleto porque siempre falta una siguiente pieza que añadir a su estructura. Una que la afiance más.

Eduardo Aristegui fue una vez esa nueva pieza. Ahora observa como parte ya ensamblada desde hace diez años. Sin embargo, lo

siente como si hubiese sido ayer mismo.

La repetición del rito.

Obolus inclina la mesa metálica en la que está el sacrificado. Un hombre llamado Javier Elorza.

Después da las indicaciones. Al igual que con Carmen. El rito se dividirá en dos. Solo en la segunda parte, cuando hayan intervenido para sacar de su cuerpo lo necesario para que otro viva, se podrá actuar con total libertad.

Cada enmascarado demostrará ahí con su participación, el grado de lealtad al triángulo azul, del que se vieron beneficiados en su día.

Obolus ya está a la espalda de Javier Elorza. El golpe seco de la vara contra el suelo se une al humo del incienso, que va en aumento. El ritmo se acelera progresivamente.

La percusión va aumentando la cadencia. Pasa de un ritmo casi hipnótico a tambores de guerra.

Es el momento en el que Javier Elorza comienza a despertar.

Los ojos entreabiertos se encuentran con una pesadilla irreal. Casi como contemplar el mismo averno oculto dentro de cada alma humana.

Esa primera parte del rito es, sin duda, más psicológica.

Las heridas brutales llegan siempre en la segunda mitad. Cuando el cuerpo ya no es necesario.

La mano derecha de Eduardo Aristegui está temblando. Sabe que debe participar, y no solo eso, sino que debe hacerlo con firmeza. Intenta bucear hasta algún lugar de su interior que le permita hallar la rabia suficiente como para descargar violencia contra ese hombre indefenso que no le ha hecho nada.

No lo comprende. No está en su naturaleza hacer algo así. Y está seguro de que algunos de los enmascarados que están justo a su lado, han pagado fortunas por poder participar.

Su estrategia será esperar a que otros actúen primero. Ver cómo proceden e imitar.

Pero cuando los primeros enmascarados proceden, una arcada repta por su esófago.

La mano le tiembla cada vez más.

Debe serenarse.

Debe encontrar ese lugar animal que todos debemos tener.

Que sin duda los otros enmascarados tienen y están sacando a relucir ahí mismo.

Aunque todos lleven el rostro cubierto, en ese sótano se ven las verdaderas caras.

Al menos, Aristegui ha entendido esa parte del rito de Obolus.

Pero eso no hace que le resulte más fácil actuar.

Ya han desfilado casi todos por el cuerpo de Javier Elorza.

Y aunque las heridas son controladas y mínimas en esa primera parte, el terror es incalculable. Los gritos. El forcejeo contra las correas y cadenas imposibles de vencer. La lucha contra el destino inevitable.

El corazón palpita enfebrecido. Ya le va a tocar. No queda nadie más. Eduardo Aristegui no es un hombre violento. Nunca lo ha sido. Apenas ha podido lidiar con haber engañado a Carmen para meterla en ese sótano. Se convence con toda la fuerza de la que es capaz: en realidad, no es un mal hombre.

Solo un padre que hace lo que debe. Piensa en su hijo. El recuerdo del Gabriel niño, y su sonrisa. Y el joven Gabriel ya sano que juega tan bien al ajedrez.

Y entonces el buen hombre agarra con fuerza el mango del cuchillo. Intentando que la mano no tiemble. Se acerca a la mesa metálica. Intenta no fijarse en los ojos de terror de Javier Elorza, que gritan pidiendo clemencia.

Uno de los enmascarados ha realizado un corte superficial desde la rodilla hasta el tobillo, recorriendo la tibia de la pierna derecha de Elorza. Eduardo ha decidido replicarlo en la otra pierna. Es brutal, pero no exige un gran esfuerzo. Solo un corte hacia abajo.

La mano le tiembla…

Teme que alguien lo note.

Debe hacerlo ya. Sin mostrar el mínimo ápice de duda.

Coloca la punta del cuchillo sobre la rodilla. No mira arriba en ningún momento, como sí han hecho otros, que buscaban los ojos de Elorza mientras hacían el tajo.

Eduardo Aristegui cierra los ojos cuando desliza el cuchillo con fuerza hacia abajo.

Espera el grito desgarrado de Elorza. Pero lo que llega es peor aún. Un silencio extraño. De sufrimiento en su máxima expresión.

Javier Elorza se ha desmayado.

Solo queda un único enmascarado por participar de esa primera parte del rito.

El de la máscara burdeos.

El nuevo. El beneficiario del sacrificio.

Pasa junto a Eduardo Aristegui cuando este ya vuelve a su lugar del círculo que forma cada uno de los enmascarados.

Se escuchan unas palmadas.

Cuando Eduardo Aristegui vuelve a mirar, ve que es el de la máscara burdeos abofeteando el rostro de Elorza.

—Vamos, despierta. Así no tiene ninguna gracia…

Las bofetadas cada vez son más amplias. Hasta que, en una de ellas, Elorza vuelve a abrir los ojos. En su expresión puede leerse a la perfección su sentimiento. Hubiese preferido no volver a abrirlos nunca más.

Pero no va a tener esa suerte.

El hombre de la máscara burdeos se gira, observa al resto, que están espectadores ante su actuación. Después vuelve sobre Elorza, y alza la mirada un poco más, para buscar a Obolus, que permanece como maestro de ceremonias tras la mesa metálica.

Acto seguido, el hombre de la máscara burdeos ejecuta un movimiento rápido que hiela la sangre de todos los presentes. El cuchillo penetra con fuerza en el esternón de Elorza, y es deslizado hacia abajo, abriéndole en canal. Parte de las tripas se descuelgan de su abdomen junto con una catarata de sangre.

Obolus se queda petrificado unos segundos. Y después corre hacia la mesa metálica.

—¡No! —grita—. ¿Qué no has entendido de las dos partes del rito? ¿Cómo quieres que hagamos así la extracción del órgano? ¡Hay que llamar al cirujano ya mismo!

Obolus se lanza a las escaleras para subir al interior de la casa, donde el cirujano espera en una habitación medicalizada.

Pero la voz le hace detenerse en el segundo escalón.

—Eso no hará falta. No hay intervención alguna que hacer —dice el hombre de la máscara burdeos—. Nadie espera ningún órgano.

Obolus vuelve sobre sus pasos. Hasta estar frente al nuevo benefactor.

Máscara blanca y máscara burdeos, separadas por centímetros.

—¿Cómo que no hay nadie esperando? Aquí hacemos eso. La vida no desaparece, solo cambia de manos. Un sacrificio para un beneficiario.

—Y eso es exactamente lo que ha pasado. Ha habido un sacrificio. Y un beneficiario. Político en este caso. Es importante que un hombre tenga cierto poder.

La tensión es incontrolable en el sótano. Nadie mueve un solo músculo. El incienso se mezcla con el olor a sangre que empapa el suelo como un mar rojo.

El calor húmedo es asfixiante.

—Esa no es la naturaleza del triángulo azul incompleto —dice Obolus—. Lo sabías cuando aceptaste el sacrificio. Las normas eran claras. Un sacrificado. Una vida salvada. Su nombre grabado en el

cuerpo del sacrificado. Y todo ello sellado aquí mismo, entre estas paredes. Así funciona.

El hombre de la máscara burdeos mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Y saca una pequeña hoja de papel.

Ante la mirada atónita de Obolus, mete el papel en la boca de Javier Elorza.

—Ahí está el nombre del beneficiario —dice.

El papel está doblado de tal manera que no puede leerse. Pero en él, está escrito el nombre de Iñigo Arrieta.

El hombre de la máscara burdeos vuelve a buscar algo con la mano derecha. Pero esta vez la lleva a la espalda. Hacia algo que tiene guardado en la parte trasera del pantalón.

Y cuando vuelve a sacarla, algo cambia en Obolus.

Por primera vez desde que Eduardo Aristegui le conoce, da un paso atrás.

38

Día 8

9:12

Vigilancias a José Becerra – Equipo 1

Hay ausencias que ocupan más espacio que una persona.

La de Salvador Arregi es de esas.

El asiento trasero del Alfa 1 permanece vacío mientras Damián Vera observa la casa de José Becerra por cuarto día consecutivo.

Las nueve de la mañana son una hora excelente para convencerse de que todo va bien. En aquella vigilancia, precisamente, esa es la peor noticia posible.

Damián Vera ya no mira la casa. Mira los informes repletos de nada. Mira las horas invertidas. Los efectivos movilizados. Y la pregunta empieza a crecer demasiado.

¿Hasta cuándo puede mantener eso?

—Qué raro. Va con más de diez minutos de retraso. Tratándose de este, ya es noticia —dice Pardo desde el asiento del piloto.

Pero Vera no le está prestando toda la atención que debería. Está mirando el mensaje que acaba de entrar a su teléfono.

Acaba de entrar en la prisión de Estremera.

Vera cierra el mensaje y vuelve a mirar a la casa. Pero solo finge. Becerra cada vez le interesa menos. Sigue pensando en Estremera y Arregi.

—Si antes hablo… —dice Pardo.

José Becerra acaba de salir por la puerta.

12:38

Helena Ibarra se ha salido con la suya. En la reunión a primera hora, previa a las vigilancias, ha expuesto que creía que debían volver al País Vasco. Espinosa ha aceptado y Vera le ha dado luz verde.

Iñigo Arrieta y Javier Elorza eran de allí. Y esa es la pista que siguen ahora.

¿Por qué el nombre del primero apareció en el segundo cadáver del sótano de Karrantza?

Formular esa pregunta es adelantarse, ser un mal estudiante que confía en atajos y su intuición. Pero todos sienten que ya están perdiendo demasiados días con las vigilancias en Madrid. Es adelantarse, ya que no hay constancia de que ese Iñigo Arrieta sea el que estaba escrito sobre una momia de 1980.

Pero por una vez, Lasa e Ibarra están exactamente en la misma onda. Los dos creen estar mirando en el lugar adecuado.

Y ese lugar, está en un rincón del interior de Bizkaia. Uno donde el horizonte siempre termina chocando con una montaña.

Durango conserva esa extraña capacidad de hacer que el tiempo parezca caminar más despacio.

Aitor Lasa aparca frente a un bloque de ladrillo visto levantado a finales de los setenta. Balcones pequeños, macetas cuidadas y tenderos casi vacíos. Una estampa casi costumbrista. Ningún detalle llama la atención. Nada que haga presagiar que se está en un lugar que ha hervido tragedia.

Allí sigue viviendo Pilar Elorza. Cuarenta y seis años después de que su marido saliese de casa por la mañana y jamás regresara.

Lo obvio era buscar a partir del rastro del difunto Iñigo Arrieta. Pero Helena Ibarra tenía una obsesión cimentada durante horas de noche en vela en su habitación de hotel. Para encontrar a Arrieta, era mejor buscar a partir de Elorza.

—¿Cuánto tiempo siguieron buscándolo? —pregunta Aitor Lasa.

Pilar Elorza tarda unos segundos en contestar. Cada pregunta la enfrenta una batalla contra recuerdos que duelen demasiado.

—Una semana —responde al final.

Silencio.

Lasa no puede disimular un gesto de extrañeza. Por desgracia no posee la frialdad de Ibarra.

—¿Solo una semana? —Es precisamente Ibarra la que presiona sin piedad.

—La primera fue una locura. Policías. Periodistas. Compañeros de partido. Llamaban al telefonillo a todas horas. Parecía que todo el País Vasco estuviera buscando a Javier.

Pilar se detiene. Mira a algún lugar perdido más allá del balcón de su salón.

—Y después…

Lasa espera.

Ibarra afila la vista.

—Después dejaron de venir.

—¿Quién dejó de venir, señora Eloraza? —Es Ibarra otra vez.

—Todos.

Silencio.

—La Ertzaintza dejó de llamar. Los periodistas dejaron de escribir. Los compañeros de partido dejaron de preguntar. Incluso… —a Pilar Elorza se le quiebra la voz— algunos amigos dejaron de pasar por casa.

—¿Y por qué cree que pasó eso, señora Elorza? —vuelve a preguntar Ibarra.

La viuda sonríe con tristeza.

—Durante muchos años, y eso fue asumir la posturamás cruel, pensé que la gente simplemente siguió con su vida.

La mujer baja la mirada.

—Con el paso del tiempo… bueno… ya no estoy tan segura.

—¿Qué quiere decir? —Ibarra sigue aparentando.

Pilar tarda bastante en contestar esta vez.

Parece que le diese vergüenza decirlo.

—A veces tuve la sensación de que encontrar a Javier daba más miedo que no encontrarlo.

Ahora sí, hasta Ibarra para. La frase reposa primero y la idea coge cuerpo después

Lasa, que ha estado tomando notas, ya no escribe. Mira primero a Ibarra y después a Pilar Elorza.

—¿Y eso por qué iba a ser así? —pregunta Ibarra.

—No lo sé… no… yo… Después de tantos años he aprendido a no preguntármelo. La respuesta ya no lleva a ningún sitio.

—¿Considera que hubo personas que se beneficiaron de su desaparición?

Pilar Elorza aprieta los labios. Su piel se arruga más de lo normal. Ella entera lo hace. Los ojos se humedecen, pero aguantan. Son ojos duros, que han aprendido a contener.

—Javier era muchas cosas buenas. Pero, por encima de todo, era un hombre íntegro. Un buen hombre. ¿Quién podría beneficiarse de que alguien así desaparezca?

—Usted ha mencionado antes que sus compañeros de partido nunca volvieron. La política no suele ser el mejor lugar para hombres honrados —dice Ibarra.

Lasa la mira de reojo.

—¿Le suena el nombre de Iñigo Arrieta? —remata Ibarra.

Pilar Elorza vuelve a estar más allá de su balcón. Tarda más que ninguna otra vez en contestar.

—Claro. Iñigo Arrieta ganó la candidatura conjunta que tenían ambos. Obviamente, lo hizo en solitario. Si me lo preguntan, Iñigo no tuvo nada que ver. Sería fácil ver fantasmas. Pero era también un

buen hombre. Por eso Javier solo confiaba en él. Lo que me duele, y eso sí se lo reprocho, es que fue de los que también terminó por dejar de venir por casa. Su vida política le engulló.

Helena Ibarra y Aitor Lasa no esperaban esa respuesta. En absoluto.

Comparten una mirada y algún gesto mínimo que lleva implícita la pregunta de si ya dan por concluidas las preguntas.

Pero Pilar Elorza esta vez habla sin necesidad de que la interroguen.

—Hubo una persona que sí volvió. Un hombre. Volver no es la palabra adecuada, porque no había estado nunca aquí. Yo, al menos, no le conocía. Y él nunca dijo quién era después de esa vez, nunca volví a verle. —Pilar habla directa al balcón o a las montañas que se pierden a lo lejos, quién sabe—. Solo hizo una pregunta.

Lasa ya está inclinado hacia delante.

—¿Qué pregunta, señora Elorza? —dice Ibarra.

—¿Su marido viajó alguna vez al Valle de Karrantza? —La viuda vuelve a su salón, mira directamente a los ojos de la policía mujer—. Eso preguntó.

Ahora sí, Lasa e Ibarra comparten una mirada sin disimulo. La conexión es clara.

Karrantza. Alguien desaparece y otra persona sale beneficiada.

Carmen y Gabriel Aristegui.

Javier Elorza e Iñigo Arrieta.

Muere Javier Elorza en 1980 en el sótano del caserío de Karrantza. Iñigo Arrieta gana el poder en solitario. Su nombre queda escrito en el cadáver.

Es una teoría. Pero las piezas encajan bastante bien.

Demasiadas coincidencias para seguir llamándolas así.

15:45

Vigilancias a Álvaro Monreal – Equipo 2

—¿Cuánto tiempo puede estar una persona como Monreal sin salir de casa?

Iñaki Espinosa se remueve en el asiento del conductor de un coche que no está pensado para alguien que roza los ciento diez kilos.

—Pues, como mínimo, cuatro días, por lo que se ve —contesta Mendia.

—Esto es desesperante. Tengo la espalda hecha un ocho. Debería haberme jubilado ya…

Mendia no contesta. No escucha el lamento de cada media hora de Espinosa. Traspasa el cristal de la luna delantera con la mirada.

—¿Ese no vino el primer día? —dice.

Espinosa acaba de ver lo que está mirando su compañera.

El hombre que camina con paso decidido atravesando el jardín de la casa de Álvaro Monreal.

—Sí. Creo que sí —dice Espinosa—. ¿Pero por qué has caído tan rápido? Con la de gente que está viniendo a esta casa…

—Por eso mismo —contesta Mendia—. Fíjate que ha pasado gente, pero todos eran distintos. Este es el único que ha repetido.

—Ya tenemos un cromo del álbum sobre el que poner la lupa un poco más.

16:01

Helena Ibarra da el último trago de café de La Caja.

—Es tan malo que casi lo he echado de menos —dice—. Aunque lo de la comida china esta… ya es otro nivel de horror.

Lasa sonríe. Mete las cajas de cartón vacías a una bolsa de plástico.

—Es un asco. Pero por algún motivo, Espinosa y Arregi tenían por costumbre pedir comida en ese restaurante siempre que estaban con un caso de los jodidos.

—¿Por qué lo mencionas en pasado? —pregunta ella.

—Porque esa es una de las muchas cosas que no volvieron a ser iguales.

—Quieres decir… ¿desde lo de Salvador?

Lasa da un trago de café de su taza. Y asiente.

Hay un paréntesis de silencio. De respeto.

Pero solo unos segundos. El mundo no se para jamás. Y menos aún su parte malvada.

Es Helena Ibarra quien vuelve al presente.

—¿Te crees eso que dijo la viuda de Javier Elorza? Bueno, viuda… En realidad, su marido sigue técnicamente en paradero desconocido… Creo que eso es aún peor que saber cómo y cuándo fue su final. Me refiero, ¿crees lo que dijo sobre Iñigo Arrieta? ¿Que estaba segura de que no tenía nada que ver, por mucho que saliese beneficiado?

Lasa no contesta. En lugar de eso se levanta y se acerca a las pizarras.

Allí, escribe el nombre de Iñigo Arrieta con el rotulador negro.

Y desde ahí, saca una flecha a ninguna parte.

Y redondea un nombre que no existe.

Ibarra le mira expectante.

—He estado pensando en ello —dice Lasa—. No creo que la cuestión sea tanto, si creemos o no que Arrieta tuvo algo que ver. Si no, ¿quién se benefició realmente? Quiero decir, ir un poco más allá de lo obvio. Iñigo Arrieta era un político de tercera. Pero esos son justo los que más hay que observar. Son las bisagras que mueven las puertas principales. Sobre todo, si el que ambiciona escalar al poder es alguien nuevo.

Lasa señala el circulo vacío.

—¿Puede ser que la llegada en solitario al poder de Arrieta conviniese especialmente a alguna pieza superior? Después podríamos entrar a valorar si Arrieta era o no un amigo tan leal de Elorza como dice su viuda. Pero es casi secundario... No es tanto Arrieta, como la flecha que sale de él hacia un tercer actor que permanece oculto tras una sombra. O al menos, yo lo veo así. ¿Cómo lo ves?

Helena Ibarra no lo reconocerá, pero por primera vez respeta al Lasa investigador. Hasta ahora le veía solo como un perrito faldero muy aplicado de Arregi.

Pero su lectura es interesante.

—Te lo compro. Vamos a intentar trazar esa flecha, a ver a donde nos lleva —dice Ibarra.

19:25

Vigilancias a José Becerra – Equipo 1

Nada.

José Becerra vuelve a estar en casa tras una jornada normal de día laboral.

Hoy no ha habido ni partido de pádel.

Damián Vera lleva esperando otro tipo de movimiento varias horas. Becerra no es el único hombre al que está vigilando hoy.

El teléfono móvil vibra por fin.

Y está vez, la sorpresa es aún mayor.

Le he seguido por carretera más de dos horas. Extremadura. He tenido que soltarle. Carreteras muy secundarias. Difícil que no me viese.

Extremadura… ¿Qué cojones estás haciendo, Salvador?, rumia Damian Vera desde el asiento del copiloto del coche Alfa 1.

Una hora y media después, su mente sigue exactamente en ese mismo punto. Damian Vera ordena el relevo a las 21:00 exactas.

Otro día más.

Nada.

Y, sin embargo, siente que algo se le está yendo de las manos.

39

Dia 8

19:57

El mundo está lleno de lugares donde ocurrieron cosas terribles. Y lo curioso es que casi todos terminan pareciendo completamente normales.

Riomalo de Abajo es uno de ellos.

Salvador Arregi abandona la carretera principal y se adentra por las curvas estrechas de las vías secundarias. Las montañas vuelven a cerrarse sobre él. La piedra sobre piedra. El verde que parece tragarse cualquier ruido del mundo. La garganta de agua que silba constante y parece omnipresente en todas Las Hurdes.

Ese corazón escondido de Extremadura no ha cambiado.

Arregi hace rato que ya no mira por los retrovisores. Ya solo está él y la carretera que va a convertirse pocos metros después en un camino de grava. El final de la civilización. El principio del sendero que conduce al escondrijo idílico donde se deforman los principios morales.

Salvador Arregi aparca su Passat lo suficientemente lejos. No quiere ser visto. Coge una bolsa que lleva sobre el asiento del copiloto y baja del coche.

Camina el resto a pie, con la grava crujiendo bajo sus botas.

El sol empieza a ceder a la noche invernal que llegará soltando su aliento helador.

Los dos árboles, separados por una veintena de metros entre sí, son como dos casillas de seguro antes de llegar hasta la casa. Arregi se refugia en el primero de ellos, igual que hizo meses atrás, pero esta vez sin su Heckler en la mano. En vez de eso, lleva una bolsa de plástico.

Nahia está allí. Jugando en el jardín, junto al viejo columpio rojo. Arañando los últimos coletazos del día, como haría cualquier niña feliz.

Pasan al menos diez minutos así. La niña jugando y Salvador observando.

Entonces sale ella. Paula dice algo desde la puerta principal de la casa de piedra. Y Nahia entra.

El sol cae a plomo, como si alguien hubiese apagado un interruptor. Y entonces la luz cálida de una de las ventanas es el síntoma de un hogar.

Arregi espera a que la oscuridad se asiente.

Y solo entonces recorre los metros que lo separan del segundo de los árboles. Después avanza, sin detenerse, hasta la casilla final: el murete de piedra que rodea el jardín de la casa.

La luz de la cocina sigue alumbrando como un faro naranja. Pero no puede verlas en el interior. Como tampoco ellas pueden verle a él.

Salvador Arregi saca la caja de la bolsa. Y la deja apoyada contra la parte interior del murete de piedra. De tal modo que queda dentro del jardín. Una caja de cereales con un tigre sonriente dibujado en el cartón.

Después se da la vuelta, y regresa hacia el coche sin mirar atrás.

Paula entenderá el mensaje cuando salga al jardín al amanecer.

Salvador Arregi vigila su pacto tácito de que Nahia tenga una vida junto a una nueva madre.

40

1980

El sótano está inundado de sangre de Javier Elorza que se desparrama por el suelo de piedra junto con sus tripas.

Obolus retrocede un paso de forma instintiva.

El hombre de la máscara burdeos habla despacio. Y, sin embargo, transmite una firmeza absoluta.

Dos de los enmascarados salen del corro, y se ponen tras él. Le están escoltando.

—Hace tiempo que observo lo que hacéis —dice el hombre de la máscara burdeos—. Veo mucho potencial. Yo también tengo un sitio, cerca de aquí. También es una casa. Pero está más escondida. Es más salvaje. Nuestros rituales son algo distintos. Ese es el problema que veo en vuestra organización. Demasiados corsés.

Obolus está inmóvil. Que dos de los enmascarados viniesen con el hombre de la máscara burdeos, que estuviesen infiltrados, no sabe desde cuándo, le ha descolocado. Alterna miradas entre los ojos que se esconden tras la tela burdeos, y el objeto que sostiene el hombre en su mano izquierda, mientras sigue su exposición.

—Todo eso de la vida solo pasa de una mano a otra. Creo que es limitante. Y como ejemplo pongo a nuestro amigo. —El hombre de la máscara burdeos señala el cuerpo inerte y blanco cerúleo de Javier Elorza—. Nadie necesitaba sus órganos para vivir. Pero sí su cargo político. Alguien lo necesita para prosperar del modo necesario. ¿Y cuál es el problema? Es el sacrificio de una vida, para que una idea pueda expandirse. La vida de un hombre, por mejorar la de otro.

Obolus cada vez mira más al objeto en la mano derecha, y menos al hombre o a quienes le secundan.

—Creo en vuestra organización, Obolus —el hombre de la máscara burdeos remarca la última palabra—, pero hace falta pulir la

idea. Creo que vendría bien un cambio de liderazgo. Mi idea es tomar todo lo bueno, el tema del entramado médico es muy interesante. Los hombres más poderosos, lo único que no pueden comprar es la salud. Es una forma muy hábil de tenerlos de nuestro lado. Muy hábil. Pero no podemos quedarnos solo ahí. Tenemos que dejar al triángulo azul volar libre y salvaje. ¿No crees?

Obolus observa el objeto de la mano. Ya de forma definitiva. Como si le hipnotizase. Como si le estuviese mirando a él, y no al contrario.

Tal vez por eso mismo no percibe que los dos enmascarados que escoltan al de la máscara burdeos, han avanzado con sigilo hacia adelante.

—Pero para que haya un cambio de jerarquía, tiene que haber demostración de fuerza. Es más… —El hombre de la máscara burdeos se acerca aún más a Obolus, hasta estar en el punto en el que puede susurrar la siguiente frase—. Debe haber violencia.

Obolus se tensa.

Pero es un reflejo de supervivencia. Sabe que ha estado a merced en todo momento.

El cuchillo empuñado por el hombre de la máscara burdeos entra en el cuello de Obolus en un gesto rápido. La sangre salpica su máscara blanca, que, por primera vez, no luce impoluta. El cuchillo sale tan rápido como ha entrado, y la sangre brota como de una manguera. Chorros intermitentes, a la pulsión de la arteria.

Obolus permanece de pie. Son unos segundos eternos en los que contempla el sótano y los enmascarados. Un último pensamiento se apodera de su mente antes de desvanecerse. Se pregunta cuántos de esos enmascarados que le observan morir estaban en realidad conspirando contra él.

Y después mira al hombre que le ha cercenado la vida.

Un hombre con una máscara burdeos, que sujeta en la mano derecha el cuchillo impregnado de su propia sangre. Y en la

izquierda, el objeto que le ha perturbado, y que es lo último que va a ver.

Obolus se lleva la mano a la yugular. Le entran dos dedos enteros en el agujero abierto. Las piernas le fallan. Ya no siente su cuerpo. Es como si su cabeza flotase en el aire denso de ese sótano.

La escena pasa como a cámara lenta.

El hombre de la máscara burdeos deja caer el cuchillo al suelo. Y con la misma mano, descubre su rostro. Solo Obolus puede verle, el resto queda tras ellos.

Son solo unos pocos segundos.

Los que transcurren hasta que el hombre de la cara descubierta alza el objeto que ha tenido sujeto en la mano izquierda en todo momento. Una nueva máscara. Muy distinta de todas las demás.

Y de pronto, el rostro descubierto ya no lo está.

Las piernas de Obolus se doblan como papel. El último suspiro de vida huye de su cuerpo con una visión final. Una imagen de pesadilla.

Los ojos de su asesino mirándole tras una máscara roja que representa un león.

Roja como la sangre.

Un león rojo.

41

Día 10

20:58

Vigilancias a José Becerra – Equipo 1

Damián Vera ya no mira la casa de Becerra. Solo comprueba de forma compulsiva su reloj.

20:58.

Ya solo espera que den las nueve.

Ha tomado una decisión.

Dos minutos después lo anuncia de viva voz por la radio que coordina todos los coches de ambos equipos.

—Las nueve. Chapamos.

Hace una pausa.

—Definitivamente. Nada de relevos para la noche. Se acabó. Reunión en La Pecera en cuarenta minutos. Levantamos el operativo.

21:40

Ninguna investigación cambia de rumbo cuando encuentran las respuestas adecuadas.

Cambia cuando el líder acepta que estaban haciendo la pregunta equivocada.

Y el tiburón de La Pecera es Damián Vera.

Aunque todos pueden sentir que el liderazgo real no está tan claro.

Espinosa y Mendia observan a Arregi, sentado en silencio y con cara de pocos amigos en su silla.

Pero el que habla, de pie y junto a las pizarras, es Damián Vera.

—Una semana entera. Dos equipos y sus respectivos relevos. Ningún resultado operativo.

Vera mira a todos y, sin embargo, saben que habla a Arregi.

—Se acabó. Las vigilancias quedan canceladas. Ha sido un fracaso sin paliativos. Tenemos que cerrar esta vía de Becerra y Monreal.

Ahora sí, no es una sensación, Damián Vera clava sus ojos en Salvador Arregi.

—Esto ha sido un error.

Las patas de la silla resuenan al arrastrarse. El sonido estridente secuestra la atención que correspondía a la derrota notificada de Arregi. La que acaba de ponerse en pie es Maialen Mendia.

—No del todo —dice—. Tenemos un nombre más sobre la mesa.

Mendia hace literales las palabras, y lanza un puñado de fotografías sobre la mesa reluciente de La Pecera.

En las capturas se ve a un hombre trajeado y con un maletín en la mano. Accediendo a la casa de Álvaro Monreal hasta en tres ocasiones.

—Álvaro Monreal sí se ha comportado de forma extraña. Apenas ha salido de su domicilio. Y curiosamente, sí que ha entrado en él muchísima gente. Tanta gente distinta, que lo que más me sorprendió fue que una misma cara volviese a aparecer. Dos veces ya fue raro, a la tercera ya ordenamos seguirle la pista.

Mendia coge una de las fotos que acaba de tirar sobre la mesa y la alza.

—Rafael Cifuentes Montalvo —dice alzando la voz—. Magistrado de la audiencia provincial de Madrid.

Hay un silencio enrarecido.

Damián Vera no esperaba esa nueva pieza.

—¿Un juez? —pregunta Marta Gálvez.

—No uno de los grandes. Pero sí… —contesta Espinosa, que permanece sentado en su silla—. Qué interesante… Un juez yendo a casa de un abogado al que estamos echando el ojo.

—Lo más curioso de todo esto —prosigue Mendia—, es que, por lo visto, no hay ninguna relación profesional pública entre ambos. No coinciden en ningún procedimiento judicial.

—Igual quedan para jugar al mus… —ironiza Espinosa.

Damián Vera hace un gesto con la mano señalando la pizarra. Inconfundible.

Mendia obedece y se lanza a tatuar en rotulador el nuevo nombre.

RAFAEL CIFUENTES MONTALVO / JUEZ

—¿Algo más que el nombre y una sospecha? —pregunta Vera.

No.

No tienen más que eso.

Mendia tarda en responder. Y lo hace solo negando con un gesto.

—Vale. Está bien. —Vera se acerca hasta ella y le pide el rotulador—. Algo es algo. Un pequeño hilo de esperanza dentro del enorme cubo de basura que ha sido este operativo.

Damián Vera hace sangre con Arregi. Sin piedad.

El nuevo nombre queda flotando en ese río rojo de la derrota de Salvador. Como un salvavidas demasiado pequeño al que aferrarse.

—Mañana a primera hora aquí —concluye Vera—. A ver cómo podemos darle la vuelta a esto.

La Pecera se vacía. Dentro queda un pez ahogándose en las aguas contaminadas que él mismo ha intoxicado.

Salvador Arregi no se mueve de su asiento. Recoloca el puzle en su cabeza. Un juez. Lo une a otra de las piezas que solo él tiene. Lasa le ha dicho que están siguiendo la estela de un posible

beneficiario político del sacrificio que dejó el nombre de Iñigo Arrieta sobre el cadáver de la década de los 80 del sótano de Karrantza.

Con esa nueva pieza empotrada a la fuerza, Arregi perfila un ecosistema que hace que su teoría sobre el triángulo azul cobre fuerza. Los están eliminando. Pero ¿quién? ¿Un ente superior?

Damián Vera está frente al pensativo Salvador Arregi. Le observa en silencio. Solo quedan ellos dos en ese habitáculo de paredes de cristal.

Solo ellos dos.

—¿En qué estás pensando, Salvador?

No va a decírselo.

Arregi solo estaba esperando a que estuviesen a solas. Nada más. Pero no, no va a decirle lo que piensa. Ya no.

—Vamos. Dilo. —Solo verbaliza Arregi—. Di: te lo dije.

—Has perdido, Salvador. Y querías que entrase por la fuerza en casa de Becerra. Alguien estaba dentro, según tú. Becerra va a morir en su casa, repetías. Después no digas que no te lo advertí, llegaste incluso a decir. —Vera se acerca a Arregi, solo un poco más—. ¿Te das cuenta de hasta qué punto eres peligroso? Has perdido el control. No te culpo. Se lo que le pasó a tu familia…

Salvador Arregi se levanta de la silla como una exhalación. Su rostro y el de Vera quedan separados solo por centímetros. Desde esa posición y con expresión de guerra cruenta, lanza varias exhalaciones prolongadas. Los ojos no parpadean.

Vera alza ambas manos con un gesto suave.

—Lo siento. No me malinterpretes. Igual no era el modo de decirlo. Valoro tu entereza, Salvador. La de seguir aquí. Pero los muertos piden justicia. Y para eso hay que trabajar bien. Pensar y actuar con objetividad. Siento tener que ser yo el que coja el papel de malo. Está claro que tus compañeros de la DIC no van a hacerlo…

Arregi permanece acuchillándole con los ojos.

Uno, dos, tres segundos más.

Y solo después, habla despacio.

—El otro día, al salir de Estremera, me fui a atender un asuntito que tenía pendiente hace tiempo. En Extremadura. Bastante lejos. Lo suficientemente lejos como para comprobar si alguien te sigue o no. Aunque abandone de forma torpe cuando las carreteras se vuelven demasiado indiscretas…

Arregi posa la mano derecha sobre el hombro de Vera.

—La próxima vez que pongas a alguien a seguirme, que sea mejor, Damián.

Arregi se da la vuelta y abandona La Pecera ante la mirada silenciosa de Vera.

42

1980

Obolus está tendido en el suelo del sótano. Su cuerpo sin vida yace sobre un charco de sangre que se extiende hasta entremezclarse en un mismo mar con la derramada por Javier Elorza.

Un mar rojo.

Rojo intenso. Rojo sangre.

Rojo infierno.

El rojo de la máscara de león. Los ojos negros del hombre miran a través de ella.

Eduardo Aristegui intenta no establecer contacto visual con esa máscara de cariz monstruoso. Pero tampoco puede apartar o bajar la mirada. Se mantiene en ese punto de indefinición. El corazón rebota a tres mil por hora en su pecho, amenazando con colapsar. Una gota de sudor frío se descuelga desde el interior de su máscara azul y repta por la piel hasta llegar al cuello.

El hombre de la máscara del león permanece un minuto más inmóvil, observando a todos los presentes.

Eduardo Aristegui siente que le está mirando a él.

Entonces el león se agacha. Con un gesto cuidadoso, retira la máscara blanca de la cara de Obolus. El rostro muerto queda descubierto, y parece incluso más blanco que la propia máscara que lo tapaba. No queda ni una gota de sangre en él.

El león avanza hacia los enmascarados, que asisten petrificados a sus movimientos. Lleva la máscara blanca de Obolus en la mano. Se detiene cuando está a penas a un metro de Eduardo Aristegui y el resto.

Nadie osa a moverse ni un solo centímetro.

El león alza la máscara blanca. Que ahora es blanca y granate. Repleta de salpicaduras de sangre que empiezan a secarse en la tela.

—Obolus ha muerto. Ahora, su puesto queda vacante.

El león calcula una pausa. Un silencio observador.

—Y uno de vosotros ocupará su lugar. Ya habéis visto cuál es la nueva dimensión del triángulo azul.

El león camina por la hilera de enmascarados. La máscara ensangrentada en alto. Como si efectuase un sorteo. Pasa despacio por delante de cada uno de los hombres. No detiene ni acelera el paso en ningún momento.

El león pasa ante Eduardo Aristegui, y de pronto, se detiene en seco.

Aristegui contiene la respiración. Su mundo acaba de congelarse o arder, no lo tiene claro.

Entonces el león vuelve a retomar su paso.

Y Aristegui vuelve a respirar.

Pero al llegar al final de la fila, la máscara blanca sigue sin elegir a su nuevo dueño.

El león gira y vuelve sobre sus pasos.

En realidad, el nuevo rey de esa cripta ya ha decidido hace mucho a quien pertenecerá el honor de la condena.

Las respiraciones densas se acompasan con cada paso lento sobre la piedra húmeda del sótano.

Hasta que ya no hay pasos. No hay respiraciones. Solo un suspenso inaguantable.

Porque el león ha vuelto a detenerse en un punto.

La máscara blanca, en lo alto, se para otra vez en el mismo lugar, ante Eduardo Aristegui.

El león le ha visto dudar en el rito de Javier Elorza. Le ha analizado. Y, por último, ha olido el miedo al pararse por primera vez

frente a él. Entonces lo ha tenido claro: ese hombre no es un depredador.

Justo lo que necesita.

La máscara blanca ensangrentada desciende en picado hasta posarse sobre el hombro de Eduardo Aristegui.

—Tú —dice el león.

Entonces sí, los dos pares de ojos ocultos chocan. Colisionan. Es un encuentro violento.

Y Eduardo Aristegui lo siente, con total claridad: esa máscara oculta un animal mucho peor que un león salvaje.

—¿Aceptas el honor de ser el nuevo Obolus? —pregunta el león.

En la pregunta no cabe la posibilidad de negación, eso también lo sabe Eduardo y cualquiera de los presentes.

Aristegui asiente despacio en silencio. Dos veces.

El león le despoja de su máscara azul sin dudar. Y mira directamente al rostro de Eduardo Aristegui, estableciendo la nueva dinámica de su relación. Permanecen así unos segundos que son eternos.

Eduardo Aristegui está desnudo a todos los niveles. Se mantiene a flote haciendo un esfuerzo sobrenatural, solo comprendido desde el instinto puro de supervivencia. Ese que hace posible no temblar cuando estás observando de frente el mismo infierno.

Un infierno rojo.

El león le deja suspendido en ese limbo. Hasta que, con un movimiento reverencial, le coloca la máscara ensangrentada que acaba de quitar al cadáver de un hombre que ha matado con sus propias manos.

Y de pronto Eduardo Aristegui, el hombre aterrorizado, es Obolus.

Obolus es él.

—Plegaos todos ante el nuevo rey de este lugar —dice el león alzando el tono.

Y después se acerca un poco más al nuevo Obolus. Dejando claro que la frase que importa no es la anterior, sino la que va a continuación.

—Gobernarás este santuario. Pero responderás ante mí —susurra el león—. El triángulo azul ahora pertenece a El Club.

43

La Moraleja

Pese a que son solo las nueve, la noche se ha cerrado hace tiempo.

Y al cobijo de su oscuridad, toda sospecha parece agigantar su sombra.

Hace una semana que Ángela no volvía a casa. Y cada nuevo día sin hacerlo, convierte el acto de volver en más extraño. Pero José lleva horas sin contestarle a los mensajes.

Ha dudado sobre qué hacer. Una y mil veces en el transcurso de solo unos cuantos minutos. Desde el momento que ha transgredido una de las normas que estipularon cuando se fue a casa de sus padres con los niños, y ha llamado a José, y este no ha contestado.

Ahí ha empezado a preocuparse de verdad.

Ha meditado la opción de llamar a la policía. Pero no había modo de justificar el motivo de esa llamada. No sin entrar en detalles que señalasen a José.

Todo eso es una mierda; de q sirve tanto dinero si hay que estar así, ha pensado una y mil veces. Y no ha servido de nada. José seguía sin contestar, y en breve iban a cambiar ese hecho los lamentos por decisiones ya tomadas hace demasiado.

Ha vencido al miedo. La policía no era la mejor opción.

Entonces ha dejado a los niños justo donde estaban: a salvo en casa de los abuelos. Y se ha subido al coche.

Y ahora conduce bajo el manto del cielo negro de las calles de La Moraleja, ese edén seguro de vidas acomodadas que asegura estar al otro lado de la parte fea de este mundo, que asegura, en definitiva, protección. Y, sin embargo, Ángela tiembla al volante mientras recorre los últimos metros hasta su palacio de cristal.

Detiene el coche antes de dar el último giro. Antes de quedar expuesta ante la casa.

—Estás siendo una paranoica, Ángela —dice en voz alta intentando convencerse.

José siempre está muy liado. Además, si juega al pádel por la tarde, es todavía más difícil que atienda el teléfono.

Sí, eso debe ser.

Aun así, saca el móvil y comprueba que no le haya contestado durante el trayecto.

Nada.

Abre el chat conjunto. Y todo sigue igual.

¿José?

¿Estás bien?

Llámame cuando puedas.

Me estás preocupando. Llámame en cuanto leas, por favor.

Todo igual.

Los mensajes de Ángela colgando sin respuesta.

—Dios… El mal rato que me estás haciendo pasar, José. Me cago en todo…

Ángela vuelve a hablar en alto para nadie y arranca de nuevo el coche.

Entonces lo ve al girar.

La luz. Un faro de alivio que le alumbra el camino tenebroso.

La luz de la sala está encendida.

Del alivio pasa a la ira.

La manía que tiene ese hombre de ir a cenar en cuanto llega de jugar, como si el resto del mundo no existiese, llega a límites insospechados. Solo tenía que contestar un mensaje. Tres segundos de su valioso tiempo.

En realidad, ella nunca ha estado en las primeras posiciones de su lista de prioridades, ese es el problema. Siempre lo ha sido, aunque se hayan convertido en profesionales de fingir lo contrario.

Ángela abre la puerta principal convencida de los gritos que le va a pegar a su señor marido. Se lo merece. Y ella necesita descargar tensión.

Camina hasta el salón hinchándose en esa idea. Y cuando llega hasta él, se queda clavada.

Durante un segundo no entiende lo que está viendo.

Durante los siguientes desearía no haberlo entendido nunca.

Y entonces sí, llegan los gritos.

Pero son unos muy distintos a los que planeaba.

Ángela desgarra gritos guturales de terror puro.

Día 11

22:01

Aquel no es un lugar en el que parezca que vaya a desatarse la violencia. Los coches patrulla son elementos extraños entre sus avenidas silenciosas de lujo.

Las luces azules giran despacio proyectadas sobre las fachadas perfectas de La Moraleja. Damián Vera se queda observándolas tras apagar el motor del coche.

Hay escenas del crimen que empiezan antes de que aparezca ningún cadáver. Esta empezó ayer, a las nueve de la noche. Justo cuando él ordenó levantar las vigilancias.

Damián Vera se deja intoxicar por la idea mientras baja del coche.

Atraviesa el cordón policial y se incrusta en un enjambre de policías de la científica que van y vienen. Uno habla con el forense, que desvía la mirada cuando le ve llegar, queriendo dirigirse a él.

Pero Vera le hace un gesto de negación instantáneo.

No quiere hablar con nadie hasta verlo.

A su espalda, Salvador Arregi baja de un segundo coche junto con Iñaki Espinosa.

Vera no llega a verlos antes de entrar a la casa.

El interior no tiene signo alguno de caos. Todo parece estar donde debería. Incluso en el salón de estar, la escena es limpia.

Damián Vera ha visto demasiados cadáveres para impresionarse con facilidad. Hace tiempo que aprendió que el muerto no era lo verdaderamente horrible. Que lo jodido era el vivo que había sido capaz de dejarlo así.

José Becerra está sentado a la mesa. Igual que el resto. Atado a la silla, y con dos enormes clavos anclando sus manos a la superficie de madera. Tiene una copa de vino a medio terminar junto a una de las manos ensangrentadas. Y un plato con un filete casi intacto al que solo le resta un pequeño trozo. Los ojos abiertos a ninguna parte. La sangre, reseca.

Otra vez, Vera identifica el detalle. Diáfano. Hay poca sangre para tanto corte.

Estaba ya muerto.

Igual que Claudia Ferrer.

Y del mismo modo que en el de la mujer, en el cadáver hay grabado un triángulo.

Esta vez no es con pintura azul en la frente. Esta vez, es distinto. Un corte sanguinolento en el torso.

Vera identifica el otro detalle, uno incluso más perturbador. Un segundo plato en la mesa, frente a Becerra. Solo restos de grasa del filete y trozos diminutos de carne. Otra copa, vacía por completo, solo con restos mínimos de vino. Y otra silla, vacía.

Lo peor no es el muerto. Es el vivo.

Se siente burlado.

Humillado.

—Te dije que pasaría.

La voz de Arregi llega desde atrás como un puñal directo a la nuca.

Damián Vera no se gira. Sigue mirando la copa vacía frente a Becerra. Y de ese modo, habla.

—No lo entiendes, Salvador. Esto es mucho peor de lo que parece. No es casualidad. Piénsalo. Tenemos dos objetivos claros. Les blindamos con unas vigilancias que rozan lo excesivo. Y cuando doy orden de quitarlas, tan solo horas después…

Vera hace una pausa.

Parece buscar algo en el interior vacío de esa copa de la que no despega la mirada.

—El que ha hecho esto manejaba esa información. Lo sabía perfectamente. Ha esperado paciente a que retiremos el operativo.

Vera mira ahora la silla vacía.

Lo sabe. El hombre que se ha sentado en esa silla lleva horas fuera de escena. Sigue varios pasos por delante de ellos.

Entonces sí, Damian Vera se gira y mira a Arregi.

Se toma un tiempo, empotrado en esos ojos desgastados, como preparación antes de soltar la oscura conclusión a le ha llegado.

—Esto lo hemos hecho nosotros, Salvador. Nosotros…

Arregi no tiene tiempo de decir nada antes de que llegue el mazazo final de Vera.

—Tenemos un topo dentro.

TERCERA PARTE

44

Día 11

23:01

José Becerra sigue posando sus ojos muertos abiertos hasta el infinito sobre dos hombres que guardan silencio frente a él.

Uno de esos hombres analiza el último golpe soltado por el otro. Y ese otro, analiza la reacción del primero ante sus palabras.

«Tenemos un topo dentro».

Salvador Arregi no enseña ninguna carta. Permanece quieto y frío como una estatua. Es consciente de que el grupo sospechoso hacia el que dirige el dedo acusador Damián Vera le incluye también a él.

Sabe que Vera está pasando el escáner sobre su reacción en ese mismo momento.

Y no piensa concederle ninguna información que interpretar, o que malinterpretar.

—Hay algo que no entiendo…

La voz grave de Iñaki Espinosa corta el silencio retador. El veterano inspector jefe de la DIC acaba de aparecer en el salón. Deja la frase suspendida y camina hasta estar frente a lo que queda de José Becerra.

—Joder… —Espinosa vuelve a hablar mirando el cadáver marcado en sangre con el triángulo—. Digo que… hay algo que no entiendo… ¿Por qué dejar a este aquí, en su casa? Con Ferrer… con Rivas… siempre los movían. Siempre aparecían en lugares que tenían algún significado para ellos. ¿Y ahora esto? ¿Por qué dejarlo en su propia casa? Eso rompe el patrón…

No hay contestación inmediata.

Espinosa mira a Arregi, después a Vera, y de vuelta a Arregi. El hedor a chamusquina recién quemada es demasiado evidente para

un perro viejo como Espinosa. Como también lo es, el saber que no debe verter más queroseno sobre las llamas en ese momento.

—¿No os parece raro de cojones?

Arregi le mira.

Y después camina en silencio hasta una de las paredes del salón. Acaricia la superficie, aunque ni siquiera llega a tocarla.

—Hay que mirar dentro de las paredes.

—Dios…

23:57

El silencio del salón se llena del sonido de los martillos percutiendo contra las paredes de la casa.

José Becerra sigue en su trono de sangre. Como un custodio de los secretos escondidos por años. Como si esperase lo inevitable. Que a él se unan más muertos que deben salir a la superficie.

Todos esperan eso: más cadáveres.

El aire se vuelve polvoriento. La nube blanquecina desciende desde el piso superior, donde están los dormitorios.

Es ahí donde los tabiques están siendo agujereados en ese momento.

—Aquí hay algo.

El grito de uno de los agentes llega desde arriba.

De pronto, los martillazos que llevan sonando sin parar casi una hora, se detienen.

Y vuelve el silencio. Ese silencio premonitorio. Viejo conocido de quienes gobiernan un caso que zozobra más a cada día que pasa.

Vera sube primero. A cada pisada, las suelas de sus zapatos italianos se dibujan sobre el parque recubierto de una capa de yeso seco.

Arregi sigue esa estela.

Y Espinosa le sigue a él.

En el piso superior, el polvo se ha convertido en una cortina que enturbia la visión.

Uno de los agentes tapados con mascarillas, hace un gesto con la mano. A Vera le ofrecen una al acceder al cuarto. La coge, pero no se la pone. Siempre va en traje, pero el barro nunca ha sido, en realidad, un problema para él. Pocos lo saben, pero proviene exactamente de ahí.

Arregi entra tras él como un cuchillo. No permite ni que le ofrezcan la protección.

Espinosa sí se coloca una de las mascarillas de tela.

Es la habitación de matrimonio.

Uno de los agentes señala, aún con el martillo en la mano, hacia un armario ropero. Su voz se filtra a través de la mascarilla, distorsionándola.

—Ahí dentro. Había un hueco en un lateral. Como para introducirse entre dos paredes. ¿Quién tiene algo así en casa?

Vera se mete en el armario.

Arregi lo sabe. Él tenía razón. El Arquitecto estaba dentro de esa casa mientras ellos la vigilaban desde fuera durante horas.

—Hemos abierto huecos en la pared que sigue esa línea que se abre en el armario. —Ahora el agente señala a otro lugar.

La polvareda es tal que hay que acercarse para poder verlo.

Esta vez Arregi avanza primero.

Vera se queda varios segundos mirando el hueco dentro del armario ropero. Cuando sale, Arregi y Espinosa ya están frente a la pared agujereada.

Salvador más cerca. Espinosa, un metro más atrás.

—No hemos querido abrirlas —dice el agente.

Arregi se ajusta los guantes de nitrilo.

Damián Vera se agacha junto a él.

Son tres bolsas de cuero. Con cierre de cremallera.

Arregi sujeta el tirador metálico de una de ellas. La mano no tiembla. No duda.

Pero, aun así, se queda ahí, agarrando el tirador sin moverlo.

Arregi mira a Vera. Y este asiente con un gesto.

La cremallera cruje al paso lento del tirador sobre sus dientes metálicos.

Espinosa y los dos agentes permanecen detrás, con sus mascarillas ejerciendo de protección inútil.

Entonces el interior queda expuesto.

—Joder —exhala con una mezcla entre estupefacción y alivio Espinosa.

Arregi mete la mano en la bolsa. Y saca uno de los fajos de billetes de cincuenta euros.

—Me cago en la puta —dice Vera mientras se incorpora.

—Hay que abrir todas las paredes. Y hasta el último recoveco de cada cajón de esta casa —Arregi lo dice en alto, para que lo escuchen tanto los agentes como Vera.

Pero Damián ha vuelto a meterse al armario ropero. Se ha incrustado en ese hueco que es el campo de juego donde ha sido derrotado.

2:34

Cerca de tres millones de euros.

El recuento es superficial aún, pero eso es lo que han encontrado en distintas bolsas ocultas entre las paredes de la casa.

Pero el mayor descubrimiento no es ese.

Son los papeles.

Documentos que prueban la relación entre Alejandro Rivas, Claudia Ferrer y el propio José Becerra. Un mapa perfecto de su organización criminal de empresas pantallas, pagos turbios y dinero centrifugado.

Hay listas.

Nombres dentro de algunas de las bolsas. Identificando a los dueños de cada paquete.

Y otros dos nombres, que figuran con vida propia, que son puñales directos a zona blanda.

Álvaro Monreal es uno.

Y el último en haber sido escrito en las pizarras de La Pecera por Maialen Mendia, es el otro: Rafael Cifuentes Montalvo.

El juez. El hombre que repitió visita a la casa de Álvaro Monreal durante las vigilancias.

Espinosa es azotado por la contradicción entre una pequeña victoria de su equipo de vigilancias y por la derrota de que lo tuvieron ahí, a pocos metros, ante ellos, y lo dejaron marchar. Por no mencionar que, de hecho, de no ser por Maialen Mendia, tal vez él no se hubiese apuntado ese nombre nunca.

Damián Vera sujeta uno de los documentos en el que están ambos nombres.

Álvaro Monreal.

Rafael Cifuentes.

Y lo sabe. Otra vez van tarde.

Han pasado horas desde que Becerra fue ajusticiado. Durante todo ese tiempo, Monreal ha estado también sin vigilancia.

La derrota todavía puede ser más flagrante.

—Monreal. Hay que ir a su casa.

Las palabras de Vera llegan demasiado tenues para ser una orden tan crucial.

Vera consulta el reloj de muñeca.

Calcula las horas que ha dejado descubierto a Monreal.
Después baja lentamente el documento que tiene en la mano.
—Si sigue vivo…
Solo entonces alza la vista.
—¡Ya! —grita.

45

Día 12

03:07

Los coches de policía destrozan la noche de Madrid con una carrera ansiosa de luces azules y sirenas en todo lo alto.

Vera conduce con los ojos clavados en la carretera que devora. Pardo observa concentrado desde el asiento del copiloto.

Damián Vera descuelga la radio para comunicarse por enésima vez con su subinspectora, que permanece en la casa de Becerra junto con Maialen Mendia.

—Gálvez, ¿cómo va la cosa? ¿Tenemos ya a la patrulla yendo?

—Afirmativo. —La voz de Marta Gálvez resuena en ambos coches —. La patrulla de refuerzo está llegando al domicilio de Álvaro Monreal.

Vera cuelga la radio. Y la mano derecha vuelve al volante, que estrangula cada vez con más fuerza.

En el segundo coche, que los sigue a rebufo, son Espinosa y Arregi quienes vuelan. Espinosa conduce. A su lado, Arregi taconea incesante con el pie derecho.

—No llegamos. Ni de coña —masculla.

—Eso no lo sabemos, joder —contesta Espinosa.

—Yo sí lo sé… Se lo avisé… Pero tenía que verlo con sus propios ojos…

La frase de Arregi sobre Vera se queda flotando en el interior del coche.

Hasta que Arregi vuelve a hablar, y esta vez parece que lo hace para él mismo en realidad.

—Le cuesta creer que alguien ve algo antes que él…

03:18

El coche patrulla ya está pocos metros de la casa cuando llegan.

Vera frena en seco y baja del coche con un gesto eléctrico. Como si después de horas regaladas, unos pocos segundos fuesen a resultar decisivos.

Pardo le sigue.

Atrás, Espinosa y Arregi bajan de su coche y se unen a ellos.

—Llamamos. Y si no hay contestación, entramos con todo —dice Vera cuando los efectivos están ya reunidos—. Tenéis ariete, ¿verdad?

Uno de los agentes de la patrulla de refuerzo asiente.

—¿Entrar sin orden? —pregunta Pardo.

Vera le fulmina con la mirada.

—Entramos con todo, he dicho. De la burocracia ya me encargaré yo. Hasta donde sabemos, la vida de Monreal corre peligro.

Vera se detiene. Mira a su alrededor.

—Sus compinches han aparecido clavados a una puta mesa convertidos en una carnicería. ¿Estamos?

Pardo no dice nada.

Nadie lo hace.

3:21

Después de tres timbrazos, llegan los golpes a la puerta.

Y los gritos.

—¡Policía!

—¡¿Hay alguien ahí?!

—¡Abran la puerta!

Sin respuesta.

Más golpes.

Más gritos.

Más tensión.

Arregi se fija en Vera. Ahora parece un policía con un traje y no lo contrario.

Por primera vez, le ve con el fuego de la guerra en los ojos.

Entonces el comandante de esa batalla ordena abrir paso sin concesiones.

—¡Tiradla abajo!

3:24

La puerta cede.

Arregi se adelanta a Vera y entra primero. La Heckler en alto. Sujetada al mismo tiempo que la linterna. Recorre los primeros metros con movimientos cortos y secos.

Vera está justo detrás. Empuña su pistola reglamentaria con ambas manos. Sus ojos no buscan solo amenazas. Controlan también los movimientos de cada uno de sus hombres.

Escenifica su nuevo paradigma mental. Ahora tiene que mirar también hacia dentro. Alguien de su equipo o de la DIC, está manchado.

La casa de Álvaro Monreal no devuelve ningún disparo.

Tampoco ningún grito.

Solo oscuridad.

Un leve zumbido invade el silencio. Llega desde algún punto de la cocina.

Arregi avanza con la Heckler esgrimida como punta de lanza, barriendo el recibidor con el cañón. A cada paso, la madera del suelo

responde con un crujido mínimo, demasiado vivo para una casa que parece haber dejado de respirar.

—¡Policía!

La voz de uno de los agentes de la Nacional rebota contra las paredes.

Nadie contesta.

El haz de las linternas atraviesa el salón. Sofás perfectos. Mesa baja despejada. Una manta doblada sobre el respaldo. Un vaso con dos dedos de agua junto a un libro abierto.

Nada fuera de sitio. Eso es lo preocupante.

Suben al segundo piso.

La quietud es absoluta. Se escuchan las respiraciones agitadas de policías que saben que ahí dentro, algo no va bien.

Dormitorio principal. Cama hecha. Armarios cerrados.

Baño despejado.

Despacho. Pantalla apagada. Silla ligeramente separada de la mesa.

Como si alguien hubiese estado allí no hace mucho.

Alguien que ya no está.

Un cuadro ligeramente torcido. Arregi lo endereza por inercia. Y se queda mirándolo, pensando en otra cosa. Preguntándose si El Arquitecto habrá estado recorriendo sigiloso esa casa antes.

—¡Limpio! —dice una voz desde la planta baja.

Otra desde arriba:

—Limpio.

No hay cadáver.

No hay Monreal.

No hay Arquitecto.

Solo una casa vacía en mitad de la madrugada.

Arregi baja la Heckler. Ni siquiera es un gesto de resignación. No puede serlo porque él ya lo sabía.

Mira a Vera y niega con la cabeza.

Han vuelto a llegar tarde.

46

Día 12

04:02

Las patrullas llegan al domicilio del magistrado Rafael Cifuentes Montalvo doce minutos después de recibir la orden dada por el inspector Damián Vera.

La vivienda está cerrada.

No hay signos de forzamiento.

No hay respuesta al timbre.

Tampoco a las llamadas.

La puerta se abre por la fuerza.

Habitación por habitación.

La casa es registrada de arriba a abajo.

Salón.

Cocina.

Dormitorios.

Despacho.

Nada.

El vehículo del magistrado tampoco está en el garaje.

Su teléfono permanece apagado.

A las 04:31 horas, Rafael Cifuentes Montalvo es declarado oficialmente en paradero desconocido.

Igual que Álvaro Monreal.

Y ni la DIC ni Damián Vera saben si están buscando a dos fugitivos… o a dos víctimas.

47

Día 12

9:18

Las pruebas son las piedras que levantan el castillo. Pero lo que realmente le da forma a una investigación son las ideas. Las intuiciones del investigador.

Helena Ibarra tiene la sensación de que la investigación sobre Iñigo Arrieta y Javier Elorza acaba de empezar justo ahora.

El coche atraviesa las primeras luces grises de la mañana vasca. La lluvia de la noche ha lavado el asfalto y las montañas vuelven a cerrar el horizonte a ambos lados de la carretera. Ibarra mira por la ventana. Aitor Lasa conduce en silencio. Ninguno de los dos siente la necesidad de hablar. Cuando una investigación empieza a encajar, el silencio también trabaja.

Ibarra se deja vencer por el impulso de revisar por enésima vez la libreta donde ha ido acumulando nombres durante las últimas horas.

Ninguno sobra.

Todos apuntan hacia un mismo sitio.

La búsqueda del tercer hombre.

El verdadero beneficiado de la desaparición de Elorza y el ascenso político de Arrieta.

Por primera vez desde que volvieron de Madrid, Ibarra siente que la respuesta no está lejos.

Entonces su teléfono empieza a vibrar.

Es Espinosa.

Su voz llega rota.

Helena Ibarra sabe casi antes de que empiece a decírselo, que las cosas van muy mal.

—El operativo de vigilancias ha sido un fracaso. Los hemos perdido a todos. Becerra, muerto. Monreal y el juez, desaparecidos. Lasa y tú tenéis que volver a Madrid.

—¿Qué? No. No podemos volver. —Ibarra alza la voz.

Lasa despega la mirada de la carretera al escuchar a su compañera.

—Volvéis, Ibarra.

—No, Espinosa, escucha. Tenemos algo. Estamos cerca de…

—Ibarra, escúchame —Espinosa la corta en seco—… Ha sido una noche de mierda hasta tal punto que no puedes ni imaginarlo. Y nos reunimos en dos horas en La Pecera. Te estoy llamando cuando debería estar intentando descansar algo. Volvéis.

Hay un silencio.

Ibarra se muerde el labio. Intenta contener algo que repta por su interior.

La respiración de Espinosa llega rasgada de puro agotamiento.

—No voy a entrar en muchos detalles ahora, Ibarra. Pero la cosa está muy jodida. Vera sospecha que ha habido filtraciones desde dentro. Ahora todos nosotros somos tan sospechosos como el asesino que buscamos.

Ibarra sigue en silencio. El móvil pegado al oído. Mira a Lasa, que devuelve la mirada sin comprender nada aún.

—Volvéis. Es una orden de Vera. Quiere cerrar filas.

Entonces Ibarra lo vomita por fin.

—¿Y qué pasa que ahora lo que dice Vera va a misa? ¿Tú no tienes nada que decir, Espinosa? Joder, te estoy diciendo que tenemos algo. Estamos en el coche yendo ahora mismo a…

No llega a decirlo.

Espinosa no responde con gritos a la provocación. Lo hace hablando aún más bajo.

—Perfecto. Ya que estáis en el coche, dais media vuelta y tiráis para Madrid ya mismo. A las 13:00 deberíais poder estar en La Pecera. Dile a Lasa que le pise. Os quiero aquí ya, ¿entendido?

No hay lugar a la contestación.

Un pitido al otro lado deja a Ibarra a la deriva en un mar de frustración.

Pega un golpe con el lateral de la mano en el interior de la puerta del copiloto.

Y mira a Lasa, que busca respuestas.

—Da la vuelta.

Ibarra vuelve a perderse en la ventanilla.

—Tenemos que volver a Madrid. Y por lo visto, rápido. Espinosa dice que le pises.

48

Día 12

13:21

Lasa e Ibarra acaban de entrar en La Pecera.

A Ibarra le da la sensación de que nadie está sentado en el sitio de las otras veces. Todos están desperdigados, y con una silla vacía de distancia entre cada uno.

Lasa busca con la mirada a Arregi. Y le encuentra.

Salvador le mira. Pero Lasa no logra descifrar el mensaje de sus ojos esta vez.

El ambiente está demasiado enrarecido. En La Pecera se respira aire enfermo.

Solo hay algo peor para un policía que ir tan por detrás que el criminal que persigue: pensar que uno de ellos puede ser ese criminal.

Ese es el veneno que les ha inoculado Damián Vera.

Damián Vera, el único miembro de GCV y DIC que no está en esa sala de paredes de cristal.

Damián Vera, que acaba de irrumpir por la puerta.

Damián Vera, que, a diferencia de otras veces, no lleva nada en la mano. Nada de carpetas. Nada de informes. Nada de café.

Solo camina hasta estar junto a las pizarras. Y se ancla ahí. En silencio. Observando uno por uno a todos. Como si les analizase desde el minuto uno.

La derrota sigue pegada a todas las caras.

A unas, por la madrugada fatal.

Y a otras dos, por la impotencia de verse privadas de avanzar cuando tocaban una revelación con la yema de los dedos.

Vera da una pasada más por cada par de ojos.

Y solo entonces, habla.

—Nos han ganado.

Silencio.

—José Becerra, ejecutado en su propia casa.

Silencio.

—Álvaro Monreal, desaparecido.

Silencio.

—Rafael Cifuentes…

Silencio.

—Desaparecido.

Damián Vera se gira hacia la pizarra. Pero no coge el rotulador. Esta vez coge el borrador.

—Tres millones de euros escondidos en bolsas en la vivienda de Becerra. Documentación que demuestra una estructura criminal de brocha gorda. Y nosotros… Nos preguntábamos por qué… ¿Cómo es posible que hayan podido actuar con tal impunidad?

Vera estampa el borrador contra un lado de la pizarra.

—Un juez. Un puto juez en el ajo… ¡Por eso!

Silencio. Más largo. Más pesado.

—Y nosotros seguimos sin saber quién mueve los hilos. Sin saber quién ha decidido que se ha cansado y que iba a eliminar toda esta organización. Sin saber nada… Nada.

Damián Vera se gira a las pizarras. Y con gestos violentos borra todas las anotaciones del caso. Hasta que están limpias como espejos relucientes en los que cualquier imperfección del propio reflejo queda expuesta impúdicamente.

Vuelve a mirar al frente.

—Claro que… cuando alguien te está jodiendo, cuando alguien está jugando sucio, es mucho más difícil. Entonces te preguntas

hasta qué punto somos tan inútiles. Hasta qué punto, llega tu responsabilidad… Llegas incluso a pensar, que da la sensación de que alguien esperaba justo este resultado. Eso es curioso. Un hecho curioso…

Silencio.

Vera coge aire de forma prolongada por la nariz, va a volver a hablar. Pero no.

Más silencio.

—A partir de ahora nadie trabajará solo. En ningún momento.

Vera mira a Arregi.

—A partir de ahora, todo lo que se haga. Cada movimiento, cada nueva línea mínima de investigación, pasará por mis manos. A partir de ahora, nadie sale de esta unidad ni para mear sin consultar.

Silencio corto. Mínimo. Un cuchillo que se afila.

—Hasta que sepa quién es la rata.

Damián Vera se gira a las pizarras.

A su espalda, las miradas se cruzan. Los gestos. Y la ausencia de ellos.

Mientras, Damián Vera reescribe el caso tal como él lo ve en ese momento.

ÁLVARO MONREAL

RAFAEL CIFUENTES MONTALVO

DESAPARECIDOS

¿FUGADOS O HECHOS DESAPARECER?

—Esto es todo. Está claro que el juez era el último del escalafón. Al menos del visible. Ya no hay más investigación ahora mismo para nosotros. Si les encontramos vivos, tal vez les saquemos respuestas. Si están ya hechos croqueta, como el resto de sus compinches, se acabó. Es simple.

Vera cierra el rotulador. Lo deja con un gesto suave en la bandeja.

La silla de Helena Ibarra gruñe al arrastrarse. Ella empieza a hablar, pero Vera alza la mano.

—No. Lo vamos a hacer así. No hay lugar a objeciones —dice el inspector jefe de la GCV.

Ibarra mira a Espinosa. Pero este permanece sentado impasible. Su rostro es un poema demacrado de horas de sueño que no volverán.

Vera sigue hablando. Exhibe su condición de tiburón dominante en esas aguas.

—Equipos de dos de ahora en adelante. Así, uno siempre vigilará al otro. El primero que vea algo raro, que venga a tocar a mi puerta.

Vera da dos pasos en dirección a las sillas.

—Que nadie tenga la más mínima duda de que voy a coger a quien haya osado a informar de movimientos de mi unidad. Y ahora vamos a movernos. Esos dos nombres de la pizarra son nuestras dos únicas balas restantes para llegar a algún lado con toda esta mierda.

Vera busca contacto visual con quien no quiera rehuirlo.

—Más nos vale que no sea tan tarde como parece.

Nadie dice nada.

Nadie se levanta al momento.

Y durante un tiempo, solo hay una cuestión flotando en La Pecera.

¿Con quién me tocará trabajar?

Y lo que es peor.

¿Podré confiar en él?

49

Día 12

16:08

Damián Vera ha convertido la investigación en una partida de ajedrez donde nadie puede mover una pieza sin que otra la observe.

Arregi e Ibarra son uno de esos binomios improvisados e inseparables.

Su parcela de la investigación es José Becerra. El único de los tres que ha dejado un cadáver mutilado. Y también la vía más probable para llegar hasta los dos desaparecidos. Sus dos últimas balas: Álvaro Monreal y Rafael Cifuentes.

Y han decidido empezar por el testigo más cercano posible. Por la persona que encontró el cuerpo sin vida y dio el aviso. Por Ángela Barrios. Por la viuda de José Becerra.

La mujer no llora. Sentada en el sillón del salón de estar de la casa de sus padres, Ángela parece vacía.

Arregi se fija en ella en silencio antes de empezar. No identifica en su rostro el dolor habitual de alguien que ha perdido a un familiar de forma violenta. Y es una emoción que él conoce muy bien. No. En esa mujer hay algo más.

Ángela Barrios tiene miedo.

La viuda tarda varios segundos en contestar a la primera pregunta, lanzada por Arregi.

—A las ocho y diez. Me llamó desde la oficina. Esa fue la última vez que tuve contacto con él, sí —dice Ángela.

Arregi pregunta. Ángela contesta. En una sucesión seca y más rápida de lo habitual para casos así. Salvador Arregi ha metido la directa, no deja respirar a la mujer.

—¿Desde la oficina? ¿Por algún motivo desde allí?

—Siempre me llamaba desde ahí los últimos días.

—¿Por qué?

—No quería que tuviésemos contacto por el teléfono móvil.

—¿Por qué? No es algo para nada habitual.

—Usted ya sabe por qué. No me tome por idiota, solo pido eso.

Solo tras esa respuesta, Arregi baja el ritmo por un momento.

—No entiendo a qué se refiere, señora Barrios. Aquí necesitamos datos concretos, no insinuaciones.

—No voy a esconder nada. Estoy harta de este juego. Quiero protección para mí y los niños. Es lo único que quiero. Sé que saben que José estaba metido en líos con cierta gente. Y que esa gente está muerta. Muerta…

Ahora sí, Ángela cede. Le cuesta continuar hablando.

—Yo quiero que mis hijos estén a salvo. Es lo único que quiero.

—Nadie está a salvo —contesta Arregi.

Ibarra no puede evitar abrir los ojos y mirar a su compañero.

La viuda remueve algo dentro de los labios. Solo es una emoción intentando ser contenida a duras penas.

—Voy a decirles todo lo que sé. Que no es mucho. Pero por favor, quiero que mis hijos estén bien.

—José sabía que sus socios habían acabado mal, y que podía ser un objetivo. ¿Por eso les mando a usted y sus hijos aquí, a casa de sus padres?

—Eso fue cosa mía. José siempre pensaba que controlaba las cosas más de lo que lo hacía. Al final, como siempre, tenía razón yo.

Ángela esboza una media sonrisa mitad amargura mitad llanto que sube a la superficie.

—En las paredes de su casa encontramos tres millones de euros en metálico —Helena Ibarra habla por primera vez—. Así como documentos que probaban la participación de su marido en una

organización delictiva junto con varias piezas más. Alejandro Rivas, asesinado. Claudia Ferrer, asesinada. Dos de esas piezas, el abogado Álvaro Monreal y el juez Rafael Cifuentes, están desaparecidos.

—No sé los detalles. De verdad que no. Desconocía cuantías, o qué hacían exactamente. No diré que no sospechaba que José estaba metido en asuntos turbios. Sí conocía los nombres de Alejandro Rivas y Claudia Ferrer. Sobre todo, ella. Era la asesora fiscal de José. Siempre me cayó fatal la muy zo… —Ángela se contiene—. Cuando me enteré de lo que les pasó… pueden imaginárselo… estaba aterrada… pero José… no sé, debía pensar que controlaba el asunto… Yo no quise saber nada. Cogí a los niños y me vine aquí hasta que se aclarara el asunto. Y bueno…

No hace falta ni que lo diga.

La cosa acabó como acabó.

—De todos modos, lo de José tenía mucho de pose. Si no, ¿por qué iba a decirme que mejor no tener contacto por los móviles?

—Entonces, la llamó desde la oficina a primera hora de la mañana. ¿Y ya no volvió a saber de él? —pregunta Arregi.

—No volví a saber de él. Por lo general, solía llamarme otra vez desde la oficina cuando iba a salir a la tarde. O me mandaba un correo electrónico a la noche, al llegar a casa. Un correo… es… Dios…

—Y entonces, ¿qué hizo usted?

—Estaba preocupada. Llegado a un punto incumplí las normas. Le llamé al móvil, y no contestó. Le escribí mensajes, y no contestó. Volví a llamar y nada. Llegó un momento en el que decidí ir a casa. Pensé en llamar a la policía, pero…

—Pero no lo hizo.

—No.

—Al llegar a casa me lo encontré…. Me lo encontré…

Ahora sí, las fotografías mentales de la masacre hacen caer a Ángela, que llora desconsolada.

—Cometió errores, pero… José no era un mal hombre, en realidad. No merecía acabar así.

Con ese alegato final, Ángela Barrios concluye el interrogativo después de varias preguntas más que no conducen a ningún sitio.

Arregi sabe que eso no es verdad.

Cualquiera que esté relacionado de algún modo con el triángulo azul, merece un mal final.

El portazo de Helena Ibarra para cerrar el coche es mucho más violento de lo normal.

—Esto no va a ningún puto lado, joder. No es por aquí. Estábamos cerca allí… Lasa y yo.

Arregi aguarda en silencio. Le interesa más eso que cualquier respuesta de la viuda de Becerra. Se queda mirando a Ibarra.

—Teníamos algo. Estoy convencida. En Iñigo Arrieta estaba la clave, sin estar en él.

—Explícate —dice Arregi.

—Pues… sabemos que Javier Elorza desapareció justo en las fechas en las que el nombre de Iñigo Arrieta apareció sobre el cadáver de 1980 en el sótano de Karrantza. Elorza nunca volvió a aparecer. Lasa y yo hablamos con su mujer. Nos dijo que todo fue muy raro. Que se perdió el interés de forma generalizada en seguir su pista. Que simplemente la gente del partido, los medios, todos… dejaron de ir a su casa. Dejaron de buscarle, dicho de otro modo. También nos dijo que estaba segura de que, en realidad, Iñigo Arrieta no tuvo nada que ver. Que confiaba en él. Aunque fuese el beneficiado de la desaparición de Elorza, porque obtuvo el poder en solitario. Es… es raro… pero de algún modo, eso que dijo la viuda de Elorza… me lo creo. Creo que su intuición estaba en lo cierto.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Porque Lasa y yo pensábamos que tenía que haber alguien más. Un tercer hombre. El tercer hombre, así lo llamábamos. Arrieta y Elorza no eran nadie. Políticos de tercera fila. Creemos que alguien

los usó como bisagra para subir sin llamar mucho la atención. Tras dos días intensivos, teníamos una lista de nombres. No sé… No había ninguna prueba de nada. Pero creo que íbamos por el buen camino. Aquí el que manda es el actor secundario que no llegamos a ver.

Arregi no contesta al momento.

El interior del coche se llena de pensamientos mudos.

—Y va Vera y nos saca de cuajo de esa línea. Justo cuando estábamos llegando a algo. Esto es más grande de lo que parece. Puede que hablemos de décadas de corrupción. Solo vemos la punta del iceberg.

—Cirujanos, banqueros, políticos, jueces. —Arregi mira al frente mientras habla—. ¿Policía?

Ibarra le mira.

No hace falta que él diga nada más. Arregi habla para gente inteligente. Está defendiendo la postura de Damian Vera después de todo.

—Sabes, Ibarra. Creo que tienes razón en tu planteamiento.

Arregi no lo verbaliza. Deja suspendido solo un pequeño porcentaje de su mapa mental. Calcula cada palabra que se dice y que se calla.

Pero todo lo que Ibarra le ha contado, cuadra con lo que él lleva pensando desde el principio del caso. Es como si alguien estuviese eliminando y exponiendo al triángulo azul. Como si alguien hubiese decidido que ya no le sirve. Que son torpes. O que incluso, tal vez, alguien se ha acercado demasiado a ellos en los últimos tiempos.

Y desde luego, si hay una persona que se ha acercado al triangulo azul en los últimos tiempos, ese es Salvador Arregi.

El tercer hombre. A Arregi le gusta el concepto. La forma de llamarlo.

¿El tercer hombre es el que está eliminando al triángulo azul? Si es así, es que tiene mucho poder. Si es así, solo ven una parte ínfima

del infierno en el que se adentran.

Si es así, las nubes negras se han cerrado con todo sobre ellos.

Si es así… Nadie sobrevivirá.

50

12 de enero de 1982

Tac.

La torre blanca golpea contra la madera antes de deslizarse hasta su nueva posición.

Gabriel tarda unos segundos en comprender lo que acaba de hacer.

Es un movimiento demasiado bueno para él.

Uno de los mejores que ha hecho. Uno de esos que salen como aparecidos de la nada. Un golpe de genialidad regalado por los dioses.

Él no es tan bueno como para hacer movimientos como esos de forma consciente y regular.

Cuanto más dominas una disciplina, más consciente eres de cuánto te queda para dominarla en realidad.

Gabriel se levanta. Rodea despacio la mesa. Y se sienta en la silla de las piezas negras, a las que hoy les toca perder.

Responde a su propio movimiento magistral, con una jugada envuelta de la mediocridad de lo cotidiano. Su verdadero nivel.

Cuatro movimientos de las blancas deberían bastar para concluir la partida.

El sonido repentino y seco, le arranca de golpe del tablero y sus pensamientos.

Es la puerta del despacho del fondo. No necesita verlo. Ya sabe que él acaba de encerrarse allí otra vez.

«El ajedrez es una conversación silenciosa entre dos personas inteligentes», solía decirle siempre su padre. Pero eso era cuando se sentaba en la silla de enfrente a jugar. Algo que no ocurre desde hace más de un año.

Gabriel lo sabe. Su padre no volvió a ser el mismo desde el viaje que efectuó al norte.

Y cada día transcurrido desde entonces, cada pequeña porción de ese año descontada en el calendario, su nueva naturaleza ha ido enroscándose más y más sobre él mismo. Cada vez menos padre. Cada vez más ermitaño de su despacho. De su mente.

El alfil blanco traza una diagonal implacable.

—Jaque —dice Gabriel.

Es consciente de que le habla a un fantasma negro.

El portazo suena más fuerte de lo que pretendía.

Pero está demasiado tenso desde que ha recibido el sobre.

Eduardo Aristegui se sienta en el sillón de su despacho. Se permite un tiempo para respirar con calma. Para liberar parte del veneno que le pudre cada día un poco más.

Entonces saca la llave y abre el tercer cajón del escritorio.

No es capaz de identificar el impulso que le lleva a necesitar verla, una y otra vez. Pero no pelea contra él. No se esfuerza en comprender lo que asume con un acto visceral. Cree estar cayendo en un embrujo. Siente los huecos negros de la máscara roja del león mirándole, inquisidores. Animándole a hacerlo, a coger la caja negra, a destaparla, y con ello, a asumir el papel que le ha designado.

Eduardo Aristegui saca la caja negra del cajón. La coloca sobre sus muslos. Y la abre con cuidado supremo. La máscara blanca duerme dentro. La máscara de Obolus.

Su máscara.

Las manchas de sangre pintadas por la muerte del anterior Obolus, siguen pegadas a la tela. Al principio intentó limpiarlas. Pero nunca terminaban de salir. Se negaban a borrar su significado ritual.

El cambio de paradigma para el triángulo azul. El nuevo líder, forjado a sangre. El león joven y hambriento que devora al viejo, y le usurpa el lugar.

La naturaleza de la vida.

Podría haber encargado una máscara idéntica nueva.

Pero prefirió rendirse al peso de la ley que impone esa máscara sucia.

Esas marcas rojizas y resecas son una advertencia para el resto de los depredadores escondidos tras ellas.

En ese reino, cualquiera puede sangrar.

Eduardo se la coloca en el rostro. Y observa su reflejo en el pequeño espejo de su escritorio.

Obolus.

Pero la máscara que le devora la mente, la que viola sus pensamientos una y otra vez, es otra. Es la del león.

Eduardo Aristegui lleva más de un año sumido en un pozo de obsesión que parece no alcanzar fondo jamás. Y cuanto más se hunde, la oscuridad gana cuerpo, poder, y conquista más espacio de su alma.

Necesita saber quién es.

Saber quién es el hombre tras la máscara del león.

Ha trazado un mapa minucioso desde Iñigo Arrieta y el desaparecido Javier Elorza. En realidad, el muerto Javier Elorza, lo que solo él y unos pocos más saben. Javier Elorza está incrustado entre las paredes de un sótano en un caserío en medio de la nada.

Ha dibujado rutas ascendentes desde Arrieta, desde su nombramiento político y de cómo, desde su posición, se han podido ir tejiendo caminos al poder. De forma discreta y efectiva. Anónima. Como si no existieses. Como si te escondieses detrás de una máscara.

Saca el otro elemento prohibido del tercer cajón cerrado con llave: un simple sobre de papel.

Desperdiga su contenido a lo largo del escritorio. Vuelve a colocar las fotos en el orden que tanto tiempo le ha costado ir descifrando.

De más a menos poderoso en el escalafón.

En cada instantánea se ve a hombres trajeados. Con peinados pulcros y aburridos. Dibujando sonrisas de cartón piedra.

Políticos, todos ellos.

Está casi seguro, de que uno de esos rostros, es el que está detrás de la máscara del león.

Y como cada día que se planta allí a desafiar a esas fotos, siente que, tan solo por osar mirar de ese modo a ese rostro oculto entre cientos, podría ganarse la muerte o algo peor.

A fin de cuentas, la máscara que lleva ya no es blanca. Está manchada de sangre.

Cuarenta minutos después, Eduardo Aristegui guarda las fotos en el sobre, y la máscara de Obolus en la caja. Cierra con llave el tercer cajón de su escritorio.

Y saca, por fin, el segundo sobre. El que ha hecho que esté desquiciado. El que le han entregado esa misma tarde.

Tres días.

Dentro de tres días habrá un nuevo rito en el caserío de Carranza.

Tiene que viajar al norte.

51

Día 13

16:01

En la segunda pareja ordenada por Damián Vera, dos mundos distintos colisionan intentando complementarse.

—Da igual cómo me lo expliques Lasa, no voy a entender lo que haces.

Espinosa se frota la frente. Mataría por un cigarrillo. Pero esas dependencias no son La Caja. Y Lasa no es Arregi.

—Es sencillo. Los teléfonos móviles siempre dejan un rastro al conectarse a las antenas de los distintos sitios por los que pasan. Lo que estoy rastreando aquí, es el mapa de esas últimas conexiones de los teléfonos de Monreal y Cifuentes. —Lasa hace un gesto con la mano—. Mira… da igual.

Lasa coge uno de los folios en blanco. Lo sitúa en la mesa, entre el portátil y Espinosa.

—La cuestión es que podemos sacar el recorrido que trazaron —dice mientras empieza a escribir en la hoja.

Monreal
21:35
Sale de su casa.
↓
22:01
Última antena urbana.
↓
22:18
Antena A-1.
↓
22:34

Antena de la zona de El Molar.

↓

22:37

Móvil apagado.

Cifuentes

19:45

En su domicilio

↓

20:36

En el área del domicilio de Monreal

↓

22:06

Antena A-1.

↓

22:33

Antena zona El Molar

↓

22:36

Apagado.

—¿Lo ves? —pregunta Lasa.

Espinosa no sabe de antenas móviles. Ni de conexiones. Todo eso es para él algo casi efectuado por arte de magia.

Pero de lo que sí sabe, es de rastros y comportamiento humano.

—Una cosa está clara —dice el viejo—. Estaban juntos. Cifuentes fue a casa de Monreal, como ha hecho varias veces durante los últimos días. Y desde ahí compartieron destino.

—Eso es lo que parece.

—Han dejado de ser desapariciones distintas —sentencia Espinosa.

Lasa ya está dibujando un círculo en un mapa. Es el área alrededor de la antena de El Molar, la última que dio señal.

—Lo que no entiendo… —dice— es por qué irían a esta zona. Aquí no hay nada…

Espinosa sonríe. Le resulta curiosa la diferencia de niveles de pensamiento que pueden tener dos policías. Lasa interpreta datos, rastros digitales y pruebas dejadas por señales que a él le suenan a algo indescifrable. Y, sin embargo, no es capaz de identificar lo evidente tras todo eso.

—Mira las horas. Los teléfonos dejan de dar señal con un minuto de diferencia. No es que vayan a El Molar. Es que han tirado los móviles ahí. Justo en un sitio donde no hay gran cosa. A saber dónde habrán ido realmente… ¿Y qué nos dice eso?

Ahora es Lasa quien intenta comprender.

Niega con la cabeza.

—Que es una fuga en toda regla —dice Espinosa.

Lasa se queda mirando esa área que ha redondeado sobre el mapa.

52

1982

Eduardo Aristegui bebe un trago de la copa.

Un vino potente, pero de matices finos. Lo mínimo que uno espera para una botella de al menos veinticinco mil pesetas.

Aunque Eduardo no sabe cuánto ha costado el Château Lafite Rothschild del 61. Nadie deja una botella así en un salón para hablar de dinero. Lo hace para hablar de poder.

Y el poder en esa casa, se oculta tras una máscara blanca con manchas de sangre viejas. El poder es Obolus.

Y él es ahora Obolus.

Por eso, Eduardo Aristegui esta vez está en el salón del piso principal del caserío de Karrantza. Espera allí al invitado especial. Al beneficiario del sacrificio del rito que tendrá lugar en el sótano esa misma noche.

El hombre cruza el umbral con una máscara gris mate cubriéndole el rostro. No tiene símbolos ni ornamentación alguna. Dos ojos oscuros tras dos agujeros abiertos en la superficie lisa de color ceniza. Parece una estatua a medio terminar. Un rostro al que aún le falta algo para convertirse en alguien.

Pero el hombre oculto bajo esa máscara lleva muchos años por encima de la categoría de «alguien», sobre la que se ha destacado. Es uno de esos hombres cuya influencia nunca aparece en los periódicos, aunque condiciona lo que se acaba escribiendo en ellos.

Un hombre que acepta la copa ofrecida por Obolus.

—Excelente —dice el hombre de la máscara ceniza—. Aunque sigo quedándome con un buen Vega Sicilia, sí debo confesarlo. Encuentro en este caldo algo excesivo. De lujo innecesario.

Entonces hace una pausa y da otro trago corto.

—Aunque entiendo que esa es precisamente su gracia.

Ambos terminan las copas en silencio.

Obolus no ha hablado, lo cual ha marcado la pauta del encuentro.

Eduardo Aristegui intenta mantener a raya la tensión. No puede evitar sentirse un farsante. Él no es, ni nunca ha querido ser, un monstruo como Obolus.

El problema es que, con las peores cosas de la vida, nadie suele pedir permiso.

El corazón bombea enfebrecido cuando la puerta del sótano se abre. El olor a incienso quemado ya llega desde abajo. El hombre de la máscara ceniza desciende las escaleras justo delante de él.

Obolus detrás, eso es lo que ven desde abajo los enmascarados que dibujan un círculo.

Eduardo Aristegui querría esconderse más aún tras esa máscara blanca que le otorga el papel de rey. Hacerse pequeño hasta que no se viera nada de él tras esa tela blanca con salpicaduras rojas. Por encima de todo, teme dos cosas.

La primera, ver quién es el sacrificado. El inocente que entregará su vida para servir a un objetivo que se supone mayor que su existencia. Querría no tener que hacerlo, no tener que verlo, no tener que mirarlo, no tener que saberlo.

Pero es Obolus…

Y la segunda, muy por encima incluso de la otra, Eduardo Aristegui teme ver de nuevo la máscara roja del león, el verdadero nuevo rey de ese lugar.

El corazón deja de galopar. Ahora simplemente parece haberse detenido. La respiración se enquista en el pecho. Aristegui, Obolus, se queda clavado al descender la última escalera.

Porque sus dos mayores temores se han fusionado en el mismo lugar en un imposible.

Es por mucho, lo más aterrador que ha visto.

Porque en la mesa metálica de los sacrificados, no hay ninguna persona. Solo un folio pegado a ella. Con un dibujo de una máscara roja de un león.

El resto de los enmascarados siguen guardando su formación, en un círculo perfecto, pero ahora, rodeando a Obolus y el hombre de la máscara ceniza, que, a su lado, le mira fijamente.

—Queremos ver caer al león —dice el de la máscara ceniza.

El silencio se espesa, se mezcla con el incienso y entra raspando a los pulmones del que ose respirar.

—¿Contamos con tu aprobación para ejercer este cambio de liderazgo, Obolus?

Eduardo Aristegui intenta pensar, pero su mente no obedece. Tiene que hablar, y tiene que ser ya.

—¿No me queda claro quién sería el beneficiado de ese sacrificio? —dice al fin.

—La organización al completo. —El hombre de la máscara ceniza abre los brazos—. Hemos pensado incluso en un nombre: Fundación Sísifo.

Eduardo Aristegui asiente en silencio.

Lo hace con una determinación absoluta que finge que tuviese alguna otra opción que no fuese aceptar.

—Pero tengo una condición —termina diciendo.

53

Día 13

17:42

Maialen Mendia y Marta Gálvez se investigan tanto la una a la otra como a los distintos documentos con los que trabajan. Analizan cada palabra, cada silencio e incluso cada gesto de la otra.

Y ni siquiera hubiese sido necesario la orden de Damián Vera para ello.

Diseccionar a las personas va impreso en su ADN.

Tal vez por ser tan iguales, se repelen como polos opuestos.

Cada una se ocupa de áreas distintas del resguardo del despacho de Álvaro Monreal.

Papeles desperdigados, carpetas ordenadas de forma compulsiva en distintas baldas.

—Este caso es un infierno —dice Mendia.

Y Gálvez levanta la mirada para observarla. Solo dos segundos, y vuelta a los papeles. Y es entonces cuando Mendia la mira de vuelta. Solo dos segundos.

Las carpetas empiezan a parecerse unas a otras después de la quinta hora seguida.

Contratos, escrituras y facturas.

Agendas y citas.

Recibos y pagos.

Mendia pasa otra hoja.

Y otra.

Y otra.

Marta Gálvez bosteza mientras deja caer otro archivador sobre la mesa. Cuatro cafés no han sido suficiente por lo visto.

—Empiezo a odiar a los abogados —se lamenta.

—Yo hace rato.

Silencio.

Solo vuelven a escucharse hojas pasando.

La desaparición de Álvaro Monreal ha convertido su despacho en una excavación arqueológica. Cada nuevo cajón abierto parece esconder la misma vida gris de siempre.

Pero un buen investigador sabe que es justo ahí donde se camuflan los peores delitos.

Clientes y demandas.

Divorcios y herencias. Pero nada relacionado con el juez. Ningún nexo entre los dos hombres desaparecidos.

Nada.

Gálvez deja escapar el aire.

—Si se ha fugado, lo ha hecho limpio. Si ha hecho algo sucio, lo ha hecho limpio también. Este tío no parece de los que deja cabos sueltos…

—Nadie se va limpio.

Mendia sigue leyendo sin levantar la vista.

—Siempre dejamos algo.

Diez minutos después, Mendia abre otro archivador. Uno como todos los demás.

Pero que tiene algo diferente.

Algo que llama su atención desde el minuto uno.

Algo que llamaría la atención de cualquiera.

Un *post-it* amarillo.

Solo tres palabras escritas en él.

Finca. Revisar documentación.

Sin dirección. Sin fecha. Sin explicación alguna.

Mendia lo despega.

—¿Qué has encontrado? —pregunta Gálvez en cuanto percibe el movimiento.

Mendia sonríe para sus adentros.

No se fía, se dice.

Normal, ella tampoco lo haría.

—No lo sé todavía —dice—. Solo es un *post-it*.

Desde entonces, ambas mujeres fingen observarse menos que nunca, indicativo de que lo hacen más que en ningún otro momento.

Media hora más.

Y Mendia vuelve al punto caliente. El lugar del *post-it* que ha hecho rugir el estómago de su intuición.

Es una carpeta inmobiliaria. Dentro hay terrenos y parcelas varias. Todo normal a priori. Hasta que aparece una fotografía aérea. Y en la esquina superior, una anotación a bolígrafo.

No.

Siguiente página. Otra finca.

No.

La tercera.

Una parcela enorme.

Casa aislada, Árboles que la abrazan. Acceso desde carretera secundaria.

No hay anotación. No pone «no». Tampoco lo contrario.

Solo un círculo.

Mendia se queda mirándolo un buen rato. Pensando qué hacer. Decide decirlo.

—Marta…

Gálvez se acerca.

—¿Qué?

—Mira esto.

Gálvez observa la fotografía.

—Una finca —dice Mendia.

—¿Qué tiene de especial? —pregunta Gálvez.

—Antes he visto un *post-it* que ponía algo de una finca. No sé, me ha llamado la atención. Puede no ser nada, pero son casas en sitios apartados. Ya sabemos cuáles han sido los escenarios de los crímenes de esta organización del triángulo…

Gálvez no lo ve claro. Calla, pero piensa con extrañeza en su interior.

—Bueno. Anótalo si crees que puede ser algo —dice con un tono claro de no darle importancia.

Y vuelve a su lado del despacho ante la mirada de Mendia.

Ya casi es de noche cuando aparece un hilo, muy fino, casi imperceptible, y que no diría mucho salvo que tengas la mirada puesta sobre él.

Un recibo de gasolina de un área de servicio de la A-1. Tres semanas antes.

Mendia comprueba el mapa. El lugar concreto de esa área. Y después, lo coloca junto a la fotografía de la finca.

Luego encuentra otro recibo.

La misma estación. Una semana después.

Esta vez decide no hablar con Gálvez. Solo la mira de reojo. Y después, Mendia sigue mirando ambos papeles.

No le gusta.

Cuando abandonan el despacho de Monreal, la noche ya se cierra. Marta Gálvez carga dos cajas con documentación.

Mendia lleva únicamente una carpeta bajo el brazo.

La abre una última vez antes de subir al coche.

Dentro solo hay tres cosas.

La fotografía de la finca.

Los dos recibos.

Y el *post-it*.

Finca. Revisar documentación.

Y las direcciones de la finca y de los recibos de las gasolineras.

Todos comparten algo en común.

Están en la misma zona.

El Molar.

54

Día 13

20:17

Damián Vera lleva casi diez minutos sin mover un solo músculo. Respira con cadencias profundas y largas. Permanece de pie frente a lo que observa fijamente mientras sus pensamientos se adentran en sinuosas rutas. Sumido en un trance.

El rotulador permanece inmóvil entre sus dedos. Hace rato que ya no escribe. Ya solo mira la pizarra de La Pecera.

No son los nombres de Álvaro Monreal o Rafael Cifuentes los que capturan su atención de forma enfermiza. Tampoco el de José Becerra.

Son otros.

Salvador Arregi. Helena Ibarra.

Aitor Lasa. Iñaki Espinosa.

Maialen Mendia. Marta Gálvez.

Las parejas designadas por el mismo para encontrar a la desesperada al juez y al abogado desaparecidos.

Nombres que parecen distintos cuanto más los relee.

Ya no son policías.

También son sospechosos.

Pardo está sentado en una de las sillas a poco más de dos metros. Respeta el silencio de Vera. O más bien, no se atreve a perturbarlo.

—¿Crees que les vamos a encontrar vivos? —suelta de pronto Vera, que sigue con los ojos clavados en las duplas de nombres y apellidos de los supuestos buenos—. Al juez y al abogado.

—Se me hace difícil tener motivos para ser optimista.

La respuesta de Pardo rebota contra las paredes de cristal de La Pecera sin que nadie la haya absorbido.

Vera parece una estatua odiando una pizarra escrita a rotulador.

Pardo se lanza tras mucho dudar.

—¿Quién de esos crees que es la rata? —pregunta.

Entonces sí, Damián Vera reacciona y rompe su pose. Se gira para mirar a Pardo. No le hace falta hablar para que lo que piensa quede claro: «Por qué cojones preguntas eso?».

—No sé… el tal Arregi estaba muy seguro de que teníamos que entrar en esa casa. Que el malo estaba dentro y que Becerra morirá ahí. Yo estaba en el coche con vosotros, Damián. Oyendo todo, te lo recuerdo. Y después… te negaste y se enfadó. Sé que hablasteis después de eso a solas. Y el siguiente día él ya no está en las vigilancias. Y resulta que no. Que no matan a Becerra. Que no pasa nada. Que él pierde. Que no tenía razón. Y después… no sé… Becerra aparece muerto en su propia casa… justo como él dijo…

Vera da dos pasos hacia Pardo.

Y esta vez habla con palabras.

—¿Por qué dices eso, Pardo? ¿Cuál es tu salida del laberinto?

—¿Qué? Creo que no te entiendo, Damián.

—Que a qué cojones te estás queriendo referir exactamente.

Pardo aparta la mirada, desviándola a los nombres de la pizarra. Luego vuelve a Vera.

—Pues que tengo la sensación de que Arregi quería que pasase esto. ¿No te parece raro? ¿No te parece raro él en sí?

—No.

La respuesta de Vera ha sido inmediata, seca, contundente.

La posibilidad ha rondado por su cabeza esa misma noche y mucho antes, por supuesto. Por eso, precisamente, Damián Vera la descarta de cuajo tan rápido.

—No me lo parece, Pardo —remata.

Vera mira fijamente a Pardo.

Y Pardo lo percibe con claridad. Los dos hombres saben lo que está pasando en ese mismo instante.

Damián Vera ha contestado de forma tajante y se ha helado observando la reacción.

Pardo siente esos ojos fijos sobre él como cámaras de seguridad escanean cada milímetro de su rostro. De sus expresiones o de la ausencia de ellas.

Damián Vera se lo acaba de dejar claro. Que ambos formen la cuarta pareja no los exime de la sospecha. Le está vigilando, tal y como ha pedido que cada uno de los integrantes del equipo vigile al de al lado.

Ahora todos son enemigos íntimos hasta que se demuestre lo contrario.

55

Día 13

21:57

Aitor Lasa se pasa el dorso de la mano por la frente. Pese a que en la habitación 513 no hace calor, está sudando.

Él siempre ha sido así. De los que salen en manga corta en invierno cuando todos van con chaqueta.

Debería quitarse el jersey. Pero eso sería si estuviese pensando en eso en vez de en lo otro.

Lo otro es la copia del mapa que sostiene entre sus manos. Con esa área circular que ha trazado mediante las conexiones de las torres a los teléfonos móviles. Esa en la que la señal se pierde.

Espinosa le ha quitado algo de peso a esa ubicación con su deducción. Y en parte, eso le ha enfriado.

Pero de vuelta a su habitación de hotel, Lasa ha vuelto a fijarse en ese círculo. Y entonces el calor ha vuelto.

Saca una fotografía con la cámara del teléfono móvil.

Comprueba la hora. Son casi las diez. No tenía sentido quitarse el jersey ya. Tiene que salir.

Marca el número de destinatario en el teléfono móvil. Y durante un minuto interminable se queda ahí, con el dedo a centímetros de la flecha de enviar. Dudando. Sudando.

Una décima de segundo más de duda. Dos.

Y pulsa la flecha.

Está hecho.

La foto del mapa con el área redondeada ha sido enviada.

Es el área de El Molar.

56

16 de julio de 1982

Eduardo Aristegui escucha la radio, enclaustrado en su despacho.

La noticia está en todas partes.

La última víctima de un nuevo atentado de la banda terrorista ETA.

Un coche bomba.

Esta vez siega la vida de un ejemplar hombre de negocios y conocido benefactor de la margen derecha de Bizkaia.

Sabe lo que eso significa.

«Ya está hecho», ha sido el escueto mensaje de la llamada telefónica que solo ha constado de esas tres palabras.

«Ya está hecho».

Eduardo Aristegui mira el mapa de fotos de hombres con corbata que le ha obsesionado durante los dos últimos años.

Por fin sabe sobre cuál de esas caras de persona cabal se sitúa la máscara roja del león.

«Ya está hecho».

Y desde luego, ha parecido un accidente, piensa.

Eduardo vuelve a abrir la caja del tercer cajón del escritorio.

La máscara blanca con manchas de sangre. Su nueva piel como Obolus.

«Ya está hecho».

El león ya no manda. El Club ya no manda sobre el triángulo azul, que ahora se llama Fundación Sísifo.

«Ya está hecho».

Es como poner fin a una pesadilla demasiado real.

Eduardo Aristegui se coloca la máscara blanca de Obolus. Una última vez.

Observa su reflejo con ella. Una última vez.

Después se la quita con un gesto lento, con la energía de quien se ha quitado de encima un peso inmenso, incalculable. Insoportable. Y tira la máscara a la papelera.

«Ya está hecho».

Se acabó.

Él solo había puesto una condición para aceptar participar en la traición al león.

Dejar de ser Obolus.

Dejar de pertenecer a la Fundación Sísifo.

Dejar de ser cautivo del triángulo azul.

«Se está trabajando para confirmar la identidad de la víctima... Los restos están calcinados… Una bola de fuego… Una explosión enorme…» —dicen en los informativos de la radio, que no cesan de ampliar detalles del atentado.

«Ya está hecho».

Se acabó.

Eduardo Aristegui apaga la radio.

Se levanta del sillón.

Va a salir del despacho que ha absorbido su alma durante todo ese tiempo.

Vuelve a la vida.

Al abrir la puerta, escucha el sonido inequívoco de una pieza chocando con el tablero de madera.

Gabriel está jugando al ajedrez.

Eduardo sonríe por primera vez en mucho tiempo.

Se pregunta si Gabriel querrá volver a compartir partida con él.

57

La noche de la ciudad ya no suena igual cuando sospechas que alguien camina detrás de ti.

Los pasos dejan de ser ruido para convertirse en ecos de pregunta.

Cada esquina obliga a decidir si detenerse a mirar o seguir caminando.

Lo peor de que puedan estar siguiéndote es la indecisión, la duda que va corroyendo la mente entre sí es real o solo una imaginación absurda.

¿Ese hombre estaba antes en esa esquina?

¿Ese coche acaba de pasar antes por la misma calle?

¿Giro la cabeza para analizar lo que hay a la espalda?

Dudas habituales que hoy no tienen cabida.

Esta noche no.

Camina firme, sin alterar el ritmo, sin ápice de duda. Exactamente del mismo modo que no haría dudar a alguien que te sigue. Hasta que llegue a confiarse. Hasta poder cometer un error.

Busca la grieta por la que poder tender una trampa.

Aunque, al abrigo de una noche que ya cae, el terreno parece más fértil para el depredador que para la presa.

Las sombras se amplían, los huecos ciegos en los que acechar. Y las vías para el escape se van cerrando.

Pero para quien está jugando la partida con al menos un movimiento de ventaja, solo es cuestión de esperar a que se abra la brecha.

Con calma tensa.

Una esquina que dobla. Un callejón y otra esquina más adelante.

Una puerta entreabierta.

Una oportunidad perfecta.

Justo la que estaba esperando desde hacía demasiado.

Ha tenido que jugar con fuego.

Y ahora va a tener que meterse en la hoguera para intentar salir sin la piel calcinada.

Una vez dobla la primera esquina, acelera el paso. Todo lo posible sin llegar a correr.

Y se mete en el portal cuya puerta estaba abierta. La cierra tras de sí, como si nunca hubiese estado abierta. Y corre a esconderse.

Desde el hueco de la pared de los buzones, asoma la cabeza, solo centímetros. Lo justo para ver por el rabillo de uno de los ojos la puerta de cristal cerrada del portal.

Si el perseguidor es tal, lo verá pasar ante esa misma puerta en cuestión de un minuto o menos. Solo segundos.

Tic tac, tic tac, parecen descontarse al bombeo del pulso en sus sienes.

Tic tac.

Tic tac.

Y de pronto todo se para.

La figura pasa caminando deprisa ante la puerta.

Una aparición fugaz, pero que despierta más fantasmas de los que disipa.

No puede saber si lo que ha visto es o no lo que parece. El paso ha sido demasiado repentino.

En su fuero interno, quiere pensar que sí, que ha visto mal. Que no es lo que parece.

Respira. Aún sin moverse del sitio. No puede salir. No se moverá de ahí hasta pasado el suficiente tiempo. Como mínimo, veinte minutos. Puede que más. Sigue observando de refilón esa puerta mientras vuelve a respirar.

Y entonces la figura vuelve a aparecer.

Por sorpresa.

Ha vuelto sobre sus pasos.

Es evidente que el juego de esquinas y ausencias le ha perturbado. Que se ha dado cuenta de que algo no encajaba. Y se ha plantado ante la puerta de cristal del portal.

Ahora sí. Lo ha visto con claridad.

Ya no son fantasmas. Ni paranoia.

No es sospecha. Es un depredador con cara y ojos.

Cara y ojos conocidos.

La reacción es automática. Instintiva. Esconderse tras la pared de los buzones. Pero al hacerlo, el sensor de movimiento del portal hace que la luz se encienda.

Las pulsaciones violentas vuelven.

No se moverá de ahí.

Ni un milímetro.

El depredador no va a forzar la entrada.

También tiene mucho que perder.

No se moverá.

Ni un milímetro.

Hasta que la luz del portal se apague.

Y mucho después de eso tampoco.

Nunca ha sentido tanto miedo como en ese momento.

La luz del portal se apaga.

Solo queda el sonido de una respiración entrecortada.

58

Día 14

11:21

Arregi permanece en silencio y observa.

Helena Ibarra lanza las preguntas como metralla.

La secretaria habla firme. No parece demasiado abrumada por el hecho de que alguien con quien trabajaba cada día haya aparecido muerto de forma violenta. Contesta con frases claras y sin titubear a cada pregunta de Ibarra.

—Aquel día llegó algo antes. No suele. El señor Becerra siempre fue un hombre muy apegado a la puntualidad.

—Canceló una reunión. Pero es habitual que se haga.

—Parecía algo nervioso. Llevaba así varios días.

—En realidad nunca ha sido un hombre que se tomase con calma el trabajo.

—Esa mañana, pidió que nadie le molestase. Aunque eso también era habitual en él.

—Siempre te hacía sentir que le molestabas si hablabas tú primero.

La sucesión de preguntas y respuestas se alarga sin dejar nada por el camino.

Hasta que Arregi dicta el siguiente paso.

—Necesitamos tener acceso al despacho del señor Becerra.

14:27

Los grandes casos no suelen resolverse con una prueba brillante.

Normalmente avanzan gracias a cientos de papeles aburridos que alguien decidió no tirar.

Salvador Arregi y Helena Ibarra llevan toda la mañana buscando ese tipo de errores mal escondidos.

—Ya has leído tres veces ese mismo contrato —dice Ibarra.

Arregi tarda en contestar.

Ni siquiera se había dado cuenta que seguía sujetándolo.

Lo descarta y lo apila junto al resto de nada, que conforma una montaña cada vez más grande.

19:05

—Otra vez más, desde el principio —dice Ibarra.

El vigilante de seguridad resopla. Y dice muchas cosas para sus adentros, antes de dar al *play* de nuevo.

El vídeo de las cámaras que registran las entradas y salidas del edificio vuelve a reproducirse en la sala del centro de seguridad. Llevan encerrados más de dos horas en ese espacio estanco de un puñado de metros cuadrados.

Arregi observa las imágenes, una y otra vez, pero no está ahí. No las procesa. Igual que tampoco ha procesado los contratos. Ni las agendas. Ni las facturas.

Su cuerpo lleva todo el día investigando a Becerra. Su cabeza no.

Por suerte, hace ya demasiado tiempo que Salvador Arregi es un muro lo suficientemente indescifrable como para que nadie sepa interpretar desde fuera nada de lo que ocurre en su interior.

Y él lleva todo el día de investigación pensando en otra cosa.

20:58

Arregi e Ibarra despiden un día de investigación que al menos uno de los dos sabe que no lleva a ningún sitio.

21:37

Salvador Arregi está empotrado en sus pensamientos, aunque su cuerpo habite la silla de la habitación 511 del hotel en que la DIC ocupa toda una planta.

El sonido agudo del teléfono es una cuchillada a su concentración.

Y más aún, lo es ver de quién proviene esa notificación.

Arregi se queda unos segundos calculando las consecuencias. Las implicaciones de esa llamada prohibida.

De lo que le pide.

Vuelve a releer el mensaje de Maialen Mendia.

Y se levanta.

59

Día 14

22:04

Ese bar no es El Andén.

Un bar repleto de policías no era el mejor escenario para transgredir las normas de Damián Vera.

Los dos botellines de cerveza sudan conforme pierden el frío.

Ninguno de los dos ha dado un solo trago.

Maialen Mendia y Salvador Arregi están sentados el uno enfrente del otro.

Él la mira fijamente. Ella alterna, moviendo sus ojos a los lados, buscando una presencia indefinida, nerviosa. Puede que incómoda. ¿Asustada?

Arregi intenta descifrar todo eso clavándose en sus iris miel que le rehúyen, que orbitan alrededor de él sin definir nunca sus intenciones reales. Como siempre.

Aguarda.

Sabe que tiene que ser ella quien hable primero.

—Me da la sensación de que nuestras quedadas cada vez son peores. Ya ni bebemos las cervezas…

Maialen Mendia ni siquiera acompaña la frase con una sonrisa irónica.

—Esto no es una de nuestras quedadas. Es una reunión clandestina —contesta Arregi.

Mendia da el primer trago de su botellín de cerveza.

—¿Me equivoco? —insiste él.

Ella niega con la cabeza.

—He encontrado algo. Pero no sé… —Mendia se atranca, bebe otro trago corto y rápido—. Gálvez me observa, me vigila. Lo noto. Ya no me fío de nadie…

—¿Menos de mí?

Ahora sí, Mendia esboza una sonrisa automática y famélica. Que pronto devuelve su expresión grave.

—Por algo he acudido a ti, ¿no?

—No sé si yo soy la persona en la que deberías depositar toda tu confianza…

—Yo creo que sí —contesta ella.

Arregi da también su primer trago al botellín, y el segundo, y el tercero, y otro más hasta dejarlo por la mitad de golpe.

—Pues ya que hemos traspasado la línea… Dime, Mendia. ¿Qué es lo que has encontrado?

Mendia vuelve a mirar a su alrededor con ráfagas cortas antes de hablar.

—Puede que no sea nada, pero, encontré unos documentos en el registro del despacho de Álvaro Monreal. Tenía un *post-it* sobre la compra de una finca. Estaba buscando fincas para comprar. Descartaba varias. Hasta que una… encajaba con una zona en la que tenía recibos de pagos en gasolineras de la misma área. Repetidas veces. Es raro… mi intuición me susurró algo. Esa finca estaba en un lugar apartado. Casi escondida entre árboles en medio de la nada. Igual que las otras casas donde han aparecido las anteriores víctimas.

Arregi guarda silencio unos segundos.

—¿En qué zona estaba la finca? —pregunta después.

—El Molar. A-1, autovía del norte, a unos cuarenta minutos del centro de Madrid. Tiene zonas con fincas apartadas. Perfectas para esconder algo.

Arregi no dice nada.

Termina la mitad restante del botellín.

Toma nota mental de todo.

—Demuestra que confías de verdad en mí, Mendia —solo dice como contestación.

Ella no sabe cómo reaccionar.

Arregi tiene clavada en la mente esa ubicación, aunque disimule lo contrario. El Molar. No es la primera vez que ve ese nombre aparecer. No lo es en absoluto.

—Vamos, Mendia. No nos has hecho romper así las normas para contarme eso. Sé que tiene que haber algo más. No nos hagas tirar esta oportunidad. Dime qué es lo que te preocupa de verdad.

Los ojos de Maialen Mendia son un ciclón que escanean cada rincón del bar a mil por hora. Hasta detenerse de golpe sobre los de Arregi. Se inclina ligeramente hacia él. Y aunque no lo hace de forma deliberada, su tono de voz sale mucho más bajo.

—Hace tiempo que tengo una sensación extraña. Tengo la sensación de que me siguen. No tengo claro cuándo empezó. Ni tenía claro que no fuese solo paranoia. Ya sabes cómo son estas cosas… con casos como el del triángulo… esta mierda se te mete en la cabeza… y ya no sabes distinguir la amenaza real de sugestión. Pero últimamente he decidido fijarme más. Ser más cuidadosa. Tender una trampa a ver… y… ayer, a la noche, vi a alguien… por fin… lo vi… no era sugestión… era una persona… me han estado siguiendo… me ha estado siguiendo.

Arregi no pregunta.

No hace falta.

El golpe final llega solo.

—Era Lasa.

Las dos palabras de Mendia surcan el espacio que ahora parece inmenso entre los dos.

Y solo las sigue un silencio destructor.

—Lasa era quien me seguía, Arregi. Por eso te he hecho venir aquí. Ya no confío en nadie más.

Diez minutos más tarde Mendia sale del bar. Y siete minutos después de ella, lo hace Arregi.

Ninguno de los dos es consciente de que un par de ojos, ocultos a la perfección, les ha observado hacerlo.

60

Día 14

23:44

Arregi no duerme.

Es una de las características del animal herido. De quien nunca hará las paces con la vida.

Piensa en Mendia, primero.

Y en lo que ella le ha dicho, después.

Piensa en un nombre, pronunciado de sus labios, que se repite: El Molar.

Lo hace mientras mira un mapa con un área redondeada. Un círculo rojo trazado sobre ese mismo punto. El Molar en el centro de todo.

Mendia ha visto a Lasa siguiéndola.

El Molar.

Mendia.

Lasa.

El Molar.

Mendia.

Lasa.

El Molar.

Mendia.

Mendia.

Mendia.

Mendia.

Mendia…

El pitido es un trallazo a traición que le saca de su pozo mental.

Un trallazo agudo y repetitivo.

Mendia.

Ese es el nombre que se ilumina en la pantalla.

Justo ese.

Arrastra el dedo sobre la pantalla y la llamada queda abierta.

—¡Arregi! Arregi…

Mendia habla alterada, a tirones.

—Tienes que venir, Arregi…

Las palabras parecen arrastrar a la fuerza unas a otras.

La respiración de Mendia es pronunciada y rápida.

Demasiado.

—Mendia, respira. —Arregi impone una calma imposible—. Intenta hablarme. ¿Ir a dónde? ¿Dónde? Necesito que me hables.

—Aquí, Arregi. A El Molar… Lo sabía… He venido a comprobar algo. Yo sola… No confío en nadie… te lo dije. Y… Dios… es aquí… Te acabo de… de mandar una ubicación. Estoy escondida tras unos arbustos… ven ya. Ya… No creerías lo que he… lo que he visto… Es…

—Mendia, Mendia, respira. Respira, joder. Necesito que te comuniques conmigo. Cuéntame qué has visto.

—No. Por teléfono no. Tienes que… que venir… a la ubicación… Arregi, tienes que venir solo. Solo tú. No confíes en nadie. En nadie. Nadie…

Arregi abre el enlace que acaba de mandarle Mendia.

—Joder, vamos a estar bien jodidos con estos mensajes y llamadas como la cosa se descontrole. Eres consciente, ¿verdad?

Arregi no obtiene contestación.

Al otro lado, respiraciones agitadas y desbocadas.

—Shhh. No… No puedo hablar…

Mendia entremezcla un susurro extraño con algo más.

Arregi tiene la impresión de que está conteniendo el llanto.

—Creo que vuelve a salir. No… No puedo hablar más… Arregi… ven ya… Ya… Se nos acaba el tiempo. Tú solo. Y ten cuidado… Recuerda… No confíes en nadie… en nadie.

Ya no hay palabras entrecortadas. Ni respiraciones agitadas. Solo un corte abrupto en la línea. Y silencio.

Ese silencio absoluto y demoledor que se escucha en un pitido fino de línea interrumpida que se cuela en tus pensamientos.

Arregi vuelve a mirar el mapa. El círculo rojo sobre el área de El Molar. Después la dirección exacta de la ubicación de Mendia, que se incrusta dentro de ese territorio marcado.

Coge las llaves del Passat y sale corriendo de la habitación 511. Aunque detiene el paso al atravesar el pasillo exterior de una planta reservada por completo para la DIC. Pasa despacio junto a las puertas cerradas, preguntándose en cuantas de ellas habrá un policía, o una cama vacía dentro.

Ya en el exterior, corre.

El Passat devora furioso el asfalto bajo la luz nocturna de Madrid.

Los cuarenta minutos hasta El Molar le parecen un mundo, aunque vaya a recorrerlos como mucho en treinta.

Conduce a ciento setenta kilómetros por hora cuando entra la notificación en el móvil.

Pulsa el botón verde casi sin mirar, sin despegar la atención de una carretera por la que vuela. Hunde más aun el pie en el acelerador mientras el mensaje de voz se reproduce. Daba por hecho que era Mendia, pero se da cuenta de su error al oír la voz de Lasa por los altavoces del coche.

—Arregi. Tengo algo. He investigado por mi cuenta… sé que Vera lo desautorizó… pero… las pistas sobre las que trabajábamos de los años de Aristegui, Arrieta y Elorza eran buenas. Estaba seguro y… Ya sabes que solo confío en ti. He descubierto algo… Creo que… Gabriel Aristegui nos mintió. Nos dijo que su padre, Eduardo Aristegui,

desapareció a principios de 2010. Que creía que se había fugado para estar a solas con su conciencia. Pero he investigado y, es curioso, porque, sabemos que el nombre de Eduardo Aristegui estaba en uno de los cadáveres de Cuidalcampo, y que databa del año noventa. El noventa. Curiosamente ese es el año en el que Eduardo Aritegui lega a su hijo todas sus empresas y propiedades y se jubila. Se retira de la vida pública. Esa es la historia oficial. Pero por más que busques y busques, no encontrarás rastro de Eduardo Aristegui más allá del año noventa. No hay nada. Ni una mínima muestra de que estuviese en este mundo. Es literalmente un fantasma. Es demasiada casualidad. Creo que en el año noventa pasó algo en ese sótano. Algo más allá de lo que imaginábamos. Y creo que Gabriel Aristegui sabe mucho más de lo que nos ha contado. Creo que fuimos demasiado blandos con él. Nos salió con el papel del pobrecito afligido con el ajedrez y todo eso. A saber cuánto nos ha ocultado… Hay veinte años que no consigo rellenar. Tenemos que volver a por Gabriel Aristegui. Llámame en cuanto puedas, Arregi.

Ahora no.

Arregi acelera aún más.

El indicador roza los ciento noventa kilómetros por hora descontando metros hasta El Molar.

Hasta Mendia.

Para Salvador Arregi no existe nada más en ese momento.

61

1990

Eduardo Aristegui percibe el olor antes que cualquier otra cosa.

Ese inconfundible olor a incienso quemado y humedad.

Todavía va a tardar en ubicarse, en salir a la superficie de los vivos tras estar horas buceando en las aguas negras de la inconsciencia.

Hay veces que vivir no es la mejor opción.

Y esa es una de ellas.

Apenas recuerda nada de los instantes previos a que todo se fundiese a negro.

El humo del incienso le raspa el pecho en el camino hacia sus pulmones. Entonces tose, y con eso, para su desgracia, se despierta un poco más.

Las figuras borrosas van ganado definición con cada parpadeo plomizo. El pulso va cogiendo ritmo con la adrenalina regando su cuerpo como terapia de choque.

Hasta que lo sabe.

Hasta que es consciente del horror supremo.

Esta vez es él quien está en la silla de los sacrificados.

Está en el sótano. En el agujero del que creía haber salido para siempre. Atrapado por una maldición de la que se creía absuelto.

Cada par de ojos lo mira oculto tras máscaras de distinto tipo y color.

Lo que no puede saber en ese momento, es que no es su sótano. No es el sótano de Karrantza. Si no el de una casa de Cuidalcampo, a muchos kilómetros de su hogar. Distinto sitio, mismo juego de poder.

Su mente revive las torturas, todas y cada una de ellas, con sus diferentes matices, que vio infligir a quienes estaban en la mesa de los sacrificados, lugar que ahora ocupa su cuerpo, del que le gustaría poder huir en ese mismo instante.

Desearía poder abandonar su ser. Perderse como un suspiro hasta ser la nada.

Pero sin sufrir.

Solo pide eso.

No sufrir.

Pero su petición no va a ser cumplida.

Eso los sabe cuando lo ve.

Cuando por fin lo ve.

Entonces entiende todo.

Su pecado capital. Su osadía, ingenua, casi sacrílega. Haber pensado que podía matarlo.

Sí, lo sabe, cuando por fin lo ve.

Esa máscara roja como la sangre fresca, que representa la cara de un león.

Ha vuelto para hacer pagar a los traicioneros.

Eduardo Aristegui mira al hombre bajo ella. Un hombre que se acerca a él. Hasta quedar de frente. Separados por centímetros.

Y lo sabe. Ese hombre no es el mismo que hace diez años. El tiempo ha corrido, y, sin embargo, es más joven. Sus ojos parecen los mismos, pero no lo son. Como si tuviesen un brillo igual, pero siendo otros. Sí, lo sabe. Lo entiende.

Puedes matar al hombre, pero no al símbolo.

Sí, lo sabe. Lo entiende. Ha llegado la hora de pagar por todo. Por cada decisión. Por cada arista moral que ha ido degradando su persona.

Y se perdona en un instante postrero, al abrigo de una revelación pura: todo lo que hizo fue por salvar a su hijo.

Imagina a Gabriel moviendo el alfil. Aunque él no se lo dijese, siempre lo ha sabido: esa era su pieza favorita. Un padre siempre lo sabe.

Eduardo Aristegui sonríe mirando de frente a la máscara del león.

Y después abre los ojos. Y grita.

Grita.

La primera puñalada ya ha perforado su carne.

El León y El Club siempre dominaron el tablero.

Jaque mate.

62

Día 15

00:12

Arregi baja la velocidad de cuajo al entrar en la zona prohibida. En el área marcada en rojo del mapa.

El Molar duerme. Paz sobre paz. Silencio que se vuelve abstracto de tan absoluto, al igual que la negrura.

Las casas se separan cada vez por más metros conforme avanza hasta la ubicación que le ha mandado Mendia.

Salvador Arregi baja las ventanillas, dejando a los dos grados de temperatura invadir el interior del coche. Necesita escuchar. Sentir el entorno. El oído aguzado solo le devuelve una calma tan real como engañosa.

Él sabe que el infierno puede estar en un lugar silencioso y de iluminación tenue y cálida. Al final del pasillo de un hogar. En la habitación de una niña a la luz de la lámpara de un pollito. En la habitación de una hija.

Recorre los últimos metros con el fantasma de ese recuerdo agrandándose en el silencio gélido que ya le abraza por completo.

Los grillos interpretan su concierto de cada noche, ajenos a la maldad del mundo que habitan. O tal vez asimilándolo sin mayores pretensiones.

Trescientos metros.

Arregi baja aún más la velocidad.

Las respiraciones se vuelven también más lentas, más hondas, espesas.

Hace tiempo que su pulso ya no se altera por nada.

Entonces piensa en Mendia.

Pum pum.

Doscientos metros.

Arregi hace el coche a un lado de la carretera. Apaga las luces y el motor.

Coge el teléfono móvil. Duda sobre qué hacer. Pero decide llamar. Apagado o sin cobertura, dice la voz mecánica al intentar contactar con el teléfono de Mendia.

Comprueba una vez más el navegador GPS. Y después el mensaje de voz de Lasa. No hay tiempo. Le envía un único mensaje como contestación. Vuelve a mirar el GPS. Ya tiene el resto del camino impreso en su mente. Bloquea el móvil y lo guarda. En la mano solo va a llevar una cosa, y no es esa.

Arregi baja del coche.

Su instinto le grita que el resto del camino debe ser a pie. Silencioso. Camuflado entre los grillos. Y con el tacto del gatillo de su Heckler sobre sus dedos.

Las primeras luces encendidas quedan ya demasiado atrás. Avanza en mitad de la nada con paso firme. No ha trazado el camino hasta El Molar como un misil para ahora perder tiempo. No hay un atisbo de duda en él. De aversión al riesgo. No puede haberlo cuando se es un hombre que ya ha perdido todo.

Es por eso por lo que Salvador Arregi, y solo él, acudiría en solitario hasta ese punto.

Cien metros.

Se mete por el sendero a mano derecha.

Ochenta metros.

Sus respiraciones se condensan en el aire. Lo que sale de su interior es fuego chocando con hielo. Hasta la Heckler parece ya ardiente, cada vez empuñada con más violencia.

Cincuenta metros.

La silueta oscura de la casa ya se recorta en la negrura. Sí para quien mira con los sentidos alerta como un animal.

«Estoy tras unos arbustos en la cara derecha de la casa» le había dicho en la llamada Mendia.

Una llamada agónica, aterrada.

Arregi analiza cada detalle, lo dicho y lo callado, y la forma de decirlo.

Se está metiendo en una madriguera.

Pero no tiene otra opción.

Mendia.

El pulso se acelera, ahora sí.

Veinte metros.

La sombra de la finca ya queda perfectamente recortada a la luz de la luna.

Arregi se fija primero en ella, y después en la cara derecha. Hay árboles rodeando todo. ¿Arbustos? Eso es más difícil de valorar desde ahí.

El silencio ahora es plano. Ya no se oyen los grillos. No se oye nada.

Al menos Arregi no.

Está metido en un efecto túnel violento. Es un cazador, y también una posible presa, todo en uno.

Ya no hay más miedos que consumir.

Ya está.

Ahora solo queda el instinto.

Arregi rodea la casa a distancia suficiente para no ser detectado entre la oscuridad.

Lado derecho.

Unos arbustos.

Camina entre árboles con la Heckler ya en alto. Dibujando el rostro de Mendia en su mente. Su silueta. No lo necesita. Ya la tiene incrustada ahí. Es clave para no cometer un error.

En cuanto la vea entre la negrura, la reconocerá.

Como también reconocería a cualquiera que no fuese ella.

Unos arbustos, en la cara derecha.

Cree saber a qué se refiere.

Es difícil de valorar entre la oscuridad.

Pero es justo en ese lado. En el lateral derecho de la fachada de la casa, donde un único punto de luz pervierte la negrura absoluta de la explanada de árboles en la que se erige solo esa edificación.

Lo que sea que ha visto Mendia, ha podido ser ahí.

Tiene sentido.

Y eso es a lo máximo que se puede aspirar en una situación así.

Las piernas semiflexionadas. Ambas manos sujetando la pistola, cuyo cañón barre el frente trazando trayectorias invisibles.

Arregi acecha recortando metros hasta ese lado derecho de la fachada.

Se detiene tras el tronco de uno de los árboles.

Hay una sombra más pronunciada más adelante. Arbustos. Puede.

Mendia.

Un latido.

Una respiración.

Exhalación prolongada.

Arregi avanza hacia los arbustos, que parecen una trinchera perfecta.

Mendia siempre fue lista. Intuitiva.

Su rostro. Su silueta. Arregi se emborracha de ello. Es lo más importante, tenerla presente, fundirse con ella. No cometer un error. Solo eso.

Uno, dos, tres pasos.

Algo suena. Sonido mínimo. Una bomba atómica en el hipotálamo de Arregi.

La Heckler reacciona al instante, y busca la amenaza.

Pero no encuentra nada.

Ha debido ser una hoja cayendo.

Los arbustos.

Mendia.

Su figura. Su rostro.

Arregi y su Heckler están ya ahí. Casi encima.

Se agacha al llegar tras el manto de arbustos.

No ve la figura. Ni el rostro.

Nada.

—Mendia. —El susurro es el más liviano de su categoría.

—Mendia. —Otra vez.

Sin respuesta.

El eco de la fatalidad le devuelve rebotado el nombre susurrado.

Mendia.

Arregi calcula opciones y probabilidades a mil por hora.

La luz de la ventana del lado derecho de la fachada sigue siendo un imán ineludible.

¿Es posible que Mendia haya visto una oportunidad y haya intervenido?

¿Es posible que esté esperándolo en el interior de esa casa?

Puede.

En calidad de qué lo hace es otra pregunta imposible de eludir.

Arregi avanza agachado. Sacrificando la posición de la Heckler por hacerse más pequeño. De que la sombra de su cuerpo se haga más pequeña en la noche.

Son metros de angustia.

Y de pronto, su espalda ya se empotra contra la piedra húmeda de la fachada.

La ventana iluminada está a solo tres pasos en el lateral hacia la izquierda.

La Heckler empuñada con ambas manos contra el pecho.

Arregi avanza raspando la espalda contra la pared. Casi como si quisiese incrustarse en ella, al igual que los cadáveres de los sótanos.

Ya está pegado al lateral izquierdo de la ventana y la luz.

Un solo movimiento y alcanzará a ver el interior.

Pero es un movimiento crucial.

Arregi baja la Heckler y las manos a la altura de la cintura. Y se inclina hacia la ventana con un gesto mínimo.

Solo el lateral de la cabeza. Solo lo justo para que el ojo izquierdo mire de refilón y le ofrezca una panorámica rápida del interior de esa ventana. Un salón. Una mesa. Una silla. Y la derrota.

Mendia. Su rostro. Su figura.

El estímulo sensible al que obligaba a su cerebro para no errar el tiro.

O para convencerse de ello, de que simplemente no está pensando constantemente en ella.

Y ahí está. Pero de un modo muy distinto al que hubiese imaginado.

Arregi se retira una fracción de segundo hacia atrás. Recrea la imagen que ha visto en un flashazo en su mente.

Mendia. Su rostro. Amordazado.

Mendia. Su figura. Atada a una silla. Con sus manos en la mesa. Como un comensal delicado.

Pero a diferencia del resto que ha visto en esa posición, ella está viva. Está viva.

¿Lo está?

Sí. Está seguro.

Necesita comprobarlo. Necesita visceralmente comprobar que ella está viva.

Arregi vuelve a asomarse a la ventana. Esta vez de forma más pronunciada.

Mendia. Su rostro. Amordazado. Los ojos, abiertos. Vivos. Ojos que miran a la ventana. Que le miran a él. Que quieren decirle algo.

El problema de lo visceral es que choca frontalmente contra las decisiones frías y calculadas. Los sentimientos son compañeros de viaje de la subjetividad. Del error.

Arregi se mueve muy rápido. Su reacción es casi inmediata, pero llega un mundo más tarde de lo que debería en una situación así.

Una, dos, tres o puede que más picotadas en su espalda, pierna y brazo.

Su enemigo ha estado en todo momento a su derecha. Muy cerca y lejos al mismo tiempo.

Un enemigo paciente, sigiloso y calculador. Alguien con el don de ser invisible.

Un hombre enfundado en un traje negro que solo deja espacio a los ojos. Que avanza a su espalda hacia él tras dispararle.

Mendia. Su rostro. Su silueta. Es lo último que piensa Salvador Arregi antes de que sus piernas dejen de pertenecerle y la noche lo engulla.

63

Día 14

1:01

Los parpadeos son una película de terror encendiéndose en una pantalla vieja que funciona a chispazos. El zumbido en los oídos es un martillo percutiendo contra la cabeza una y otra vez.

Salvador Arregi abre los ojos.

Y lo primero que ve es lo último que ha pensado.

Mendia. Su rostro. Su figura.

Está ahí, anclada a una silla y amordazada. Le devuelve una mirada derrotada.

Arregi intenta aterrizar en la pesadilla. Pero el cuerpo sigue entumecido. El primer instinto es ir a buscar la Heckler. Pero la orden de su cerebro tarda siglos en llegar hasta la mano. Y cuando lo hace, se da cuenta de que no puede moverla.

El mero intento de alzar la mano derecha de la mesa irradia un dolor intenso que termina de despertar sus nervios. Entonces Arregi mira y lo ve. El clavo enorme incrustado en el dorso de su mano, y que pega la palma a la mesa. Igual que la familia Rivas. Igual que Claudia Ferrer. Igual que José Becerra. Él es el siguiente.

Y peor aún, Mendia también lo es.

Aunque hay una diferencia entre ellos dos. Arregi lo detecta. Maialen Mendia no tiene clavos en las manos. Los brazos están atados a la silla. Inmovilizándola de un modo distinto.

Ella intenta hablar. Mueve la cabeza con latigazos espasmódicos. Pero las palabras no pueden escapar a la mordaza.

Arregi no entiende sus lamentos.

No entiende nada.

—Eran sedantes de liberación rápida. No tenemos toda la noche… sentirás que te explota la cabeza, Arregi.

La voz ha llegado desde algún punto a su espalda. Arregi intenta girar la cabeza, pero sus músculos son piedras todavía. El esfuerzo es inútil. No logra ver el cuerpo del que proviene la nueva voz.

Los ojos de Mendia le sirven de espejo. Se pierden en algún punto por encima de su cabeza. Y después se mueven a la izquierda. Hasta que Arregi ve ese contorno moverse como una sombra a su propia derecha.

Hasta que deja de ser una sombra, y es un hombre con rostro.

Arregi le mira. Recuerda las palabras de Gorehound. Un rostro que no llamaría la atención en ningún contexto. Un rostro tan aséptico, tan normal, que cuando cambia su piel se camaleón y te lanza su verdadera mirada, percibes al momento la clase de animal que es.

Salvador Arregi sabe que está mirando por fin a El Arquitecto.

—Sé que me has buscado mucho, Salvador. Pues bien, ya me has encontrado. Algunos me conocen por el nombre de El Arquitecto. Y otros, por otros nombres…

El Arquitecto mira ahora a Mendia.

—Como, por ejemplo, Diego. ¿Verdad, cariño?

Mendia no le devuelve la mirada. Se refugia en los ojos de Arregi mientras intenta contender el llanto, cosa que no consigue.

—No es nada personal. De hecho, lo hemos pasado bien. Pero tenía que ser así. Ahora lo entenderás. Eso sí, hay algo que tenía muchas ganas de poder soltar. —El Arquitecto se acerca a Mendia—. Para gustarte tanto el karaoke, cantas de pena. Si tengo que llegar seguirte un solo día más a ese agujero infame de La Octava, abandono el plan, lo juro.

El Arquitecto sonríe y mira a Arregi.

—Te puedes creer que me confesó incluso que sentía que la seguían. Joder, Salvador, como todo tu equipo sea así… no me

extraña que no deis una. Imagínate lo que me costó no reírme. Era yo quien la seguía, joder. Y encima, cuando me hablaba del caso, de los avances que hacíais y cómo lo enfocabais, me decía que ella era muy intuitiva con las personas. Que era su punto fuerte. ¿Qué opinas, eh, Salvador? Muy intuitiva…

El Arquitecto suelta un comienzo de carcajada que corta de cuajo.

En realidad, nada de lo que pasa le parece gracioso.

Se aleja de Mendia y rodea la mesa.

—Intuitiva de cojones —dice cuando ya está a la altura de Arregi.

El Arquitecto da un tirón violento a la cinta que sellaba también los labios de Arregi.

—Me gustaría poder hablar contigo antes de que todo acabe. Han sido muchos meses jugando juntos, ¿verdad? ¿Qué pensabas, Salvador? ¿Que no iba a hacer mi trabajo bien? ¿Que no iba a tener vigilados a quienes me vigilaban? ¿Que no iba a seguir la pista de los policías que llevasen el caso de Sergio Luján, alias Gorehound? Joder, Salvador, si a ese pichón os lo entregué yo…

El Arquitecto se inclina hacia Arregi.

—Me has infravalorado, Salvador —le susurra—. Y eso me jode —dice antes de clavarle la jeringuilla en el brazo derecho.

Arregi no habla.

Solo mira a los ojos a El Arquitecto.

—Vamos, Salvador. Es ahora o nunca. Este sedante que te he inyectado es de acción mucho más lenta que el que te he disparado antes. Os sonará, ¿verdad? La familia Rivas. Atados en la mesa yéndose poco a poco. Dentro de un rato, cuando te enchufe otro par de viajes, lo vas a tener más complicado para charlar. Tenlo en cuenta.

Pero Arregi no dice nada.

Solo le mira.

—Mendia lo llevaba fatal, ¿sabes? Lo de la familia Rivas. Le costaba hasta dormir bien. Me decía: ¿qué persona puede hacer algo así? Algo tan horrible… decía. Y después dejaba que la abrazase. Si tenía suerte, incluso echarla un polvo.

Arregi no dice nada.

Solo le mira.

—No es algo que me haya gustado hacer, no creas. Yo soy un profesional. Pero en mi mundo, el fin siempre justifica los medios.

Arregi nota el hormigueo por el brazo en el que ha penetrado la inyección. Va subiendo poco a poco hacia el bíceps y después al hombro.

No sabe cuánto tiempo le queda.

—¿Y cuál es ese fin que justifica cualquier medio? —Arregi habla por primera vez, con las palabras saliendo encartonadas.

El Arquitecto sonríe. Le señala con el índice moviéndolo repetidamente.

—Eso ya lo sabes, Salvador. El encargo era acabar con el triángulo azul. Ya ves, yo no me caso con nadie. Deberías estar contento. En realidad, tú y yo queríamos lo mismo en esta partida. Eliminar el triángulo. Ese que te ha hecho tanto daño. Sí, sé lo de Astrid y Anna, Salvador. Una gran putada…

Arregi suelta un chispazo inevitable al oír los nombres. Se remueve en la silla con sus instintos primarios anhelando saltar a la yugular de quien ha osado nombrarlas. Pero las ataduras son firmes. Y los clavos atravesando sus manos, más aún.

Un pequeño charco de sangre se extiende por la mesa bajo las palmas desgarradas.

Arregi bucea en las inmensidades de su alma destruida, y tras un esfuerzo titánico, solo deja salir a flote al policía. Y ese, sabe que lo único que puede arañar ahora mismo, es información.

—Tienes razón. Eso ya lo sabía. He tenido claro desde el principio que estabas eliminando al triángulo, y exponiéndolos al mismo

tiempo. Ni siquiera me importa el motivo. Siempre he sabido que la pregunta era otra. Que la pregunta no era por qué. Que la pregunta siempre ha sido quién.

Arregi hace una pausa.

—¿Quién tiene el poder de eliminar algo como el triángulo? Y el poder para que tú te cambies de bando de esta forma. Sí, esa es la cuestión: ¿Quién?

—La pregunta está mal formulada, Salvador. Porque yo nunca he tenido bando.

El Arquitecto se mueve. Ha abierto un cajón. Saca un frasco y clava la jeringuilla. Extrae líquido. Y ya vuelve a estar llena. Con ella en la mano, vuelve hacia Arregi.

Y Arregi sabe que el tiempo se esfuma. Que tiene que volver a hablar.

—Tiene que ser alguien muy poderoso para eliminar de un plumazo una organización como la Fundación Sísifo. Y comprarte a ti para que los traiciones, digas lo que digas.

—Yo no traiciono, Salvador. Porque mi lealtad no está en venta. Yo hago trabajos y cobro mi recompensa. Punto. Parece que no terminas de entenderlo.

Arregi sonríe ampliamente.

Un gesto que irrita a El Arquitecto, aunque intente fingir lo contrario.

—¿Se puede saber qué es lo que te resulta tan gracioso, Salvador? Creo que es hora de un segundo viaje —dice el hombre que se hacía llamar Diego, al mismo tiempo que clava la jeringuilla en el brazo izquierdo de Arregi.

—Creo que no era por dinero —Arregi empieza a hablar con dificultad—. Eso me hace gracia. Creo que te tienen acojonado. —Nota el líquido de la segunda dosis de sedante recorriendo su brazo izquierdo—. A fin de cuentas, no eres más que su perro de presa.

El Arquitecto retira la jeringuilla y niega.

—No tienes ni idea, Salvador. Crees que sí. Pero no. Ni tú ni ninguno de los tuyos tenéis ni idea de lo que hay detrás. Os pensáis que podéis enfrentaros a ello. Soy yo quien debería reírme a carcajadas. La Fundación Sísifo no es nada. Es solo un nombre prestado. Como lo es el triángulo. Solo una mínima herramienta desechable.

El Arquitecto chasquea los dedos.

—Ya está. —Vuelve a chasquearlos—. Hacen esto y deciden que el triángulo ya no sirve. En parte, por tu intromisión, inspector Arregi. Te acercaste mucho. Expusiste lo débil que era en realidad el símbolo y la fundación. Una chapuza. Eso cabreó a alguien. Y ya está. Un chasquido de dedos y ya no existe. Ni ellos, ni tú. Ni tu unidad. Todos liquidados con un solo movimiento. Un simple chasquido de dedos. Eso es lo único que necesitan. Se acabó.

Arregi ya no siente ninguno de los dos brazos.

Su consciencia navega por un mar embravecido de olas cada vez mayores. Se mantiene a flote a duras penas.

Como Alejandro Rivas mirando a su familia antes de perecer, él mira a Maialen Mendia, sentada a la mesa frente a él. Testigos ambos de su propia derrota. De su propia muerte.

—Os voy a contar lo que va a pasar. Sería injusto que te fueses de este mundo sin saberlo, Salvador. Yo no soy como tú. Yo te respeto. Has sido un rival duro, aunque eres bastante peor de lo que te crees, esa es la verdad.

El Arquitecto vuelve a su cajón.

Llena la jeringuilla por tercera vez.

Camina hacia Arregi con ella en la mano.

—Tal y como me dijo mi chica, vuestro jefe aquí en Madrid, el inspector Damián Vera, sospechaba que teníais un topo dentro. Está convencido, obsesionado, incluso, con ello. Y tenía razón. El topo era Maialen Mendia. Está a punto de descubrirlo. Cuando os encuentren aquí, en esta casa, a los dos muertos, todo encajará.

El Arquitecto vuelve a clavar la jeringuilla de nuevo en el brazo derecho de Arregi.

Un tercer pulso de sedante.

—Es ahora o nunca Salvador. Tienes que soltarte la mano para detener a la malvada Mendia. Antes de que el sedante termine de dejarte KO.

El tirón es salvaje.

La mano de Arregi se desgarra con el primer intento de El Arquitecto de arrancarla del clavo que la ancla a la mesa.

Mendia grita bajo la mordaza.

Llora impotente.

Segundo tirón.

Tercero.

El Arquitecto también grita cuando en un cuarto tirón empuja con todo.

Y la mano derecha de Arregi se despega de la mesa por fin, dejando bajo ella un riachuelo de sangre.

Arregi no ha gritado.

No siente dolor.

Hubiese deseado sentir como su piel, tendones y huesos se destrozaban al salir por la cabeza del clavo. Eso significaría que puede mover el brazo para intentar algo contra su captor.

Pero no.

Por más que lanza órdenes, ese brazo no se mueve.

Ya está muerto.

—En un acto heroico final, Salvador Arregi consiguió soltarse la mano destrozándosela —dice El Arquitecto—. Consiguió llegar hasta el arma que llevaba oculta en el tobillo derecho. Una Glock que acompañaba a su Heckler habitual. Una Glock a su nombre que no

será encontrada en su piso cuando lo registren. Eso dirá el equipo de Damián Vera cuando vea la escena.

Arregi intenta unir los puntos.

Lo de la Glock es cierto. Está en el cuarto cajón de la habitación de las anotaciones en la pared de su piso.

No entiende cómo ni por qué. Lo intenta, pero…

Cada vez piensa más despacio.

—Sí, joder. No me miréis así —dice El Arquitecto—. Mendia era el topo. Engañó a Arregi llamándolo para hacerle venir aquí, a El Molar. Y aquí, le tendió la trampa final. Le ató a la mesa, como a los anteriores ajusticiados. Y le administró el mismo sedante de acción lenta. Para que no hubiese dudas de que el asesino era el mismo que las anteriores veces. Su plan era perfecto. Una vez eliminado el triángulo azul, eliminaba también al policía que más se había acercado a él. Eso pensarán cuando os encuentren aquí.

El Arquitecto está poniéndose unos guantes de cuero mientras sigue con su exposición.

Solo después, cuando ya se los ha enfundado en ambas manos, saca la Glock de Arregi del mismo cajón en el que guardaba el frasco de sedante. Y sigue hablando.

—Pero el valiente Salvador Arregi logró de forma agónica sacar su Glock oculta antes de morir, y…

El Arquitecto apunta con la Glock a Mendia.

—A ti te encontrarán en el suelo, tendida en un charco de tu propia sangre, tras recibir el disparo de Arregi. Y él no podrá liberarse de las ataduras después. La dosis de sedante acabará siendo mortal. Morirá tras varias horas agonizando y viendo el cuerpo sin vida de su compañera. De su amiga. ¿O puede que algo más, Salvador? Eso solo lo sabes tú, eh. Pero yo creo que sí… En parte también por eso la elegí a ella. Sabía que era la manera más viable de hacerte cometer un error.

El Arquitecto relaja su pose para compartir una mirada con Arregi.

Y después vuelve a empuñar la Glock en dirección a Mendia.

—En fin… Esto es lo que va a pasar: En el piso de la agente de la DIC, Maialen Mendia, encontrarán todo tipo de documentación delicada referente su relación con la Fundación Sísifo y el triángulo azul. Documentación que será prueba concluyente.

»Quédate, estás como en tu casa, me decías en la cama antes de irte a vuestra Caja a trabajar en el caso. ¿Te acuerdas, cariño? Pues sí, me quedé, como en mi casa. Está todo ahí. Todas las pruebas de tu implicación con la organización. Tu último acto tras limpiar parte del ecosistema de la fundación fue eliminar al último enemigo, al más peligroso: Salvador Arregi. El encargo final.

»Además, pensadlo, todo encaja. Cuando apareció muerto Rivas y su familia en Karrantza, ¿dónde estaba Maialen Mendia? En Bilbao. ¿Y cuando apareció muerto Becerra? Casualmente, en Madrid. ¿Y cuando aparecieron muertos Álvaro Monreal y Rafael Cifuentes en una finca de El Molar? ¿Dónde estaba ella?

El Arquitecto remarca una pausa.

—Ah, perdón, ese último detalle no os lo había contado.

Señala con un gesto con la cabeza al techo del salón, sin dejar de apuntar la Glock hacia Mendia.

—¿Acaso no lo oléis? Monreal y Cifuentes están pudriéndose en la habitación de arriba hace bastante. Todo lo de tirar sus móviles aquí y dejar el *post-it* en el despacho de Monreal, eran las migas de pan, para que no os perdierais. Para que vuestros compañeros no se pierdan, para que lleguen hasta esta casa tarde o temprano. Para que puedan encontraros aquí. Para que todo encaje en el marco de la investigación contra Maialen Mendia. Para que no queden dudas de ningún tipo.

»Para que Damián Vera tenga su topo. El que le da la razón por una santa vez en este caso que le ha pasado por encima. Y así, El

Arquitecto seguirá sin existir para nadie que no sea Salvador Arregi. Fin del asunto.

El Arquitecto se agacha a la altura de Arregi.

—Si te hubiesen hecho caso alguna vez, ¿eh, Salvador?

Y desde esa posición, calcula la trayectoria que debería llevar el tiro como si lo efectuase Arregi.

Es solo una aproximación. No necesita más. Con las pruebas que ha dejado, y el ansia de Damián Vera de completar su teoría del topo, sabe que no hay demasiado lugar al error.

—En realidad, es cierto, de un modo u otro si lo piensas. El topo siempre fue Mendia. Siempre fue ella. Solo que de un modo distinto al que dictará la versión oficial de la historia.

El Arquitecto se levanta.

Ya sabe en qué lugar del cuerpo de Mendia va a incrustar las balas.

Después caminará campo a través al cobijo de la noche, pues ha utilizado el coche de alquiler de Mendia para venir a la casa, tras hacerle caer en su trampa. Otra prueba más para certificar la culpabilidad de ella y para mantenerle a él como un fantasma a ojos del mundo.

—No la culpes demasiado por la llamada de auxilio de antes, Salvador. La obligué. Era eso o morir en el acto. Se puso muy tensa, estuve a punto de tener que dispararla. Hubiese sido una pena, después de tanto trabajar, perderte como guinda final. Perderte como presa. No hay nada que odie más un león que perder a su presa.

La última frase deja un silencio tras ella. Uno medido.

—Un león —repite El Arquitecto—. Aunque no lo creas, ya he contestado a tu gran pregunta sobre el «quién», Salvador. Creo que lo merecías. Dale vueltas mientras te vas quedando dormido en esa silla. Tiene más sentido de lo que parece.

Un león.

El sentido se difumina en el cerebro que se espesa a cada segundo.

Arregi mira la ventana en la que cayó en la trampa.

Y después a Mendia. Su rostro. Su figura.

La Glock ya traza su camino invisible hacia la fatalidad de lo inevitable.

El que habitan es un mundo donde los buenos no ganan siempre.

El salvaje mundo real.

Ese en el que El Arquitecto suele salir victorioso de forma habitual.

La voz de Arregi sale vomitada desde algún lugar del limbo de la consciencia por el que vaga.

El esfuerzo por sacar de ese inframundo cada palabra es indescriptible.

—El ego de Damián Vera no le deja pensar que tal vez él no es el primero en ver algo —dice.

El Arquitecto destensa la mano con la que estaba a punto de disparar.

Arregi vuelve a salir a flote para dejar otra frase suspendida.

—Incapaz de ver que yo sabía lo del topo antes que él.

El Arquitecto baja la Glock, solo un segundo, y mira a Arregi.

Arregi que vuelve a sacar una tercera frase de ese infierno que cada vez le aprieta más entre sus brazos ardientes.

—Tenías razón, Mendia. Lasa era quien te seguía. Lo hizo porque yo sé lo pedí. Sabe dónde estás en todo momento. Le colocó un dispositivo de seguimiento en el coche. Y yo le he enviado mi ubicación al llegar aquí.

La confesión de Arregi ha descolocado a El Arquitecto.

Ha hecho que se fije en él.

Solo un segundo.

Lo justo para dar margen a que la figura que ha visto Arregi asomada de refilón en la ventana, minutos antes, haya podido acomodar su posición silenciosa en el umbral de la puerta del salón.

El Arquitecto gira la cabeza consciente de que, en un solo segundo, Arregi le ha dado un golpe mortal.

Un segundo. Lo justo para que ese otro hombre que está apostado en la puerta ya le apunte con su arma.

—¡Quieto! ¡Suelta la pistola! ¡Las manos en alto! —grita Aitor Lasa.

Arregi se lamenta.

Lasa siempre fue demasiado leal.

Demasiado apegado a las normas.

Demasiado bueno como para no entender que alguien como El Arquitecto, en una situación así, jamás tiraría el arma.

Dos disparos secos resuenan en el salón como truenos de la fatalidad.

64

Día 14

1:27

La sangre desparrama su manto de vida por la superficie de la mesa. Hasta llegar al borde y caer en una catarata roja. El sonido de las gotas chocando con el charco que se forma en el suelo es rítmico y aterrador.

La bala ha impactado en el cuello, abriendo un surco imposible en la yugular. La parte superior del torso está apoyada inerte sobre la mesa.

Arregi ve muerto a El Arquitecto.

Mendia ve muerto a Diego.

Y ninguno de los dos sabe quién es realmente ese hombre que ha merecido un castigo que parece justo.

El problema es que han sonado dos balas estallando.

El problema es que ese no es el único cuerpo que sangra.

Lasa está tendido en el suelo. El disparo del Arquitecto ha impactado en su tórax, derribándolo casi en el acto. Respira entre jadeos mientras la vida también se le va escapando a él. En su caso, poco a poco, como el sedante con el que han drogado a Arregi.

Arregi que busca con la mirada a su pupilo. A su amigo. El que nunca le ha fallado. Y al que ha conducido hasta esa madriguera que era solo para él.

El bumerán sangriento de sus decisiones vuelve a segar otra parte más del alma de Salvador Arregi.

Intenta moverse. Lo intenta por todos los medios humanamente posibles, e incluso más allá. Pero por más que su anhelo empuje, su cuerpo no se mueve. Se duerme sin remisión, como el de Lasa.

Mendia llora, desesperada. Por lo perdido, por lo ganado y por lo que está en proceso de perderse también. Mira a Lasa, y después a Arregi. Intenta deshacerse de las ataduras, pero es imposible. Intenta mover la silla, tirarla y arrastrarse con ella, pero no. Diego, El Arquitecto, no sabe cómo llamarle ya, ha previsto eso. Las sillas siempre están ancladas al suelo.

Todo eso es por su culpa, se flagela Mendia, mientras sigue haciendo lo imposible por soltarse, por gritar, aunque sea. Culpa suya. Idiota y engañada. Con el enemigo en su cama. Jactándose de ser muy buena leyendo las intenciones de las personas.

Humillada.

Con la culpa por la pérdida de dos hombres buenos inyectada en las venas para intoxicar su sangre y su vida para siempre.

Lasa respira cada vez más despacio. Intenta taponar el agujero con la mano, pero la sangre se le escurre entre los dedos.

Arregi parpadea con cadencia cada vez mayor. Está durmiéndose. Y en su caso no hay despertar posible si no lo tratan de inmediato. Está mirando a Lasa cuando lo nota en sus ojos.

Ese cambio, casi imperceptible.

Y que, sin embargo, lo significa todo.

Lasa saca los dedos del agujero y la sangre mana libre. Está intentando coger su teléfono móvil. Pero la mano derecha le tiembla. La izquierda, lado donde está la herida, es un cable inservible.

Los intentos agónicos de su compañero hacen que Mendia se ahogue en su propia desesperación.

Entonces Lasa consigue que sus dedos resbaladizos y llenos de sangre marquen algo en la pantalla táctil.

—Espinosa. —Las palabras resbalan como si patinasen en el mar de sangre que parece ocuparlo todo—. El Molar…, Espinosa…. Avenida La Merced… doce…, número doce… Patrullas ya…. herido de bala... grave… Arregi también… ambulancia… que… que…

El teléfono cae de la mano de Lasa.

De algún modo inexplicable desde lo racional, consigue llevar la mano a la herida y cae sobre ella boca abajo.

Ya no se va a mover más.

Los ojos de Arregi se cierran y el parpadeo ya no devuelve nada. Su cabeza se ladea hacia el hombro derecho.

Mendia intenta por todos los medios soltarse para ayudarlos. Para ayudar, aunque sea a uno de los dos.

Pero no puede.

No puede.

65

Día 15

11:56

La oscuridad deja de ser absoluta. Se agrieta abriendo una fina rendija por la que penetra una luz blanca acompañada de dolor.

Es la vida.

Después llegan los sonidos.

Voces lejanas, amortiguadas. Pasos que se acercan o se alejan, no lo distingue.

Su mundo todavía es borroso y de un abstracto grisáceo que ha sustituido al negro cruel.

El pitido sí es nítido. Constante. Proviene del monitor que marca el tempo de las constantes vitales con precisión insoportable.

Como si algo como estar vivo pudiese medirse en términos objetivos, números y físicos.

Intenta moverse y la mano le devuelve un mar de sufrimiento.

El dolor le recuerda antes que la memoria quién es.

Salvador Arregi abre los ojos. Y la rendija de luz blanca se convierte en una compuerta abierta de resplandor cegador.

Con los ojos entrecerrados, las siluetas no se distinguen. Se aclaran con cada pestañeo pesado y lento, reticente a enfrentarse a la realidad.

Mendia. Su rostro. Su figura.

Su último pensamiento se convierte en su primera visión cuando los ojos fijan al fin su objetivo, y le confirman que sigue ahí, en el mundo.

Estar vivo es otra cosa distinta.

La voz se encasquilla en la garganta. Las cuerdas vocales son alambres de espino. Arregi necesita de varios intentos que raspan la garganta para lograr soltar la palabra que le quema dentro.

—Lasa —murmura Salvador Arregi—. Lasa —repite.

Maialen Mendia se levanta y se acerca a la cama de hospital.

Le gustaría sonreír. Mostrar el alivio, la felicidad que le proporciona ver que Arregi ha despertado. Que ha sobrevivido. Pero no puede. No cuando él pregunta eso.

—¿Lasa, Mendia? ¿Lasa?

Mendia se sienta en el borde de la cama.

Aún no ha hablado.

La voz llega del lado opuesto.

Una voz muy distinta a la de la mujer que pierde sus ojos en los de Arregi.

—Ahora no es momento para eso, Salva —dice Espinosa.

Arregi se gira a su derecha.

Intenta incorporarse.

El cuerpo le pesa dos mil toneladas.

—Quieto, joder. —Espinosa le pone una de sus manos de oso en el hombro—. ¿Qué hostias crees que haces? Ahora tienes que descansar. Descansar.

Arregi le lanza una de sus mejores miradas de desprecio.

Y se arranca la vía del brazo derecho.

—Pero qué cojones…

Espinosa le suelta. No sabe si es buena idea hacer fuerza.

Arregi se incorpora.

—Lasa —dice—. Lasa…—repite—, dime que está bien. —Arregi se vuelve a girar a Mendia—. Decidme que está bien…

Ella dibuja una expresión. Mínima. Imposible de descifrar, como si su alma corriese la persiana por completo para Arregi.

Entonces él se levanta.

Las piernas le fallan, pero de algún modo, Salvador Arregi consigue mantenerse en pie. Como si en ese gesto también se decidiese de algún modo la vida de su amigo. De un hombre al que llevó a la perdición con sus decisiones.

Otra vez más… sus decisiones…

Espinosa está frente a él de pronto.

Le sujeta con ambas manos.

Arregi le mira muy de cerca. A centímetros.

—¿Lasa? —pregunta.

Espinosa resopla con el aire de la bandera blanca.

—Siéntate, Arregi, tenemos que hablar.

—¿Está muerto? No te atrevas a decirme que está muerto. No te atrevas… —Arregi acerca aún más el rostro a Espinosa—. ¿¡Está muerto!?

Arregi le zarandea. Con intensidad tal como si sus brazos aún medio dormidos pudiesen mover la montaña de kilos que es Espinosa.

La herida de la mano se abre. Sangra.

—¿¡Está muerto!?

—Vale ya, Arregi, joder. Te vas a poner peor. No, no está muerto. ¡No está muerto!

Espinosa también libera tensión malsana que se enquista en su interior.

—Aún no, joder. No le mates aún.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Está grave —Mendia habla por primera vez—. Muy grave. Pelea por su vida. Por lo que ha dicho el médico, el pronóstico es poco favorable.

Arregi no la mira a ella. Tampoco a Espinosa. No mira a nadie al contestar.

—Eso es porque no conoce a Lasa. ¿Dónde está el médico? Tengo que hablar con él.

A Espinosa no le da tiempo ni de intentar convencer a Arregi de que vuelva a tumbarse en la cama.

Salvador se lanza a nadie sabe dónde, pues su cuerpo no es suyo aún. Y bajo esa ley cae contra la cama antes de volver a intentar dirigirse hacia la puerta. Espinosa intenta contenerle. La máquina de las constantes vitales pita con fuerza.

—¡Un médico! ¡Necesito un médico! —grita Arregi.

Una enfermera acaba de entrar y ayuda a Espinosa a retener de forma menos agresiva a un Arregi que, con cada segundo, va ganando fuerzas que no deberían existir dada su situación.

—¡Un médico! —grita—. ¡Necesito un médico!

El médico no da crédito a lo ocurrido.

Pero intenta contestar a las preguntas del policía con el mayor rigor posible, dadas las circunstancias.

Por más que le ha insistido en que no podía darle un porcentaje, que su trabajo no funcionaba así, ha tenido que acabar cediendo y dándole un aproximado.

Arregi tiene al fin su respuesta.

Lasa tiene algo parecido a un cincuenta por ciento de sobrevivir. De quedar sin secuelas graves, mucho menos.

La moneda está girando en el aire durante las siguientes horas, puede que días.

Y cuando caiga, no será un único hombre quien sobreviva o muera definitivamente.

EPÍLOGO

Día 18

9:34

Tres días después, la moneda de Lasa sigue girando en el aire.

Y Salvador Arregi, lo primero que hace al salir del hospital, es coger el testigo de su compañero y amigo. De la llamada que le hizo cuando corría a salvar a Mendia.

La puerta se abre y el hombre que aparece ante él, lo hace con la expresión de quien estaba esperando justo esa visita.

9:32

Gabriel Aristegui mueve la torre negra cinco casillas hacia adelante.

No le da tiempo a bordear la mesa y colocarse en el lado de las piezas blancas. El sonido del timbre le deja suspendido en ese limbo entre sus dos personalidades transmutadas en rivales de ajedrez.

Nadie suele llamar a la puerta de su casa.

Eso solo amplifica la intuición que le abraza desde hace tiempo. Sabía que esa llamada llegaría tarde o temprano.

Que, en algún momento, algún policía más astuto que los anteriores que le visitaron, querría hurgar más en el pasado de los Aristegui. Del hijo, pero también, del padre, sobre todo. Aunque puede que ambos sean lo mismo.

Da un último vistazo al tablero y se dirige a la puerta de entrada.

Al abrir, confirma que el hombre que encuentra esperando en el umbral no es ninguno de los dos policías que le visitaron la anterior vez, días atrás.

No.

Ese hombre es otra cosa.

Se identifica como agente Arregi, de una unidad de tres siglas, pero Gabriel sabe que no va a hablar con él solo en calidad de representante de la ley. Esa lectura de movimientos la haría incluso un jugador mediocre.

—Si no le importa, agente, podemos hablar en mi despacho. Estaba a punto de terminar una partida. Nunca, nunca jamás se deja una partida de ajedrez a medias.

9:40

—¿Le gusta el ajedrez, agente Arregi? Era así, ¿no es cierto? Arregi.

—Sí, es así. Y no, no me gusta el ajedrez.

Gabriel Aristegui le dedica una mirada.

—Extraño. No tiene usted pinta de no ser una estratega. Y créame, se me da bien detectar esas cosas —dice Aristegui mientras se sienta en la silla de las piezas blancas—. Solo me quedaban unos pocos movimientos. Negras lo tiene crudo…

El alfil blanco se mueve en diagonal, limitado por su propia naturaleza.

Gabriel Aristegui se levanta.

—En realidad podría mover ambos bandos desde el mismo asiento, pero es como una especie de ritual que tengo. Además, es bueno para mi salud. Si no pasaría demasiadas horas sentado. Y uno va teniendo una edad…

Arregi permanece de pie. Ha rehusado sentarse.

Desde esa posición que exhala tensión, habla.

—Señor Aristegui. Un compañero mío tiene dudas sobre lo que declaró cuando él vino a hablar con usted. Cree que no dijo toda la verdad.

—¿Cree que mentí?

—No necesariamente. A veces, eludir ciertos detalles deliberadamente, es incluso más grave.

—¿Y qué detalles son esos, agente Arregi?

Aristegui mueve la reina negra. Un movimiento audaz. Uno que gira la partida en el momento más inesperado.

—Mi compañero cree que su padre, Eduardo Aristegui, desapareció algo antes de lo que usted y el relato oficial dictan. Su nombre apareció en uno de los cadáveres del sótano de Cuidalcampo. Y eso fue en el año noventa. Desde ese momento, no parece haber nada que pruebe su existencia. Ya sabemos que le legó todas sus empresas ese mismo año y se retiró de la vida pública. Pero de ahí a parecer un fantasma absoluto si uno escarba un poco más…

Gabriel Aristegui vuelve a estar en el lugar de las piezas blancas.

El peor pecado en una batalla ajedrecística es dar la victoria por segura.

El bando blanco ahora se da cuenta de la trampa en la que ha caído. Ahora recula, pelea por sobrevivir. El caballo se sacrifica intentando salvar a su rey.

—Y según su compañero, o según usted, agente Arregi, ¿cuál es el motivo por el que ocultar algo como eso?

—He venido aquí en busca de esa respuesta.

—Para encontrar las respuestas adecuadas, formular las preguntas propicias es fundamental. No me queda claro qué es lo que se pregunta exactamente, agente.

Arregi se acerca con calma hacia Aristegui. Se inclina sobre la mesa en la que está el tablero en el que dirime la partida. Y habla susurrando.

—Lo que yo me pregunto es por el quién. El quién. Sabes, Gabriel, un hombre me dijo algo cuando pensaba que ya me había matado. Pensaba que yo estaba muerto, por lo que podía

mencionarlo. —Arregi se acerca más aún—. Pero he vuelto de entre los muertos, y lo he hecho con esa palabra prohibida bajo el brazo.

Gabriel Aristegui acaricia con los dedos el alfil negro. Un gesto que sella el pacto de tener que mover esa pieza. Pero no la mueve aún. Se queda ahí. Quieto. Esperando.

—Mi pregunta es quién es el rey real del tablero, Gabriel. Creo que tu padre lo sabía, y creo que por eso no volvió de Cuidalcampo. Y yo ahora tengo la palabra prohibida.

Arregi invade el espacio de Gabriel Aristegui, para hablarle directo al oído, aunque solo estén ellos dos en esa habitación.

—León. Esa es la palabra prohibida. ¿Queda clara mi pregunta? Eso es lo que busco. Busco al león.

Gabriel Aristegui permanece mirando ese alfil que sigue apresando entre sus dedos.

Cinco casillas en diagonal.

Y ya está.

Da un golpe seco al rey blanco, que cae sobre el tablero.

Jaque mate.

NOTA DEL AUTOR

Si has llegado hasta aquí, ya sabes que algunas historias no terminan cuando se cierra el libro.

Si *Nadie sobrevivirá* te ha hecho pensar, incomodarte o acompañar a sus personajes más allá de estas páginas, una reseña en Amazon con tu opinión sincera ayuda más de lo que imaginas a que esta historia llegue a otros lectores.

Solo te tomará uno o dos minutos de tu tiempo, y para mí será el mayor apoyo que puedas darme.

También puedes seguirme en mi página de autor en Amazon, y de ese modo te notificarán cuando publique novedades.

Por otro lado, estoy disponible tanto en mis redes sociales como en el correo electrónico que salen en la biografía. Allí seguiré explorando este y futuros universos que aún permanecen en la sombra.

Y, sobre todo, estaré encantado de que me contactes por cualquiera de esas vías para dejarme tus impresiones sobre la novela y charlar sobre ello.

Solo me queda darte las gracias. Por leerme. Por estar ahí.

El juego siempre debe continuar.

AGRADECIMIENTOS

No podría pasar sin agradecer expresamente a las profesionales que han trabajado conmigo para que esta novela, y el resto, luzcan como lo hacen en su forma final.

Muchas gracias a Sandra, de Correcciones Sandra, por corregir el texto y dejarlo limpio de impurezas. Por tu profesionalidad. Pero, sobre todo, por el trato humano y cercano. Y por ser inspiración. Como siempre dices, nuestras historias merecen volar alto.

Del mismo modo, muchas gracias a Sara, de The Blue Cat, por el diseño de la cubierta. Y también del mismo modo, por el trato humano impecable y la buena disposición en todo momento.

Y por último y una vez más, a cada uno de los lectores que han tomado parte de su valioso tiempo en bucear entre las páginas de esta historia.

A ti, muchas gracias.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

- Saturno
- El juego 532 (Trilogía El Club 1)
- Expediente 55 (Trilogía El Club 2)
- Niño azul, Niño rojo (Trilogía El Club 3)
- Las rosas manchadas de sangre
- Nadie debe saberlo
- Nadie está a salvo

YA A LA VENTA

BIOGRAFÍA



Joseba Calvo Macarrilla nació en Cruces (Barakaldo) en 1989.

Este bilbaíno es un apasionado, casi desde que tiene uso de razón, del cine y la literatura.

Siempre ávido de encontrar una buena historia que devorar, el germen de que tal vez debiese crear las suyas propias se instaló poco a poco en su cabeza.

Años después nació *Saturno*, su primera novela.

En 2023, meses después de su lanzamiento, y tras su éxito, llegó la segunda, *El juego 532*, que supuso la apertura del universo particular de novela negra «El Club». A principios de 2025, llegaría la segunda entrega de la trilogía, *Expediente 55*, y más adelante, la historia se cerraría con la última entrega: *Niño Azul, Niño Rojo 235*. Una trilogía que ha consolidado su voz narrativa y su estilo propio dentro del género.

A finales de 2025, publicó *Las rosas manchadas de sangre* y en 2026, *Nadie debe saberlo* la primera novela de la *serie Nadie.*

Sigue el rastro de sus historias o comparte tus impresiones con él a través de:

Instagram: josebacalvomacarrilla.escritor

Facebook: Joseba Calvo Macarrilla

Mail: josebacm@outlook.es